



El Legado de la Mariposa

MANUEL PONTIGO ALVARADO.

M. Pontigo A. 2006.

i

Ficha de catalogación:

CR863

P816-L

Pontigo Alvarado, Manuel

El legado de la mariposa / Manuel

Pontigo Alvarado. —1ª. ed. — Cartago:

M. Pontigo A., 2006.

369 p.

ISBN 9968-9634-1-0

1. NOVELA 2. COSTA RICA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicado a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© I. Manuel Pontigo Alvarado.

Cartago Costa Rica. Teléfono 552-3618.

ISBN: 9968-9634-1-0

ii

Impreso en Costa Rica.

Para:

Mis padres Manolo y Lupita.

Mi amada y paciente esposa Delfina.

Nuestros hijos: Manuel Esteban; Julio Alberto; Carlos Arturo; Marcelo.

Especialmente para nuestras nietas y nietos con la ilusión de que en cualquier lugar y momento tengan siempre presentes sus raíces.

Para las gentes de Tequexquinahuac por brindarme su confianza.

PREFACIO.

En el México de antes de la llegada de los españoles, no todo era Azteca. Había muchas ciudades-estado que rivalizaban en esplendor y poder con la gran Tenochtitlan.

Ni todos los habitantes eran mexicas, ni tenían todo el poder que las crónicas hicieron creer. Muchos pueblos había que no se sometían a su barbarie, en especial, los chichimecas, una raza proveniente del norte que aprovechó la sapiencia de los toltecas formando una alianza poderosa llamada tolteca-chichimeca que desarrolló la habilidad de convivir con los maceguales, la clase media, salvaguarda de la cultura y base de la economía.

El poder de buena parte del inmenso territorio conocido como mesoamérica estaba repartido de la siguiente manera: dos quintos los aztecas; dos quintos los acolhuas y un quinto los tecpanecas.

La novela se desarrolla unos cien años antes del arribo de los españoles a tierras de México, cuando las tres fracciones buscaban aumentar su poderío político y económico: Los aztecas con el centro del país-estado en Tenochtitlan, los acolhuacanos con el centro del país-estado en Texcoco y los tecpanecas con el centro del país estado en Tlacopan.

Manuel Pontigo Alvarado 2006.

Glosario de americanismos, mexicanismos y voces nahuas
utilizados en la novela.

ACOLHUACÁN ver Texcoco.

AJUSCO Sierra de México en la cordillera neovolcánica. Forma el reborde Sur de la cuenca de México con una altura máxima de 4.094 m.

AMINCATLÁLOC (cazador del rayo) nombre del segundo hijo de la familia, ver *ITZ*

AYATE Lienzo de trama rala de entre uno y dos metros cuadrados fabricado con ixtle utilizado para cargar a la espalda.

AZCATL (Caña de agua) Nombre de la ama de llaves en el palacio de Ixtlixóchit.

AZTLÁN (voz náhuatl, ‘lugar de garzas’) Lugar en el que, según la tradición, vivían originalmente los aztecas. No se ha podido precisar su ubicación. Se supone en la zona occidental en lo que hoy es Nayarit.

CAITES o **CACTLI** voz náhuatl para alpargata o guarache.

CEMPASÚCHIL (clavel de las indias o flor de muerto)

CE-TOCHTLI, significa año uno-conejo, en el día de **CEMATZAL** o día del venado y mes de **TOCOSZTZINTLAN** época de plantar. Fecha que corresponde al 28 de abril de 1402.

CÍLAN Palacio en Texcoco de los huei-tlatoani del Acolhuacán.

CINTEOTL. Diosa del maíz

COATLALI o **COATLALITZIN** (Serpientita de mil colores) nombre de la hija de la familia. Al igual que su hermanito *Itz*, terminó con el nombre de **COATLALOPETL** (la que tiene poder contra las serpientes). El diminutivo **COACOATLALI**.

COATLICUE. Diosa azteca de la tierra, madre de Huitzilopochtli. Divinidad dual (mujer-hombre, vida-muerte. Se le representa con aspecto horrible y falda de serpientes.

COATLINCHAN Poblado mesoamericano en la parte oriente del lago de Texcoco de donde se recogió el monolito esculpido de 8 m de altura que representa a la diosa de la lluvia actualmente en el Museo Nacional de Historia en la ciudad de México.

COPALAZTLEROS Nombre que se da a unos pajarillos de plumaje color café que emigran desde el Canadá en el invierno boreal.

COPIILCO Y CUICUILCO. Zonas arqueológicas de México en Tlalpan, pirámides posiblemente de origen Olmeca hacia el siglo V a. C.

CUACHALALATE nombre popular que se da un árbol de corteza amarga que se utiliza para malestares estomacales.

CULHUACAN Antigua ciudad estado al sur del lago de Texcoco fundado por los toltecas en 1.064; sometido por los aztecas en 1.390.

COZAMATL (Mano afilada) Capitán que acompañaba a Ixtlixóchitl y Totocahuan cuando fueron asesinados por las gentes de Tezozómoc.

CHAPINGO (tierra de chapulines y conejos) Hoy lugar en donde se ubica la Universidad Nacional Autónoma de Agricultura cerca de Texcoco.

CHICHITON Perro grande en náhuatl.

CHICOMEÓATL (voz náhuatl, ‘siete serpientes’) Diosa de la agricultura, de la tierra o del maíz entre los nahuas.

CHIMALPOPOCA (- 1.427 tercer señor de Tenochtitlan (1.416).

CHIQUIGÜITE (o **CHIQUIHITE**) cesto sin asas de bejuco, mimbre o carrizo.

ESCAMOLES larvas de una clase de hormiga que se consideran un manjar.

GUISHE. La Sabia del maguey contiene sustancias irritantes; cuando escalda la piel se dice que se está enguashado.

HUEI-TLATOANI voz náhuatl que significa supremo- hablante, título de gobernador de una ciudad-estado en el valle de México.

HUITZILIHUITZIN. Probable tutor de Netzahualcóyotl asignado por su padre.

HUITZILOPOCHTLI (Colibrí del Sur). Dios de la guerra y conductor de los mexicas hasta Tenochtitlan. Es el sol joven representado por un águila. Agregado a la mitología acolhuacana asociado a Tonatíuh.

ITACATE especie de maletilla de lienzos con los que se envuelve y trasporta la merienda.

ITZ de **AITZTLI** obsidiana, nombre coloquial del segundo hijo, también llamado *Amincatl* (cazador) y *Amincatlalóc* (cazador de rayos) *Itzaminatlalóc* (obsidiana cazador de centellas).

ITZCOATL Serpiente de obsidiana. Nombre del padre de la familia en la

novela.

IXTLIXÓCHIT OMETOXTLI Señor de Texcoco (1.383-1.418) desde 1.409.

ITZTPAPÁNTL (mariposa de alas de obsidiana) nombre de la mamá de Papalotzin.

JAGÜEY O JAGÜEL aguada, pozo donde se retiene el agua.

MACEGUAL (del náhuatl *macegualli*, ‘vasallo’) Nombre que daban a la case media entre la alta *pilli* y las casi serviles *mayeques* y *tlalmaites*.

MATLALCÍHUATL. Principal esposa de Ixtlixóchtl, hija de Hitzilihuitl señor de Tenochtitlan y hermana de Chimalpopoca que fue señor de Tacubaya.

MAXTLE Ceñidor atado a la cintura cuyos extremos caían por delante y atrás.

MAYEQUE individuo de clase social inferior, entre macegual y tlalmaite. Ver pilli.

MAZATL voz náhuatl para venado o ciervo.

MONOYOCOYANI el *Tloque-Nahuaque* ser supremo y único creador de Sí mismo y de todo el Universo.

NAHUAL Espíritu de la noche, fantasma.

NEUTLE nombre coloquial del pulque.

NETZAHUALCÓYOTL (1.402-1.472) señor chichimeca del Acolhuacán (Texcoco) desde 1.431. Derrotó a los tecpanecas, que habían destronado a su padre (1.430). Fue excelente poeta y fomentó el progreso material de su pueblo.

NONOALCO Barrio de la México D. F. En la época de la novela era un islote habitado por antiguos teotihuacanos.

OTATE Especie de bambú macizo con raíces muy resistentes.

PAPALOTLAN (Lugar donde nacen las mariposas) pueblo al norte de Texcoco, antiguo centro ceremonial.

PAPALOTZIN o **PAPALOTLITZIN** (Mariposita de de mil voces) protagonista de la historia. Nombre de la protagonista.

PILLI o **PILTIN** Clase social alta en las culturas precolombinas del valle de México. Ver macegual, tlalmaite, mayeque.

PÓCHOTL Padre de Papalotzin.

PULQUE Bebida ritual prehispánica. Bebida alcohólica procedente de la fermentación de aguamiel de maguey.

QUATETZIN. Mujer hija de un noble tolteca esposa del primer tlatoani de Acolhuacán Tezontecomatl.

QUEZQUEMEL Especie de sobrepelliz, abrigo informal y corto hasta la cintura.

QUEZTLAHUAC Nombre de una cañada en la sierra entre Texcoco y Tlaxcala.

QUETZALMÁCATL (Quetzal de las cañas altas) general que fue engañado pata apresar a Netzahuacóyotl por el señor de Chalco.

QUIOTE parte de donde nacen las pencas del maguey, henequén, de donde saldrá la flor.

TACUBAYA Antes ciudad del valle de México, hoy integrada a la capital federal.

TALACHA Nombre familiar que se le da a un trabajo inmediato. En México es sinónimo de chapuza.

TATANKA Nombre que daban los indios de Norteamérica al bisonte.

TECHOTLALATZIN o **TECHOTLALLA** (1.357-1.409) Huei-Tlatoani de Acolhuacán. Impulsó notables reformas en tecnología agrícola y fomentó la cultura tolteca.

TECPANECA. Pueblo amerindio hoy extinguido que habitaba al SO del valle de México, crearon un fuerte estado en Azcapotzalco y formaron parte de la triple alianza hasta que fueron destruidos por la unión de Tenochtitlan y Texcoco.

TECUHTLI Entre los nahuas, jefe de cierto rango militar político o administrativo.

TEJOCOTE (vos náhuatl) (*Cratogeomys mexicana*) Planta arbustiva de la familia de las rosáceas de ramas espinosas, flores blancas y fruto en pomo amarillo.

TEMASCAL Recinto cerrado para baños de vapor generado por piedras que se calentaban hasta alcanzar altas temperaturas.

TENAYUCA (de las mil cuevas) Lugar arqueológico a 10 Km. al NO de la ciudad de México. Resto más importante es una pirámide rectangular (62 × 50 m) y 17 m de altura del siglo XIII, fue capital de los

chichimecas.

TENOCHTITLAN (Donde está el nopal silvestre) Ciudad mexicana base de la actual México, fundada sobre los islotes del lago Texcoco.

TEPETLAOXTOC (cerros de las nueve cuevas) Poblado antiguo de origen Olmeca situado al norte de Texcoco.

TEPORINGO Conejo silvestre de pequeña talla endémico de la sierra desde los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl.

TEOCULHUACAN. Uno de los nombres de la tierra originaria de los Aztecas, o tierra de los que tienen abuelos divinos o hijos de los dioses.

TEOTLE voz nahua que significa dios o divinidad.

TEQUEXQUINAHUAC (Lugar de las aguas salitrosas) Poblado el este de Texcoco en las faldas de la sierra de Puebla en donde se desarrolla la novela.

TETZCUTZINCO (Cerro de los conejos) Cerro en el que los señores de Texcoco desde Techotlatzin crearon jardines botánicos y edificaciones para su contemplación por la magnífica vista que se tiene del valle de México.

TEXCOCO Anterior señorío al NE de Tenochtitlan, a orillas del lago homónimo. Habitado por otomíes y conquistado por chichimecas. Formó parte de la triple alianza (con Tenochtitlan y Tlacopan, llamado también Señorío de Acolhuacán, centro de la actual Texcoco de Mora.

TEZCATLIPOCA La divinidad nahua más importante de la religión nahua. Señor del día (manifestado en color rojo) y señor de la noche (en negro). Inventor del fuego; repartidor de la riqueza y creador de las guerras.

TEZONTECOMATL. Primer tlatoani del Acolhuacán señor de Coatlinchan casado con Quatetzin hija de un señor tolteca.

TEZOZÓMOC (?-1.427) Señor tecpaneca de Azcapotzalco hijo de acolhua. Dominó la mayor parte de los pequeños estados del este del valle de México (Chalco, Colhuacán, Cuautitlán).

TINACAL lugar en donde se depositan las tinajas de pulque.

TILDÍOS. Nombre coloquial de unos pájaros que forman grandes parvadas, parecidos a los chichicuilotos con gran afinidad al agua.

TLACATL Hombre en náhuatl.

TLACOPAN-TEPANOUHAYAN Señorío del Valle de México, en el

actual barrio de Tacubaya. Tributario de Azcapotzalco, pasó, tras la derrota de este (1.430) a la alianza Tenochtitlan- Texcoco en la que tuvo un papel secundario hasta la conquista española (1.521).

TLAIXPAN Poblado al poniente de Texcoco en las faldas de la sierra de Puebla. Linda al este con el cerro de Tetzcutzinco y con Tlaminca.

TLÁLOC Dios nahua de la lluvia, divinidad protectora a la que se rendía culto en todo el país bajo diferentes nombres. Se le atribuía el don de la vida. Nombre de un cerro próximo a Tequexquihuahac.

TLAMACAS Poblado entre las faldas de los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl.

TLALMAITE la categoría social más baja, casi esclavos en mesoamérica. Ver pilli, macegual, mayeque.

TLAMANTLILITZI-CALI o **TLAMANTLICALI.** La casa del saber o casa de la cultura.

TLAMINCA San Nicolás. Pueblo al oriente de Texcoco. Lugar en donde se hace nacer a la protagonista.

TLATOANI ver Huei-Tlatoani.

TLAXCALLI Palabra náhuatl para tortilla.

TLAZOLTÉOTL Diosa náhuatl de la fecundidad y de las pasiones sexuales. Perdonaba, tras confesiones ante sus sacerdotes, las transgresiones sexuales.

TOCUILA San Miguel. Poblado que entonces era un islote dentro del lago pegado a Texcoco en donde se han encontrado restos de animales prehistóricos.

TOCHTLI Conejo, ver Ce-Tochtli.

TOLOACHE Estramonio (*Datura stramonium*) planta herbácea familia de las solanáceas de flores grandes en forma de trompeta y fruto encerrado en erizo. Consumido en cantidades inadecuadas produce daño neurológico en el que se pierde la voluntad.

TONACACIHUATL Deidad femenina del origen de la vida y de nuestro sustento, representante de la noche.

TONACATECUHTLI Deidad masculina del origen de la vida y del sustento representante del día.

TONATÍUH Deidad nahua del sol y del fuego. Tonatíuh-Ichan; paraíso nahua al que iban los guerreros muertos y las mujeres fallecidas en su

primer parto.

TOSÍ Diosa madre de la raza Aztecas. Nació del sacrificio de una mujer que pidieron en matrimonio para el general de mayor rango azteca.

TOTOCAHUAN (ave grande como árbol) uno de los principales generales de Ixtlixóchitl. Fue asesinado con este.

TZENTL (Muchas melodías) nombre de una prima de Papalotzin.

XIPE TÓTEC Dios mexicano de juventud y de la fecundidad. El sentido de esta deidad es fálico.

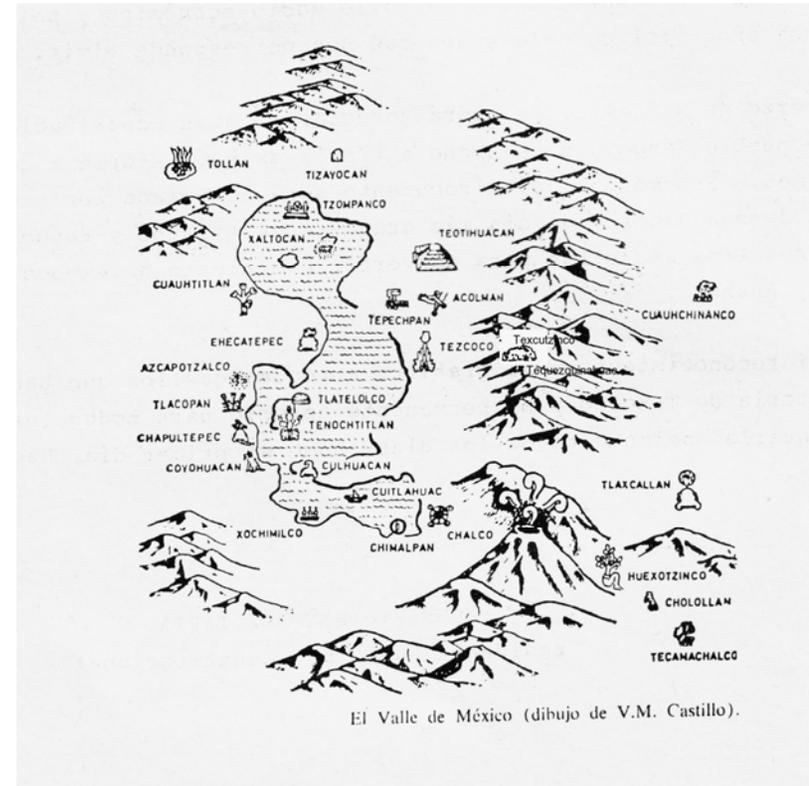
XOCHITL Diosa de los espíritus embriagadores guardados en el neutle o pulque. También de las flores.

XOCONOXTLE Tuna de sabor agrio que se utiliza en la comida mexicana.

XOCOTLÁN (Lugar de las tunas ácidas o *xoconoxtlés*) Pueblo al este de Texcoco.

XÓLOTL (s XII y XIII) Jefe chichimeca. Derrotó a los toltecas de Tula (1.224); sus conquistas se extendieron hasta el valle de México. Se estableció en Tenayuca.

ZOHUATL Mujer en náhuatl.



Fuente: Texcoco, Monografía Municipal de Rodolfo Pulido Acuña 2001.

En el temascal.

En un pueblito escondido en la sierra oriental del Valle de México, una familia de campesinos se prepara para celebrar la festividad que da inicio al año agrícola en el país llamado Acolhuacán.

—Itzcoatl, ¿ya está listo el temascal? —Pregunta la esposa, haciendo un repaso de las múltiples actividades pendientes para la festividad y estar disponible cuando le avisen que el temascal está a punto; piensa—. ‘Listo el temascal no admite demoras’.

—Falta poco —responde Itzcoatl, que con sus hijos varones se afana desde el medio día en poner a punto el baño ceremonial. Las labores se distribuyen de la manera acostumbrada: Itzcoatl se encarga de atizar el fuego que calienta los cantos rodados que se han recogido de la cañada considerando la cualidad de guardar el calor; Itz, el segundo, acarrea leña desde el cobertizo del alero norte de la casa donde se almacena y manteniéndose presto a asistir en lo que se necesite; el hijo mayor, Coyote recolecta en las cercanías ramas de eucalipto y otras hierbas aromáticas que se usarán como hisopos, jabones y rubefacientes en el baño ceremonial.

La familia disfruta de las delicias del temascal cada vez que hay un buen pretexto y tiempo para prepararlo. Esta es una ocasión de esas, al día siguiente ocurrirá el equinoccio de la

primavera boreal, momento que las costumbres religiosas y el recuerdo histórico del pueblo han determinado para festejar uno de los eventos más importantes en la sociedad acolhuacana: el inicio del año agrícola, el año nuevo para estas gentes. La fiesta se dedica a una deidad muy importante Huitzilopochtli, el dios de los cielos azules en donde se destaca su hijo Tonatíuh: El Dios Sol, El Águila Dorada.

En el interior de la casa, Coatlali la pequeña que a la sazón cuenta unos cuatro años, sigue atentamente el trajinar de su mamá, su inusual actividad llama poderosamente su atención y no le pierde mirada. Papalotzin, sentada sobre sus talones a la par del fogón, prepara tlaxcalli de maíz morado para la merienda que llevarán al festejo, que dará inicio como todos los años, al ocaso y se prolongará hasta el amanecer de la mañana siguiente. La mujer introduce al fogón leños para mantener el calor del comal de barro. Cada tanto, con la punta de sus dedos toma una porción de azuloso nixtamal que hace bola y palmea rítmicamente en minuendo hasta conseguir una perfecta rodela de delgada masa que deposita sobre el candente comal con un movimiento lánguido y preciso de la mano. Con el tacto más que con la vista determina las tortillas que requieren voltearse para que se cocinen por el envés y recoger las que alcanzan su punto, depositándolas sobre un lienzo dentro de un chiquigüite en espera de ser oreadas.

Los ojitos de la pequeña se iluminan: ha decidido ayudar a su mamá. Se dirige a una pila de leña que se mantiene de reserva en la pared cercana al fogón, escogiendo uno o dos trozos que lleva a su mamá, consultándole:

—¿Mami, éste está bonito? —Mostrándoselos con aire de suficiencia apoyado con afirmativos movimientos de cabeza. Por su edad bonito es sinónimo apropiado.

A pesar de las premuras, Papalotzin considera el empeño de la niña encargándole trabajos sencillos: como voltear las

tortillas del chiquigüite para quitarles humedad, o adicionar un poco de agua a la masa que espera ser torteada en una escudilla, o pasar las tortillas oreadas del chiquigüite a una pila que ya alcanza medio palmo sobre un lienzo que les servirá a la vez de termo y atado, o alcanzándole otro paño limpio para enjugarse el sudor.

El fuego empezó a concentrar la atención de la niña: serían las insistentes advertencias de los mayores, o el incesante jugueteo de las llamas, o el crepitar de la madera, o las volutas de humo, o las mil y una razones que hacen que los niños sean atraídos por el peligro. El poder hipnótico del fuego fue apoderándose de la voluntad de la pequeña hasta tornarse en atávico atractivo. Papalotzin concentrada en el trabajo la descuida un instante. La niña a decidido que el fogón necesita combustible: diligentemente va hasta la pila tomando un trozo de madera en cada mano, regresa al fogón por el lado opuesto al de Papalotzin, se inclina mirando hacia el hogar como había observado que lo hace su madre e introduce torpemente uno de los leños.

El fogón hurgado en las tripas se aviva respondiendo con lenguas candentes. La niña, al sentir el calor se cubre la cara dejando caer el otro leño sobre el comal que se desfonda con estrépito avivando más las llamas.

El sobresalto de Papalotzin es mayúsculo: vio a su pequeña hija abrazada por lenguas de fuego.

Por ese misericordioso ángel que protege a la inocencia, el fuego no alcanzó a la niña, no obstante, Papalotzin percibió una dantesca ilusión causada por el volar de las cenizas y ascuas del hogar situado entre ella y su pequeña. La vio envuelta en fuego de cabeza a pies, imagen que se le fijó tan profundamente, que se estremece cada vez que le viene a la memoria lo cerca que estuvo su pequeña de ser marcada para toda su vida.

La impresión de Papalotzin se tradujo en colérico recordatorio.—¡No te he dicho que no te acerques al fogón!

Coatlali mira fijamente un rostro crispado de congoja y miedo, que en medio de la nube de cenizas y la roja luz de las llamas avivadas lo percibe diabólico y temible. Esa no es su tierna mamá y siente pavor.

El arrepentimiento aparece en sus ojazos negros de la niña, que empiezan a cintilar. Papalotzin nota el miedo que su irascible proceder está provocando en su hija. Aparentemente no hay nada que lamentar, comprende que la curiosidad infantil es una fuerza superior que lleva a los niños a desoír cualquier recomendación. Ya tranquilizada, sin aspavientos que intimiden a su hija, la toma en sus brazos para hacerle sentir que la quiere, y comprobar discretamente si ha sufrido algún daño.

Sacudiéndole amorosa las cenizas de la cabecilla, le da un beso, asume que la experiencia le enseñó más que mil recomendaciones. Se pone a arreglar el comal retirando las tortillas manchadas de carbón y cenizas pidiéndole a su pequeña: —Coatlali, por favor, ve a traer más leña, vamos a arreglar este fogón para poder seguir con el trabajo para la fiesta de mañana.

Con su vocecita quedita y movimientos de asentimiento la niña le responde. —¡Sí, mamita!

Como si nada hubiera pasado, Papalotzin y su asistente prosiguen con el trabajo de hacer tortillas. Pasado un rato, calculando que las piedras del temascal estarían alcanzando su punto, Papalotzin se yergue con el grácil movimiento de su cuerpo juvenil, toma de la mano a Coatlali diciéndole. —Vamos a preparar la ropa de nuestros hombres, el temascal ya debe estar listo.

No se equivocaba, sus hombres como ella les llama, llenan

una vasija con agua fría recién tomada de la atarjea que bordea la casa, labor que da por concluida la preparación del baño ceremonial en el temascal. Adelantándose, Coyote anuncia a grandes voces: —¡familia, el baño está listo! —en tono cantadito— ¡la puerta se cierra!

Coatlali lleva sobre sus bracitos extendidos su ropita, Papalotzin el resto que colocan con cuidado sobre un banquito fabricado con ramas de fresno, a un lado de la entrada del temascal.

Itzcoatl, Coyote e Itz, desnudos, esperaban abochornados dentro del abovedado recinto repleto de sofocante calor seco provocado por las candentes piedras. El ambiente es casi insoportable y desespera a los niños; desean, sin mencionarlo, que ya entren las mujeres para que su padre rocíe con hisopos de ramas de eucalipto las candentes piedras, y estas respondan chirreando con aromáticas nubes de vapor hasta llenar el recinto del refrescante vapor de agua aromada.

Itzcoatl se encarga del generador de piedras, no permite que sus hijos se acerquen. Coyote, pensando que la proximidad a ser considerado mayor le da privilegios solicita al padre: —¿déjame cuidar el vapor?

Itzcoatl le responde. —Todavía no estas preparado, hace un momento jugando le propinaste un empujón a Itz, si éste hubiera caído sobre las piedras estaríamos lamentando un accidente. Aceptemos que ya has conseguido la experiencia, ahora debes alcanzar el juicio.

—¡Ya estamos aquí! —sé anunció Papalotzin.

En la entrada se siente el bochorno, quizá, por la reciente experiencia, Coatlali se resiste a entrar. La amorosa pero firme mano de su mamá la obliga siguiéndola de cerca para tapparle la huida. La mujer se desnuda y desnuda a su hija, pasa prendas a Coyote, quien, desde hace algunos baños a tomado el puesto de

portero cuidador de la entrada, para que la deposite en la ropa sucia que han dejado los hombres apilada en el exterior. Muy en su papel, Coyote sella la entrada con una gruesa manta formada por varias tilmas y ayates previamente empapados para impedir que el calor y el vapor de agua escapen del recinto.

¡Por fin! Itzcoatl salpica las piedras con el hisopo de ramas de eucalipto dejando este primer manojito sobre las piedras. El vaho caliente y húmedo se mete inmisericorde por la nariz de Coatlali. La niña atemorizada hace pucheros tratando de retener el llanto. La madre empapa una esponja en agua fría acercándola al rostro de niña para que respire con más facilidad el aire atemperado.

—¡Va a llorar! ¡Va a llorar! —sé mofa Coyote, al ver los pucheros de la hermanita.

Papalotzin mira severamente a su hijo mayor recriminándole su poca delicadeza.

—¡Respira por la boca! Así, mira —le aconseja Itz, mostrándole la técnica para respirar en el temascal que la ‘experiencia’ le ha enseñado.

A los gestos amables de su hermanito, la niña, apenada por su cobardía cambia los pucheros por una risita nerviosa. Papalotzin se mueve un poco, acomodándose lejos del generador de piedras buscando el sitio donde el vapor es menos denso, al lado de la tinaja de agua fría que condensa el vaho.

Cada uno hace un hisopo de ramas de eucalipto y hierbas aromáticas que introducen en agua tibia que ya contiene una infusión de las mismas, golpeándose gentilmente el cuerpo para activar la circulación y al mismo tiempo, atemperar el calor del recinto. Disfrutan de éste placer mientras las piedras respondan con vapor al rocío del agua.

Muchos asuntos familiares se resuelven en las

conversaciones dentro del temascal. En esta ocasión, el tema obligado es la entrada de Coyote a la vida social del Acolhuacán, por esto, sin previo aviso Itzcoatl pregunta en tono conspicuo a Coyote: —Hijo ¿sabes que es el Sol?

El niño, considerando que su padre lo está embromando, responde una sandez. —¡Claro, el que está allá arriba! —señalando a la posición del medio día.

Papalotzin a punto de soltar la carcajada, se detiene al ver la seriedad en la cara de su marido, disimulando lo mejor que puede.

Itzcoatl se percata que ha recibido la respuesta que merece su insensata pregunta. Decide formularla de manera diferente.

—Coyote, quería preguntarte: —¿qué significado tiene Tonatíuh para los acolhuacanos?

El niño se siente obligado a contestar de mejor manera. —Mamá y tú nos han explicado que los Acolhuacanos le mostramos cariño y respeto a Tonatíuh recordándolo en muchos festejos: el de mañana, es la festividad del Nuevo Sol celebramos que deja su descanso invernal y empieza su trabajo anual asistiendo al hombre en sus labores agrícolas. Pero, pensándolo bien..., ¿en qué trabaja Tonatíuh, mamá?

El avisado niño contestó lo aprendido en la doctrina que había estado recibiendo para su iniciación y transfiere el peso de la respuesta a su mamá.

—Tonatíuh es El Águila Dorada que aparece por el oriente, alumbra, da calor y fertiliza con sus rayos dorados a Chicomecóatl, nuestra Madre Tierra y diosa de la agricultura durante el día, desapareciendo por el occidente para reponer fuerzas por la noche —respondió Papalotzin, tratando de bajar el tono pontifical de su esposo e invitándolo a continuar haciéndoles esta advertencia a los niños— pongan atención a su papá, interrumpen sólo cuando no entiendan.

Después de la sutil ‘sacada de hombro’ de Coyote y la aclaración de su esposa, Itzcoatl prosigue:

—Estos días pasados hemos sentido mucho frío: se han fijado que por las mañanas, en lugar de rocío, las plantas tienen hielitos que las queman y marchitan; y la jícara de la atarjea amanece con pedazos de hielo que se derrite cuando el sol la calienta. Este frío es indicio de que Tonatíuh está lejano a nuestras tierras y sus rayos pierden fuerza.

—También llegan los copalaztleros —interrumpió Itz haciendo patente su conocimiento de la época invernal.

Itzcoatl, animado por el interés que empiezan a demostrar sus hijos, responde al niño. —Tienes razón hijo, estos pajarillos llegan al iniciarse el invierno, cuando las noches se alargan y los días se acortan; digamos que Tonatíuh se pone perezoso, acostándose más temprano y levantándose más tarde. Por eso los hombres, las plantas y los animalitos...

—¿Y los teporingos? —pregunta Itz.

—¿Y los venaditos? —apostilla Coyote.

—¿Y los cencuates? —termina animándose la niña preguntando por la serpiente constrictora, con un interés poco usual de la niña hacia estos reptiles.

Itzcoatl, advertido por una mirada de inteligencia que cruza con Papalotzin responde conciliador. —Los cencuates pasan el invierno dormitando en hoyos bajo la tierra, los teporingos capean los fríos en sus madrigueras saliendo de vez en cuando a buscar alimentos, los venaditos tienen que soportar el invierno a la intemperie, las personas lo hacemos en nuestras casas calentados por el fuego, pero todos esperamos con ansias a que el frío pase. —Cuando Itzcoatl se concentra en los relatos desatiende todo lo de más. Papalotzin se lo hace ver preguntando —¿no falta vapor?

—¡Claro que falta! En qué estaré pensando —repuesta acompañada de una rociada a las piedras que reponen de inmediato la concentración de vapor. Los cuerpos se acarician con los hisopos de hierbas sumergidos en agua templada. Terminado el ritual vuelven a poner atención a Itzcoatl.

—Mañana por la noche, al igual que nosotros estamos preparándonos para la fiesta, Tonatíuh se prepara como cada año a despabilar la modorra del invierno y trabajar con entusiasmo. Esto lo sabemos porque en el día de mañana, la noche y el día duran lo mismo, después, cada día será más largo y cada noche más corta.

—¿Tonatíuh esta en el temascal preparándose para la fiesta de mañana? —preguntó Coyote con la llaneza de los niños que adjudica características humanas a las cosas cotidianas. Itzcoatl le responde—. Tanto mencionamos a Tonatíuh en nuestra vida diaria, que lo consideramos casi un miembro de la familia capaz de hacer cosas como los humanos. Pero no se parece a los hombres, el sol es un astro de los cielos que mañana empieza un nuevo ciclo o año que se repite y repetirá por siempre. Mañana pediremos porque sea benevolente procurándonos un año de buenas cosechas. Pero más que todo, y eso ustedes los niños lo representan bien, nos damos ánimos para enfrentar un nuevo año llenándonos de buenos deseos en poner todo nuestro esfuerzo en lo que emprendamos.

—Mañana es un día especialmente importante para Coyote. Ha alcanzado la edad de ocho nuevos soles y la sociedad considera que ya es capaz de entender la importancia que tiene Él Águila Dorada en la vida del Acolhuacán. La misma sociedad se encargará de prepararlo para defenderla si es necesario y hacer progresar al país. Los jóvenes son tan importantes para la nación, que se les ofrece una gran fiesta de iniciación.

—¿Y las niñas no tienen importancia para Él Águila

Dorada? —preguntó Coyote.

Itzcoatl le responde: —¡claro que si la tienen! La celebración debería hacerse para todos, niños y niñas sin importar la clase social. Pero nuestra sociedad, celebra únicamente a los niños de la clase pilli y algunos otros cuyo padre logra sobresalir en: la guerra, la política o sabiduría.

Itzcoatl tenía que salir del rumbo que estaba tomando la conversación, para no tener que explicar mucho a los niños pero sobre todo, para no echar a andar a Papalotzin. Así que continuó sin dilación:

—Desde mañana el Tecuhtli Tonatíuh se levantará más temprano por el este y se acostará más tarde por el oeste calentando con sus dorados rayos cada vez más a Chicomecóatl. Junto con él, todos, empezando por los pajarillos, trabajaremos con ahínco, según los oficios que desempeñemos nos aprestaremos para iniciar el nuevo año: los agricultores la coa, el hacha, la pala; los profesores del calmécac con sus charlas y códices; las mujeres con sus trastos de cocina, las semillas de maíz y frijol, los lienzos para las tortillas...

—En la doctrina nos repitieron mucho que este año no recibiré juguetes en la fiesta del Nuevo Sol ¿Por qué? —preguntó Coyote.

—Así es hijo —responde benevolente el padre— después de la ceremonia de mañana por la noche serás considerado joven. No sólo no recibirás más juguetes, tendrás que entregar todos los que tienes en ofrenda a Tonatíuh en el templo mayor, mostrando con tú desprendimiento la intención de esforzarte por la comunidad. En adelante, tus juegos girarán alrededor de las necesidades comunitarias, en especial en juegos de guerra.

Por la solemnidad de la respuesta de Itzcoatl y el semblante sombrío de Papalotzin, Coyote comprende que ésta festividad

del Nuevo Sol será trascendente en su vida.

—¡Mañana todos vamos a ir a Texcoco! —iniciaba Itzcoatl una advertencia importante que interrumpió inocentemente la niña preguntando.

—¿Al mercado papi?

Itzcoatl quedo meditando en seguir con la conversación o responder a su pequeña. Consideró que Coyote había entendido y responde a la niña. —¡Sí hija! A la mayor y mejor plaza. El año pasado como los anteriores asistimos a la fiesta, parece que no lo recuerdas. A esta llega más gente a ofrecer sus productos aprovechando que muchas personas de los pueblos de Acolhuacán celebran la fiesta en Texcoco.

—Entonces papá: Tonatíuh ¿se anima..., o no se anima con los regalos que le haremos! —Coyote pide una aclaración definitiva.

El padre le responde. —No importa si Tonatíuh se anima o no. Lo que interesa es que tú y todos en el Acolhuacán nos llenemos de buenas intenciones y seamos capaces de cumplirlas. Si así lo hiciéramos, la festividad ha cumplido su intención a través de un Dios. Las ofrendas de todos los niños y especialmente de los que se van a iniciar son señal de las intenciones que llevemos. Los saquitos con maíz, arvejas, frijol y otros granos son el símbolo de que los hombres sembraremos con entusiasmo comprometiéndonos ante Tonatíuh a cuidarlos, pidiéndole un buen clima, agua y calor, para obtener buenas cosechas que nos permita enfrentar la llegada del invierno que trae el Señor Tezcatlipoca.

Los varoncitos, intuyeron el final de la charla, evocaron las festividades de años anteriores y las perspectivas de la diversión en la que viene, entusiasmados acuerdan juegos.

Itzcoatl no está seguro de que Coyote haya captado las consecuencias que implica alcanzar los ocho años de edad,

pero más lo inquieta el trasfondo de la plática. Qué Papalotzin acepte de mejor grado las consecuencias de que Coyote alcance su octavo año. En conversaciones que han tenido percibió que había dos cosas que le inquietan más de lo que pudiera considerarse conveniente:

Una. Aunque no era obligatorio, los niños como Coyote se van a preparar en el Calmécac, la institución de educación más importante del Acolhuacán. Ellos tendrían que escoger entre el de Coatlinchan o el de Texcoco. En Coatlinchan había algunos parientes de Itzcoatl que gustosos aceptarían de huésped a Coyote, pero se inclinaban por el de Texcoco. En cualquier caso, el niño tendría que trasladarse a vivir cerca del colegio.

La otra de profunda trascendencia moral. Papalotzin no comulgaba con la forma de actuar de los que habían hecho estudios en el calmécac aunque sólo a tratado a su esposo, les tiene recelo. La enervaba que los niños tengan que desprenderse de sus juguetes a edad tan temprana; que las mujeres no puedan optar por una educación de calidad como la que se ofrecía a los varones; y que los macegales no pudieran acceder a tal institución.

Las situaciones se confundían en las conversaciones que Papalotzin empezó a rehuir hasta molestarse con Itzcoatl, quién insistía en encontrar una solución concertada.

Para Itzcoatl el asunto era simple y quizá esto complicaba las cosas. Ahora, cada vez que trataba de abordar el tema parecía que se iban a comerse una tuna con espinas. En fin, la fecha se llegó y aún no deciden.

Itzcoatl piensa: —¿quizá Papalotzin aceptaría más fácilmente el alejamiento físico de los niños si estuviera segura que el ligamen espiritual se mantendrá; en dos años más le tocará a Itz. Es una mujer inteligente que intuye, lo que sé por experiencia propia: la educación lejos de la casa desarraiga a los hijos al ser imbuidos por cuestiones culturales muy

particulares a la misma instrucción’ —tratando de convencerse abunda—. ‘Sí Papalotzin siente que los lazos afectivos que la unen a sus hijos son poderosos, aceptará de mejor manera la separación’.

La segunda causa le preocupaba mucho más, era una situación de principios con los que además concordaba. —‘¿Cómo puedo ayudar a tranquilizarla si comulgo con sus ideas?’

Se fue ensimismando en sus pensamientos rociando sin cuidado las piedras que rápidamente perdieron calor.

Papalotzin también estaba distraída disfrutando de esos momentos preciosos de sentir a la familia unida física y espiritualmente, escuchaba retirada en ignoto confín como rumor el chachareo de sus hijos. Un tremor de Coatlali la hizo volver a la realidad: el temascal se había enfriado, era momento de salir, dando la voz de alarma exclamó. —¡El temascal se enfrió! Si queremos disfrutar de la fiesta, es mejor que salgamos antes de que nos resfriemos.

Cambiaron los hisopos de hierbas y ramas por jícaras para hacerse abluciones de agua fría, según dicen los mayores “para cerrar los poros de la piel evitando que por ellos penetren los malos espíritus de los resfríos y gripes”.

Apenas escucharon la orden los muchachos expresaron su malestar. —!Lo feo del baño son los jicarazos de agua helada que tiene uno que darse antes de salir!

—¿Podríamos dejarlos para después? —hacían una pregunta de respuesta sabida. Especialmente remolón era Coyote, quien buscaba algún apoyo para enfrentar los inevitables jicarazos de agua helada. Con su temperamento mandón decía algo como: “¿Quién es el más valiente para el agua fría?” O “¡El primero que se bañe con agua helada es más hombre!” Dirigidas a su hermano. Y siempre, el inocentón de

Itz le hacía el juego aceptando ser el primero. Ambos creían ser los mejores: mientras para Itz ser el primero en bañarse con agua fría era ser el más valiente; Coyote consideraba ser él más listo por reírse primero de los escalofríos de su hermano. Felices ambos tenían la razón.

Coyote destapa la entrada pasando vestidos y paños para secarse. Desde que el niño se encargara de la portería, las ropas de él y de su hermano eran las últimas en aparecer. Los muchachos se hacen los remolones en abandonar el temascal y disfrutar libres de vigilancia las exequias del calor de las piedras. El juego se prolongó hasta que una voz determinante de Papalotzin les obliga a dejar el final lúdico del baño; los niños tiritando por el agua helada y el frío invernal, salen en carrera hacia el hogar para calentarse y esperar la cena para acallar el hambre canina que les ha despertado el juego y el frío de un invierno que está de salida.

Ya libres de temores, acomodados en sus lugares en la mesita de patas cortas, discuten y ponen de acuerdo de lo que les viene a la imaginación sobre el día siguiente. Mientras, Itzcoatl en su habitación, seca con un paño la abundante, larga y sedosa cabellera con reflejos pavonados de su hija; Papalotzin, recalienta tortillas, vigila un jarro con cocido de ave y otro con el infaltable caldo de frijol.

Papalotzin se yergue de su posición sentada sobre los talones tras el fogón. Recoge un chiquigüite repleto de tortillas envueltas en un albo paño que lleva hasta una mesita colocándolo poco más o menos al centro, después regresa a tomar los jarritos con los alimentos llamando a su esposo:

—¡Itzcoatl, ya está servido!

Éste aparece con la niña en brazos acomodándose con ella en los regazos. Todos fijan una mirada inquisidora sobre Itzcoatl en espera que inicie los agradecimientos a las plantas y animales que habían cedido sus cuerpos y almas para que los

presentes coman, y los cumplidos a la cuchara y atenciones de la señora de la casa.

En animado parloteo se consumió la cena, los niños obligados por Papalotzin aceptaron seguir sus aventuras en el recogimiento del reparador sueño. Los padres, aún tenían una larga jornada por delante, Itzcoatl él de menos trabajo, deberá acomodar en un ayate una lámpara de aceite, astillas de ocote, un poco de leña de encino bien seca, un sahumador, copal, incienso y el yesquero, útiles necesarios para la festividad. Hombre ordenado, sabía que terminaría rápido, optó por ayudar a su esposa, a quién reconocía cargar con el peso de los preparativos de todas las fiestas familiares.

Los niños ya no requerían supervisión para prepararse a pasar la noche, no obstante, Papalotzin ‘echaba una última revisada’ como ella decía, acompañándola con un beso en la frente de cada uno de sus pequeños.

Papalotzin tarda más de lo usual e Itzcoatl entra al aposento a buscarla, la encuentra ensimismada alisando una y otra vez con cariño y satisfacción los vestiditos de fiesta que llevarán los niños. La mujer no se percata de la presencia de su esposo quien la contemplaba, hasta que, con un suspiro giró lentamente. El hombre, al verse descubierto espiando el alma de su esposa, le pregunta en tono zalamero:

—¿En que te ayudo?

Papalotzin responde con el lenguaje corporal de aquellos que mutuamente se interesan. Se dirige al recinto utilizado de cocina, comedor y estancia seguida de Itzcoatl. De la pared toman unos banquitos que acomodan a una distancia pertinente del fogón, ni muy cerca que el calor los abrasase ni muy lejos que se helasen. Ya acomodados Papalotzin solicita a Itzcoatl. —Pásame un guacalito.

Itzcoatl se levanta dirigiéndose al sitio donde pendían de la pared los guacalitos que sus hijos han llevado año tras año a la

fiesta del Nuevo Sol. Papalotzin los había rescatado del cuarto de los trebejos desempolvándolos. Tomó sin escoger, casi por costumbre, el más tosco de Coyote entregándoselo gentilmente a su esposa.

Papalotzin acomodándose sobre las piernas, con cariño fue retirando juguetillos y adornos del año anterior regándolos con un par de lagrimones que rodaron por sus mejillas y un hipo que se le apretujó en el pecho.

Con los años, Itzcoatl había entendido que cuando su esposa lloraba, para él sin razón, necesitaba de su muda disposición a ofrecerle un abrazo que la confortara sin preguntar, sin aconsejar, simplemente estar dispuesto, sí se lo permitía. Pocas veces lo hacía, pero cuando no respondía como ella pensaba que debió hacerlo, se lo reclamaba dos o tres días después, ‘cosas de mujeres’ decía Itzcoatl ante el ‘incomprensible’ proceder de su esposa.

Por un espacio sin tiempo y la mirada ida al pasado, Papalotzin acarició el guacalito que tenía en las manos, lentamente levantó la mirada. Al darse cuenta que su esposo la observaba discretamente dispuesto a rendirse a sus más sutiles pensamientos, le toma de la mano y pide que se arrime más diciéndole. —¿Te acuerdas cuando nació Coyote? —para ubicar la memoria de Itzcoatl en la de sus recuerdos.

Itzcoatl pasó su brazo sobre los hombros de Papalotzin, quien esta vez permite ser reconfortada. Itzcoatl percibe que su esposa quería manifestarse en sentimientos muy profundos, de esos que pocas veces se permiten expresar las mujeres, tal vez porque se les critica ácidamente o porque se les supone una fortaleza sobrenatural. Entendía que el crecimiento y madurez de los hijos, especialmente los varones, tenía diferente significado para ella. Consideraba que Papalotzin, aunque acepta que debe criar a sus hijos para hacerles independientes y libres, mantenía el cordón umbilical transfiriéndoles cariño

protector, aun cuando estos le mostrasen su enfado con gentileza si se excedía. Supone que su esposa sufre sentimientos encontrados: de alegría por lo que el hijo va logrando y tristeza por implicar herramientas para una eminente independencia física. Para él, cada logro significa el orgullo de una misión cumplida. En la mente le bullen los pensamientos del temascal. ‘¿Será que Papalotzin quiere estar segura de que las enseñanzas que ha dado a Coyote servirán para mantenerlo espiritualmente vinculado? Qué el alejamiento físico del hijo no quebrará la unión espiritual entre ellos’.

—¡Como si fuera ayer! —responde Itzcoatl— pero mis recuerdos más vívidos son de cuando te conocí. Las circunstancias que nos llevaron al matrimonio no fueron las más propicias, sin embargo, seguimos juntos, la vida nos ha socorrido con tres hijos como tres soles y nuestra familia, mal que lo diga, es de causar envidia.

Pensaba. —‘Sin duda, a Papalotzin la inquieta la lejanía que implicará la iniciación de Coyote’ —pues desde hace días la notó melancólica. Le toma la mano propinándole unas torpes palmaditas mientras medita. —‘Debo tener paciencia a que Papalotzin me muestre la ruta; debo darme tiempo para acercarme a su inquietud. Mientras tanto, iniciaré sembrando el camino relatándole las peripecias que pasé cuando la conocí’.

Itzcoatl: Serpiente de Obsidiana.

En silencio, Papalotzin busca desenmarañar el sentimiento confuso que le produce ver que sus hijos crecen y se alejan. Itzcoatl medita para organizar sus ideas, sabe que no es fácil mantener una conversación tranquila cuando se presentan acontecimientos que causan desasosiego en el alma.

¿En donde iniciar? ¿Qué rumbo dar a la conversación? ¿Cómo debe abordar el problema? ¿De qué manera mantener una conversación que no termine en discusión? Papalotzin se lo pide silente pero ansiosa y él no atina a iniciar. En éste matrimonio, hablar abiertamente siempre a sido la mejor alternativa, aún cuando se tengan que tocar fibras sensibles. Los eventos que rodearon el inicio de éste matrimonio fueron difíciles y aún cuando se solucionaron satisfactoriamente, el gentil Itzcoatl teme evocar recuerdos que hieran a su esposa. Se arrellana en el asiento, inicia vacilante la conversación refiriéndose al momento que el destino puso en su camino a Papalotzin. Considera; ‘puedo hablar de cuando iniciamos nuestro matrimonio, en estos pasajes siempre nos reímos’. Dudaba, tal vez, porque en algunas cosas no ha sido muy claro o se las ha reservado. Vacilante inicia la charla que se prolongará toda la noche y parte del día siguiente:

—Mucho me he preguntado ¿por qué me fijé en ti? —al fin había empezado, Papalotzin no sintió más la necesidad de ofrecerle apoyo, le retira la mano que Itzcoatl sujetaba con los

dedos entrelazados, tomando el guacalito que tiene sobre las piernas con intención de trabajar ofreciendo a su esposo una plácida sonrisa haciéndole ver que pueden hablar sin detener sus trabajos.

Encaminado, Itzcoatl confía en que la conversación discurrirá por cauces pertinente y por fin se destapa:

—Al palacio del Ixtlixóchitl, con cierta regularidad, llegan mujeres para el tecuhtli: algunas como esposas, otras como concubinas, otras para cumplirle un capricho pues no se quedan por mucho tiempo. Así qué, la llegada de una más no debía haberme extrañado.

—Por esas cosas del destino, cuando en los corrillos del palacio se hablaba del nuevo capricho de Ixtlixóchitl, una núbil compañera que pasaba todo el día triste, como el gusanillo que se come al elote atacando unos granos para dejar otros intactos, el interés por conocerte se me fue metiendo poco a poco en el alma como una obsesión.

—Buscaba maneras de observarte en secreto; después, quise saber tú nombre, Papalotzin me dijeron; más adelante me interesaron cosas más particulares y supe que venías de Tlaminca, de una familia de maceguals agricultores nativos de estas tierras chapados en las viejas costumbres de su raza.

—Con Azcatl, el ama de llaves de la casa, paisana, de familia acomodada de Coatlinchan con quién he mantenido una muy buena amistad y a quién ocurro para estar informado de los entretelones del palacio, indagaba con sigilo sobre la nueva muchacha de Ixtlixóchitl. Me decía que habías dejado de comer y aseguraba que enfermabas de melancolía, llenándome de angustia.

—Desde entonces ya estaba enamorado de ti. Mis pensamientos, en el trabajo, en las conversaciones, en las reuniones, en todo lo que hacía, acababan en una imaginaria

situación de adolescente enamorado, como un muchacho de quince años que protagonizaba la trágica escena de una Papalotzin en peligro y yo su héroe salvador, o sea que ¡ya me tenías sorbido el seso! —al decir esto dirigió una pícaro mirada a su esposa que detiene el trabajo y lo observa regalándole una sonrisa de para animarlo a continuar.

—No podría afirmarlo, pero casi estoy seguro que Azcatl a quién no le hablaba de otra cosa que no tuviera que ver contigo, Papalotzin. Queriendo ayudarnos de la mejor manera al ver mí perdido enamoramiento y tú profunda tristeza, tuvo mucho que ver con la desazón que se fue apoderando de su Señora Matlalcíhuatl, la esposa principal de Ixtlixóchit, hija de Huitzilihuitl tlatoani de Tenochtitlan, y hermana de Chimalpopoca dos poderosos supremos hablantes de países vecinos.

—Como comprenderás, Ixtlixóchitl tenía que tomar muy en cuenta las opiniones de tan ilustre dama azteca, pactada como compromiso de alianza para ocupar el lugar de privilegio de esposa principal, honor irrenunciable para no agraviar a tan poderosos señores: suegro y cuñado —Itzcoatl estaba seguro de que Papalotzin conocía la prosapia de la señora, no obstante, consideró pertinente puntualizarla, pues era importante en los acontecimientos que a continuación se proponía relatar.

—Azcatl es una profunda conocedora del espíritu humano, que por su edad, inteligencia y larga experiencia en intrigas adquirida trabajando como ama de confianza de Ixtlixóchitl, había logrado hacerse confidente y consejera de Matlalcíhuatl; como te decía, había decidido orientar sus oficios de celestina a mí favor despertando en su señora la envidia, el rencor, pero sobre todo los celos hacia la recién llegada. Deslizándose en los momentos propicios enconosos comentarios acerca de la cándida belleza, la sobresaliente inteligencia y sobre todo, el gran interés que la núbil mujer despertaba en su bien amado tecuhtli Ixtlixóchitl. Unos: “¿no notó como la miraba nuestro

amo? O ¿no observó como se pone tierno cuando habla de ella? O ¿No se fijó en el regalazo que le hizo?” —cuando Papalotzin llegó, Ixtlixóchitl había ordenado a Azcatl que le diera ropas nuevas, pues su atuendo de maceguala estaba fuera de lugar en tan principal morada. Azcatl le entregó entre otras cosas, la tilma más ricamente bordada que había en ese momento. En fin, comentarios que deslizados en el momento apropiado producían desasosiego en el alma de Matlalcíhuatl.

—Utilizando el arte de la intriga inteligente que desarrollan las mujeres que gozan por mucho tiempo de cierta categoría y confianza de señores poderosos, Azcatl se aprovechaba del atávico resentimiento que una mujer siente hacia otra que pretende usurparle el lugar en la preferencia de su hombre. Manipulaba hechos, argüía situaciones siempre ficticias, adjudicaba sentimientos. En fin, trastocó de tal manera las percepciones de Matlalcíhuatl, que la manida mujer daba por un hecho que había perdido a su Ixtlixóchitl —Itzcoatl siente que la conversación va por buen camino, toma un respiro para ordenar sus ideas, e hilar la secuencia de eventos para no incurrir en una frase estructurada descuidadamente o que expresada con vehemencia altere a Papalotzin. ¡Ho gentil Itzcoatl, en ocasiones tan paternal y tierno que abrumaba a su vital esposa! Papalotzin ni se da por enterada.

—Un buen día, Azcatl se me acercó sigilosa diciéndome en voz baja, amortiguada con la punta de su tilma colocada sobre la boca y sujetándome del brazo con firmeza me dijo. “Itzcoatl sígueme, la señora Matlalcíhuatl quiere hablarte”. Estaba por demás advertirme que actuara con discreción, pues, el hombre que se atreva a visitar a las mujeres de un Tecuhtli en sus aposentos arriesga el pellejo. Mientras Azcatl me conducía por los pasillos, me adelantaba en voz baja pero clara, los motivos de tan inesperada invitación. Matlalcíhuatl se tomaba libertades apoyada en la protección de sus poderosos parientes, que en caso de no gustar a su esposo, lo obligarían a actuar sobre el

inocente invitado, limpiando la ofensa antes que contrariarla.

—Mis nervios, el repicar de los pasos sobre el piso enchapado en piedra y el susurrar de las ropas, impedían que discerniera los prolegómenos que Azcatl me transmitía. Lo único que saque en claro fue que se tratarían asuntos relacionados con Papalotzin y que me convenía.

—Entramos en el aposento, en la parte menos iluminada se percibía la figura de la esposa principal de Ixtlixóchitl. Desde allí salió una voz aterciopelada de aire zumbón, como el aletear de un abejorro que me invitaba. “Acérquese señor Itzcoatl, y póngase cómodo” mientras me ofrecía un taburete colocado frente a ella. La habitación estaba preparada para elevar la posición de los señores. Desde la hundida posición del taburete, su majestuosa figura se agigantaba y la mía se humillaba.

—Su actitud me hizo sentir molesto. En categoría social estábamos al mismo nivel, y como mujer, no podía tratarme como inferior, por muy esposa del Tecuhtli que fuera. En otras circunstancias habría denegado el ofrecimiento y permanecido de pie como protesta a la humillante sugerencia, pero, este no era momento para defender estatus ante una mujer azteca que se afianzaba en el respaldo de sus poderosos parientes. Agregado a esto, los aztecas cada vez que pueden, hacen sentir inferiores a las personas de otras razas. Dadas las circunstancias, le permití hacer valer el momento y acepté ser menospreciado.

—Para darte una idea de la manera de actuar de Matlalcíhuatl: muchas veces había comentado con Azcatl de los muchos problemas que el comportamiento despótico que su esposa principal le a causado a Ixtlixóchitl, especialmente con poderosos acolhuacanos proclives al resentimiento —Itzcoatl se siente afectado acentuando la última frase.

—Armándome de paciencia ordené pensamientos y

sojuzgue sentimientos, para no darle importancia al asunto. De lo poco que había entendido en las apresuradas advertencias de Azcatl, era que debería mantener una actitud sumisa para ganarme la confianza de Matlalcíhuatl.

—Sin disimular su intención, haciendo su tono zumbón amenazante, sin preámbulos me espetó. “Señor Itzcoatl, me han llegado rumores de que usted muestra un especial interés hacia la nueva concubina de mi es-po-so”. Hablaba Itzcoatl tratando de imitar la entonación de la señora: rechinando el tono despectivo de concubina y casi deletreando esposo.

—Sin esperar respuesta continuó su advertencia. “¡Usted sabe lo peligroso que es mostrar interés hacia una mujer de un Tecuhtli! ¡Puede irle en ello la vida!”. Se me secó la boca; sentí que los colores me abandonaban. Debo haberme puesto pálido: esperaba lo peor. La señora gozaba su momento.

—La dama se dio cuenta que sus palabras me habían inquietado como para obligarme a mantener la conversación en secreto sin importar los resultados. Prosiguió en tono más familiar. “Su actitud es más que notoria. Además de recomendarle que no sea tan evidente en dejar traslucir sus sentimientos, así, evitará que personas mal intencionadas o meros lambiscones enteren al tecuhtli de las pretensiones de su consejero hacia una de sus mujeres, obligándolo a actuar para limpiar su honra: en contra de usted, de la mujer o de ambos”... Se detuvo unos instantes para que la frase me impactara, prosiguiendo. “Mi intención, señor Itzcoatl es ayudarlo: para poder hacerlo, quisiera que me enterara de sus intenciones hacia esa muchacha”.

—Hay que meditar cuando la respuesta es una apuesta entre la felicidad y la vida. Percibiendo una tenue luz en el horizonte opté por desnudarle mis sentimientos, poniendo, sin que lo imaginaras, nuestra vida en sus manos o en las de cualquiera que escondido en la penumbra de la traición pudiera

escuchar. No se requería estar bien informado, bastaba insinuar a Ixtlixóchitl que su consejero, pero sobre todo su amigo, había visto con desfachatez a alguna de sus mujeres, para que él, por el simple hecho de no menguar en su poder, me matara, me mandara matar o me exiliara para limpiar la delicada honra del poderoso, sin que nuestra amistad contase como atenuante. Las apariencias mandan en el código de honor de los Tecuhtli.

—Con voz que aparentaba firmeza, le dije: “¡sí, señora, mis sentimientos hacia la dama son honorables y, lo suficientemente intensos para ofrecerle, si ella aceptara la unión matrimonial!”.

—Fue la verdad entonces, y vale ahora —dijo Itzcoatl, dirigiéndole una cariñosa mirada a su esposa, a quién le brillaron los ojos enternecidos por la sinceridad y las muestras de gentileza que cada vez que tenía oportunidad le prodigaba.

—Con esa forma estudiada que tienen algunos poderosos cuando quieren hacerse sentir sobre quienes consideran inferiores, Matlalcíhuatl aclaró. “Veo que dice verdad y que sus sentimientos hacia la muchacha son sinceros, estoy dispuesta a ayudarlo siempre que cumpla las siguientes condiciones: mantener en secreto esta conversación y que la lleve a vivir lejos de esta casa”.

—En realidad, quería decirme, “aléjela de mí hombre”.

—Nunca había cruzado palabra con Matlalcíhuatl, pero sabía de su temperamento intransigente y carácter sanguinario que le venía de raza. Así que no podía arriesgarme a que reaccionara con inquina hacia ti, Papalotzin, como suelen hacerlo ese tipo de mujeres contra aquellos que invaden su territorio: determinantes cuando tienen el poder o maquiavélicas cuando lo pierden y tienen que moverse en la oscuridad, pero siempre peligrosas.

—Después de haber escuchado tal ofrecimiento, no me

quedaba otra que aceptar su ayuda, además, las cosas iban tomando el rumbo que nos convenía. Con oficios tan próximos a Ixtlixóchitl se abría una tenue esperanza. Lo que por la mañana se me hacía imposible, por la tarde fue alcanzable. Arriesgaba en el juego de las intrigas aceptando lo que viniera, confiando en Azcatl, testigo silente de esta plática, quien, aún considerando nuestra amistad, en caso de tener que intervenir lo habría hecho, con sobrada razón, a favor de su señora.

—Si los resultados de la labor de convencimiento que tuvo que urdir Azcatl para convencer a Matlalcíhuatl del falso enamoramiento que abiertamente demostraba Ixtlixóchitl hacia la nueva esposa fueron increíbles; el trabajo que tuvo que efectuar Matlalcíhuatl para convencer a su esposo de lo inapropiado de tener una concubina campesina, de casta inferior para la calidad de un Tecuhtli que aspiraba a ser el Tlatoani del Acolhuacán, resultó inconcebible.

—Ixtlixóchitl había evidenciado un notorio cambio en su comportamiento a raíz de que llegaste al palacio, tornándose retraído, taciturno y divagante, cambios que pudo interpretar Matlalcíhuatl como enamoramiento de adolescente. Alteraciones de la personalidad exquisitamente aprovechados por Azcatl. En suma, tú llegada a esa casa cambió la vida de muchos personajes importantes, incluyéndome a mí.

—Ts, Ts ¿Acaso cuando lo conocí era usted un personaje? Un tutor de Coatlinchan en casa de un Tecuhtli poderoso, un buen tutor, ¡eso sí! Pero, personaje —interrumpió en tono jocoso Papalotzin para desviar la atención de su esposo sobre los cambios de personalidad de Ixtlixóchitl, que en ocasiones Itzcoatl interpretaba como enamoramiento, despertándole celos. También para liberar un poco de tensión que le estaba provocando escuchar en la plática, de su calidad inferior, aún cuando comprendía que era necesario si se querían escuchar verdades.

Itzcoatl entiende que la intervención es una inocente broma de su esposa, respondiéndole con el mismo talante. —Para quedar en paz, digamos que apenas personajillo —ya de vena conversadora, Itzcoatl continuó entusiasmado.

—En los corrillos del palacio se hablaba del secreto a voces: “la última conquista del Ixtlixóchitl le ha sorbido el seso, hasta parece que esta enyerbado”.

—Es posible que el mismo Ixtlixóchitl haya despertado en mí el interés hacia ti Papalotzin, voy a irme un poco más atrás. Justo el día siguiente a tú llegada, durante la sesión de trabajo un demacrado Ixtlixóchitl con muestras evidentes de haber pasado una mala noche, me consultó sobre los signos de los astros con respecto al destino de un niño que se hubiera engendrado la noche anterior. Atando cabos, puedo decirte que de dos cosas estaba seguro el hombre: que tendría un hijo contigo y que estaba predeterminado por los astros a ser un personaje importante en Acolhuacán.

—Mucha debe haber sido su inquietud para que me consultara sobre augurios, sabe que el tema no me agrada, para esto cuenta con buena cantidad de buenos adivinos y astrólogos. Pero a los poderosos no se les puede responder con evasivas si no quieres perderte su confianza y el estatus dentro de la corte. Así que poniendo a trabajar el magín, después de hacer unas pocas cuentas de días y meses, elaboré una respuesta verosímil, considerando la fecha probable del supuesto nacimiento, momento que los adivinadores basándose en la posición de los astros y los míticos animales totémicos predicen generalidades de la futura vida de los niños.

—Después de tener la respuesta, se la fui razonando en voz alta: “El niño nacería el año de Ce-Tochtli, en el día de Cematzal y época de Tocsotzintlan”. Conozco las preferencias de los augures, y le presumí: “sería mejor que naciera a la media noche”.

—El taimado de Ixtlixóchitl ya había consultado a sus adivinos, enterándome de que le habían pronosticado: “El niño sería perseguido y acosado, pero con la protección de los astros y animales ascendientes: según el año, viviría oculto como el conejo hasta que llegara su hora; del venado obtendría la agilidad y habilidad para presentir en el bosque de la vida; al nacer en el mes de sembrar, su vida sería muy productiva, y si además el niño naciera a media noche, la hora del sagaz coyote, llegaría a ser un poderoso y sabio Huei-Tlatoani del Acolhuacán” a medida que Itzcoatl enunciaba los augurios Papalotzin palidecía, inclinando más la cabeza sobre el guacalito, esperando que su angustia pasara desapercibida a su esposo. Este, enfrascado en el relato tenía la vista clavada en el fogón sin prestar mucha atención a su esposa.

—Los adivinadores conocen lo esencial de la astronomía, al coincidir en días de duración en el embarazo de una primeriza, las conclusiones fueron similares. Situación afortunada, pues una diferencia de días e incluso horas hubiera llevado a diferentes conclusiones.

—Ante la confirmación de la predicción, Ixtlixóchitl palideció. Tantos puntos comulgaban en las predicciones que impactaron su supersticioso carácter. Era una explicación razonable a los cambios en la forma de ser de Ixtlixóchitl después que te conoció, pues no es un hombre que pierda la cordura por un ¡quítame de aquí estas pajas!

—¿Qué le ocurrió? ¿Qué fue lo que inquietó el espíritu de éste hombre, criado poderoso para dirigir a su pueblo? ¿Posiblemente nunca lo sabremos!

—Para todos sus hijos, y son muchos, solicita los oráculos de los adivinadores, pero nunca me consultó sobre alguno en particular.

—¿Qué virtudes le abrogaba a Coyote?

—Quizá no lo sepamos nunca, pero nos afecta directamente Papalotzin, por lo que a mí respecta, no descansaré hasta encontrar una respuesta plausible a su inaudito proceder.

La angustia de Papalotzin al recordar momentos trascendentales en la corta vida de Coyote se reflejaba en un leve temblor en las manos. Tal vez, sí Itzcoatl se hubiera percatado del desasosiego momentáneo de su esposa, la conversación habría tomado otro rumbo. Pero simplemente continuó.

—A Ixtlixóchitl, como descendiente de chichimecas, más que el orgullo de padre lo guía la soberbia de sentirse superior, siente una necesidad ominosa de engendrar hijos que no le desmerezcan y mejor aún, que le superen en poderío y logros.

—Tal vez por los buenos augurios, digo yo, siempre ha mostrado un interés especial hacia Coyote y una imperiosa y enfermiza necesidad de mantenerlo oculto.

—Desde entonces, el temperamento de Ixtlixóchitl se tornó meditabundo, decían que era por los problemas que estaban ocasionando las agresiones de los tecpanecas, pero yo creo que era por la ansiedad de proteger su estirpe de huei-tlatoani, esa de los omnipotentes Supremos Hablantes con poder de vida y muerte, aún cuando fuera en la figura de su ocultado hijo.

—¡Y como te digo Papalotzin! No he podido comprender la causa de este súbito cambio en su temperamento. Cuando lograba alejarlo de la abstracción, a mis discretas preguntas sobre sus cambios de personalidad siempre me contestaba: “Itzcoatl, es que se nos vienen encima tiempos difíciles”

Lo que Itzcoatl trababa de dilucidar, era el respeto reverente de Ixtlixóchitl hacia el hijo que entonces se desarrollaba en el vientre de Papalotzin que cada día abultaba más. Algo muy profundo ocurrió en el único encuentro del

Tecuhtli con la ‘plebeya’ macegual. Tan determinante fue, que el gran señor nunca más la solicitó para descargar sus necesidades sexuales, por fortuna, pues esa única agresión había matado el carácter de una bella niña: de lozanía de mariposa entre flores de haba al medio día, parlanchín y bullidor del colibrí, que cualquier hombre se vanagloriaría de presumir como pareja, disfrutar como esposa, y complacerse como mujer; pero ésto, al momento que ocurrían los hechos, Itzcoatl apenas intuía, sin imaginarse todo lo que tendría que pasar para revivirlo.

Tiempos aciagos para la nación Acolhua se percibían en el horizonte. La amenaza de los teapanecas, al mando de Tezozómoc, Señor de Azcapotzalco, los conflictos con otros gobernantes de ciudades aztecas, y los siniestros presagios del inminente arribo de hombres de tez pálida que siguiendo al sol llegarían a conquistar a las naciones indígenas. Eran problemas adicionales que bullían en el cerebro de Tecuhtli Ixtlixóchitl. Por lo pronto, urdía un plan que debería ser perfecto para que éste hijo suyo, al que los augures proclamaban como un predestinado, para el tecuhtli poco menos que un Mesías al que acechaban miles de peligros, viva para cumplir su destino. Su exaltada vanidad por incondicionales sacerdotes y augures le hacen creer a pie juntillas que conseguirá la jerarquía de deidad sí él o alguno de sus descendientes lograra ser Supremo Hablante.

Ixtlixóchitl maquinaba. “Los primeros pasos para asegurar este destino, es la cuidadosa elección de un mentor que se encargue de darle educación apropiada al rango y estirpe; y además, evitar a toda costa que el pueblo me asocie con el embarazo de Papalotzin, pues la mujer, aunque agraciada, es una macegual, una plebeya de casta inferior. Sería muy conveniente que el mentor actúe como padre putativo el tiempo necesario para que mi hijo alcance la madurez intelectual y formación guerrera para fungir como Supremo Hablante. De

este modo, el cuidado y educación del niño, al menos hasta su pubertad, estará solucionado. Además, el padre putativo no debe desmerecer en calidad social y moral a la importancia de un Tecuhtli”

A Ixtlixóchitl también le preocupaba la manera de demostrar, llegado el momento ante el consejo de notables, compuesto de descendiente de chichimecas que ese muchacho era de la misma sangre y que las circunstancias lo habían obligado a mantenerlo oculto, asignándole un tutor que habría fungido como padre fantoche.

Las costumbres impuestas por los invasores chichimecas y reforzadas poco después por los aztecas, en las que demostrar impoluto el linaje de un hombre era una cualidad irrenunciable para que pudiera ser elegible para huei-tlatoani. Los nacimientos en las familias de los tecuhtli, y más en los tlatoani, eran cuidadosamente registrados por los relatores que transferían la historia de manera oral y por aquellos escribanos que elaboraban los códices, en papel, piel o en estelas de roca.

Después de desgastarse mucho tiempo buscando una solución al asunto, llegó a la conclusión: “Él, Ixtlixóchitl Ometoxtlí, debería ser elegido huei-tlatoani del Acolhua. Sólo entonces, podría ejercer presión y ‘sugerir’ a relatores y escribas que refirieran lo que a él conviniera. Además, ya como huei-tlatoani, su recomendación para elegir sucesor tendría el efecto de orden para el Consejo de Notables, aún cuando no fuera de su familia, siempre que su linaje fuera comprobable aún cuando nunca se supiese que era su hijo. ¡No había otro camino, era imperativo llegar a ocupar el cargo de huei-tlatoani del Acolhua!”. Esta obsesión marcaría su manera de actuar hacia la consecución de ese objetivo.

Hasta este punto, las situaciones encajaban a las mil maravillas. El maquiavélico plan parecía perfecto, salvo por una pequeña cuestión: ¿A quién nombrar padre putativo? Había repasado una y otra vez los nombres y cualidades de

quienes formaban parte de la corte, de algunos otros allegados y parientes, y no había encontrado a nadie a quien confiar tan delicado encargo y pesado secreto, extrañamente no pensó en Itzcoatl. En el mundo de intrigas en que se movía, no podía confiar en nadie, por muy pariente que fuera, o santo que pareciera.

Por esas cosas del destino, los acontecimientos se iban encadenando de manera tal, que sin ellos pensarlo, el proyecto de Azcatl deslizado subrepticamente pensamientos celosos en la mente de Matlalcíhuatl para casar a Itzcoatl con la nueva concubina, se complementaba a las mil maravillas con los planes de Ixtlixóchitl de encontrarle un padre putativo a su futuro hijo y heredero del poder en Acolhuacán.

Hay dos situaciones en las que las mujeres pueden lograr de sus hombres lo que les venga en gana: uno, antes de tener sexo, haciéndose las remolonas después de excitar desmedidamente al hombre, como la esposa del rajá en los interesantes cuentos de las mil y una noches; y el otro, después de un apasionado encuentro, momento en que el varón relaja, incluso, cerebros tan disciplinados como el de Ixtlixóchitl.

Matlalcíhuatl, acicateada por los celos, fue especialmente hábil en el segundo. Así, aparentando indiferencia, una noche en que llevó a su marido al paroxismo de la satisfacción le preguntó, como quién no le da importancia al asunto. —¿Te has fijado como mira Itzcoatl a tu nueva concubina?

Ixtlixóchitl, dentro del sopor de satisfacción, le respondió. —No, voy a estar atento.

Matlalcíhuatl no habló más del asunto, no quiso correr el riesgo de que en la mente de su esposo se sobrepusiera el macho, trocando el paroxismo en furibunda frustración. Consideró que la semilla estaba sembrada, más nunca imaginó que florecería con tanta rapidez.

Itzcoatl detuvo el relato al sentir la mano de Papalotzin,

que ya se había tranquilizado, sobre su brazo como advertencia de que rompería la atención, antes de levantarse a colgar en la pared el guacalito de Coyote.

Itzcoatl era un hombre respetuoso de las leyes pero de ninguna manera recalcitrante, sabía, al igual que Papalotzin, que los guacalitos con las ofrendas de juguetes que los niños iniciados debían llevar a la ceremonia debían ser preparados por ellos mismos y en todo caso asistidos lo menos posible por el padre. Aún cuando Papalotzin lo adornó de forma austera, de ninguna manera reflejaba la mano de un niño. El diligente cariño con el que Papalotzin había preparado la cajita de leños hizo que Itzcoatl expresara en voz baja. —Otra ley absurda entre las muchas que debemos acatar.

—¿Qué me dices? —pregunto Papalotzin al escuchar rumorar a su esposo.

—¡Que te quedó muy bien el guacal de Coyote! —improvisó Itzcoatl.

Papalotzin tomó el de Itz que colocó en el piso, a la par de donde se sentaba; se dirigió a la alacena, y después al fogón, para preparar chocolate.

Sólo se oía el tintineo del batir del molinillo en el cacharro que desprendía espumas de olores. Mientras tanto, Itzcoatl se levantaba a caminar un poco para estirar las piernas; hurgando por las ollas que hacían de alacena, encontró en una panzona unos tamales que días atrás había visto guardar a Papalotzin.

Cuando la estimulante bebida tomó su punto, Papalotzin vació el contenido en dos jarritos más pequeños. Uno se lo dio a su esposo y el otro lo llevó consigo al lugar donde había estado trabajando. Se sentó y acomodó; tomando el jarrito con ambas manos, le dijo su esposo. —¡Ya está! Ya podemos continuar.

Itzcoatl se acomodó al lado de su esposa ofreciéndole uno

de los tamalitos que Papalotzin no aceptó pero se ofreció a calentar. Itzcoatl ya había despachado el primero y se proponía empezar con el otro, así frío. Se llevó el jarrito a los labios aspirando el chocolate con un sonoro sorbo obligado por lo caliente de la aromática bebida. Engulló el otro bocadillo y dijo a su esposa: no gracias, sigamos en lo que estábamos, reanudando la conversación.

—Poco tiempo después de la secreta conversación con Matlalcíhuatl, Azcatl me buscó para adelantarme, según ella, una esperanzadora noticia: “se prepara al vapor una ceremonia matrimonial para unos personajes importantes del palacio” Nunca me imaginé que Azcatl estuviera hablando de la nuestra.

—Dos o tres días después del anuncio de Azcatl, Ixtlixóchitl me mandó llamar a la sobria y recogida habitación que usaba como despacho personal. Recostado sobre un taburete de madera ricamente forrado con orladas telas y mullidos cojines. Me ofreció un asiento similar, donde me acomodé dispuesto a escuchar, me dijo: “taimado Itzcoatl, peligroso como víbora de cascabel y filoso como cuchillo de obsidiana”, así puntualizado cada apelativo de mi nombre, tratamiento familiar que usa de vez en cuando. Me alertó la intención jocosa que usaba para hablarme de alguna pillada que cometí; prosiguió. “Hace pocos días mi esposa Matlalcíhuatl me dijo, como en broma, que te veía interesado en mí nueva esposa. Desde entonces, sin que te dieras cuenta, te he observado cuidadosamente, y me parece que Matlalcíhuatl tiene razón ¡hasta babeas cuando la miras!”

—Este tratamiento tan familiar no me extrañó, pues cuando está de buen humor, se dejaba ir a aquellos no lejanos tiempos cuando éramos un par de desobligados jóvenes. No obstante, me extrañó la afirmación de “¡haberme visto!” pues las pocas veces que me atreví a mirarte, cuidé que nadie me observara. Quizá me veía a través de los ojos de Matlalcíhuatl. Pudo ser también que se hubiera enterado por terceras personas o tal vez

fue una discreta labor de la que se encargó Azcatl. También es posible que haya notado los cambios de enamorado que me ocurrían y antes le pasaron desapercibidos.

—Cuando uno está apasionado, no mide los peligros, y en las casas de los poderosos, donde muchos andan a la caza de favores, los techos tienen ojos y las paredes no guardan secretos.

—El rumbo que estaba tomando la conversación me dio un poco de temor que no pasó desapercibido a Ixtlixóchitl, hombre entrenado en deducir de los semblantes, las reacciones de sus interlocutores, y aún más, provocándolos para disfrutar las angustias de saberse descubiertos.

—Esperó prudente, sabedor del efecto que me había provocado, a que recompusiera el semblante, me inquietó nuevamente lanzando una propuesta en tono autoritario y frío que no dejaba lugar a dudas respecto a la respuesta que esperaba de un buen entendedor: “Itzcoatl, si no te importa que la muchacha lleve en su vientre un hijo mío, te la puedo dar como esposa o compañera... ¡Tú dirás!”

—Era como agua en el desierto. Mientras mi corazón clamaba por gritar “¡Sí señor, por Papalotzin lo acepto todo!” , la cordura me indicó que el momento no era para mostrar alegría, así que fingí asombro y algo de indignación. Durante las noches de desvelo, había cavilado fugas, escapes, robos, y muchos planes para poder estar juntos, pero ninguno pudo acercarse ni por asomo a la propuesta de Ixtlixóchitl.

—El tecuhtli dio por sentada mi respuesta afirmativa, además, poco hubiera podido hacer ante una pregunta que para los poderosos lleva implícita la orden. Así que acepté, aún a sabiendas que tú —señalando con la cabeza a Papalotzin, quién lo escuchaba atentamente dejando de sorber del jarro— siendo la más afectada, posiblemente ni siquiera estabas enterada que tú destino estaba siendo determinado por los caprichos del

poderoso Tecuhtli Ixtlixóchitl y la complacencia de tú enamorado.

—Si me hubiera negado habría buscado a otro y no estaba dispuesto siquiera a imaginarlo. Me puse a pensar, que cabía una remota posibilidad de que si me hubiera negado sabiéndole un secreto de tal magnitud, me habría mandado matar, o me habría corrido de su casa, o me hubiera hecho desterrar pidiéndole a Techotlalatzin el Huei-Tlatoani que me nombrara su calpixque en un lejano poblado del país.

—A medida que fui razonando los hechos, la alegría me fue embargando sin pensar en otra cosa que no fuera imaginar el momento de estar junto a ti. Ni siquiera medité en la importantísima consecuencia de que llevabas en tú vientre al hijo de Ixtlixóchitl.

—El resto de la conversación ocurrió sin que me diera cuenta cabal de lo que pasaba, pues lo que quería era que terminara. Ante la dicha de verme unido a ti, ya había aceptado todas sus condiciones y caprichos sin medir las consecuencias.

—Para finalizar me dijo: “Sin embargo, Itzcoatl, debes comprometerte a mantener en secreto la paternidad del niño, deberás criarlo como si fuera hijo tuyo, no tocarás a la muchacha, sabes a que me refiero, mientras lleve a mi hijo en su vientre, como si se fueran a mezclar las sangres o lo pudiera contaminar; te irás a vivir con tú compañera lejos del palacio y de nosotros, de esta manera hago prevalecer mí dignidad, aunque el verdadero interés estriba en mantener alejado al ‘muchacho’ de mí peligrosa proximidad. Para que inicien una vida de señores como lo merece mi hijo, Matlalcíhuatl y yo hemos pensado en obsequiarte la casita que uso para cuando voy de cacería por los montes de Tequexquinahuac... Y para algunas otras cosillas.”

—Cuando Ixtlixóchitl me propuso lo anterior, sentir la mano invisible de un ángel protector, nuestra amiga Azcatl

actuando a través de su señora Matlalcíhuatl.

—La situación había cambiado: ya no me estaba ordenando, le estaba haciendo un favor. Nos sacaba de su casa, pero no de su presencia. En ese momento creí que los obsequios habían sido una sugerencia de la Señora, pero pensándolo bien, todo lo dispuso Ixtlixóchitl sin enterar a Matlalcíhuatl por el hecho de que sus mismos hijos con la dama serían un serio peligro para Coyote. Como se dieron las cosas, nos hacíamos un favor en aras del lazo de amistad que nos vinculaba desde los lejanos tiempos de la conscripción. En esta cultura de amistad se crean lazos de cofrades indisolubles mucho más fuertes, incluso, que los lazos de sangre.

—Volvíamos a nuestras mutuas ilusiones juveniles, a nuestros secretos y situaciones antes de que nuestro origen separara nuestros destinos: él fue educado como Tecuhtli, y yo, supongo que por dotes para enseñar, como mentor, relator y astrónomo de casa grande, con un lugar de importancia en el calmécac de Texcoco.

—En la aceptación no hubo sumisión de mí parte, no obstante nuestra amistad, su ofrecimiento destilaba la soberbia disfrazada del poderoso, determinada por la enconada convicción de que sólo llegan a ser Tlatoani los predestinados por los dioses, quienes los elegían para ocupar un lugar entre ellos. De ninguna manera comparto esa manera de pensar y actuar, para mí tuvimos un digno acuerdo entre caballeros y amigos:

—¡Yo me comprometía a cuidarle y educar a su hijo; él a facilitarme la felicidad de unirme a la mujer que amo! A ti Papalotzin, aunque él no lo sabía

Papalotzin lo observó enternecida. A Itzcoatl, un nudo que amenazaba cerrarle en la garganta lo obligó a proseguir con voz enronquecida:

—¿Recuerdas lo apresurado e íntimo de la ceremonia? Hasta entonces me di cuenta, toda vestida de blanco, que eras una niña. Quedé admirado de tu belleza, y de todos los dones que te imaginé y ahora reconozco, me quedaron cortos —le dijo a la esposa con fervoroso reconocimiento. Ella, en un estado de paz interior, le devolvió una encantadora sonrisa para después, tornar a la labor con el guacalillo habiendo prestando a Itzcoatl toda la atención que la sabida confesión merecía. Itzcoatl había aprendido de su esposa, que las mujeres podían atender a dos o más cosas al mismo tiempo sin perder interés en ninguna, así que continuó.

—Ixtlixóchitl hizo venir al sacerdote, al escriba y al relator oficiales, como tenía que hacerse para un pilli descendiente de chichimecas. Ixtlixóchitl se mostró animado, y Matlalcíhuatl, en su papel altivo y desdeñoso de gananciosa señora que se había quitado de enfrente a una terrible rival en amores, o lo que es peor, de los favores de su esposo, según las consejas de Azcatl.

—¿Verdad Papalotzin, que nuestra boda fue discreta pero bonita? —Papalotzin, quién asistió a la ceremonia arrastrada por las circunstancias, traumatizada en cuerpo y alma, y con un ocultado embarazo, como mera invitada de piedra. Sin que su comportamiento fuera extraño, participó dejándose llevar maquinalmente. Para un buen observador y no para un embobado enamorado como Itzcoatl, su estado pudo considerarse catatónico.

Papalotzin en silencio se dolía por no recordar la ceremonia que tanto significaba para Itzcoatl. Desde hacía mucho tiempo, había decidido disfrutar ese momento a través de las vivencias de su amado esposo. Itzcoatl percibió algo diferente en ella, pero no le dio importancia continuando sin sospechar la verdad.

—Recuerdas que al oscurecer, después de la opípara

comida ofrecida por los señores, se retiraron un poco achispados por el neutle dando por terminada la ceremonia. Con apresurada cortesía, la servidumbre nos fue arrimando a la salida, donde nos esperaba una escogida guardia. Uno de ellos nos dijo, “síguenos”, nos hacían caminar con tanta premura que no nos dábamos cuenta hacia donde nos llevaban.

—Yo sí, tomamos rumbo ha Xocotlán, luego hacia Tequexquihuac. Se me fue aclarando el cerebro nada más salir de esa casa y respirar el aire del campo, —apuntaba Papalotzin exactamente el momento en que empezó a aclarársele la memoria. Siguió con su tono suavcito y cantarín de campesina— también me acuerdo que llegamos ya muy entrada la noche. Los guardias casi nos empujaban hacia el interior de una casita de puertas y ventanas desvencijadas y con pocos muebles. Dejaron en el piso, sin ningún cuidado, los cuatro bultos que cargaban unos talmaites y constituían nuestro ajuar, obsequios de los señores y nuestra ropa. Creo que por la lejanía de Tequexquihuac, en esta gente no ha calado la influencia de chichimecas y aztecas, nos recibieron con una sencillez y amabilidad que los caracteriza. Pensándolo bien, siempre hemos tenido buenos vecinos, no nos podemos quejar.

Ante la animada participación de su esposa, un retenido suspiro y una amplia sonrisa de tranquilidad inundó la faz de Itzcoatl.

—Mientras revisas las lámparas y avivas el fuego, voy a ver a los niños —propuso Papalotzin, levantándose con el guacalito de Itz preciosamente adornado que hacía girar lentamente ante sus ojos complacida de su obra. Lo colgó en una percha, atándolo cuidadosamente, no fuera a caerse. Para estirar el cuerpo, se dirigió a la habitación donde dormían sus hijos. Notó que Itz sonreía agitando manos y pies, y ella también sonrió. La vehemencia del niño en todo lo que emprendía también se reflejaba en sus inquietos sueños. En ese

momento, posiblemente corriendo aventuras en la próxima fiesta, cargando un desastrado guacal en la espalda.

La casita.

Papalotzin salía de la habitación de los niños, sonriente con la cabeza sobre el pecho y negando muy despacio, viéndose a la misma edad en la exuberancia de Itz. Era de esos momentos que son enteramente de uno.

—¿De qué maldades te acuerdas que te vienes riendo? —le preguntó Itzcoatl, al ver el semblante radiante de su esposa.

—¿Maldades mías...? ¡Ninguna! Itz debe estar soñando que está cazando, o pescando, o trepado en algún árbol, o corriendo aventuras con su hermano, o con el abuelo, o jugando con amiguitos en la festividad de mañana, es incansable —respondía Papalotzin descolgando el guacalito más finamente acabado de Coatlali.

Se acomodaron nuevamente en los banquitos. Papalotzin se puso a engalanar el guacalito de su hija; Itzcoatl prosiguió con la conversación.

—¿Recuerdas Papalotzin, las cosas con las que iniciamos nuestro matrimonio? Dos atados de ropa guardados apresuradamente, un petate grande, dos pequeños y un poco de alimentos. Era todo y sólo la ropa nuestra, el resto, incluyendo la casa, obsequio de Ixtlixóchitl.

—Dos desconocidos que el destino había puesto en el mismo lugar en un momento especial, cuya unión se podía

esperar difícil empezando por la diferencia de edades, pues eras una niña originaria de estas tierras, maceguala profundamente arraigada a tus costumbres, unida sin que se te tomara parecer a un hombre maduro de origen chichimeca. Lo mejor que nos pudo suceder es caer en éste pueblito de Tequexquihuac, un villorrio perdido en las faldas de la montaña, elegido cuidadosamente por Ixtlixóchitl para alejar a su hijo Coyote de las intrigas que le rodean. Apartados de las críticas sociales, hemos vivido con la libertad de no ser reiteradamente juzgados.

—Por la falta de uso, la puerta de la casita se resistía a dejarnos entrar, uno de los guardas la abrió de un fuerte empujón. Enérgico entró, seguido de su cohorte, revisó a vuelo de pájaro bajo la luz plateada de la luna, dejaron los atados y nos dijeron: “señores están servidos, nos retiramos”. Sin esperar respuesta se alejaron a paso rápido acompañado de avisos de perros.

—Junto a un fogón apagado desde hacía mucho tiempo extendí uno de los tres petates; consideré que no querrías hacer otra cosa que descansar; con el atado que emanaba aromas de mujer te improvisé una almohada.

—Itzcoatl ¿cómo fue que distinguiste que olía a mujer? Seguro estás presumiendo —preguntó Papalotzin con un aire intencionalmente inocente.

—Te lo voy a decir de otro modo para que no te den celos. Con el atado de ropa que no olía a mí, te improvisé una almohada, invitándote a que ocuparas la estera para dormir —le respondió Itzcoatl acorde al tono de su esposa.

—Quizá porque era la primera vez que te observaba con libertad, aquella es la imagen más nítida que tengo de ti. Te sentaste sobre los talones dejándote ir hacia un lado quedando con las piernas dobladas; te quitaste los caites con suelas de ixtle acomodándolos juntos cuidadosamente al pie de la estera,

acomodaste la improvisada almohada recostándote de lado hecha un ovillo, con el apagado fogón a tu espalda. Exhalaste un largo suspiro y dormiste profundamente.

—He pensado mucho sobre la rapidez y lo relajado que dormiste esa noche. Hasta hace poco consideré que había sido por la ajetreada salida del palacio, la larga y empinada caminata desde Texcoco recorrida al paso andariego que marcaban los guardianes y por tú embarazo. Ahora me dices que fue la sensación de sentirte liberada de la angustia que te provocaba estar encerrada en la casa de Ixtlixóchitl.

—No sólo era el encierro —aclaraba Papalotzin— me abrumaba la omnipresencia de Ixtlixóchitl. Al dejarlo atrás pude abandonarme al sueño como no lo hacía desde que entré a esa casa.

—Ya no te dabas cuenta, preparé mi estera allí —señaló Itzcoatl el lugar del piso que había elegido para extenderla en aquella primera noche matrimonial— en silencio tendí el petate a una distancia que me pareció prudente para no ofender tu pudor...

—¿No ofender mi pudor? ¡Ganas no te faltaban! —Papalotzin estaba segura que Itzcoatl nunca pensó de esta manera, pero estaba de vena chacotera.

—¡Sabes que no fue así! —el tono de la respuesta de Itzcoatl mostraba que se conocían muy íntimamente para no resentirse por una inocente broma—. Estaba inquieto, cansado pero sin sueño, así que salí de la casa dando tumbos en la oscuridad de lo que podríamos llamar muy forzosamente aposento. Me acomodé en la atarjea, que rumoraba remolinos del agua corriente que desde la naciente en la montaña hacía suyo el frío de la noche. Con el cuenco de las manos tomé unos sorbos enjuagándome la cara con el resto. El agua fría despabiló la poca modorra que me había provocado el agitado trajinar del día.

—La naturaleza de mi trabajo hace que frecuentemente me desvele observando los cielos. Desde esa noche, lo que hasta entonces fue placer, se transformó en una situación insufrible que me impidió gozar del trabajo. Al inicio de nuestra unión anticipé algunos problemas, pero nunca tan peliagudos.

—Empecé por tomar conciencia de nuestra situación, me puse a hablar en voz baja clavando la vista en el pequeño remolino que formaba la corriente en la esquina de la acequia. Los pensamientos que provocan insomnio, agrandan el problema y alejan las soluciones. Se me ocurrían situaciones inverosímiles, sin ilación. Se me venían a la mente sin orden ni concierto incongruentes pensamientos relacionados con el nombre de Tequezquahuac: ¿Qué sí mis pensamientos se agregaban a la corriente del agua para ser depositados en el jagüey de Chapingo? decía, y después de un rato repetía. Sí los lodos de ese jagüey hablaran cuántas honras destruirían, cuántas alegrías contarían, cuántas tragedias dormirán asentados en el fondo, enterrando para siempre las intimidades de este pueblo. La verdad es que me sentía culpable e inseguro de tu reacción. ¡Con sobrada razón!

—No sé por cuanto tiempo estuve diciendo sandeces al remolino hasta que el frío de la madrugada me hizo tomar juicio terminando como un zafio, regañando al arroyo como si éste tuviera la culpa: “¡agua con sabor duro en que momento vine a probarte, me espantaste el sueño y alborotaste el alma, mal quedas con este hombre que recién llega a tus dominios!”

—Entré a la casa de la misma manera en que salí: sigilosamente para no despertarte. Me recosté sobre la estera, con la cabeza sobre el atado con aroma a mí, tratando que el vacío de no distinguir el techo en la oscuridad me ayudara a pescar al huidizo sueño. Éste se resistía en una duermevela inquieta de pensamientos hechos pesadillas: del compromiso de cuidarle el hijo a Ixtlixóchitl; de como cuidar a un hijo con dos padres y una madre; de lo alejado que estaba este villorrio

de la civilización; del camino que tendría que andar y desandar todos los días; de cómo tomarías mi insensatez, pues ni siquiera estabas enterada de lo que ocurría. Como verás razones no faltaban. Finalmente, el cansancio venció al desasosiego, ya aclaraba cuando me dormí profundamente. Entérate de lo poco informado que estaba, y lo mucho desconocía de los campesinos, y más de ti, pues creí que a esa hora aún estarías dormida.

—Cuando el sol estaba en lo alto del cielo, me despertaste con tímidos jaloncitos a la tilma saludándome muy educada: “¿Cómo durmió el Señor?” ¡Bien! te respondí balbuciendo atolondrado por el sueño pesado e inquieto, que me impidió enfocar el entorno, que poco a poco se fue desvelando, lenta, pero irremisiblemente. Me pregunté necio: “¿qué hago aquí...? ¿En qué momento he pasado de una habitación lujosa y cómoda a ésta choza en un pueblo dejado de Dios?”

—Algo muy adentro de mí, me hizo reflexionar. Me obligue, antes de todo a conocerte, a interesarme en lo que sentías y preocuparme por lo que estabas pasando. De alguna manera era consciente de que con una actitud despótica te perjudicaría para vivir ausente, tal como estuviste en la casa del tecuhtli. Y que pasare lo que pasare no te abandonaría.

—Gracias a Dios el juicio me aconsejó ser gentil. Con toda firmeza consideré que los estratos sociales, jerárquicos, sexuales, no deberían ser motivo de sujeción u opresión. He creído, como lo sabes, que existe un sólo Dios, Monoyocoyani, creador de Sí mismo y de todo el Universo, que hizo a hombres y mujeres iguales en derechos y obligaciones.

—Actué arrastrado por la irrefrenable pasión, afortunadamente en el momento que te observé preparándote para dormir me sobrevino la medida del amor, tenía que preocuparme de muchas cosas que no podrían terminar bien con un proceder apasionado. No estaba arrepentido, como no

lo estoy ahora y no cambiaría nada de lo que hemos vivido; simplemente meditaba sobre nuestra condición.

—Las personas no tenemos gobierno sobre muchas situaciones, nací chichimeca según mi madre descendiente de Xólotl; como tú naciste maceguala en Tlaminca, india de pura raza texcocana que muy probablemente tiene sus orígenes en los antiguos teotihuacanos. Yo pertenezco a una raza invasora odiada por los naturales. Pero así son las cosas, debemos aceptarnos tal cuál o vivir siempre resentidos.

—Me preocupaba un poco, él cómo enfrentar a la elite social pilli con su moral dual: aceptan el concubinato pero están en contra de los matrimonios con las clases inferiores, fueran macegualas, y no digamos con mayeques o tlalmaites. De cierta manera agradecía que Ixtlixóchitl nos hubiera forzado a vivir en esta lejanía. Papalotzin: ¡que vanidoso y simple era entonces!

Papalotzin decidió interrumpir a su marido, pues no le gustaba que se mortificara por su arrepentida altivez e inconsecuente orgullo que, por lo menos a ella nunca le mostró, y como él mencionó: “son situaciones con las que uno nace”.

—Itzcoatl, aquellos tiempos y sus motivos quedaron atrás, nos dejaron enseñanzas y experiencia, tomémoslo así, disfrutemos de nuestros recuerdos y demos esta parte por terminada para no amargarnos —le pidió Papalotzin, quién no perdía de vista los ojos de su esposo, tratando de prever su reacción, pues no le gustaba que se criticara cuando conversaban en familia, en ocasiones tenía que recordarle que hablaba con su esposa e hijos que lo quieren.

Itzcoatl está relajado y atento a lo que fuera a decir su esposa. Aquella primera impresión de mujer asustada, que encajaba la cabeza entre los hombros rehuyendo la mirada que mostró la niña que con mano trémula le despertaba con tímidos

jaloncitos a la tilma, se difuminó como un céfiro. Haciendo honor a su nombre emergió del capullo para convertirse en mariposa. Refulgía como mujer inteligente, altiva, sensible, que con discreción reclamaba él ser encasillada.

Percibiendo que Itzcoatl aceptó la recomendación, cambió la entonación sentenciosa, por la cantarina que utilizaba corrientemente, recordando.

—Te ofrecí un jarro de chocolate, que conseguí hurgando dentro de los bultos. Para cuando entraste en la habitación ya tenía rato despierta, me mantuve quieta temerosa, no quería enfrentarte en la oscuridad, pensaba: “a la luz del día es más fácil defenderse, corres o te escondes” así que disimulé. En cuanto sentí que dormías me levanté a revisar la casita —tratamiento que siempre dio Papalotzin a su casa— conseguí un poco de leña, pedí a la vecina unas brazas de Fuego Nuevo, con las que encendí el apagado hogar, lavé y acomodé los cacharros útiles que había, en los que preparé nuestro primer desayuno, pensé: “aprovechemos, quien sabe cuando podamos volver a tomar chocolate”.

—Las mujeres macegualas aprendemos a temprana edad que los malos humores de los hombres se difuminan con una taza humeante y aromática de chocolate, una rica comida y compañía dispuesta a escuchar. Te acucillaste cerca del fogón, decidido a disfrutar plácidamente los alimentos que había preparado. Tomaste el jarro con ambas manos, y pensé: ‘quiere que el calor del chocolate se transfunda a sus huesos, para quebrantar el frío de la mala noche’ lo llevaste a tus labios sorbiendo a poquitos para no quemarte, se veía que no eras de los que se levantan temprano a laborar en el frío de las madrugadas, que se atempera con bebidas calientes dentro del cuerpo y el calor del jarro entre las manos.

—Apenas la bebida tocó tus labios volviste la cara hacia mí dirigiéndome una mirada que no pude descifrar, pero me

pareció descaradamente escrutadora. Te ví tan imponente, que yo, entonces una asustada niña que acababa de pasar por momentos angustiosos, palidecí, imposibilitada de controlar el pánico que se me traspasaba a un incontrolable temblor en las manos, avergonzada de ponerme en evidencia, las sujetaba retorciéndolas una contra la otra tratando de impedir que aquel temblor me subiera por los brazos y terminara aguándome los ojos.

—Debo haberte parecido un mazatl acorralado, con las narices así de abiertas de respirar acicateada por el miedo —Papalotzin, con ambas manos hacia un círculo con los dedos índice y pulgar que aproximaba a la cara señalando los ollares de un ciervo; aún quiso ser más gráfica—. Como el ratón que mira las fauces de la víbora presta a engullírselo vivo, yo no te perdía de vista, a pesar de que tus ojos, que me imaginaba de tigre me imponían. Estaba atenta y expectante para huir, si te descuidabas, o para pelear si me asaltabas.

—Mi amada Papalotzin —dijo Itzcoatl— me impresioné dolorosamente por la manera en que apretabas tus manos hasta ponérsete blancos los nudillos tratando de sujetar tú miedo. Me pareciste lista para huir, o morir. Tú indefensión me enterneció hasta la médula. Ese día me juré nunca más mirarte con descaro.

—Itzcoatl, sentí que te habías dado cuenta de tú irreverente mirada, cuando me señalaste con la cabeza y mirada conciliatoria, un lugar a tu lado, diciéndome: “por favor, siéntese a mi lado y acompáñeme a tomar un jarrito de chocolate”. Creo que fue la única vez que me hablaste de usted, además estabas muy ensimismado pues no te dabas cuenta que ya había rellenado el jarro.

—En ese momento me dije: ‘¿no sé cuáles sean las intenciones de este señor? Pero si me sacó de la casa del tecuhtli, de alguna manera está interesado en mí; y si no tengo

cuidado en lo que le digo o hago, corro el riesgo que me regrese’. Me sentí agradecida de tu acción, meditando sobre lo que había pasado llegué a la conclusión que éramos esposos o pareja. Me pareciste un hombre honorable y guapo. Me juré que si decidías hacerme tú pareja te guardaría respeto.

Itzcoatl le respondió. —Siempre he pensado que ese momento fue muy importante para nuestra relación. Yo me enamoré de ti con todos mis cabales, en eso te llevaba ventaja, aunque, en cosa de sentimientos no hay nada escrito. Claro, existía más que la posibilidad de verme rechazado. Entonces pensé para mis adentros ‘si no llega a quererme, que al menos no me rechace. Aceptaré lo que quiera ofrecerme’ —emocionado, Itzcoatl hablaba de sentimientos ocultados por mucho tiempo, que afloraban como el chorro de un geiser.

Papalotzin se dio una pausa para pensar en el comentario de su esposo y prosigue.

—Lo único que en mi mente estaba claro como agua naciente de montaña: era que el hombre que estaba a mi lado me había liberado de la repulsiva presencia de Ixtlixóchitl.

—Del tiempo que viví en el palacio, tengo recuerdos en jirones, como luces de estrellas en cielos de noches nebulosas. Entre sueños, percibo una ceremonia matrimonial que parecía de gente importante, en la que estaban muy animados Ixtlixóchitl y la que debe ser su esposa Matlalcíhuatl, creo que hasta pasados de pulque, más no me sentí involucrada. Al amanecer de esa mañana sólo me quedaba pensar que me habían ‘etiquetado’ como pareja del señor desconocido que dormía a mi lado, pero ni de eso estaba segura.

—Pensé en huir, pero a qué lugar que el poder de Ixtlixóchitl no me alcanzara. Atemorizada, decidí enterarme de mí situación, antes de cometer errores que pudieran causarme más problemas.

—Al no estar enyerbada, pienso yo, ni borracha, debo haberte parecido simplona o loca, así, de manera insegura y en voz baja te pregunté: “Señor... ¿Quién es usted, y que hago en este lugar?” Algo que percibí en tu mirada, me hizo sentir que no creías lo que estabas escuchando. ¿Verdad que así fue? —Papalotzin no se atrevió a hacer directa la angustiada pregunta ¿qué la hubiera aceptado por lástima?

—¡No, no fue así, Papalotzin! Lo directo e inocente de la pregunta me llevó a meditar. ‘He estado hablando y pensando sobre situaciones, reales o supuestas que me afectan, olvidándome de lo trascendente, los sentimientos de esta muchacha que a sido traída y llevada sin piedad’. Suponía que Ixtlixóchitl por medio de Azcatl u otra persona te habría enterado que te iba a otorgar en matrimonio a uno de los mentores, a un amigo, o para halagar a alguien importante, o algo por el estilo.

—Es posible que me lo hayan dicho ¡pero no recuerdo!
—apostilló la mujer.

—Papalotzin, tal vez percibiste en mí mirada duda e incredulidad que presto te reclamaría. Por fortuna, me vino a la memoria una advertencia que me hizo Azcatl: “Itzcoatl, ¿ya pensaste seriamente lo que vas a hacer? La muchacha no parece estar en sus cabales, no habla con nadie, responde como embrujada, atontada, como dañada por toloache. Si no es boba, es que sufre mucho. ¿Estás dispuesto a cargar con la responsabilidad de una mujer trastornada? Amigo mío ¡los hombres no soportan vivir con esposa enferma!”

—Ahora entiendo —exclamó Papalotzin, con ojos que se abrían a la luz de la comprensión— lo que manifestaba tú rostro, era una profunda preocupación. Ya me extrañaba, pues nunca me has tratado como loca o simplona, y te lo agradezco.

—Como te dije Papalotzin, ese pensamiento lo deseche

inmediatamente. Nunca me pareciste simplona o loca como dices. Y ¡si así hubiera sido! ya te había aceptado sin condiciones. Por eso tomé muy en serio tu pregunta, y así de formal te respondí, ¿recuerdas?: “Me llamo Itzcoatl, mentor de los hijos de Ixtlixóchitl y su consejero. Nos encontramos juntos en esta casa que nos obsequiaron los señores, porque busqué la manera de que el Tecuhtli me hiciera la gracia de otorgármela en matrimonio. Ixtlixóchitl atendió a mis razones y escuchó mis súplicas, por eso estamos formalmente casados. Entonces no creí conveniente contarte toda la verdad, misma que te estoy desvelando en este momento. Sí noté que te pusiste seria, pero no dijiste nada.

Papalotzin estaba por aclarar lo que había pensado ocho años antes y no se había atrevido ni siquiera a esbozar. —Bueno, tampoco era conveniente que esa noche desfagara toda mi frustración. Yo también estaba aturdida; como despertando de una espantosa pesadilla. Robaron mi juicio por varios meses. Ya estaba en mí sano entendimiento —el tono de Papalotzin se fue electrizando— te reclamo lo que entonces no me atreví a decirte. ¿Con qué derecho ¡decidiste por mí! para arrastrarme a esa situación?

—¡Por qué los hombres consideran a las mujeres cosas de su propiedad, atropellando además, nuestros derechos sin importar nuestros sentimientos!

—Aún cuando me has dado pruebas suficientes de que eres diferente, que me respetas como mujer y me quieres, déjame, por Dios, que exprese este sentimiento que me ahoga —esta última frase salió de la garganta de Papalotzin en tono carrasposo del llanto acogotado. La mujer esperó un momento a aclarar la voz. El reclamo contenido por muchos años no era contra Itzcoatl, era la protesta ante las injusticias de una sociedad, que en el mejor de los casos daba a la mujer calidad de una muy buena mercancía para cambiar en alianzas políticas. Itzcoatl la veía compungido e impotente, expectante a

que se recompusiera y continuara cuando lo creyera conveniente.

—En ese momento no te dije nada —continuó Papalotzin— porque cualquier cosa era mejor que estar viendo a tú señor Ixtlixóchitl, o soportar las groserías de Matlalcíhuatl y de las otras damas del tecuhtli; y no es que recuerde algo, sino que seguramente me las hicieron, ofenden de igual manera aunque no se escuchan.

—Recuerdas, que enojada te pregunté: “¿cómo que nos casamos?”

—Me respondiste: “si señorita, el Tecuhtli Ixtlixóchitl me la cedió como esposa”, como si yo, Papalotzin, campesina de Tlaminca, fuera una mercancía que se tranza en cualquier puesto del mercado.

—Papalotzin —intervino Itzcoatl tratando de tranquilizar a su esposa— comprendo el enojo de entonces y la indignación actual. Las circunstancias se dieron de tal manera que no teníamos muchas opciones. Tomé la que me pareció mejor.

—¿Usted lo está diciendo, señor Itzcoatl, a su juicio!...

—No te alteres —le hablaba Itzcoatl tiernamente para tranquilizarla—. Aquello, aunque fue muy traumático para ti e hizo peligrar nuestra incipiente unión, ya pasó. Sin considerar que estabas fuera de tus cabales y tú condición de concubina de un poderoso tecuhtli, perdona pues llanamente eso eras, te impedía hacer cualquier cosa, tuve que actuar por mi cuenta aunque mí apasionamiento nos haya puesto en serio peligro.

—¿Qué nos hubiera pasado si nos hubieran achacado un romance en las barbas de Ixtlixóchitl? —sin esperar respuesta, Itzcoatl continuó—. En el supuesto de que se hubiera podido cruzar alguna conversación contigo, que andabas como enyerbada, seguramente nos hubieran mandado asesinar.

Papalotzin se dio cuenta que la tensión se iba reflejándose en el tono de voz de Itzcoatl, de nueva cuenta, su espíritu femenino se venció ante el atisbo de causarle una incomodidad de su esposo, decidió atajar el tema. —Tenías razón entonces, y la tienes ahora. Aunque nos pusiste en inminente peligro, te agradezco que lo hayas arrostrado por tú humilde servidora.

Itzcoatl respondió con pasión, en un tono de voz seco por la emoción del recuerdo pero de ninguna manera, enojado. —¡Enamorado de ti Papalotzin! ¡A las cosas como son!

—Bien corazón, enamorado de mí —corrigió Papalotzin en tono conciliador y amoroso— y lograste sacarme de una mansión a esta humilde casita repleta de la felicidad que hemos logrado.

Papalotzin consideró que había que cambiar de tema y de labor pidiendo la opinión de su esposo.

—¿Qué te parece? —dijo, mostrando satisfecha y orgullosa el guacalito que portaría a la espalda la niña en la celebración.

—¡Precioso! —le contestó Itzcoatl con sincera admiración, después de observarlo detenidamente— sólo tú puedes lograr estas bellezas; y éste de Cuatlalopetl es el más hermoso.

—¿No será porque el de la niña te quedó mejor que el de los niños? —respuesta para hacer patente que el mérito no era únicamente de ella.

—¡No mujer! Los guacalitos están mal hechos. Si no los arreglaras con el gusto y cariño que les pones, serían un esperpento —se reprocho Itzcoatl.

Como ya habían pasado al momento de los desagravios, Papalotzin le respondió. —Tienen el mérito de que tú los hiciste y haber prosperado en oficios de los que nada sabías antes de casarnos. Haber dime: ¿Cuándo habías usado un mazo? ¡Pues nunca! ¿Alguna vez te pedí que hicieras nuevos o

que mercáramos otros? ¡No señor! Estos reflejan partes de nuestra vida; empezó torcida y dura como el guacalito de Coyote, el tiempo y nuestra perseverancia la mejoraron como el de Itz, y va más afinada como el de Cuatlalopetl. Cada adorno que les cuelgo, cada saquito de maíz que les acomodo, o cada cintilla o flor que les ató, es un recuerdo de nuestra vida.

—¿Qué te parece si seguimos conversando, mientras me ayudas a preparar la comida que vamos a llevar? —Animaba a Itzcoatl a seguir con sus remembranzas, aún les quedaba por delante mucha noche, y una larga jornada.

—¿Sólo dime en que te ayudo? —preguntó ofreciéndose Itzcoatl— y podemos conversar toda la noche.

Es como matar a una mariposa.

Papalotzin se dirigió hacia la olla grande que utilizaba para remojar el nixtamal, sacando con una jícara una sustanciosa porción que vació, con un ruido sordo en la cazuela dedicada a éste menester, llevándola al piso cerca del fogón. Después, se dirigió hacia una esquina de la habitación que usaban de cocina y comedor, donde tenía, recargado contra la pared, con las patas hacia fuera y la parte más alta hacia abajo, con el metlapil atravesado en la parte superior, un precioso metate tallado en granito negro. Se disponía a levantarlo para ponerlo en el lugar que ocupaba cerca del fogón cuando tenía que moler nixtamal y hacer tortillas, Itzcoatl se le adelanta tomando al metate con ambas manos y recargándole el cuerpo para retirarla le dijo. —¡Señora! No faltaba más —tomó el metlapil pasándoselo a Papalotzin, levanta el metate llevándolo cuidadosamente a lado de la cazuela con la masa, donde acostumbraba a acomodarlo Papalotzin.

Pocos eran los bienes que podía considerar como propios una mujer, este metate era muypreciado para Papalotzin. La importancia que le daba puede deducirse de la frase que usaba en tono entre broma y serio: “si tuviera que escoger entre Itzcoatl y el metate; qué me perdone Itzcoatl” pudiera parecernos exagerada, pero Papalotzin tuvo que hacer un esfuerzo para no ayudar al ‘torpe’ de su esposo a moverlo. La angustia no menguó la gentil respuesta. —No sé que haría sin usted, señor Itzcoatl —con aire cantarín, haciéndole notar que nadie le ayudaba cuando él no estaba. Se acercó una jícara con

agua, alisó con las manos su falda por sobre los muslos y se sentó sobre los talones, atrás del metate dispuesta a moler nixtamal y hacer: tortillas, tlacoyos y gordas que llevaría a la fiesta.

—Itzcoatl, podrías traerme un poco de leña, el fuego esta bajo para hacer tlacoyos.

El marido, animoso salió hacia el cobertizo donde se guardaba la leña. Estaba inclinado pasando troncos de la pila a un ayate, cuando un rumor de faldas y pasos ligeros le hicieron volver hacia su esposa que se acerca diciéndole. —Deja esa leña y sentémonos a platicar, tenemos tiempo de sobra. Le tomo de la mano dirigiéndose al poyo de granito que estaba en el costado poniente de la casa, a sotavento, de donde se tenía una magnífica vista del lago de Texcoco que en ese momento reflejaba en las olas, luminarias de luna y estrellas. Itzcoatl obediente se dejo llevar. Papalotzin tendió unas mantas sobre la fría piedra, le ofreció una tilma para que se abrigara, ella traía puesto un quezquemel. La mujer, dispuesta a evocar intimidades prefería la recatada oscuridad de la estrellada noche.

Con la voz muy bajita, arrastrando las palabras, para que no la desbordara la tensión Papalotzin inició. —Malhadado día, aquel en que me cruce en el camino de Ixtlixóchitl... Como todos los días me levanté temprano para hacer mis deberes, calculando el momento para llegar a tiempo con el almuerzo para mí papá que laboraba con otros compañeros en una parcela comunal, en terrenos de Tlaixpan que lindan con tierras de Tlaminca; apresté el itacate y una calabaza con agua endulzada. Caminaba por las faldas del cerro de Tetzcutzinco, no muy lejos se veía un grupo de gentes que se dirigía hacia donde yo estaba. Pudo más la curiosidad que la urgencia de entregar el almuerzo y espere a que el grupo llegara.

—Me entretuve viendo pasar la comitiva que andaba de

paseo en el cerro de Tetzcutzinco, seguramente para ver la laguna desde un mirador que estaba construyendo Techotlalatzin. Señores y señoras ricamente ataviados, que caminaba despaciosamente, los sirvientes les cubrían del sol con hermosos quitasoles de plumas y abanicaban con hojas de palmera. Estaba embobada, pues no había visto tanto lujo ni en las ceremonias que hacen en el templo mayor de Texcoco. Extasiada esperé a que pasara la comitiva, levanté el itacate y reinicié el camino apurando el paso para reponer el tiempo perdido. Llegué a donde papá relatándole emocionada lo que había visto. Me contó que en el cerro estaban labrando unos troncos de piedra que miran al poniente, como otros hacia el Lago de Texcoco y sembrando muchas y diferentes plantas. No almorcé con ellos, le dejé la comida encargándole que se hiciera cargo del itacate; papá accedió a la prisa que tenía de llegar a casa para comentar con mi mamá sobre mi primer encuentro con la fastuosidad, sólo las mujeres nos entendemos en esas cosas.

—Supongo que llamé la atención del tecuhtli Ixtlixóchitl, pues a los pocos días llegó un orden para que se presentara a su palacio el hombre de la casa con su hija la mayor.

Muchas personas se habían detenido igual que Papalotzin a observar el paso de la regia comitiva. La muchacha hubiera pasado desapercibida, si no es que uno de los jóvenes señores, que en ese momento conversaba con Ixtlixóchitl no le hubiera llamado la atención con un mudo torcer de ojos y fruncir de labios diciéndole socarronamente con la discreción del acuerdo entre varones cuando hablan de mujeres en presencia de las esposas u oídos indiscretos: “¿qué le parece la florcita? ¡Apunta para belleza!”. Ixtlixóchitl movió afirmando ligeramente con la cabeza y levantó las cejas a su acompañante en señal de asentimiento. Esta fugaz mirada había bastado al enamoradizo Ixtlixóchitl para darse cuenta de lo que apuntaba su acompañante y más.

Al regresar a su casa de descanso en Tlaixpan, confiando que él encargado de su seguridad personal y de la casa, al igual que Itzcoatl antiguo compañero del calmécac nativo de Papalotlan, se hubiera percatado de la presencia de la muchacha. Le mandó llamar para preguntarle: Totocahuan, cuándo íbamos por las faldas del Tetzcutzincó, en una vereda a la derecha, una muchachita, con un itacate en el piso y una calabaza, se detuvo a contemplar el paso de la comitiva ¿te fijaste en ella?

El guarda, al que no le era extraño que en los paseos su señor anduviera en lo que llamaba ‘cacería de mujeres’, en aras del buen servidor se había obligado a poner mucha atención en lo tocante a mujeres atractivas para el tecuhtli. Le preguntó para confirmar. ¿Una niña, con un pelo negro como ala de cuervo, muy relumbroso, ajustado a la cabeza por una bincha azul, que recargaba en la cadera una calabaza y había puesto un bulto en su lado derecho? El guarda presumía, pues, en esos andurriales no hubo muchas niñas viéndolos pasar. “Totocahuan ¡siempre me impresionas! Esa exactamente” le confirmó sin ocultarle a su guardia la admiración por sus dotes de observador “quiero saber todo sobre ella y su familia” fue la orden.

Totocahuan intuyó que la mencionada muchacha llevaba el almuerzo a alguien que hacía labores cerca del sitio a donde pasearon. Para el guardián, acostumbrado a este tipo de ‘deberes’ fue sencillo preguntar en el pueblo el nombre y dirección de la casa de alguno que estuviera trabajando en la parcela comunal por las faldas del Tetzcutzincó pegada a Tlaminca, y conseguir las señas de la familia. Más discretamente indagó los pormenores. En cuanto consideró estar preparado para informar con suficiencia a su señor, buscó el momento apropiado. “Poderoso Tecuhtli Ixtlixóchitl he averiguado sobre su encargo de hace unos días”. Aun cuando se encontraban solos, el señor hacía hincapié en no mencionar

explícitamente este tipo de asuntos y así evitar fugas de información que pudieran ser comprometedoras o que llegaran a oídos Matlalcíhuatl antes de que tuviera un plan concreto.

“¿Y que averiguaste sobre esa flor?” Preguntó a Totocahuan, quien le informó. “La mucha es la hija mayor de una familia de campesinos de Tlaminca. Personas trabajadoras y religiosas, texcocanos de pura cepa; a la muchacha no se le conocen compromisos matrimoniales”. Esto último era lo que quería escuchar Ixtlixóchitl, en previsión de alguna confrontación con otro tecuhtli que pudiera estar interesado. Compromisos con individuos de otras categorías sociales no le desvelaban, él se encargaría de romperlos. Con una seña de la mano, despidió al guardia, quien lo hizo con teatrales genuflexiones del deber cumplido. El mayor inconveniente era la extracción macegual de la muchacha, pero sobre todo el origen texcocano.

Para esas épocas, las clases sociales se habían estratificado drásticamente. Estaba mal visto la unión de los hombres de la clase dominante, descendientes de chichimecas o aztecas con mujeres de clase macegual, mayeque o tlalmaites, pero sobre todo con autóctonas texcocanas antes dueños del país, que habían sido desplazados a niveles inferiores, aun cuando fueran utilizadas como meretrices trabajando en casas de poderosos. Las uniones de mujeres con hombres de clase inferior eran impensables. Quizá, tanto poner seso en el asunto acabó por encaprichar a Ixtlixóchitl. Fue entonces, que mandó llamar a Totocahuan para encargarle fuera a informar al padre de la muchacha. “Le dices al señor de la casa que el poderoso tecuhtli Ixtlixóchitl, mandaba que en dos días llevara a su hija mayor, Papalotzin, al palacio para convenir la entrada de la muchacha a formar parte del personal de servicio de la casa”.

—A papá Póchotl, no le cayó nada bien la orden —continuaba relatando Papalotzin. —Nadie mejor que usted sabe —dirigiéndose a Itzcoatl como asesor importante en la

casa de un tecuhtli— ¿la clase de trabajos que hacen los texcocanos que sirven en las casas de los tecuhtli...? Los que nadie quiere por considerarlos denigrantes.

—Y ¿quiénes entran? Pues los recomendados —se respondía a sí misma— también estás enterado que algunos de los poderosos tecuhtli o sus hijos abusaban de las doncellas naturales sin reconocer la paternidad de los hijos —aun cuando se le daba mucha importancia a la pureza de la descendencia y las leyes mencionaban fuertes castigos a los violadores; quizá en esto como en otras cosas operaba un doble concierto en la aplicación de la justicia.

—A papá Póchtol le dio mala espina la orden. Mamá, trataba de convencerlo. “Que de malo tiene que el señor Ixtlixóchitl se fije en nuestra hija para llevarla a su palacio a hacer labores”.

—Papá replicaba. “Itztpapántl, nuestra Papalotzin a sido criada como campesina y somos maceguals de Tlaminca, así que dime ¿qué labores podría efectuar en ese que tú dices palacio?”

—Y mamá no cejaba. “Pues no te puedo decir exactamente cuáles, pero algunas habrá previsto desde que la mandan llamar”.

—Ya molesto papá le decía con voz de enfado. “Ese ‘alguno le habrá previsto’ es lo que me inquieta”.

—Mami no daba el brazo a torcer. “Tú siempre de mal pensado, a todo le encuentras peros”.

—Papa con voz lastimera casi le suplicaba. “¿Qué tal! Pensemos que nos la daña y regresa para que le criemos su travesura. ¡Que te parece ese pero!”.

—Con desdén le contesto mamá. “Mal que así fuera, en que nos perjudicaría criar un hijo del Tecuhtli Ixtlixóchitl,

emparentaríamos con un señor poderoso siendo posible que nos veamos beneficiados en el futuro”.

—Papá decidió poner fin a la discusión viendo que no había manera de convencer a esa ‘mariposa con alas de obsidiana’ manera de acentuar el nombre de mamá cuando lo enfada: “mujer, estas pensando en lo material, a mí me preocupa la salud y los sentimientos mi capullito fresco de rocío”. Así me decía papá cuando era pequeña; y si te ríes me voy a enojar contigo —le advertía Papalotzin a Itzcoatl que la escuchaba con mucha atención y cierta mirada pícaro que le provocó escuchar tan melodioso apodo de labios de la protagonista. Pero no quiso interrumpir pues tenía mucho interés en escuchar de la vida de su esposa antes de conocerla, esto era nuevo para él.

—Por más vueltas que le dio papá al asunto, no encontró ninguna salida —continúo Papalotzin adelantándose a algún comentario jocoso de Itzcoatl—. No tenían poder, ni conocidos importantes que intercedieran a nuestro favor. Se le ocurrió mandarme con algún pariente que viviera lejos, pero no están lo suficientemente alejados que no los alcanzara el brazo de Ixtlixóchitl. Con mamá encima no tuvo más remedio que acatar la orden. A los dos días, bien entrada la tarde, tal como se nos ordenó nos presentamos a la casa de Ixtlixóchitl.

—Papá Póchtol se dirigió a uno de los guardias de la entrada principal, dándole cuenta de la diligencia que nos ocupaba. Ya estaban enterados, uno de ellos nos acompañó hasta otra puerta más pequeña dejándonos encargados al hombre que la resguardaba perdiéndose en los interiores del palacio. Pasados unos minutos regresó acompañado por una señora de edad impredecible, de cuerpo seco y rostro adusto, que a su vez se hacía acompañar por dos mujeres jóvenes del servicio de la casa. Después me enteraste que esa señora posee un corazón que no va con su aspecto, es tú amiga de la que tanto hablas, Azcatl, le vivo agradecida, no quiero ni pensar

que hubiera sido de mí sin su ayuda —Itzcoatl estaba impresionado, Papalotzin nunca había expresado sentimiento alguno sobre el ama de llaves de la casa de Ixtlixóchitl.

—Bajo la apariencia dura e inflexible de la dama, se traslucía el donaire de una mujer que fue bella de joven. Atentamente saludó a mis papás y posó en mí una mirada escrutadora pero a la vez tierna y compasiva, quizás queriendo expresar: “Apuntas para mujer más pronto de lo que tus padres piensan y tú quisieras”. Sin más preámbulos, con el tono de voz de aquellos acostumbrados a hacerse obedecer, ordenó a una de las doncellas “lleva a la señorita al aposento de las mariposas”. Triste ironía, la habitación bellamente adornada con frescos de mariposas, en donde una ninfa dentro del capullo estaba por ser despertada. La señora hablaba de una manera que no podías resistirte, mis padres me despidieron apresuradamente, seguí dócilmente a la doncella. ¡Era evidente que todo lo tenían bien aprendido! —Itzcoatl sabía que muy a su pesar, su amiga Azcatl tenía que hacer frecuentemente el papel de villana—. Antes de que yo me perdiera en el interior, escuche que la señora ordenó a la segunda doncella que atendieran a mis padres.

—A los pocos momentos, la señora entró a la habitación como un céfiro con aroma a jazmín, haciendo tintinear a su paso una cortina de cuerdas de ixtle que ensartaban a una gran cantidad de caracolillos de colores en piedra y cerámica. Yo contemplaba embobada la magnificencia que se percibía hacia cualquier lado que miraba.

Itzcoatl interrumpió a Papalotzin para enterar a su esposa de acontecimientos que seguramente ignoraba, pues su suegra no era de las que dieran explicaciones u ofreciese disculpas por sus acciones. Le preguntó: —¿Papalotzin ¿sabes lo que ocurrió con tus papas ese día?

—No, no me he querido ni entrar sobre el particular porque

creo que no es agradable; si sabes algo por favor dímelo para tratar de unir los pedazos de esa parte triste de mi vida.

Itzcoatl arrepentido de su sugerencia dudó por un momento, pero ya no podía retractarse, tenía que responder, aun cuando, como lo suponía su esposa, pudiera serles desagradable o doloroso y además, quebrantar la promesa que hizo a su suegra.

—A veces tú mamá percibe las mismas cosas con diferentes matices. Un día que Doña Itztpapántl estaba de vena conversadora, poco después del nacimiento de nuestra pequeña Coatlali, me contó muy en confianza y lujo de detalles, con la consabida advertencia “no le vaya a contar a Papalotzin” lo que sucedió después que entraste a la casa, por esto supongo que desconoces los detalles de cuando, según ella pensaba, te llevaron a cumplir tus sueños. “Después de despedir a Papalotzin, una señorita muy elegante nos llevó a un salón en donde había una mesa cubierta por un mantel blanquísimo. La doncella, con un gesto muy estudiado, retiró un lienzo que cubría los manjares más variados: patos que no eran de los que llegan al lago, diferentes aves, pescados de las costas, chocolate recién hecho, una gran cantidad de frutas, muchas desconocidas para nosotros pobres maceguals. El pazguato de mi marido no quería entrar, a él estas cosas de la elegancia no se le dan. Nos acercaron unos cojines de telas finas muy adornados. Como manda la cortesía, nos sacudimos el polvo, con precaución para no ensuciar las finas telas, nos sentamos. El Póchtotl no se me despegabá, parecía perro en patio ajeno, como si nos fueran a comer.

“Muy amable la señorita nos sirvió un jarrito de pulque. Mi marido no más lo olió, le hizo mala cara y no lo quiso aceptar. La señorita le dijo ‘señor, en la casa de los importantes Tecuhtli hay dispensa para beber neutle en ocasiones especiales’.

“El Póchotl, viejo de leyes y costumbres no lo quiso aceptar, me echó tal mirada que también tuve que rechazarlo. Con un gesto de enfado por el desaire, la doncella nos ofreció de mal modo, seguro incómoda por atender a unos plebeyos que se daban categoría rechazando el pulque, unos jarros con chocolate caliente endulzado con mieles. Para abrir boca nos dieron escamoles con guacamole y un cerro de tortillas azules recién torteadas. El Póchotl dice que los primeros tacos le supieron a estropajo, debe haber sido verdad pues se los bajaba empujados con grandes tragos de chocolate”.

—Pienso que a tú papá no le pasaban los alimentos, porque la angustia quería salirse por los ojos y tenía que tragar gordo para ahogarla.

—“A mí me gustaron” me decía tú mamá. “Mi marido permanecía con la mirada hundida en el pozo del jarro. Mientras yo, todo lo observaba, ¿cuánto lujo? ¿Cuánto gusto? Quería enseñarle a Póchotl llamando su atención con discretos jalones de manga, o codacitos, y todo lo que se me ocurrió hasta que me hizo caso y empezó a ver hacia donde le señalaba con discretas paradas de ojos o apuntando con las cejas o torciendo los labios”.

—Perdóname que te lo diga, casi me destornillo de risa con los gestos que hacía Itztpapántl mientras platicaba, es muy vehemente cuando se emociona. Seguía: “a tanta insistencia, Póchotl renunció a la inútil búsqueda de consuelo dentro del jarro que ya había sido rellenado por la doncella”.

—Esta parte me lo relató Azcatl un día que recordábamos mis peripecias de enamorado —previno Itzcoatl— La muchacha que los atendía los dejó solos pretextando alguna labor imaginaria en el interior de la casa, no sin antes indicarles que se sintieran como en su casa disponiendo de lo que había en la mesa a su antojo. Por experiencias anteriores, sabía que después de una opípara comida en un lugar magníficamente

decorado para el caso y una esmerada atención, las penas más hondas se difuminan aceptando lo impensable. Taconeando enérgicamente para hacer creer a los esposos que se alejaba, al recorrer una distancia convenientemente se detuvo para regresar de puntillas a la puerta que intencionalmente había dejado entornada para espiar la conversación de estos llanos campesinos, para luego, ampliada y adornada, chismearla a sus compañeras en momentos de chacota.

—Mi amiga, con su silencioso caminar de monja regresaba a ver como atendían a tus papas, la sorprendió en el más sabroso de los entretenimientos de palacio, espiando conversaciones. “¡Ven inmediatamente!” Le dijo, llevándola a otra habitación riñéndola severamente: “cómo te atreves a espiar las conversaciones de los señores. Esa gente, humildes campesinos, tienen más educación de la que tú podrás alcanzar jamás. Su condición, su raza, su forma de hablar no nos da ningún derecho a criticarlos o juzgarlos y menos burlarnos. Si llego a enterarme que en los corredores se habla de estos señores o cualquiera que llegue en las mismas circunstancias, tendrás que abandonar el palacio”. “Señora, es que iba a ver que se les ofrecía”. Se justificaba la doncella. “No eches más leña a la hoguera, nadie abre una puerta con las orejas. Pon atención ésta promesa ¡te la cumplo!”.

—En ocasiones, la familiaridad nos hace pasar por alto muchas circunstancias. Azcatl es una persona muy culta, proviene de una familia de comerciantes toltecas que se afincaron en Coatlinchan hace muchos años, enérgica pero comprensiva fue elegida para educar a las hijas del tecuhtli. Su honradez y buen juicio le ganaron la confianza de Ixtlixóchitl quien la nombró responsable de la administración de su complicada casa.

—Continuando con el relato de tú mamá, me decía. “Amedrentados, conversábamos en susurros ¡Ya te fijaste! Póchotl, al tiempo que señalaba abiertamente lo que veía en el

enésimo repaso, por si algo se me había escapado. Él dirigía su forzada mirada hacia lo señalado, algunas veces me apostillaba con comentarios”

—Sabia naturaleza humana, encuentra justificación a lo irremediable. “Ves te dije que no es tan malo lo que le espera a Papalotzin. Míralo desde el punto de vista Póchotl: ¡que nuestra hija va a vivir aquí! ‘¿Pero? ¡Ya sabes Itztpapántl en lo que terminan las muchachas humildes que entran a la casa de los tecuhtli?! Permanecen a su servicio por un tiempo hasta que salen embarazadas, algunas se quedan como concubinas, otras salen con un esposo que es obligado a cargar con los jueguitos de los amos, maltratándolas constantemente, o las envían con el encarguito a la casa de los padres para que estos se responsabilicen del fruto de su ignominia”’. Hablaba tú mamá por Póchotl. “Le insistía: Póchotl ¡tú siempre negativo! ¿Por qué a nuestra hija la habrían de tratar como dices? ¿Ya te fijaste en los vestidos de las doncellas? A lo mejor, nuestra hija se queda al servicio de la casa y hasta yo puedo venir a verla de vez en cuando. Mi marido volvía a argumentar diciéndome de familias conocidas. E insistía: ‘¡esto no pasaba antes! y en voz baja y rencorosa, son las nuevas modas traídas por esos extranjeros, esos chichimecas y aztecas’. ¡Cállate! No hables así, el tecuhtli es chichimeca y nuestro plan puede irse por el caño. ‘Itztpapántl ¿Cuál plan?’ Casi me gritaba ‘¡estas loca!’ Me decía, para que no siguiera en esa dirección, pero yo insistía. Pues el plan de que nuestra hija entre al servicio del señor y que en poco tiempo adquiriera una posición importante, digamos como de doncella o asistente del señor o de las señoras. Estaba tan ofuscada, que no entraba en razón, y hasta le manoteaba vehementemente. Él me replicaba con los dientes apretados ‘en eso va ha acabar’ supongo que refiriéndose a la peor situación y tan bajito me hablaba que casi, casi le grito: viejo, ¿Qué estas diciendo? ¿Esto es muy importante así que dime claramente lo que opinas? Póchotl, convencido que la magnificencia me había enervado, terminó aceptando de mala

gana lo que yo le decía, como es él, moviendo la cabeza afirmativamente, cada vez más concienzudamente, a cada cosa que le neceaba”.

—“Señor Itzcoatl”, me nombraba tú mama continuando con su relato. “Entre mi plática y cabezadas afirmativas de mi marido fuimos dando fin a las viandas que me parecieron más apetitosas. Tocando la puerta con golpecitos discretos para anunciarse, entró la señora que nos recibió al principio, con su porte majestuoso seguida de la doncella que venía mustia y con señas de haber llorado, nos preguntó con mucha amabilidad ‘¿se les ha servido bien? ¿les gustarían alguna otra cosa en qué les podamos servir?’”.

—“El Póchotl se me adelantó respondiéndole ‘en nada señora, nos han atendido muy bien, muchas gracias’ sin siquiera voltear para consultarme se levantó. Yo sin pensarlo le seguí, para despedirnos y agradecer las atenciones.

—“La dama recibió los agradecimientos muy amablemente, llamó a un muchacho como de dieciséis años con el encargo de acompañarnos hasta nuestra casa y entregarnos un ayate con algunas cosas que habían sobrado. En el camino Póchotl iba cabizbajo y silencioso, mientras que yo le hacía conversación al muchacho tratando de sacarle algunas particularidades del palacio.

—“Ya en la casa, desaté el ayate para ver que nos habían dado. Lo primero que apareció fue la calabaza de neutle a los pies de mi marido. ¡Qué furia de hombre! Exclamaba ‘¡estos poderosos extranjeros, creen que lo que decimos en publico no lo sostenemos en privado, pues están muy equivocados, si la ley dice que no debemos tomar pulque, pues en ésta casa no se toma!’ Agarró el calabazo y con todas sus fuerzas lo estrello en un rincón, provocando una explosión de baboso líquido que penetró su olor en la habitación por mucho tiempo”.

—Papalotzin —Itzcoatl enfatizó la voz anunciando una

parte importante en las confidencias de su suegra— cuando tú mamá terminó de platicarme lo acontecido esa noche, le salieron dos lagrimones de amargura que no pudo retener, así de valiente como es, que nunca llora, se sinceró diciéndome con vos enronquecida. “Póchotl tenía toda la razón, tanto lujo y atenciones nublaron mi juicio, entregué a nuestra amada hija a quien sabe que atrocidades”. Papalotzin, nunca he visto a nadie más arrepentido que aquella Itztpapántl.

Papalotzin tomó las manos de su marido entre las suyas, para agradecerle la aclaración que hacía sobre un comportamiento de su mamá que hasta ese momento no había entendido diciéndole. —Itzcoatl, sólo hay una cosa más terrible que la violación, y es el dolor de verse traicionada por aquellos que te quieren, de aquellos en quién confías ciegamente —Papalotzin respiró profundamente, haciendo una pausa dándose ánimo para enfrentar el relato de lo que le aconteció en el palacio de Ixtlixóchitl.

—La doncella me llevó por un intrincado camino de pasillos hasta una habitación que olía a humo, eucalipto y humedad, donde había dos grandes temascales. La muchacha me hizo señas para que me desvistiera para tomar un baño ceremonial.

—¿Para qué? Le pregunte, si me había bañado antes de salir.

—Al principio me resistí, pero las hábiles manos de la doncella recorrían mi cuerpo sin tocarme, ya me desataban un lacillo aquí, me quitaban un refajo allá, hasta que, ruborizada de pies a cabeza quede tal como llegue al mundo. Me condujo a uno de los temascales. Poco después entró ella completamente desnuda, cuando vio mi extrañeza de protesta me dijo que era para asistirme en lo que yo quisiera. El recinto estaba muy caldeado, señal de que lo habían estado preparando con mucha antelación. La joven templó el ambiente

rociándome con aguas perfumadas que emitían lujuriosos aromas, tomados de un recipiente de barro de color negro ricamente labrado, como esos que traen de Oaxaca al mercado de Texcoco y con renuevos de alcanfor. A espacios de tiempo, mojaba las candentes piedras que despedían vapores aromados que se me pegaban a la piel y penetraban con las respiraciones de mi boca. Al final, el baño cumplió su objetivo, me relajó de manera tal que me sentía como entre nubes de flores. Para terminar, la doncella no me duchó con agua fría, sólo me arropo con un paño grueso y muy suave. Ella si se refrescó con agua fría y se puso un vestido ligero que se le pego al cuerpo mojado trasluciendo sus firmes carnes, me tomó gentilmente de la mano saliendo las dos del temascal.

—Mi cuerpo aun vaporoso era ungido con aceites aromados a jazmines y flores, en un ambiente sahumado que olía a copal y pacholí, me vistieron con la túnica ceremonial para los matrimonios de la gente importante, me explicó la doncella, de esas muy blancas que se usan para hacer pública la impolitez de la virginidad a la insensibilidad de una sociedad reglamentada por y para el servicio a los hombres.

—Ya vestida y perfumada me pasaron a una habitación ricamente adornada con mariposas pintadas en la pared. Se presentó la señora Azcatl seguida por un señor mayor de edad, que levaba una charola con alimentos que colocó en una mesa —aún cuando estimaba y respetaba a Azcatl, la celaba por la sincera amistad que llevaba con Itzcoatl quizás porque juzgaba que ella nunca alcanzaría comprensión igual, haciendo evidente este sentimiento mediante imperceptibles cambios de entonación. Itzcoatl los atendía pero no les daba importancia, sabía que se borrarían cuando Papalotzin adquiriera mayor autoestima.

—La señora me invitó a sentarme mientras la doncella, me servía un plato de algo que me pareció hongos que olía delicioso. Tan relajada y confundida estaba que aceptaba

mansamente lo que me ofrecían. Me sirvieron chocolate que tenía un saborcillo a chabacano. A medida que entraban a mi cuerpo los alimentos, una sensación extraña se fue apoderando de mí. Me sentía como separada del cuerpo que se quedaba en la mesa mientras otra parte mía se elevaba y agrandaba con la mórbida sensualidad de sentirse libre.

—Como entre sueños oía hablar a la señora que me aconsejaba como comportarme ante el Tecuhtli y lo que él esperaba de mí. Yo inexperta no entendía lo que pasaba ni de lo que sentenciosamente me prevenía la señora.

—Sentía el rostro caliente, las manos palpitantes y los ojos refulgentes, posiblemente por efecto de algún bebedizo o de los hongos o de los dos. A una seña de la señora, la doncella me colocó un tocado de hermosas plumas, una capa de tela muy fina de color celeste. Alisó mis vestidos, la señora me hizo una última revisión, negando lentamente con la cabeza, percibí en sus ojos vidriosos una mirada fugaz que me decía “pobre muchacha”, inconforme con lo que hacía, dio su aprobación.

—La doncella, me tomó de la mano y me condujo a un magnificante aposento, todo decorado con pinturas de colores rojos, azules y verdes. Una varonil voz sin rostro desde el fondo de la habitación me llamo “Papalotzin acércate”. Era el Tecuhtli, ya aleccionado por el ayudante que le hace los mandados en cuanto a mi nombre y datos sobre mi familia y algunas particularidades que pudo captar la señora Azcatl en la conversación con mis papas y conmigo, transferidos con eficiencia. Yo con entresueños soporíferos, sin ser dueña de mi voluntad, obediente me dirigí hacia donde provenía la voz de hombre.

—Entre almohadas y finos tapices yacía recostado en un tálamo, un hombre de edad que rondaba los treinta. Con tez de color más pálido que él de nuestra gente, más alto y musculoso, cubierto por una capa carmesí y una tilma

exquisitamente elaborados. Me estiró la mano y antes de que me diera cuenta, me tomó por la muñeca con fuerza medida para que no escapara pero no tan fuerte que me hiciera daño, me atrajo a su lado al tiempo que me indicaba con la cabeza el lugar donde quería que me sentara.

—Me dispuse a hacerlo como es nuestra costumbre, sobre las dobladas piernas recargándome en los talones. Cuando hacia los movimientos, el hombre se percató que acabaría sentada en el suelo, obviamente esto no era lo que Ixtlixóchitl esperaba, sin contemplaciones me levantó y jaló hacia él aplastándome contra su pecho.

—La violencia del tirón me despejo de los vapores soporíferos que embotaban mi cerebro, y sentí entonces, la brutal fuerza de una mano que me agarraba por la muñeca torciéndome el brazo para pasarlo detrás de mi cintura inmovilizándome, mientras con la mano libre me hacia infames manoseos de macho excitado, yo creo que así deben ser —se justificaba Papalotzin ante su esposo de la nula experiencia que tenía al respecto.

—Sus manos recorrían mi cuerpo, primero sobre la ropa y después, haciéndola a un lado, sobre mi carne trémula, fría y pegajosa por el sudor del miedo. Yo estaba estupefacta, no podía reaccionar, apenas atinaba a apretar fuertemente los brazos, los dientes y las piernas, con más fuerza en los sitios donde ocurrían las atropelladas caricias de ese animal —el trato de Ixtlixóchitl hacia evidente la manera de actuar de quien está más acostumbrado a ser complacido que a complacer.

—A medida que el hombre se estimulaba, sus manoseos se centraron sobre mi virginidad, mis pequeños senos que apenas despuntaban, las nalgas temblorosas y endurecidas de apretar. Enfadado, trataba de separarme las piernas. Estas torpezas me hacían daño y me quejaba ahogadamente, posiblemente en su excitación de macho interpretaba como sonidos del placer y

exageraba las toscas caricias que no suavizaban sus manos bien cuidadas.

—El hombre jadeaba, se le secaba la boca y el cuerpo se le ponía frío y rasposo. A mí se me aguaban los ojos, me temblaba la carne y se me atravesó un tarugo en la garganta. No tenía control sobre mi cuerpo paralizado por tanta agresividad; las comisuras de sus labios empezaron a ponerse blancas de saliva reseca por las agitadas respiraciones que hacía por la boca. Con su mano libre me tomo del pelo zarandeándome, me soltó de la muñeca, furibundo levantó el puño para asestármelo en la cara. Sería inútil resistir y me dejé hacer para evitarme más daño. Hábilmente me acomodó supinamente y me penetró.

—Sería porque los aceites y ungüentos con los que la doncella me había ungido se secaron, o no surtieron su efecto, o yo apretaba mucho, lo cierto es que la penetración fue una quemante herida en mi espíritu y una rasgadura en mis entrañas de niña que marcó de púrpura los albos vestidos, confirmando para barbarie de la sociedad, el momento en que la virgen era trastocada en mujer.

—El peso del hombre hacía quejarme y los ardores gemir a cada apasionado empuje que el hombre interpretaba como de placer y traducía en movimientos más frecuentes y enérgicos. La púrpura evidencia fue lubricando el acto hasta para resultar placentero a Ixtlixóchitl quien terminaba jadeante.

La emoción produjo una ligera pausa y un silencio respetuoso, parecía que nada se movía. Itzcoatl tenía los ojos rasados en lágrimas y el cuerpo crispado de rabia e impotencia; Papalotzin, con esfuerzo supremo se controló, sabía que debía continuar, sería la única vez que lo contaría. Con una voz enronquecida por la emoción dijo:

—Quedé trémula y desmadejada. No pude llorar, no pude protestar, no me pude defender, me negaba pero la voz no me

salía, el cuerpo no me respondía. En ese momento no sentí odio, no suplique. Si algo puedo decirte: es que rezumaba fatalidad, tristeza y amargura que quedó retenida en mi mirada vacía que duraría hasta que momento que me sacaste del palacio.

—Mí último recuerdo es el pavor que reflejaba la mirada del Tecuhtli Ixtlixóchitl, como si hubiera visto en el fondo de mis ojos que se apagaban, su propia muerte. Desde entonces hasta que me ví junto a ti por Xocotlán, camino a esta casita. Mí vida estuvo perdida y mi recuerdo detenido en ese instante.

Como la mayoría de los hombres poderosos que buscan en lo sobrenatural la justificación a sus reprobables actos, además que Ixtlixóchitl era un hombre muy supersticioso. Los acontecimientos lo llevaron a sentir que la catatónica mirada de la niña que acababa de vejar, reflejaba su muerte y al mismo instante los secretos de su vida. Él mismo encontró la solución a su futuro que creía ver en esos vacuos ojazos: “moriría de manera violenta, asesinado por sus enemigos pero renacería en el hijo que acababa de engendrar”. De esto estaba totalmente seguro.

—Entre sueños pude escuchar que el Tecuhtli llamaba a gritos, a los que acudieron azorados Azcatl y Totocahuan, siempre pendientes a los caprichos del veleidoso amo. “Llévense a esta muchacha y trátenla como mí esposa. Manden al mayordomo del tinacal que traiga pulque y que vengan”, pronunció dos nombres de mujer, seguramente para finalizar la tan extrañamente interrumpida noche de placer.

Al cabo de la noche, el neutle no surtió efecto deseado y las mujeres no pudieron despertar al macho que se había hundido en la inescrutable mirada de una niña.

Con un profundo suspiro, Papalotzin dio por terminado su relato, muy apesadumbrada por el dolor que los recuerdos le estaban causando a su esposo. Se quedo viendo hacia el

poniente al horizonte infinito, posiblemente tratando de recordar u olvidar algo de aquellos días perdidos. Sintió que estaba apretando fuertemente las manos de Itzcoatl, quien, no daba el menor signo de darse por enterado, aun cuando Papalotzin poseía una fuerza notable en las manos, hasta para un hombre. Relajo la presión y acarició una de las manos de Itzcoatl.

El esposo estaba trémulo, la confesión de Papalotzin había sido tremenda, pero más que todo por el reclamo de su esposa a su madre: el dolor que causa ser traicionada por los seres queridos. Amaba a su esposa y la había aceptado, según el plenamente. Aun cuando nunca trató de juzgarla, había sentido muy en su interior una pequeña duda sobre su inocencia, tal vez justificando un poco al amigo. La cultura lo había condicionado a pensar de las mujeres como provocadoras de los instintos de los hombres quienes simplemente respondían como excitados machos. El dolor de su violentada esposa, de su amada, le había hecho ver lo fácil que es matar a una mariposa, traicionar a una mujer violada. El arrepentimiento recorrió con un escalofrío su tenso cuerpo poniéndole dos lágrimas en los ojos.

A pesar de la oscuridad, Papalotzin nota el desasosiego en su esposo, le dice con voz enternecida. —¿Recuerdas nuestro primer día juntos? Después que me indicaste que me sentara a tú lado en el fogón y me preguntaste “¿qué le pasa?” Respondiéndote, no es nada importante, pienso en la comida para la noche. Usted sabía que no era cierto, pero, aceptó lo que le dije y pregunto nuevamente. “¿Qué es lo que vamos ha hacer?” Como para entrar de un solo trompición a la realidad. Muy seria le respondí. “Pues lo que hacen todos los matrimonios”, situación de la que ya estaba muy conciente: “usted a sus obligaciones con su trabajo y con nosotros”, tomaba yo en cuenta al niño; “yo a las a las obligaciones con la casa, con mi hijo y con usted” mencionándolas el orden de

importancia en ese momento, ahora te puedo afirmar que la importancia que debemos darle las mujeres es al revés de cómo entonces las pronuncié: primero marido, después hijos y por último la casa.

—Muy en mi papel de señora de casa le dije, entonces te hablaba de usted, “por el momento, administraremos juiciosamente los bastimentos que nos dieron sus señores”. Haciéndote notar que el desayuno que estábamos disfrutando era excepcional.

—Itzcoatl, recuerdas que ese día hicimos el primer recorrido a la propiedad, que luego supimos que utilizaba Ixtlixóchitl cuando venía de cacería en estos montes abandonada desde hacía años. Miraba desconsolada los cacharros y los pocos alimentos que nos habían dado de la casa del Señor. En la casita ya arreglada y alzados me parecieron preciosos, era lo primero realmente mío, tampoco me preocupó mucho lo escaso de los víveres, pues en el campo siempre hay manera de conseguir comida. Recuerdas que entusiasmada de sentirme libere empecé a asear y a acomodar lo poco que había, usted se ofreció de chicharillo: limpiando aquí y allá, acarreando agua, moviendo enceres que yo acomodaba a donde creía que mejor se veían. Me ayudó a colgar de los polines del techo los alimentos que pudieran comerse las alimañas, hicimos un envarado cerca del fogón para poner a ahumar las carnes y pescados secos para que duraran más. Cómo aprendió a trenzar unas pocas mazorcas de maíz que rescatamos de unos mogotes que estaban en la parte trasera de la casa, a enristrar chiles, cebollas y ajos colgándolos cerca de la puerta para que el viento los secara. Lo más difícil fue acomodar en un estante que usted improvisó con unos maderos y sogas, aquel vestido blanco de malos recuerdos.

—Ahora comprendo por qué lo guardaste Papalotzin cuando sabías que me hacía mala sangre; te sentías traicionada por mí y preferías que el odio lo canalizara hacia el vestido y

no hacia ti —le interrumpió Itzcoatl, para dilucidar un proceder que no había comprendido.

—En ese momento me alteró bastante —le respondió Papalotzin— pero no teníamos mucho de que echar mano, en caso de mucha necesidad podíamos cambiarlo por artículos o comida. Todo fue motivado por la necesidad, después de un tiempo, ya el motivo perdió importancia y me lo fui quedado, al final el ropaje nada tuvo que ver en nuestra tragedia y quizá quiera usarlo Coatlalopetl cuando se case.

Cambiando de tema para no echar a perder la noche Papalotzin continuó. —También tenías poca ropa: un jorongo, dos pares de caites, dos tilmas y los ayates donde todo esto venía. Recuerdo que me veías y veías, ahora dime ¿qué cosas de mí te llamaban la atención?

—Admiraba las habilidades que ibas mostrando, desde pizcar el maíz, enseñarme pacientemente a enristrar chiles, hasta cómo arreglabas cuidadosamente mi ropa en el improvisado colgadero. A cada paso que dabas o cada cosa que acomodabas me iba entrando un sosiego de santón, estaba viendo trabajar a una mujer: a mí mujer. Posiblemente muy en mí interior iba dando gracias a Monoyocoyani que disponía tan buenas cosas para mí.

Se hizo una pausa en la conversación, Papalotzin, se levantó del poyo jalando a su marido para continuar las suspendidas labores. Éste se resistió un tanto, a lo que replicó Papalotzin más práctica, o con más quehacer que su esposo.

—Tenemos que continuar con los preparativos, podemos seguir recordando cosas de nuestro matrimonio y al mismo tiempo adelantar el trabajo.

Papalotzin se dirigió hacia la casa a iniciar la molienda del nixtamal; Itzcoatl, regresó a la labor que había interrumpido: llevarle leña a su esposa.

Lluvia de Estrellas.

Mientras Itzcoatl acomoda leña en un ayate repasa la conversación que acababa de desnudarle su esposa. Recordaba algunos de los inconvenientes que les había causado la mención de la túnica blanca que guardara envuelta cuidadosamente entre paños. Y cuán abiertamente le reclamaba conservarla cuando de una manera u otra aparecía en las conversaciones, sobre todo en los inicios del matrimonio diciéndole en tono áspero algo como: “¡Lo cuidas como si te recordara buenos momentos!”

Itzcoatl tomó conciencia de su equivocado proceder. Acusó a su esposa de estar conciente cuando usó ese vestido puesto que no conocía su trastorno. En honor a la verdad: no había creído en su esposa; a la Papalotzin que tanto amaba o creía amar. Su mentalidad de hombre la culpó justificando a su amigo sin creer que el comportamiento brutal de Ixtlixóchitl había afectado profundamente el espíritu de su Papalotzin. Dejaron de tocar el tema, cambiaban de conversación cuando el vestido venía a cuento, según él, no querían herirse. Se dio cuenta de cuán sistemáticamente la había traicionado pretextando el sentirse herido en su orgullo de hombre o anteponiendo la lealtad hacia el amigo, aunque no lo mencionara.

Papalotzin era inocente, no obstante asumía que la había perdonado. Fue vejada y no obstante justificaba a Ixtlixóchitl.

Su esposa le había hecho ver, sin criticar a su mamá, que lo único que pedía era que creyeran en ella, que tomaran en cuenta sus sentimientos. No pedía ni que enjuiciaran, ni que castigaran a su agresor. Pedía amor; sólo el apoyo incondicional de los que la quieren. La manera en que Itzcoatl no olvidaba sus errores era criticándose acremente, por esto empezó a murmurar:

—¿Cuántas veces Papalotzin necesitó que atendiera a sus sentimientos para tranquilizar su espíritu? Ha sido un juguete de las circunstancias en ésta sociedad en donde las mujeres poco cuentan, la he considerado al menos cómplice. Ixtlixóchitl, mí amigo, a sido un barbaján con esta y otras inocentes —terminó sus cavilaciones y de llenar el ayate que tomó de las cuatro puntas retorciéndolas para tener un mejor asidero y se lo echó a la espalda. En la casa, acomodó cuidadosamente la leña trozo a trozo en el lugar usual, separó un poco que llevó a Papalotzin. No hizo el intento de meter alguna astilla al fuego, la única vez que trató de ayudar a su esposa esta le reclamó: “Itzcoatl, no metas la mano me alborotas el fuego”.

Acomodó el ayate encaminándose a la habitación de los niños. Se arrepintió regresando hasta donde estaba su esposa, se encuclilló, la abrazo y beso enternecido. Papalotzin mansamente se dejó hacer sin rehuir al arrebató de cariño, no le extrañó la conducta de su esposo, ni le preguntó la razón de la ternura, sabía por experiencia que después de sus descargas efusivas, los cambios consolidaba el matrimonio.

Itzcoatl, para disimular, se levantó y prosiguió el camino que llevaba, fue a revisar a los niños quienes ajenos a las ocupaciones de los padres dormían. Cubrió al inquieto Itz quien apenas sintió el roce de la manta pateó para quitarse el estorbo. Pasó a su habitación a donde se quitó la tilma acomodándola en un perchero. Ya con los arrepentimientos apaciguados, regresó a hacer compañía a su esposa.

La mujer movía rítmicamente el cuerpo arrodillado en el mórbido vaivén de la molienda; rociaba el nixtamal del metate con salpicaduras de agua, seguía hasta que la mezcla de maíz, tequezquite, cal y cenizas tomaba la textura de masa. Entonces, detenía la molienda, erguía el cuerpo y se dedicaba a tortear y cocinar. El esfuerzo y la cercanía del fuego le llenaban de sudor la faz, entonces, retiraba las pertinaces gotas que le rodaban por la nariz, con el antebrazo y el dorso del brazo; las que resbalaban por las cejas hacia la comisura de los ojos, con movimientos que acercaban los hombros hasta que tocaban la parte de la cara más perlada. Cuando el sudor era abundante, o el cansancio la apretaba se detenía irguiendo el torso, tomaba un albo paño felpudo que tenía para estos menesteres y se enjugaba el rostro, el cuello, los brazos o todo junto.

Itzcoatl se fue a acomodar del lado en que su esposa colocaba las tortillas cocinadas. Tomo la pila despegándolas con un movimiento de barajar, las oreaba para que no se sudaran y pegaran cuando se guardaran definitivamente en los paños. Itzcoatl, ya con quehacer, volvió a desovillar el hilo de los recuerdos.

—Entonces, para acomodarnos en la casa e iniciar nuestra vida como matrimonio, por unos días no fui al trabajo. Recogimos aseamos y acomodamos cacharros; reparamos techos puertas y ventanas; sacudimos, paredes, reparamos muebles, hicimos estantes y colgaderos; barrimos la casa con escobas improvisadas con ramas del viejo encino plantado en el costado norte de la casa.

—A los dos o tres días, cuándo dejamos la casa presentable...

—La casita ¡por favor Itzcoatl! —reclama Papalotzin la dureza que tiene su esposo con su amado recinto.

—Lo voy a tomar en cuenta —respondió Itzcoatl prosiguiendo. —Dijiste “¡necesitamos una escoba!” Así, como

algo muy común y corriente, me pediste: “señor Itzcoatl, tiene que hacerme una escoba de varas, no podemos seguir barriendo con ramas de la encina”.

—Ya no te llamaba de usted, mucho insististe en ello — interrumpió Papalotzin,

—Pero suena bonito —aclaró antes de repetir—. “Me tienes que hacer una escoba”. No fui capaz de negarme, me tenías impresionado y me apenó ser tan inútil. Mi cara de pasmarote mostró lo que sabía de fabricar escobas; me dijiste: “discúlpame, no pensé que no supieras hacer escobas” entonces me sentí criticado asumiendo que pensabas “un señorito de ciudad no tiene por qué hacer escobas”. Con paciencia esperaste que me pasara el bochorno y muy cortésmente me invitaste: “¿Si te parece? Damos un paseo por los bosques cercanos, seguramente encontraremos el material para elaborar una o dos”.

—Entonces pensé que querías mostrarme tus dotes de mujer de campo, no entendía la razón de fabricar una rústica escoba cuando podíamos mercar las que quisieras y de diferentes tipos y hechuras. Sentía la necesidad de conocerte, saber más de ti y salimos a nuestro primer paseo por el campo.

—Caminamos poco más de media hora ¡para mí! A la deriva, hoy asumo que explorabas un terreno desconocido. A medida que nos adentramos en el bosque, a cada paso que dabas, mi admiración fue creciendo, nunca pensé que una mujer pudiera moverse en la montaña con tú soltura, tan bien o mejor que un hombre, tú agilidad, firmeza de pies, velocidad para caminar, siempre me han asombrado. Descubrí que cuando te mueves bajo la fronda, te haces parte del bosque: como un cervatillo, una ardilla o un puma o un tecolote; te deslizas entre la espesura sin provocar ni siquiera rumores. Guardando las distancias, te mueves tan bien en la montaña como lo hace Azcatl en la corte del Tecuhtli Ixtlixóchitl.

—¡Ho Itzcoatl y tus comparaciones fuera de lugar! — musitó Papalotzin viendo a su esposos con aire de incredulidad.

Al ver la expresión de incomodidad en la faz de su esposa, Itzcoatl acompañó el movimiento de cabeza de abajo hacia arriba con un—. ¿Qué?

Esta vez Papalotzin no sintió celos al percibir en él “¿qué?” La sinceridad de Itzcoatl. Se dijo mentalmente: “ahora sé que las dos mujeres que más admira Itzcoatl, somos: Azcatl y yo”. Quizá por ese poquillo de celos que despierta entre mujeres la comparación de su hombre, respondió disimulando el pensamiento. —Nada Itzcoatl, es que haces cada comparación que lo saca a uno de lugar. ¡Mira que decir que el bosque es igual a la casa de un tecuhtli! Sólo a ti se te ocurre.

—Pues se me vino a la cabeza, pero no tiene importancia —le dijo perentoriamente Itzcoatl para no divagar.

—Llegamos a un claro del bosque en donde te detuviste en seco como si ya lo conocieras.

—Itzcoatl, yo no conocía ese bosque, los de Tlaminca no nos aventuramos por estos lados. Entre pueblos respetamos mucho nuestros campos y cotos comunales. Los de Tlaixpan no recogen leña en los terrenos de los de Tlaminca, ni los de Tequexquihuac cazan en los terrenos de los de Coatlinchan. El respeto a los cotos es una ley no escrita.

—¡Ves! Eso es lo que te digo mujer, parece que conoces todos los bosques aunque nunca hayas estado en ellos. —Te paraste frente a unos arbustos de color café, que hacen macollos de varios tallos como de un brazo de largo; hojas de color verde oscuro que parecen lentejilla del lago pegadas al tallo y tienen unas frutillas amarillas, esféricas y huecas. Supuse que de ahí sacarías las escobas.

—Acercándote a un macollo, hundiste tus manos entre los

tallos, con hábiles movimientos seleccionabas la vara apropiada, desplazaste la mano hacia la arriba y de un seco tirón la descuajaste. No te perdía movimiento.

—Cuándo creí haber captado la técnica, con aire de suficiencia te dije muy orondo: “Creo que ya aprendí ¡déjame probar!” Te hiciste a un lado cediéndome el campo en el macollo, metí torpemente las manos entre la maraña de tallos hasta encontrar uno, que según yo estaba listo para dejarse arrancar. Asiéndolo fuertemente por la mitad le di un violento tirón.

—Recuerdas Papalotzin, la vara ni se enteró, el macollo no soltó la prenda, lo único que conseguí fue un puñado de hojillas, apachurradas esferillas y tallarme la palma de la mano. Comprensiva no te burlaste ni criticaste, tomaste mi mano que guiaste mostrándome la forma de hacerlo repitiendo varias veces los movimientos. De nueva cuenta tiré y el tallo se descuajó limpiamente desde la base, intenté con otro que no cedió tan fácilmente. Después de varios intentos y explicaciones aprendí a hacer descuajes limpios que dañan menos a la planta.

—Entusiasmado arranqué suficientes para dos escobas, al finalizar me sorprendiste nuevamente cuando te inclinaste reverentemente hacia la planta, agradeciendo las ramas que habíamos tomado. Recordé a mi madre, cuando era niño me había dicho que los antiguos chichimecas oraban por el espíritu de los animales que cazaban agradeciéndoles el la vida para alimentar al hombre, pero nunca imaginé que las plantas fueran objeto de la misma veneración. Así te lo hice saber. “Es una bonita costumbre de ustedes los naturales, dan gracias por lo que toman del bosque”. Me enseñaste que todas las cosas tienen un lugar en la naturaleza y no era correcto provocar daño innecesario. ¡Qué aleccionadora resultó para mí esa escoba!

—No todos los que vivimos del bosque, ni todas las

familias maceguals de estas serranías tenemos esa costumbre —aclaró Papalotzin— papá es un estricto seguidor en lo que él dice: “son las leyes más antiguas del hombre y de la naturaleza”. De ahí he aprendido a respetar el bosque y agradecerle sus dádivas —Itzcoatl, cada vez que tenía oportunidad hacía hincapié a sus hijos, amigos y sobre todo a sus pupilos sobre lo importante que era seguir y respetar las leyes más antiguas de los texcocanos y de la naturaleza.

—Recogimos el haz de varas y regresamos a casa.

—Papalotzin “¿con qué vamos a amarrar las escobas?” Pregunté.

—“Para allá vamos me respondiste”. Desandamos un trecho, sesgamos hacia el norte hasta llegar a la cañada. A medida que nos aproximábamos a la hondonada la vegetación cambiaba de frondosa a seca, casi al llegar a la casa, nos detuvimos en un grupo de magueyes de todos tamaños. ¡Es hermoso verte trabajar! Escudriñaste el suelo hasta encontrar una piedra que se abriera en lajas, hurgando en el polvoriento piso conseguiste otra redonda de poco menor que tu puño. Te sentaste en unas rocas que sobresalían, acomodaste la piedra de forma acuchillada sobre tu muslo, cerca de la rodilla, con la piedra bola le asestaste dos o tres certeros golpes sacando lajas hasta conseguir una bien filosa. Después observaste los magueyes, elegiste uno de tamaño medio y te le trepaste entre las pencas. Papalotzin, no me explico como no te punzas o destrozas el vestido —la mujer sin detener la molienda, con el rostro perlado en sudor por el esfuerzo y el calor del fogón, volvía la cara hacia su marido para regalarle una sonrisa.

—Te zarandeaste sobre las pencas para afirmarte, tomaste el qurote de donde nacen las pencas, bajo la afilada púa de la punta realizaste un corte redondo, moviendo la espina hacia un lado y hacia otro hasta que consideraste que estaba libre, acercaste la boca y con las muelas aprisionaste la espina tirándola hacia ti hasta que empezó a desprenderse arrastrando

con ella unas fibras de ixtle que alcanzaban el largo del brazo.

—La experiencia con las varas, me hizo pensar que lo que acababas de hacer no sería sencillo. Me entregaste una laja, al treparme al maguey me ensarté una espina en un muslo y atoré el maxtle en otra. Bajaste del maguey y pacientemente me indicaste como hacerlo. La mordida y el jalón de la púa fue otra cosa: hay que morder con las muelas más interiores para que la presión de agarre sea mayor. Y, para sacar el ixtle, se debe tomar el quiote con ambas manos hacer fuerza en sentido contrario al jalón. Después de un rato, maestra y aprendiz conseguimos las fibras necesarias para atar las escobas.

—Explícame la razón de obtener ixtle de esta manera si en casa los vecinos nos regalaron bastante cuerda —pregunta que hasta ahora se le ocurre a Itzcoatl.

—Y ¿de qué te ríes? Todas las veces que recordamos esto sueltas la carcajada, hasta los niños me chocotean cuando se los cuentas —le preguntaba Itzcoatl a su esposa que encajaba la cabeza en el pecho, entre los brazos asidos al metlapil tratando de contener la risa que delataban los convulsos movimientos de su cuerpo. No aguantó más y soltó la carcajada, cuando se calmó le explico a Itzcoatl.

—Itzcoatl, sentía una imperiosa necesidad de demostrarte que aunque joven, era capaz de ser una buena esposa manteniendo la casa con lo que ofrece el campo... Y es que te veías tan cómico, trepado en el magueyote molonqueando la penca, como perro que quiere arrancar un pedazo de cuero: y déle para un lado y déle para el otro y el maguey ni se enteraba. Agarraste un color morado de tanto esfuerzo, después de tirones y jalones, cedió la púa y el maguey te entregó un pedacín de ixtle de este tamaño —Papalotzin colocaba las manos al frente distanciadas como treinta centímetros indicándole el tamaño de las fibras—. No te imaginas el esfuerzo tan grande que tuve que hacer para no desternillarme de la risa. Eras todo un señorito, yo, amedrentada, no podía

arriesgarme a ofenderte. Ahora que ya es mi marido, suelto todo lo guardado

—Entonces también era tu marido —aclaró Itzcoatl.

—Empezábamos a vivir juntos, pero recuerde que marido lo que se dice marido, aun no. También, según acaba de confesar, prometió a su tecuhtli no tocarme mientras llevara a Coyotito en el vientre.

—Tienes razón mujer, pero acaba con tú risa para seguir. Yo noté la intención de reírte, supuse que habías comprendió que eran experiencias nuevas para mí, señalándome los magueyes apropiados, recuerda que le cogí el gusto al asunto consiguiendo más ixtle que tú. ¡Te acuerdas!

Papalotzin estalló en carcajada ante la infantil salida del esposo. Se detenía unos instantes de aparente calma y volvía ha empezar. Itzcoatl, pacientemente, esperó a que dejara de reír para continuar.

—Cuando hubo suficiente ixtle me detuviste explicándome que algunos magueyes dejaban de crecer cuando se les extraía el ixtle del centro, que regularmente se puede obtener de las pencas haciéndoles menos daño a las plantas, pero que el proceso era más complicado y dilatado. También les agradeciste la dádiva.

—Cuando regresamos a la casita —Itzcoatl acentúa casita— dejamos el haz de varitas al lado de la acequia. Me dijiste: “Espérame, no tardo” perdiéndote dentro de la casa. Regresaste con una jícara advirtiéndome: “esta jícara la dejaremos aquí colgada y se usará únicamente para sacar agua de la atarjea. Si se bebe agua con ella, deberá lavarse muy bien”. Muy seria me advertiste. “Cuando utilicemos agua no la regresemos al canal pues se ha ensuciado, deberá ocuparse para otros menesteres como regar plantas”. Hiciste una rápida inspección del terreno, supongo que ya lo tenías visto, elegiste un sitio donde se podía acanalar hacia la huerta. Me dejaste una

nueva tarea:

—“Con una olla grande, tezontle y arena debes fabricar un filtro para limpiar el agua de las impurezas que arrastren las lluvias antes de que nazca Coyote”. Nuevamente no he entendido porque me encargabas algo que tú hacías bien, podíamos mandar a hacer o comprar.

—Es trabajo de hombres velar por la salud de su familia — le respondió Papalotzin con firmeza sin detener el trabajo de la molienda.

—Ahora entiendo, la pila de tareas que me encargaste de las que entendía poco o nada. ¿Un filtro de tezontle y arena? ¡Nunca había visto uno! Empecé a indagar preguntando aquí y allá, como era de esperar la respuesta me vino de muy cerca, papá Póchotl un poco antes de recoger la cosecha de maíz me sugirió: “señor Itzcoatl, debemos hacer un filtro para el agua” se me abrió el cielo. “Si señor, Papalotzin ya me lo había pedido desde antes de las lluvias” le respondí. “Seguramente se preocupa por el niño, crecen más sanos si toman agua colada con tezontle arena y carbón. Cada año, para la fiesta de Xipe, la olla debe lavarse bien con guishe, renovar el tezontle la arena y el carbón”. Aclaró tu papá. Entusiasmado le dije “Póchotl pongamos manos a la obra, que le parece para la siguiente luna llena yo me encargo de tenerle la olla”. El tamaño lo decidí fijándome en una con espita que hay en casa de tus papas. Así aprendí a elaborar y mantener un filtro.

—Muchas veces utilizamos instrumentos sin detenernos a pensar como se elaboran. Me preciaba de ser un hombre instruido, pero una jovencita campesinita me dio la más sabia lección de higiene que jamás he recibido. Después de eso elaboré uno para la casa de Ixtlixóchitl. Si se coloca en un lugar sombreado siempre se tiene agua fresca, y si la olla es de barro de Oaxaca, como esa —Itzcoatl señalaba la olla que le costó una buena tilma y un maxtle— según Póchotl, esta hace agua más sabrosa que la de su casa, posiblemente tiene que ver

con el color negro del barro.

—Regresando a las escobas. De la atarjea extrajiste dos o tres jicarazos de agua que vaciaste en otra más grande, en la que habías colocado las fibras de ixtle con todo y sus púas. En el proceso, me explicabas que el ixtle tenía que lavarse para suavizarlo, quitarles el guishe y removerles los pedacillos de penca que todavía tenían pegados. Con la parte gruesa de una vara de la futura escoba, agitabas enérgicamente el agua hasta que formó espuma. El agua que quedó la guardaste en un jarro desportillado diciendo como para ti: “Éste será el jarro del agua jabonosa para lavar trastos y ropa” vaciando el líquido espumeante en el jarro. Sacaste más agua del canal, rellenaste el cuenco del ixtle agitándolo con un movimiento rápido de los dedos. Tomaste una púa, quitaste el exceso de agua de las fibras recorriéndolas con los dedos índice y pulgar, colocaste las hebras sobre la pantorrilla, con la palma de la mano en un movimiento de frotación hacia el tobillo torciste la fibra que iba formando un delgado cordón. Después agregaste otro y otros más para hacerlo más grande hasta conseguir un delgado hilo de unas dos brazadas. Parecía cosa de magia ver como las fibras obedecían a tus manos, que estiraban, retorcían y humedecían.

—Yo pedía a los cielos que no me pusieras ha hacer cordones, te dije con un tono de estudiada suficiencia. “¡Yo hago la escoba!” Me pareció un trabajo más fácil. Me diste un manajo de varitas que debían formar la escoba, bastante más de las que yo hubiera elegido. Las tomé y até tan firmemente como pude. Orgulloso de mi obra, con un gesto de teatral suficiencia te entregue el instrumento, la recibiste como si se tratara de un tesoro agradeciéndome con una sonriente genuflexión, un juego que ayudaba a irnos conociendo y tomarnos confianza.

—A los pocos días noté que la escoba que usabas no era la misma. Te pregunté lo que había pasado con ¡mí! Escoba.

—Itzcoatl, como te ofreciste con tanta suficiencia, supuse que sabías como atar una escoba. Cuándo ví como lo hacías me dije ¿ahora que hago?, Éste señor no tiene idea de cómo debe amarrarse una escoba de varas, se me va a desarmar ¿Cómo le digo que tuve que hacerla nuevamente porque no la hizo bien? Imagínate como estaría de preocupada, teníamos tres o cuatro días de conocerlos, por eso la oculté por un tiempo. Era una niña atemorizada por un señorón que me veía, me veía y me veía. Tenía que echar mano a toda mí entereza para no demostrar lo apenada que me ponía tú descarada miradera.

—Me extasiaba verte trabajar; aun estaba apasionado; y quería aprender cómo hacías las cosas. Jamás como desfachatez. ¡Recuerda que te dije! “Papalotzin, me enseñas como debe amarrarse una escoba de varas, así en lo sucesivo hacerlo de manera correcta”. No hubo necesidad de hacer más, pero te puedo recitar la técnica: se acomodan las varitas una a una por la parte gruesa de manera que no sobresalgan, se puede usar un tejamanil para alinearlas o golpeándolas en piso; previamente se les sacuden las partes verdes y frutos; el cordón se ata a una parte firme como el tronco de un árbol o una estaca; a dos dedos de la base se enrosca el haz de varas con dos o tres vueltas de cuerda haciendo que pase entre las manos, recargando el peso del cuerpo hacia atrás mientras se arrollan; se ata firmemente; un palmo más abajo se repite la operación con otras dos o tres vueltas. Además el lazo debe mantenerse húmedo para que no se reviente. Para que veas lo buen alumno que soy; estas escobas deben mantenerse húmedas para que las varitas no se sequen y se desarme. Además, con una buena rama se le puede poner mango; haciéndole punta se introduce en la escoba del lado en que se ha atado; después se golpea por el cabo contra el suelo para que el mismo peso de las varas vaya introduciendo la estaca a presión unos dos palmos... ¿Qué te parece?

—Hay Itzcoatl, en ocasiones eres tan niño que pienso que

soy la única adulta en casa.

—Hablando de salidas infantiles, tú no desentonas en el coro. Recuerdas la vez que te encaprichaste, que tenías antojo de comer tochtli.

—¿La del gran cazador? —pregunto Papalotzin con aire cantarín de una broma que se va a compartir.

—¡Esa misma! Cada que me acuerdo pienso y creo que lo hiciste para burlarte.

—Itzcoatl, sabes que a las embarazadas nos dan antojos, ese día me dieron ganas de comer conejo. Y nunca me burlaría de ti, no sabría como.

—Si, me dijiste toda modosita: “sabes ‘Viborita de Obsidiana’ tengo antojo de almorzar tochtli”. Desde que me hablaste en diminutivo me dije. “Algo raro me va a pedir esta Tlamincana” con el mismo aire te contesté. “Capullito de Mariposa ¿no se conformaría con un teporingo”. Y ¿cuál fue tú respuesta?:

—“Me comería aunque fuera un teporingo asadito en los rescoldos del fogón mi Viborita de Obsidiana” otra vez en ese tono chocante de las embarazadas antojadas. Los dos estábamos ¡enamorado! En nuestro periodo de recién casados ridículos de ‘mimises’ y ‘tutuses’, así que ¿cómo iba a negarme? Empecé a repasar las cosas de nuestras escasas pertenencias que podría cambiar con los vecinos por un tochtli o aunque fuera por un teporingo. Además cada vez que les pedíamos algo a estas buenas gentes, nos lo obsequiaban. ¡Ve lo que he cambiado!...: Entonces pensaba que era para quedar bien comprometiéndome para solicitar algún favor en el futuro, me he dado cuenta de la manera menos pensada que estos tequexquinahualcanos siempre lo hicieron por amistad.

—Seguramente me viste tan enfurruñado que cuando me disponía a ir con los vecinos me dijiste. “¿Y si vamos a

cazarlo? pobre ingenuo de mí, cambiaba el garrote vil por el cadalso. No sabría decirte cual de las dos situaciones me acongojaba más: si el salir a pedir un favor, o ir a cazar un conejo cuando no tenía idea de cómo se hacía. En ese momento elegí lo que me parecía menos comprometedor contestándote “si Papalotzin, mejor vamos a cazarlo” esperando que en el ínterin cambiases tus intempestivas ansias.

—De haber sabido que esos antojos de cuando estás embarazada cambian más rápido que los vientos del otoño no hubiera sido tan insensato, ya tenías una gran panza para arriesgarte o poner en peligro al niño con una caminata por la cañada y el esfuerzo que implica cazar. Ni en sueños hubiera imaginado la técnica que usamos.

—En fin, salimos de la casa llevando un ayate que cogiste al pasar, yo pensé “para cargar el teporingo”. Enrumbaste hacia aquellos magueyales de donde sacamos el ixtle para las escobas. Entre más caminábamos más me hacía cruces pensando en los instrumentos que usarías. No llevábamos arco, ni lanza, ni lazos para elaborar una trampa ni yesquero para saca al conejo de su madriguera con humo, única técnica que usé cuando muy joven salía por el campo en compañía de otros muchachos. En esas correrías lo único recuerdo de caza mayor es haber matado a varazos un inmenso cencuate que se nos atravesó en el camino. Cuando orgulloso llegué a la casa con la serpiente atravesada como estola en el cuello, mamá me dio una severa reprimenda. “Muchacho, no debes segar vidas por el simple placer de tener la oportunidad. Ningún animal están sobrando en el bosque, cada uno cumple una función importante. Debes saber que el cencuate es una serpiente que come ratones, conejos, tuzas y otras alimañas que perjudican los sembradíos. Algunas familias las domestican para tenerlas en la casa controlando éste tipo de plagas”. Entonces pensé “éste cencuate debe ser la mascota de algún niño y lo estará buscando” tal vez por eso no me atrae la cacería.

—Nos metiste entre los magueyes caminando con sigilo, a pesar del avanzado embarazo te movías con agilidad. De un momento a otro me tomaste firmemente por la muñeca obligándome a aparrarme, la otra mano la llevaste a los labios indicándome ¡silencio! Me soltaste, desamarraste con mucho cuidado el ayate que traías terciado en la espalda indicándome gráficamente cómo debía colocarlo. Me señalaste un espacio entre dos inmensos magueyes, pusiste las manos juntas en tú mejilla haciendo la señal de que un conejo estaba dormido; gráficamente me señalaste el camino probable de huida del animalito. Buscaba la común figura de un conejo, agazapados con las manitas por delante, entornaba los ojos, usé la mano de visera; con todo ese esfuerzo apenas distinguía un bulto pajizo a la sombra de unos matorrales y zacate seco que supuse era el animalito.

—Corregiste mi postura, dejándome acuclillado, con el ayate haciendo una oquedad entre mis piernas. Esforzando la vista entre los magueyales tratando de no perder el sitio en donde estaba el bultito.

—¡Ha señor! Por qué no me dijiste que no había distinguido completamente al tochtli, por eso no lo atrapamos —reclamaba Papalotzin como si acabaran de perder la pieza.

—Tonteras de inexperto. ¿Cómo iba a ponerme en evidencia? Estabas tan segura, que me sentí obligado a hacerte pensar que algo sabía.

—Itzcoatl, cuando uno sale de cacería al monte o a recolectar alimentos cada uno de los integrantes del grupo debe ver, escuchar o sentir lo que el compañero percibe ve y escucha; de otra manera se corren riesgos de lastimarse o perder la presa.

—Ahora es que lo sé mujer. Eso mismo me aconsejaba el profesor de estrategia militar en el calmécac pero como entonces, no había participado en cacerías o batallas, no tenía

práctica. Prosigo:

—Me indicaste a señas que debía estar preparado para apresar el conejo en cuanto saliera corriendo, yo agrandaba ojos que me ardían de no parpadear. Todavía me dijiste al oído “el tochtli va ir directo al hueco que forma el ayate, sólo tienes que cerrarlo para que no escape”.

—Te escurriste por mi espalda para dar un rodeo, deben haber sido a lo sumo dos minutos. Yo trataba de ver al tochtli y escucharte caminar, no logré ni lo uno ni lo otro. La tensión me hacía sentir el golpeteo del corazón en los oídos, la espera se me hizo eterna.

—De pronto hiciste un alboroto golpeando las breñas con una rama seca. Del lugar que me habías señalado salió despavorido un bulto de color pardo y pajizo que se me figuró del tamaño de un puma que se me venía encima a toda velocidad, estaba atento sin distinguir nada, no pude controlarme y éste tú marido se levantó para evitar que el conejote me arrollara —Itzcoatl hacía la mímica para reproducir el instante— casi al momento reaccioné, saltando con el ayate a manera de red hacia donde pasaba veloz la presa, quién, en cuanto sintió el movimiento, sesgó la huida.

—De entre los magueyes, apareciste riendo a carcajadas en una forma tan escandalosa que tú panza pegaba más brincos que el conejo. Recuerdas que me puse muy serio y creíste que fue por burlarte de mí, pues estabas equivocada, lo que me molestó fue sentirme acobardado por un humilde tochtli.

—No Itzcoatl, nunca he pensado que él no aguantar a pie firme la carga de un animal, por pequeño que sea, deba considerarse una cobardía. Se crea mucha tensión al pensar las miles de maneras en las que se va a actuar en esos instantes, la reacción debe dejarse al instinto. Esa vez, el de conservación se antepuso al de cazador. Cuando tú mente reaccionó e indicó abalanzarse sobre el conejo, el instinto del animal llevaba

mucha ventaja. Lo que me causó risa fue él verte imitar los movimientos del conejo: primero para arriba, después a un lado y finalmente, adelantando el ayate, como un chichiton brincando tras una rana. Itzcoatl, la risa me llenó más que todos los conejos que hubiéramos podido cazar.

—Al menos para eso sirvió el inútil cazador de tú marido.

—Todo el camino de regreso a casa lo hiciste amorrado mientras yo venía feliz y relajada —completaba el relato de la aventura Papalotzin—. Me di cuenta que eras una persona muy humana, un hombre con temores y sentimientos. Ese instante de cobardía como tú lo llamas ha sido muy importante para mantener el equilibrio, pues tú también fallabas. Mientras, los días eran marcados por el transitar del sol hacia el sur.

—Papalotzin, la tierra es la que se mueve alrededor del sol y la luna alrededor de la tierra. No como tú lo dices y se lo enseñas a los niños, “el sol viajando hacia el sur” —Itzcoatl trataba de enseñarle lo que él sabía de astronomía y sacarla de su equivocación.

—Pues será como dices, pero para mí y para los niños es más práctico decir que el sol camina, pues en verano corre así hasta Xipe —señalando hacia el Norte el arco que traza el recorrido del sol desde el equinoccio de primavera hasta el equinoccio de otoño—. Y así hasta Tonatíuh —ahora señalaba el arco del recorrido del sol hacia el sur hasta el equinoccio de primavera. Itzcoatl no insistió para no desviar el tema, además para su esposa como para casi todo el mundo, era más práctico relacionar la posición del sol con las labores agrícolas.

—Entonces —continuó Papalotzin— los días se acortaban según se iba aproximando el invierno mientras que mi panza se agrandaba estorbándome cada vez más en el diario trajinar. Yo joven e inexperta me angustiaba porque se nos venía el invierno encima y los bastimentos que nos entregaron se iban acabando y ya no podía moverme con libertad por el campo.

—Me aferré a ver el mundo desde mi perspectiva juvenil de macegual y no consideré que eras un individuo pudiente. Itzcoatl, debes haber pensado que te habías unido tú vida a una mujer necia, que tenía que hacer escobas con varas de monte; comidas de: teporingo, gusanos de maguey, nopales, xoconostles, verdolagas y hierbas del campo; y postres de tejocotes, capulines y tunas. ¿Dime si no pensaste algo parecido?

—Papalotzin, también pudiste reclamarme que deje que sufieras a sabiendas que no era necesario que te angustiaras por la comida. El vivir en la casa de un importante tecuhtli me ha enseñado a recapacitar las situaciones complejas. Aun cuando no era consiente de todo lo que habías padecido en el palacio de Ixtlixóchitl, intuía que luchabas por tomar el control de tu vida haciendo lo que sabías: economizar consiguiendo alimentos del campo y bosque, consideré que dejarte sentir responsable en administrar los escasos recursos te ayudaría.

—También me sirvió para entender por qué los campesinos viven pendientes de la naturaleza: qué si la cosecha no es suficiente o una plaga la daña o una granizada la derriba o la quema la helada, se va a pasar hambre. Tú sentías que íbamos a pasar penurias y sobre todo, que la vida del niño peligraba. Probé trabajar como campesino ayudándote a cultivar la tierra para obtener las difíciles cosechas de invierno. Y usar las herramientas del albañil haciendo chapuzas para arreglar la casita: tapándole rendijas para capear los fríos que se acercaban con pasos de gigante. Fue aleccionador aprender a vivir con el esfuerzo del trabajo físico y del ingenio, aprovechando lo que la naturaleza ofrece, tomándolo con un profundo respeto para dañarla lo menos posible. Conocí de la importancia que tiene el agua en la agricultura ajustándose a las cantidades o tandas que determina el juez de aguas cada vez que te toca.

—Supe de la fuerza de voluntad que se requiere para no

quebrantar las promesas que se hace uno mismo, pues, decidí ceñir mi alimentación a lo que hicieras en la casa, comiendo únicamente de lo que me ponías en el itacate, como cualquier macegual.

—¿Me estas diciendo que solamente te alimentaste de tortillas, nopales, quelites, xoconostles, maíz tostado y de vez en cuando una palomita torcaz, gusanos de maguey y teporingo? —preguntó Papalotzin a su marido en tono de incredulidad.

—¿Qué era lo que teníamos entonces Papalotzin? O ¿Tú comías algo diferente a lo que me ponías en el almuerzo?

—¡De donde iba a sacarlo! En los bastimentos que nos regalaron venían cosas de lujo como chocolate, algo de maíz azul, rojo y negro; un poco de pescado y carnes secas que comíamos los días de fiesta. Ya cerca del parto, mis papas no ayudaron con algunas cosas de las que nunca te enteré.

—Precisamente por esto Papalotzin, si yo te deje creer que nuestros recursos eran escasos, también me comprometí a soportar las consecuencias, aunque en algunos casos, como cuando llegaba faisán o ciervo de las tierras mayas, o pescado de las costas casi me ganaba la tentación. ¡Nunca claudiqué!

—Me parece que tus papas, especialmente Póchotl, entendieron que lo mejor para ti en esos momentos era dejarte actuar libremente, de esta manera, paso a paso irías recuperando la confianza perdida. ¡Póchotl es todo un tecuhtli!

—No te burles Itzcoatl, como vas a nombrar a un pobre campesino macegual como mi padre con el título de ¡Señor! —protesto en tono dolido Papalotzin.

—Muchos más méritos tienen algunos campesinos maceguals de llevar un título de tecuhtli que muchos que así lo presumen e incluso de Huei-Tlatoani; y tú papá Papalotzin, es uno de ellos. Nunca me ha echado nada en cara, no me ha

reclamado que nos ayudó cuando te vio tan angustiada porque el embarazo te impedía conseguir alimentos. Entendió mi decisión de dejarte hacer las cosas que creías necesarias. Gracias a Monoyocoyani todo a salido bien, no obstante nos quedaremos con la duda de cómo hubiera sido de otra manera. Ahora no veo razones de qué arrepentirnos.

Mientras Papalotzin molía y torteaba Itzcoatl volvió a tomar el hilo de la conversación.

—A medida que adelantaba el invierno y tú embarazo fuiste dejando las actividades que requerían más esfuerzo. Desde entonces, tomaste la costumbre de esperar mçi regreso sentada en el poyo contemplando el ocaso sobre el lago. Allí nos sentábamos a platicar, yo hablaba sobre mis experiencias y trabajos, debo haberte parecido un pretencioso odioso. Con el tiempo, mí tono magisterial se fue haciendo más llano. Noté que fuiste interesándote en las conversaciones, nuestros parloteos se complementaban. “¡Las nubes del cielo están rizadas! ¡Mañana tendremos viento del sur!” Abrías la plática refiriéndote a las consecuencias del fenómeno sobre el campo. Yo explicaba que el viento del oeste viajaba muy alto y rápido, deshilachando las nubes en rizos, como cuando hace cabrillas en las aguas del lago. Qué si duraba por mucho tiempo, la velocidad el viento de las alturas llegaba hasta la tierra arrastrando la poca humedad del invierno quemando las plantas.

—¿Recuerdas, Papalotzin, aquella noche de invierno en que te invité a disfrutar a la luz de las estrellas los tlacoyos de maíz azul rellenos de amaranto que traje del mercado? Por cierto, preparaste un ponche de xoconostles y tejocotes delicioso. Ya entrada la noche, con unas mantas y unos banquitos nos acomodamos bajo la encina, recargados en su tronco viendo hacia los cielos identificando estrellas. Cuántos trabajos para mantenerte despierta hasta la media noche, animándote con la promesa de que verías algo maravilloso.

—Te deje dormir aunque te perdieras los prolegómenos que ocurrían en el cielo. Calculando el momento más impresionate te desperté. “Papalotzin”, señalando hacia un punto de la estrellada bóveda celeste, en la constelación del León “¡Mira!”. Ya ocurría uno de los fenómenos más hermosos del cielo nocturno en el año, una lluvia de estrellas fugaces.

—Exultada, formulabas un deseo para tú hijo cada vez que la luz de un meteorito rasgaba el velo de la noche: “qué... ¡nazca sano! Qué... ¡sea inteligente! Qué... ¡sea guapo! Tantas fueron las Leónidas de ese día, que se te agotó la imaginación y me pediste ayuda, inventamos deseos y peticiones. Terminamos riendo hasta las lágrimas de nuestras ocurrencias, fue la primera vez que te sentí realmente contenta.

—El trato diario nos iba dando confianza para conocer nuestro carácter y temperamento. Había notado que, aun cuando estuviéramos conversando de cosas importantes, te abstraías sin ningún motivo, por breves instantes te quedabas con la mirada perdida en el vacío. O tal vez fue porque mi interés por ti se hacía mayor, así empecé a preocuparme, se lo achaqué al embarazo. Una tarde, poco antes del la lluvia de estrellas, entraste en un estado de abstracción más largo del usual. Ya me estaba acostumbrado a permanecer quieto y silencioso esos momentos que duraba tú fuga, al terminar, te preguntaba por ejemplo; “Papalotzin, ¿ha pasado una nube negra?” A lo que respondías maquinalmente ¡Sí! continuando como si nada.

—Recuerdas que un día, insistí. “¿Qué pasa, ya me estas preocupando?” Volviste a tú acostumbrada respuesta, pero te volví a preguntar, primero cariñosamente, después en un tono más firme, estaba decidido a enterarme de cuál era el motivo de tus ausencias.

—Aprendí que cuando no quieres hablar de tus cosas, puedes negarte firmemente o idear falsas situaciones

verosímiles, hasta creo que no te dabas cuenta que sufrías algún mal del espíritu.

—El día de las Leónidas estabas dispuesta a abrir tú alma, afortunadamente, en aquél momento tuve la madurez para comprenderte. Te entristeciste sin motivo aparente y te pregunté: “¿qué pasa Papalotzin? No tiene que ver nada contigo” me respondiste, respiraste profundamente varias veces, te tomaste una mano contra otra y las apretaste para evitar que te templaran, al fin dijiste:

— “No es tristeza la que me embarga, es una sensación de impotencia y rabia”.

—Yo, esperaba una revelación más concreta, con un movimiento casi imperceptible, me incline hacia delante para indicar que ponía más atención. Una mirada brillante iluminó tú faz, te pusiste rígida y palideciste, con voz enronquecida por el esfuerzo de forzarla a pasar a través de la estrechada garganta dijiste: “No es justo que un hombre abuse de una mujer, ¡no es justo!” Y proseguiste “¿quien le ha otorgado el derecho a ningún hombre de disponer del cuerpo de una mujer!”

—Extendiendo tú odio a la mitad de la humanidad gritabas histérica, hasta temor me dio. “¡Todos los hombres deben ser maldecidos!”. No hacía falta saber a quien te referías, ni tampoco cabían consejos o justificaciones. Así lo comprendí y pausadamente me acerque a la mujer; no a mi esposa ni a Papalotzin. Me fijé en tú mirada que aun brillaba y en la faz desencajada, esperé hasta que en la pupila de niña brilló la clara perla de una lágrima y tu rostro empezó a encenderse, entonces me acerque y tiernamente te abracé.

—La niña, la mujer, la esposa, la madre se abandonó en mis brazos a soltar su amargura en sollozos mientras repetías al unísono y en voz baja “¡no es justo... no es justo!”.

—Los sollozos fueron haciéndose menos frecuentes, hasta

detenerse, aññada me abrazaste, confiándote a mi cuidado, atención y amor. Así pasamos buena parte de la noche, abrazando cariñosamente tú desmadejado cuerpo, que después de la descarga de sentimientos, durmió placidamente.

—En ese momento comprendí que me querías, pero que tenía que ser muy tierno y paciente hasta que entendieras que algunos hombres son consecuentes y cariñosos. Debía aceptar que la nube negra que oscurecía tus pensamientos siempre nos acompañaría. Lo mejor que podría esperar era que la melancolía sé te presentara cada vez con menos frecuencia, que durara menos tiempo y estar atento a evitar provocar su inoportuna presencia.

—El compromiso que me obligó a aceptar Ixtlixóchitl, de no tocarte sexualmente mientras estuviera embarazada de Coyote no tenía ninguna validez. Ahora el reto era conmigo mismo: no te tocaría hasta que me aceptaras como hombre, hasta que nuestras relaciones íntimas no se vieran ensombrecidas por esa nube negra que aparecía en los momentos más inoportunos, nuestro amor no soportarían ese tipo de intromisiones por mucho tiempo.

Itzcoatl terminó el relato con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo. Papalotzin había detenido su moler y tortear mirando atentamente a su esposo. Ahora comprendía su dolor, le vinieron a su memoria las muchas veces que esa infausta nube negra ensombreció sus vidas.

Con sus movimientos silenciosos de animal del bosque Papalotzin se levantó del metate acercándose a su esposo quien no la sintió hasta que le tomó las manos haciendo que éste le mirara a los ojos percibiendo en ellos una iridiscencia.

—Itzcoatl, ahora entiendo esa morriña que te cogió poco antes de que naciera Coyote, era la preocupación de protegerme de mis propios recuerdos, esa fue una promesa muy difícil de cumplir y fuera de tu control. Y lo admirable es

que la cumpliste a cabalidad hasta que logré curarme de ellos.

—Ahora mismo entiendo todo el significado del concejo que mi madre me repetía una y otra vez: “la mujer enferma y chillona acomoda a su esposo en la cama de la fregona”. La nube negra no ha desaparecido, de vez en cuando, como ahora, su pertinaz presencia nos ensombrece pero ya no nos hacen daño. Esto te lo debo a ti. El concejo de Azcatl, “de que un hombre no puede vivir con una mujer enferma de melancolía”, debes haberte desesperado muchas veces.

Los esposos permanecieron tomados de la mano, comunicando sus cuerpos, hablando el lenguaje mudo de las almas.

El Nacimiento de Coyote.

Para romper ese maravilloso momento de intensa comunicación sin que decayera el éxtasis, Papalotzin apeló a lo práctico diciéndole a su esposo. —Tráeme un poco de agua fresca de la jarra que usamos para beber, debo enfriar el nixtamal, no se nos valla ha agriar.

Itzcoatl, despacito, sin querer soltar las manos a su esposa se fue desenroscando lánguidamente para cumplir la pretextada solicitud de seguir con los preparativos de la fiesta, y los recuerdos. Cuando Itzcoatl regresó con una jícara grande llena de agua, Papalotzin ya estaba sentada sobre sus muslos atrás del metate lista para reanudar el trabajo.

—A donde pongo el agua —preguntó Itzcoatl.

—¡Aquí! —respondió Papalotzin dirigiendo la mirada hacia el lugar que le convenía mientras dejaba el rodillo de piedra sobre el metate. Con cuidado, Itzcoatl bajó al piso, el incómodo recipiente en el que el agua se bamboleaba haciendo olas para abandonarlo a poquitos en cada paso. Papalotzin, haciendo un cuenco con las manos, tomó un poco del agua fría de la jícara con la que roció la masa, que martajada era enfriada por del agua que penetraba sus entrañas deteniendo un inexistente inicio de acidificación.

—Itzcoatl, recuerdas lo nerviosa que me puse cuando se aproximaba el alumbramiento de Coyote. Te pedí que fueras a

Tlaminca a pedirle a mamá que me asistiera. Yo sentía que llegaba la hora.

—Esto es otra cosa que no sabes —le interrumpió Itzcoatl para incorporar al recuerdo común eventos que le ocurrieron.

—Unos días antes del nacimiento de Coyote, Azcatl me buscó para advertirme: “Itzcoatl, el tecuhtli Ixtlixóchitl me encargó te avise que me haría cargo del parto de Papalotzin, que eligiera las mejores comadronas y qué, sobre todo, cuidaran que el niño recibiera la mejor atención y que lo mantuviera informado. Que te lo comunicara para ponernos de acuerdo, así que ya estás enterado Itzcoatl”.

—De nueva cuenta me colocaron entre la pared y la espada. Conciente de las angustias que te provocaba la sola mención de Ixtlixóchitl, mucho peor estarías con la presencia, quien sabe por cuanto tiempo de Azcatl, para ti, los ojos y oído del tecuhtli atendiéndote, supervisando el parto y quién sabe que otro encargo.

—Pensé en las ventajas de contar con los servicios de Azcatl, sin duda, una de las mejores comadronas del Acolhuacán. Se ha encargado de recibir a todos los hijos de Ixtlixóchitl, mejor dicho, de los que nacieron en su casa. Entonces no sabía de las dotes de tu mamá. Sopesé las ventajas de una magnífica asistencia y mi compromiso de fidelidad contigo. Obviamente me decidí por lo segundo. Ya vería como capear la furia de Ixtlixóchitl, hombre iracundo cuando las cosas no se hacen como ordena, máxime después de las advertencias que me hizo Azcatl.

—También me preocupó la reacción de Ixtlixóchitl contra Azcatl. Su obsesión por el niño lo mantiene al tanto de su desarrollo, no había olvidado ni una palabra de los augurios, preguntaba reiteradamente a los adivinadores la hora del nacimiento.

—El lado flaco del Ixtlixóchitl, un asunto de mujeres, una

nueva conquista le alejó de Texcoco distrayéndolo del nacimiento. Además, aposté a la confianza que me tiene y a la habilidad de Azcatl para capear situaciones difíciles.

—Para llegar a Tlaminca saliendo de la casa del tecuhtli debía tomar una ruta muy concurrida por gente cercana al palacio pues Ixtlixóchitl disfrutaba, en su casa de campo de Tlaixpan, de la excitación de una nueva concubina. Para no provocar sospechas en Matlalcíhuatl pretextó cumplir un encargo de Techotlalatzin de supervisar la construcción que se hacía en el cerro de Tetzcutzinco. Ixtlixóchitl había aconsejado a Techotlalatzin que mandara hacer jardines que disimularan el otero para mantener vigilados movimientos en el lago, específicamente de tropas que pudieran salir de los islotes de los estados aztecas o telpanecas.

—El camino a Tlaixpan también estaba vigilada por gentes de Matlalcíhuatl, la celosa mujer presentía que su libertino esposo estaba nuevamente en cameleos. Sí la nueva rival no era muy hábil en amores, que es lo común pues Ixtlixóchitl prefiere mujeres púberes, y lograba hacerse presente en el momento en que el cansancio hacia mella en el entusiasmo de esposo, Ixtlixóchitl por cortesía, la invitaba pasar la noche con él, aquí Matlalcíhuatl desplegaba todas sus artes amatorias por esa única noche, en ocasiones lograba convencer al tecuhtli para que regresara a la muchacha con su familia acompañada de buenos regalos.

—El camino a Tlaixpan y Tlaminca es común en un gran trecho, y los motivos multiplicaban las posibilidades de encontrar incondicionales a Ixtlixóchitl o Matlalcíhuatl. La tensión del momento agrandaba las cosas y hacía sentirme temeroso de que los muchos ojos comunicativos me vieran cerca de la casa de tus padres, y enteraran a Ixtlixóchitl quién no tardaría en atar cabos. Montaría en cólera porque se le desobedeció, y nos veríamos expuestos a sus irracionales reacciones viscerales.

—Evité la compañía de algunos vecinos con los que de común regresaba a casa haciéndonos más ameno el largo recorrido. Llegué oscuro al ahuehuete que está en el cruce de los caminos.

—Corte monteando por la cañada para llegar por la parte menos transitada a la casa de tus papás. Soy torpe para caminar a salto de mata, sentía que todos los perros del pueblo me ladraban, el corazón quería salirse del pecho, al acercarme a la casa de tus papas el chichiton me atacó furioso, logré calmarlo y acercarme a la puerta.

—“Póchotl, Póchotl...” llamaba con voz entrecortada por la respiración acelerada de la caminata, al susto con el perro y al temor a ser descubierto. El tiempo que tardó tú papá en contestar me pareció eterno.

—“¿Quién llama y qué quiere a estas horas?” Preguntó una voz enérgica desde el interior de la casa.

—“Soy Itzcoatl, el esposo de Papalotzin” respondí en voz tan baja que tú papá no entendió y tuve que responderle de nueva cuenta en tono más alto “¡soy yo, Itzcoatl!”.

—Reconoció la voz abriendo la puerta de par en par dejando salir del interior, lo que a mí me pareció un refulgente resplandor producido por el fogón y la lámpara de aceite con que se alumbraba. Siempre me reciben con efusión, en ese momento, además, esperaban noticias de tú estado.

—En cuanto tú mamá escuchó mi nombre se acercó presurosa preguntando a su manera exagerada y voz de contralto destemplada. “¿Cómo está Papalotzin? ¿Ya nació el niño? Les hice señas de silencio que ni tú mamá ni tú papá atendieron. Comprendí su ansiedad, pero su alboroto exaltaba mis temores. Me estiman y proclaman orgullosos a los cuatro vientos, que su hija esta casada con un importante caballero de Texcoco, en especial tú mamá, quién siempre dice a mis súplicas de ser menos vehemente: “la categoría es para

presumirla señor Itzcoatl”. Cuando algo se le mete en la cabeza, el único capaz de centrarla y sólo a veces, es Póchotl.

—Desesperado les clave una mirada furibunda que consiguió intimidarlos para que guardaran la discreción que según yo, exigía el momento, al fin pude decirles: “Vengo con un encargo de Papalotzin: quiere que Itztpapántl la asista durante el parto y la acompañe unos días después del alumbramiento”.

—Tú mamá respondió con voz alta y destemplada. “A qué tanto misterio. No será la primera vez que una mujer me manda a llamar para asistirle en el parto, cuanto y más mí propia hija”.

—Necesitaba idear una historia para que Itztpapántl aceptara sugerencias sin confrontarme.

—Les he estado pidiendo reserva pues hace unos pocos días el tecuhtli Ixtlixóchitl muy amablemente ofreció los servicios de su ama de llaves Azcatl para que se haría acompañar por algunas parteras de su confianza para asistir a Papalotzin en el parto.

—Ni siquiera intenté enterar a Papalotzin, no tiene buenos recuerdos de su estancia en la casa de Ixtlixóchitl.

—Tu mamá insistió. “Debía haberla convencido, es sabido que Azcatl, es la mejor partera del Acolhuacán. ¿Qué más quieren?”.

—Tú papá siempre ha creído que algo malo te ocurrió en la casa del tecuhtli, me apoyó para convencerla hablándole en tono que no admitía réplica. “Itzcoatl, debe tener sus motivos para rechazar el ofrecimiento de Ixtlixóchitl y no somos quién para juzgarlo; asístela como te lo pide y acompaña a la niña el tiempo que sea necesario”.

—Se dirigió a mí para no dar oportunidad de réplica: “Itzcoatl, usted tal vez no lo sabe y soy el menos indicado para enterarlo, la fama de Itztpapántl no le va a la zaga a la que

tiene la señora ama de Ixtlixóchitl, por lo menos en Tlaixpan y Tlaminca en donde es muy solicitada por sus aciertos como comadrona y médica”.

—Más por respetar la jerarquía que por estar de acuerdo, Itztpapántl aceptó mis urgencias de silencio y las recomendaciones de tú papá. Acostumbrada a moverse en momentos de apremio, se puso a preparar diligente: ropas, medicamentos, ungüentos, tomas, yerbas y sus instrumentos. Mientras tú papá y yo matamos la espera conversando sobre los últimos acontecimientos que involucraban los aviesos intereses aztecas por Texcoco. Mi suegro, movía afirmativamente la cabeza, aproximaba el rostro y me murmuraba uno u otro consejo, la reserva debe ser costumbre de campesinos, lo escuchaba sin ponerle atención que sé concentrada en los precisos movimientos de tú mamá, acomodando sus utensilios en una precioso arconcillo de madera que ató con un lienzo de tela fina, como alguien que conoce bien su oficio revisando diligentemente sus instrumentos de trabajo. El tiempo se me hizo eterno, tratando de apresurar a tú mamá le tomé el atado de las manos; me observo con una mirada que sin palabras me decía “¡cuidadito! Adentro lleva mis cosas”. Ya saliendo, en el dintel de la puerta, tú mamá se detuvo volviéndose su esposo orándole una letanía de actividades que debía ejecutar en su ausencia.

—Tú papá previendo una insulsa perorata, anunció: “pensándolo bien, los encamino hasta la salida del pueblo”. Quizá pudo entender mis razones para pedirles sigilo o simplemente consideró útil su guía para acortar el tiempo de viaje por la cañada. Caminando presurosos guiados por el andar montero y seguro de tu papá, entre caminillos y veredas con tal maestría que ningún ladrido avisó de nuestro paso.

—Papalotzin, lo que se hereda no se hurta, de tú padre es de que te viene él moverte en el bosque como puma —le enfatizó Itzcoatl con este refrán la cualidad que tanto admiraba

en su esposa.

—Cuando Póchotl consideró que podíamos seguir solos y para no dejar la casa haciéndola sospechosa se detuvo despidiéndose apresurado, dimos unos pasos, tú mamá se detuvo, dándose la vuelta le dijo en voz alta: “de Tlaminca a Tequexquahuac sólo hay que cruzar la cañada” como sugerencia para que la visitara apenas pudiera o se sintiera sólo. Una preocupación de esposa diligente que considera al marido incapaz de calentarse un par de gordas sin su ayuda.

Para entonces, el papá de Papalotzin había sido liberado de las obligaciones religiosas y comunales en Texcoco, por las de vigilar los trabajos en el Tetzcutzinco. La política tiene brazos poderosos; una boda del principal consejero del posible próximo Supremo Hablante no podía pasar desapercibida. El calpixque de Tlaixpan había conseguido que le nombraran a Póchotl como supervisor de las obras de jardinería y albañilería del otero del cerro de Tetzcutzinco. En cuanto tuvo la oportunidad, en una junta de notables donde Itzcoatl ocurría como monitor de Ixtlixóchitl, lo tomó del brazo retirándolo a un espacio reservado e informarle en tono del político que hace un favor que cobrará más adelante, de sus diligencias con su suegro. A Itzcoatl le incomodaba ser utilizado y regularmente respondía acremente, esta vez escuchó los pormenores aceptando ‘ayudar’ al calpixque cuando llegara el momento, más que todo porque lo consideraba una ‘buena persona’.

Póchotl no entendía la razón de este cambio, pues, compañeros más viejos, más preparados y menos fuertes, aún estaban cumpliendo con las obligaciones religiosas, sociales y agrícolas que se les imponía. Hombre disciplinado y metódico, de pronto se encontró con tiempo sobrante que trataba de emplear haciendo chapuzas arreglando desperfectos inexistentes en la casa, trabajos de hortelano en la huerta familias donde se dio cuenta que no es lo mismo sembrar una parcela de maíz o frijol que un jardín de cempasúchil. Los

inevitables choques con Itztpapántl le obligaban a salir de la casa: visitaba a Papalotzin frecuentemente; salía en paseos de caza en los que su conciencia le impedía matar por placer, dedicándose a la observación, localizaba a la presa, hacía imaginarias trampas, en fin, emprendía imaginarias cacerías que no le llenaban el espíritu. Encontró algo de sosiego cuando un vecino, anciano de edad indefinible que podría haber sido su padre, lo invitó al Tlamatiliztli-Cali de Tlaixpan, donde se reunían los mayores a contar historias a niños y a quienes quisieran escuchar. Póchotl sabía muchas y quería aprender más.

Este matrimonio discutidor, pero bien avenido, de partes comprensivas, estaba consiguiendo equilibrar sus actividades y vivir por decirlo de alguna forma: discutiendo en armonía.

—Itztpapántl muy pronto se dio cuenta de las dificultades de cruzar la cañada que separa Tlaminca de Tequexquinahuac sin la ayuda de Póchotl —prosiguió Itzcoatl con el relato— no era tan sencillo como lo había anunciado. Ayudó la luna llena de una noche ligeramente fría, despejada y brillante de principios de primavera, permitiéndonos un caminar firme y sin tropezones.

En la casita, Papalotzin, sintiendo que el parto se aproximaba se preparó hirviendo agua que mantuvo tibia acercándola al hogar, haciendo varios viajes a la atarjea llenó otra con agua fría, preparó mantas y una pita de ixtle lindamente trenzada para anudar el ombligo del niño, tal como lo había visto hacer a su madre en los partos en que sirvió de ayudanta.

—Cuando llegamos a la casita te encontramos recostada en la estera, esperando tranquilamente a que la naturaleza siguiera su curso. De inmediato Itztpapántl auscultó tú vientre anunciando. “El niño está por nacer las contracciones son vigorosas y frecuentes, es señal del alumbramiento”.

—Sin nada que aportar y para no estorbar les dije. — “Estaré afuera por sí me necesitan” dejando a la comadrona y paciente esperando el alumbramiento de Coyote. Me mantenía a la expectativa: no muy alejado que no pudiera oír una llamada a viva voz ni muy cerca para ser indiscreto.

En la habitación todo era eficiencia, no había mamá ni hija, eran: parturienta y comadrona, concentradas en el suceso de hacer arribar a un Tequezquinahualteco sano y salvo del camino emprendido hacía nueve meses.

—Me mantenía en tensa espera escuchando el rumor de concertadas instrucciones dentro de la casa; y los sonidos de una brillante noche de luna llena: ladridos de entendimiento entre perros mucho más activos en estas noches claras; aullidos de coyotes que el silencio acercaba; el rumor apenas perceptible de alas seguido del chillido de un ratón apresado por el tecolote o la lechuza; los rápidos pasitos de las ratas por sobre las cañuelas del maíz, todos cobijados por una bóveda estrellada con una viajante candela de luz de plata al centro.

—¡Itzcoatl, ya hablas como cazador! —reconocía Papalotzin una cualidad que estaba desarrollando su esposo, quien, para no perder el hilo, le agradeció con una sonrisa, sin detenerse.

—Llamó mi atención el ruido de pisadas de animal muy próximas, caminé hacia ellas, sin alejarme mucho, pude ver cerca de la retama, un par de figuras perrunas precedidas por unas ascuas entre rojas y verdes reflejando la luz de la lámpara de aceite que llevaba en la mano. Una pareja de coyotes que seguramente levantaron nuestro rastro esperando conseguir el alimento que llamamos basura que acompaña a las personas por donde transiten, llegándose hasta la casa. Me agaché a buscar una piedra que les lance para ahuyentarlos. Se oyó un golpe apagado seguido de un quejido y el ruido de pisadas de animales que huyen.

—Al regreso, escuche la voz de mi suegra un poco más alta que un rumor, que el silencio de la noche aclaraba, apenas para no romper el momento de recogimiento y regocijo que ocurre cuando un nuevo humano alumbra a la vida común: “¡Entre a conocer a su hijo señor Itzcoat!”

—Eres una mujer sana, así que pasó nada extraordinario durante el alumbramiento. Coyote arribó de la misma manera en que llegamos la mayoría de los humanos a esta tierra, con un compungido llanto de protesta por dejar la protección del vientre materno; que se encrespa al enfrentar la inmersión en el agua helada, práctica de comadronas que no entiendo, ya bastantes sufrimientos han pasado estos angelitos para ser recibidos a nalgadas o sumergidos en agua helada, después me enteré que Itztpapántl los trata con amor y ninguno de nuestros hijos sufrió esos tormentos.

—Pausada y sistemática como quien sabe lo que hace, la abuela aseaba al niño con las esponjas que habías elaborado pacientemente con pieles de conejo, sumergidas en agua tibia y arrumacos de ternura. Limpiecito, arropado, agradeciendo las muestras de amor, durmió confiado a los brazos de la abuela quien te lo acercó diciendo. “Papalotzin ¡Ve a tú hijo!” para anunciar que Coyote era un regalo del cielo. Así, arropado como un purito y dormidito lo acomodó en tú costado izquierdo. Lo arrebujaste con tierno abrazo.

—Como la mayoría de los hombres que nos enfrentamos por primera vez a esta maravilla, atolondrado, no sabiendo que hacer, me acerque e incline en un movimiento tan torpe que casi caí de bruces sobre la mamá y niño. Como pude me recompuse, besándote timorato en la mejilla, para salir del paso en mi turbación, te formulé la pregunta obvia que hacemos los nuevos papás cuando no sabemos que decir: “¿Cómo te sientes?”. Me respondiste afirmativamente con un pausado movimiento de cabeza, tú primera sonrisa placentera de mamá y: “¡ve al niño!” apenas destapándole la carita levantándolo

ligeramente con tú brazo.

—Te respondí embobado. “Papalotzin, ¡es nuestro hijo!” Siempre me he sentido papá de Coyote, lo besé en la frente con cuidado para no despertarlo, apenas por debajo del borde de la manta que sólo dejaba verle la carita. Por mí nariz penetró profundamente el dulce aroma del recién nacido. Me pasé a tú costado derecho, me recosté cobijando tú mano libre con las mías y me deje ganar por el sueño hijo del cansancio producido por la tensión de la trajinada noche.

—¡Y te dormiste! —sentenció cariñosa Papalotzin para continuar.

—Supuse que la tensión de papá primerizo te había agotado, no tomé en cuenta que debiste pasarla negra y que a la experimentada abuela la había cansado la apresurada caminata y la tensión de atender a su propia hija. Fue una reacción de mujer que acaba de dar a luz y se cree el centro del universo.

—Esa noche, acontecimientos muy extraños se encadenaron como por ejemplo: que mamá que tiene un sueño ligerísimo, sobre todo cuando está al cuidado de una enferma no despertara; que el nombre del niño se lo dio su padre como si supiera que al nacer lo visitaría su animal protector. Juzga lo que té cuento:

—Viendo que todo estaba bien y en su sitio, mamá apagó las lamparitas de aceite para favorecer el recogimiento. Se recostó en sus ropas sobre la pared tratando de velarnos a mí y al niño. A la tenue luz de los rescoldos del fogón, alcance a ver que cabeceaba unas dos o tres veces antes de que le ganara el sueño. El silencio de la habitación apenas era disturbado por el crepitar de las ascuas y la acompasada respiración de ustedes dos.

—No me sentía, ni adolorida, ni cansada, la mente relajada, y mí cuerpo laxo pero la cabeza bien despejada. No pensaba en nada, ni nada me inquietaba. Escuché arañazos en la puerta.

—Levante un poco la cabeza al ver que el resplandor de la luna aclaró la habitación al abrirse la puerta. A trasluz se delineaba una figura perruna que penetraba, pausada, sigilosa, olisqueando el aire; se acercó lentamente por el lado en que estaba el niño.

—Ni entonces, ni ahora, sentí temor al inmenso coyote. Te apreté la mano instintivamente, farfullaste algo ininteligible sin despertar.

—Itzcoatl, por más vueltas que le he dado al episodio, no he podido explicarme por qué no los desperté o no se despertaron.

—Sería la actitud del animal, el estado indolente en que me encontraba o algo que en mi interior me decía que no debía temer, dejé que el evento discurriera.

—Nunca me lo habías contado —comentó Itzcoatl.

—¡No me hubieran creído! —se refería también a su mamá. Como toda mujer, era pertinazmente reservada en ciertas intimidades—. Después consideré que nadie tendría que saberlo y decidí guardarlo en mi corazón.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —preguntó Itzcoatl.

—Estamos abriendo nuestros corazones. Ya somos uno ¿no te has dado cuenta?

—Acabo de decirte que los coyotes se habían acercado mucho a la casa —la mente deductiva de Itzcoatl trataba de explicar el fenómeno— posiblemente se sintieron atraídos por el olor a sangre y las aguas del parto, o simplemente sintió curiosidad y se acercó. Tú entiendes muy bien el instinto de los animales, el coyote no olió miedo en ti, y no percibiste agresión en él. Seguramente, comprendiste que la intención del animal no era dañarlos o dañar al niño, sino más bien curiosidad.

—¡Cómo vas ha hacerme creer en eso Itzcoatl! —respondía Papalotzin a la sesuda conclusión de su esposo. Afirmando—: precisamente porque entiendo las reacciones de los animales del bosque, te digo que algo más profundo acompaña la vida de nuestro Coyotito. Ocurrió algo más allá de nuestra comprensión. Así lo creo —sin dar tiempo a la réplica Papalotzin prosiguió.

—El animal se nos quedó viendo con sus amarillos ojos perrunos. Avanzó mirando alternadamente a mis ojos y al bulto que formaba el niño, quién parecía ser el real objeto de su curiosidad. No hice nada por alejarlo, se fue acercando paso a paso, tanto que sentí en mi brazo el frío húmedo de su nariz olisqueando al niño, hasta mí cara llegó el acre olor de su aliento que salía por la boca que abría y cerraba en una especie de apresurados rezos. Husmeó a Coyotito, desde la cara hasta los pies, volvió a mirarme fijamente unos instantes, como felicitándome por el alumbramiento del niño ó tal vez advirtiéndome sobre la venturosa vida que le espera.

—Agachó la cabeza dos o tres veces sin dejar de verme a los ojos, como para agradecerme que le permití saludar al niño, salió con el hocico pegado al piso, sin apresurarse, tal como había entrado.

—A los pocos momentos, se oyeron poderosos aullidos que sobrecogieron mi corazón, me puse a recapacitar sobre el acontecimiento. Te aseguro: ¡en ningún momento sentí que corríamos peligro!

—Los aullidos los despertaron y en voz baja dijiste. “¿Otra vez esos coyotes?” Soltaste con cuidado mi mano y saliste a espantarlos. Al tú regreso, te diste cuenta que no estaba dormida y me recomfortaste: “No es nada, duerme y descansa que mucha falta te hace”

—Muy dentro del corazón entendí la señal como el aviso de que Coyote llevará ha cabo cosas trascendentes, un presagio

del que yo creo era el Supremo Hablante de los coyotes.

—No interpreto los acontecimientos de esa noche, no me hace falta, estoy convencida que es una buena señal. Me prometí guardar este secreto hasta que nuestro hijo se hiciera hombre, ahora, Itzcoatl, lo comparto contigo y te pido que nos prometamos no revelarlo a nadie y transmitirlo a nuestros hijos cuando el destino así nos lo indique.

Itzcoatl estaba turbado, muchas cosas ocurrían alrededor de Coyote. Como si no bastara el secreto que prometió guardar a Ixtlixóchitl, ahora tenía que cargar con el que acababa de revelarles su esposa.

Papalotzin desveló ambos a sus hijos cuando llegó el momento.

El Encuentro.

Papalotzin había terminado de hacer tortillas, se levantó para tomar de la alacena una cazuela con frijol molido preparado especialmente para los tlacoyos. Se acomodó atrás del metate, tomaba una porción de la masa dándole forma de cocolito, lo presionaba al centro para hacer una oquedad donde depositaba con una espatulilla de madera una generosa porción de frijol que cubría hábilmente con la masa. Itzcoatl esperaba que saliera el primero para quitarse el agua de la boca, era su manera de agradecerle a Papalotzin que cocinara sabroso y artístico. Se reacomodó para continuar de asistente de la cocinera y catador de tlacoyos; ayudaba dando vuelta a uno u otro según lo fueran requiriendo, si alguno se pasaba, Papalotzin se lo hacía saber con un “dale vuelta a ese, saca a aquel” mientras fluía el manantial de los recuerdos de Itzcoatl.

Afortunadamente al otro día del alumbramiento de Coyote, Itzcoatl no tenía que llegar al palacio de Ixtlixóchitl, pasaría el día en el tlamantlilitzi-cali de Texcoco, oyendo pormenorizadas historias de los mayores para después relatarlas a los jóvenes. Los abuelos se quejaban con tristeza, diciendo: “las nuevas costumbres estaban alejando a los jóvenes de la casa de la cultura” considerando jóvenes a individuos de la edad de Itzcoatl para abajo. Reinicia la conversación.

—Los lloros de Coyote hambriento me sacaron temprano de la cama. Me bañe, como todos los días en la acequia, me

ceñí un maxtle limpio, la tilma y me calcé los caites de ixtle, más cómodos para caminatas largas. Tú mamá preparó de desayuno atole endulzado con jarabe de calabaza y de almuerzo me puso en el itacate unas gordas con alverjones, un jarrito con caldo de ayocotes y suficientes tortillas. Todo previsoramente preparado por ti el día anterior, a la mejor ya hasta tenías dolores de parto ¿cómo pensaste hasta en esto?

—Todo bajo control mí presencia estorbaba y me despedí. Me dirigía hacia Texcoco pero mi mente estaba en otro lado, cuando me percaté, había enrumbado hacia Tlaminca, seguramente pensaba en Póchotl, decidí enterarlo de cómo había terminado la noche y el feliz alumbramiento de Coyotito.

—Todo había salido a pedir de boca, ya no me oculté de la gente de Ixtlixóchitl o de Matlalcíhuatl. Llegué sin contratiempo, tú papá entusiasmado me invitó a tomarnos un chocolate caliente endulzado con miel que se había preparado, en voz baja, confabulando dijo: “démonos un gustillo ahora que no está Itztpapántl”. Almorzamos las viandas del itacate rociado con la agradable conversación que tiene Póchotl. Presumía de su primer día encargado de la casa; le respondía contando los pormenores de la noche anterior, desde el momento en que nos dejó en las afueras del pueblo. Se nos pasaron las horas, ya adelantada la tarde me levante y despedí aduciendo que se hacía tarde para llegar a casa. Iba alejado cuando me gritó: “felicitaciones a usted y a Papalotzin por el afortunado arribo, ya iré a conocer al nietecito... ¡Hay le encargo un beso para Itztpapántl!”

—A paso ligero, logre llegar antes del ocaso, entré, saludé y me dirigí a donde cargabas al niño, te di un beso en la mejilla. Bromeando le conté a tu mamá del ‘lamentable’ estado de su esposo y de su casa.

—Tú mamá, no entendió el tono de broma, se acongojó reclamando apurada: “mañana mismo me regreso”.

—Pacientemente le aclaraste: “¡mamá! ¿No se da usted cuenta que es una broma de Itzcoatl? Quiere decir que tata está bien y la casa aseada”.

—Itztpapántl me echó primero una mirada sentenciosa seguida de una sonrisa de agradecimiento por informar a su marido del estado de Papalotzin y de Coyote. Le dije: “Póchotl le manda muchos besos”. Yo tenía la firme intención de dárselos pero al final me arrepentí. Me ofreció un bocadillo que rechacé, aceptando sólo agua endulzada y me retiré a acostarme. Estaba tan guacaleado, que esa noche, ni los alaridos del hambriento Coyotito perturbaron mi sueño.

Itzcoatl hizo una pausa grande y Papalotzin decidió continuar el relato de su primer día de mamá.

—Mamá y yo la pasamos muy tranquilas, conversábamos cosas de mujeres, de nuestros vecinos, familiares y acontecimientos del pueblo. Nos fuimos poniendo al día sobre el vecindario de Tlaminca. A veces, mamá me saca de quicio, quería saber todo lo que me había pasado mientras estuve en el palacio del tecuhtli Ixtlixóchitl, aunque en realidad le interesaba el boato de esa casa. Le cuenteaba sin dar pormenores, conversación que no le satisfacía del todo e insistía más de lo prudente. Con mucha imaginación, exagerando todo, conseguí hilarle un chisme convincente, especialmente por lo recargado de riqueza y ostentación con que lo adorné. Estoy segura que le pasó por la mente que estaría mejor como concubina del tecuhtli que arrinconada en este pueblo “tan alejado del mundo” como ella dice; pero se consolaba reiterándome: “Itzcoatl es un excelente partido”. Me dio muchos consejos de matrona sobre como atender a niños recién nacidos. Hablábamos más sabroso cuando amamantaba a Coyote, entre tetada y tetada me iba poniendo al día sobre los acontecimientos de nuestro pueblo.

—“¿No supiste que se robaron a tu prima Tzentl y mataron a su marido?” Fue él tema que más me impresionó.

—Algo me dijo Itzcoatl, pero no lo relacionó con la prima además es poco fijado en pormenores le respondí.

—Itztpapántl continuó con la conversación. “Hace como tres lunas Tzentl y su esposo fueron al mercado del puerto en Texcoco, iban a comprar unos pescaditos para hacer una sopa de charales y hueva celebrando la magnífica cosecha de chile ancho que lograron. Se entretuvieron en cosas sin importancia esperando la puesta del sol desde el muelle, matando el rato para llegar donde unos parientes que los esperaban a dormir.

—Estaban Sentados en una banca de piedra cuando unos tecpanecas que parecían ebrios, jalonearon a Tzentl. Huítzil la defendió, pero los tecpanecas lo golpearon y patearon hasta dejarlo sin sentido, a los pocos días murió. A Tzentl la subieron a un cayuco y se la llevaron. Los hermanos de Tzentl y de Huítzil quieren vengarse”. Con sobrada razón, le contesté a mamá, pidiendo me aclarara. “Pero mamá como es que se embriagaron, si por esas fechas no hay fiestas”. Mamá despejó la duda: “tienes razón, pero cada día los tecpanecas se hacen más descarados y abusivos, amparados a que pueden escapar escondiéndose entre los islotes del lago. Se burlan de nuestras autoridades. Si los apresan y lleva ha juicio los jueces no los condenan, nada más cae la noche los dejan libres. Las leyes para elaborar, comercializar y consumir pulque son estrictas y los castigos muy severos para los infractores. Todo está estrictamente controlado ¿cómo es posible que lo hayan conseguido?”

—Me respondió: “las leyes son para personas como tú padre que las acatan o las imponen a los maceguals.

—“Se dice que en el puerto, en una casa de mujeres públicas, el dueño trasiega con pulque que le traen desde Tepetlaoxtoc, donde lo producen en un tinacal responsable de mantener La Madre, o sea, la semilla que se entrega a otros tinacales cuando debe producirse y ofrecerlo en las fiestas. También se dice que este hombre surte de bebida a un

caballero tigre muy allegado a los aztecas. Así se burlan las leyes por estos tecuhtli. Por miedo o porque nuestros jueces están sembrando dádivas para cuando, según se dice muy pronto, los tecpanecas se apodere del país. Los texcocanos somos un pueblo de agricultores amantes de la paz y la vida en armonía. Los maceguals texcocanos no hemos sido belicosos, por eso, estamos en desventaja contra esos guerreros tecpanecas y aztecas del otro lado del lago”.

—Itzcoatl, recuerdas que te pregunté que si sabías de donde estaba llegado el pulque si está prohibido consumirlo, y mucho más comercialarlo. Me respondiste poco más o menos lo que había dicho mamá, que estos cambios se debían a que los tecpanecas querían apoderarse de Texcoco. Te dije con mucha tristeza, como un presentimiento: ¡A nuestros hijos les tocará vivir una época violenta!

—Yo bien poco tenía que contarle: ¿qué si las vecinas eran muy buenas? ¿Qué si apenas la semana pasada había ido a conocer a la hija de la señora de dos casas arriba? ¿Que si mi marido era muy maneado para las cosas de la agricultura, la cacería y las talachas? ¿Qué si a Itzcoatl lo asustan los conejos? —Esto último se le había ocurrido al notar a un Itzcoatl somnoliento. Al escuchar de su infortunada aventura con el tochtli se despabiló haciendo a su esposa una mueca indicándole que estaba atento—. Esas eran mis conversaciones con mamá para pasar el rato, además de lo que ocurría con el niño —prosiguió Papalotzin.

—Pocos días después apareció papá, llamando cortésmente a la puerta; me extraño que no se anunciara: “ha los de la casa, aquí llegó papá Póchotl” como acostumbra cuando viene a visitarme, seguramente pensó ser inoportuno y llamó a la puerta.

—Mamá le abrió; papá le saludo: “¡te veo muy bien Itztpapántl! Como si hubieran pasado años sin verse. “Papalotzin, ¿mira quién está aquí?... Póchotl tú papá”

anunciaba mamá a voces.

—Papá, al verme dejó de cualquier manera un bulto que traía en la mano, corrió a abrazarme y besarme con mucha ternura, se le aguaron un poco los ojos, la vez anterior quedó triste y preocupado. Después, con apremio, para disimular su estado de ánimo, me dijo: “¿se puede ver al niño?”. Cambió de inmediato la petición por la inquisidora orden: —“¿enséñame a mi nieto! qué caramba”.

—Esponjada como palomo torcaz y con una amplia sonrisa, le puse a Coyote en los brazos. Lo tomó con la torpeza del excesivo cuidado, haciéndole gestos y arrumacos que se veían grotescos en su arrugada cara.

—Mamá, que no puede ver a papá acomodado le dijo. “¿Con las muecas de esa cara llena de surcos vas a asustar al niño!”.

—Papá amorrado le replicó. “¿Es mi nieto y sabe que las muecas son de cariño! y todas las arrugas me las he ganado trabajando de sol a sol, y nadie, ni tú, me a regalado alguna”.

—Mamá sin darle tiempo a reaccionar le quitó al niño diciéndole. “¿Daca, hombre inútil!”. Estaba celosa de compartirlo. Me lo pasó advirtiéndole: “Papalotzin ¡ya le toca comer!” Por supuesto, esto no era cierto. En mis adentros pensé. ‘Ahora que están juntos vuelven a lo mismo’.

Itzcoatl aportó al comentario. —¿Ha, esos tus papás! Si están juntos se la pasan peleando, sí separados, sólo pensar él uno en el otro. Tienen una forma muy particular de entenderse.

—Para evitar la discusión, papá, se dirigió hacia donde había dejado el atado sobre el suelo, rebuscando, del fondo sacó una maraquita, de esas que se hacen en la costa, que reconocí inmediatamente.

—Mamá, muy estricta con los gastos, le socorrió con una penetrante y severa mirada y el consabido regaño: “¿Viejo

chocho! Debes haber cambiado un buen ayate de maíz para conseguir el juguetito”.

—Papá, con una mirada pícaro y aire estudiadamente severo, le contestó. “¿No fue un ayate de maíz! Fue exactamente un octavo de ayate de haba, lo que **dimos** por la sonajita” Agitándola frente a la cara de mamá, acompañando con el cascabeleo la reposta: “no te acuerdas que a Papalotzin se le iban los ojitos sobre el juguetito, aquel día de difuntos que paseábamos en el mercado. ¡Sí Señora! En el tianguis después de la ceremonia del templo mayor, la niña tenía como año y medio, pasábamos por un puesto de chucherías de la costa, a la niña le llamó la atención los tenderetes de colores y...”

—Poco a poco, la caricia del recuerdo le fue suavizando el semblante y en un arranque de ternura, que tampoco es raro en mis papas, con ambas manos tomó las arrugadas mejillas de Póchtli y le planto un apretado y sonoro beso en los labios. Le reclamó tiernamente: “viejo taimado, no quemaste el juguete de la niña en su Octavo Sol”.

—Papá le contestó. “¿Leyes absurdas de chichimecas y aztecas! No estoy de acuerdo que a un niño se le prive de sus juguetes porque a unos recién llegados se les ocurre que deben preparar a los niños para la guerra desde los ocho años y los juguetes los distraen. Que se las apliquen solamente a sus hijos que nosotros nos encargaremos de los nuestros.

—Sentada cerca del fogón y con el niño pegado al pecho trasegando leche a grandes chupetes, acudían a mi mente imágenes veladas por el tiempo, como niña jugando con la sonajita arrellanada en las piernas de papá. Presenciaba extasiada la escena evocadora. En voz baja le decía al niño: “hijo, esos gruñones son tus abuelitos, se aman como adolescentes y discuten como verduleras”.

—¿Quién lo diría Papalotzin? Tan estricto tú papá en cosas de leyes y religión, jamás hubiera pensado que sería capaz de

quebrantar tan importante mandamiento, aunque tiene razón, es absurdo —Itzcoatl agregará a la conversación de su esposa un suceso con sus suegros precisamente ese día que se reunió la familia completa.

—Tus papás son unas personas muy discretas cuando las circunstancias obligan. Recuerdas que tú mamá puso un jarro en las manos de tú papá y lo empujó con poca delicadeza hacia el exterior de la casa diciéndole “ayúdame a traer agua”. Y que ambos exclamamos: “¡ya van a reñir a Póchotl!”.

—¡No fue así! tú mamá tomó de la mano a Póchotl y se fueron a acomodar en el poyo. Supuse que para conversar sobre los días que estuvieron separados y el nacimiento de Coyote. Algo fui a buscar por aquél lado de la casa, entonces, las ventanas estaban muy deterioradas, sin querer escuche que en voz baja tu mamá le decía: “Póchotl, tenemos que ser muy discretos con lo que te voy a contar, Papalotzin no debe enterarse y menos Itzcoatl. He tenido tiempo para revisar la casa y parecen más pobres que nosotros, lo que tienen almacenado no les alcanzará hasta la siguiente cosecha” — Itztpapántl pensaba desde su lógica campesina.

—Tú papá le respondía. “No es posible, si todos en Texcoco saben que a Itzcoatl es una persona pudiente.

—Tratando ser convincente tú mamá insistía. “Por muy pudiente que digan, ni su casa ni su familia lo representan, parecen más macegales que nosotros”.

—Tú papá se puso a pensar en el momento que consideraba, se había iniciado el problema, bajando más la voz decía. “Desde que dejamos a la niña en esa mal hadada casa, le he dado vuelta y vuelta a los acontecimientos. Se me figura que algo trascendente ha ocurrido entre Ixtlixóchitl y nuestro yerno, supongo que estos tórtolos se enamoraron e Itzcoatl se la robó. Todo el mundo sabe que Ixtlixóchitl es un hombre colérico, seguro no andan bien, acuérdate lo misterioso que

llegó la noche que nació Coyotito”.

—“Póchotl, tú si que ves con claridad a través de las personas” apoyaba tú mamá. “Cómo si lo hubieras adivinado, en esta casa no se habla de Ixtlixóchitl como era de esperarse. Como dices, algo gordo pasó entre ellos, lo que está a la vista no se juzga; a lo hecho adelantar el pecho, apoyando a nuestros hijos, pero ¿qué podemos hacer?”

—“Yo diría que ayudarles mujer” la secundaba tu papá.

—“¡Claro Póchotl! ya lo dije, pero debe ser de una manera muy discreta para no ofender a nuestro yerno y comprometer a Papalotzin”.

—Se estaban poniendo de acuerdo, la sugerencia del abuelo fue: “mujer, ahora que tengo menos obligaciones, puedo moverme más libremente, a nadie le parecerá extraño que venga a visitar a nuestra hija. Así, en cada viaje puedo complementarles la despensa con lo esencial, si Papalotzin entiende que no es nuestra intención ofenderlos, verá la manera de disfrazarle a Itzcoatl el origen del bastimento”.

—Papalotzin, además del profundo sentimiento moral de la conversación, de la cual les estoy profundamente agradecido, tus papás me mostraron que lo esencial de la comunicación entre parejas es saber ponerse de acuerdo en lo que es realmente importante. Sin más tus papas se levantaron, tú mamá entró a la casa y tú papá fue a llenar de agua el cacharro que habían usado de pretexto, entrando después con el encargo.

—Los abuelos regresaron a su forma usual de conversación, como si lo que escuché jamás se hubiera dicho: —“viejo, alcánzame ese comal y tráeme leña para preparar el almuerzo”

—“Por cierto traje unas verdolagas tiernas y un poco de carne de pato que merque anteayer en el mercado”, sacando del zurrón un atado de hierbas y un envoltorio de panojas de maíz

que ofreció a la abuela.

—“¿Cómo que te fuiste solo a Texcoco?” Le reclamó incrédula tú mamá.

—“¡Pues sí! ¿Qué tiene de malo hacer compras sin que me acompañes? el abuelo no esperó respuesta y salió a buscar la leña que le habían encargado.

Al ver leña en cantidad suficiente, el abuelo pensó. “Mi yerno no es tan inútil para las cosas del campo como lo pinta Papalotzin” pero la mayoría la había recolectado la hija.

—Póchotl regresó con un buen atado —Itzcoatl continuó con la conversación— entró a la casa preguntando “¿a donde lo dejo?”. La abuela le indicó, con una señal de la cabeza sin detener la molienda. Papalotzin, al lado del fogón hacías tortillas con la masa azulosa que ponía tú mamá en la cazuela, cocinabas, acomodabas y oreabas la pila del chiquigüite tapándola para que no se enfriaran. A ratos, dejabas de tortear para cocinar el guiso de pato, chile pasilla, xoconostles y las verdolagas, sazonados con un poco de sal del mar que trajo tu papá, en lugar del salitre del lago que usábamos regularmente. Tomaste un jarrito con frijoles que también colocaste cerca del fogón, al un lado del comal para que se fueran calentando.

—Mientras ustedes preparaban la comida el abuelito acuclillado contemplaba extasiado al nieto. Lo veía y veía, en su faz se había congelado una sonrisa de la que quería escaparse la baba, cuando estaba a punto de escurrirse la aspiraba ruidosamente.

—Una vez que la comida tomó su punto, dispusiste los trastos y alimentos sobre la estera redonda que habíamos mercado especialmente para esto. Colocaste cuatro jarros en los que vertiste una colorada agua fresca de tuna tapona endulzada con aguamiel, en el lugar que debía ocupar cada uno de los que estábamos en la casa; una cazuelita al centro acompañada de la pila de tortillas recién cocidas; evaluando la

disposición del conjunto nos llamaste diciendo “¡ya está lista la comida!” Para que cada comensal tomara su sitio. Ocupaste tú antiguo lugar, haciéndonos saber que estabas lista para tomar el sitio de ama de la casa, que desde el parto habías cedido, al lado del fogón, para atender solícitamente a los comensales; ya con tortillas calientes; ya con un chile verde toreado al fuego; y otras delicias de nuestra comida hogareña.

—Vaciaste en la cazuelilla del centro poco más o menos la mitad del guiso. Sumergiste una cucharilla de madera hasta pescar un trozo de carne de pato y concienzudamente la desmenuzaste regresándola a la cazuelilla revolviéndola. Esperábamos al abuelo que había salido a lavarse las manos, a su regreso nos dispusimos a iniciar el almuerzo. Ese día decidí que el privilegio de agradecer los alimentos y hacer la primera degustación es y será de Papá Póchotl quién se lo ha ganado con sus años y sabiduría. No esperaba esta deferencia y se apenó, mas tu mamá lo animó con un codazo y diciéndole

—“Póchotl no desaires a Itzcoatl, él lo hace con mucho cariño”. Fervorosamente dio gracias a los invitados presentes: maíz, verdolagas y pato por haber muerto para dar vida. Tomo una tortilla, cortó entre un cuarto y un tercio, hábilmente la dobló, elaborando una cucharita que sumergió cuidadosamente en el caldo del guiso, procurando no mojarse los dedos, pues hacerlo es una injustificable falta de educación, acompañando la cucharilla de tortilla rebosante de caldo, con la tortilla restante en la otra mano colocada abajo para que las gotas no mancharan la estera. Este primer bocado fue masticado lenta y concienzudamente, para extraer los sabores mezclados, dirigiéndose a la dueña dijo: “¡Está delicioso! Papalotzin, se reconocen los sabores del pato, el chile y la verdolaga” he invito a todos, a degustar la comida.

—Con el mismo ritual siguió la abuela, quien abundó en comentarios similares, como lo mandan las buenas costumbres, finalmente Papalotzin, agradeciste las alabanzas muy

complacida del éxito que habías tenido con el guiso de pato y verdolaga.

—Antes de que se acabara el guiso, vaciaste la mitad del jarrito de frijoles mezclándolos cuidadosamente. Así, el círculo de comensales en torno a una cazuelilla en la que con cucharillas de tortilla se recoge caldo, salsa o guisado, dispusimos del alimento, en alegre conversación, satisfacimos cuerpo y alma.

—Estas nuestras comidas hogareñas, en las que es muy difícil distinguir entre lo sustancial de la comida y la sapidez de la conversación y viceversa. Ésta primera comida de nuestra familia marcó pauta, comimos sabroso y platicamos sustancial, pero también comimos sustancial y platicamos sabroso. Comidas llenas de olores, sabores y plática plagada de recuerdos e ilusiones. Para finalizar, nos ofreciste unos tejocotes hervidos con calabaza y la última miel que quedaba en la despensa, “al fin, la ocasión lo valía” dijiste. Estábamos muy entretenidos en la sobremesa cuando un presente que aun no tenía lugar en la mesa, protestó su hambre con exigentes llantos.

—“Hay ¡hijito! Nos habíamos olvidado de ti” dijeron al unísono tú y tú mamá. Como disparadas por un resorte, se levantaron de la estera, tú mamá tomó al niño en brazos caminando hacia donde se guardaba la ropita del infante. Con una mirada de entendimiento, le hiciste ver que en adelante esa labor te correspondía; te entregó a Coyote, los pañales, una esponja y polvo de haba. Te sentaste sobre las piernas, pusiste al niño en el petate sobre una salea de ciervo que conseguiste prestada con algún vecino, aseándolo. Con dulces palabras entretenías el hambre del niño mientras lo limpiabas con agua tibia aromada con hierbabuena y suaves caricias. Tomaste al niño acercándolo a tu ceno izquierdo que manaba gotas de perlas blancas que se escurrían de tú moreno y turgente pezón. Con ávidos movimientos de búsqueda Coyotito lo pescó para

abandonarlo cuando quedó laxo de haber cumplido a cabalidad su encomienda. El niño, exigía con rápidos movimientos de cabeza el complemento del otro. Coyote dormitó en esta segunda tetada, pero como para hacer patente su importancia, cuando estuvo satisfecho y le sacaron los vientos se despabiló. Mucho rato disfrutó el abuelo del nieto, la abuela de la mamá, la mamá de los abuelos y yo, como en segundo plan, de todos.

Papalotzin deseaba abundar en el hermoso tema de la familia:

—Nos preparamos para dormir, el abuelo se dirigió hacia la esquina donde había dejado sus cosas para tomar su petate. Él tiene por costumbre, siempre que cabe la posibilidad de pasar la noche fuera de casa, en escampado o bajo techo, llevar su estera. Mi mamá, le dijo en voz susurrante y melosa: “¡deja eso viejo! Ven ha acostarte junto a mí, aquí cabemos” señalando con los ojos, un espacio en su petate. Así, cada oveja durmió con su pareja y Coyote como centro de todos.

Papalotzin hizo una pausa esperando que su marido continuara, al ver que Itzcoatl no conseguía tema decidió proseguir.

—A los dos o tres llegaste poco después del ocaso, hasta llamaste a la puerta, algo parecía preocuparte. Así lo hice saber a mamá en voz baja. “Algo se trae Itzcoatl, parece preocupado. Usualmente es enérgico y ruidoso cuando llega del trabajo, se anuncia a plena voz “ya llegue” o “Papalotzin, ya llegue, ¿cómo te ha ido?” Me abraza, comentamos cosas sin importancia y se va a jugar con el niño”.

—Esa tarde, apenas saludaste con un cortes “muy buenas tardes” y te fuiste a sentar cerca del fogón. Definitivamente estabas raro, pudiste pasar por alto mi abrazo, pero ¿ver al niño? ¡Eso no parecía posible! Ni preguntaste por él, definitivamente venías preocupado.

—Acongojada, advertí apresuradamente y en vos baja a

mis papas. No le den importancia, algo lo distrae, démosle tiempo a que lo mastique y se lo trague.

—Los abuelitos no te conocían, yo un poco más. Pero sobre todo, nos retraía ese miedo casi servil que tenemos al acolhuacáno. Por eso de no molestar al poderoso, los abuelitos se apretujaron alrededor de la cazuela de comida, hechos un ovillo, sin hablar tratando de hacer transparente su presencia.

—Itzcoatl... —Papalotzin hizo una pausa para ordenar sus ideas, temía que al recordar, Itzcoatl tomara la conversación como un reproche por la falta de atención a sus padres— después de un rato bastante incómodo volviste de aquél ensimismamiento, creo que ni notaste a mis papas cuando entraste.

—Estabas provocando un ambiente tenso, hasta respirábamos bajito. Apuré la merienda, sentados en círculo esperábamos que empezaras. Después de un prudencial rato, llamé tú atención diciéndote “Itzcoatl, estamos esperando que des tú aprobación por los alimentos que preparamos”, creo que te diste cuenta de la falta de cortesía nos pediste disculpas, entre dientes y maquinalmente hiciste las oraciones y probaste el atole sumergiendo la punta de un tlacoyo; nada más por decencia, alabaste el sabor de la comida, estabas totalmente en otro mundo. Hasta se te olvidó tú promesa para con papá.

—Mis papas como invitados de piedra. Preocupada, traté de romper el hielo platicando sobre algunos de los acontecimientos del día poniendo de personaje central era Coyote para ver si reaccionabas.

—Como viniendo de muy lejos, hablando para ti mismo, en voz alta nos dijiste. “Mañana tengo que presentarme ante el Ixtlixóchitl” sin darnos más explicación.

—El anuncio actuó como bálsamo y como si nada hubiera pasado, tomaste la voz cantante como de costumbre, animando por fin la convivencia y la cena. Entusiasmado, mantuviste la

alegría en la sobremesa que prolongaste hasta avanzada la noche, ya todos nos queríamos ir a dormir y tú despabilado como lechuza.

Itzcoatl intervino, pues es quién más sabe del tema:

—Al día siguiente me levanté antes que tú. Raro, pues el madrugar no es mi fuerte, seguro la tensión del próximo encuentro con Ixtlixóchitl me disparó temprano del lecho.

—Apenas me escuchaste te levantaste a preparar algo para desayunar. Pensé “al mal paso darle prisa” te dije “¡ya me voy! Me despedí, salí apresurado hasta sin itacate. Apenas cruzaba la puerta llamaste mi atención aconsejándome con voz que aparentaba ser tranquila: “Itzcoatl, ¡por amor a Dios! Ármate de paciencia y ten mucho cuidado con lo que haces y dices, no vayas a exasperar al tecuhtli”.

—Corriste con un jarrito ofreciéndomelo: “tómatelo a la carrera, no te vallas con el estómago vacío”.

—No tenía deseos de comer, te tomé de la mano y atrayéndote a mi pecho te abrace con cariño despidiéndome. “No te preocupes, ¡voy a tener mucho cuidado! En lo que diga y haga, de ninguna manera los comprometeré o pondré en peligro, “seguro que Ixtlixóchitl quiere conocer de los pormenores del nacimiento y como está su hijo.”

—Supuse que te tranquilicé.

—Esa fue mí intención —arguyó Papalotzin— mostrarte seguridad y confianza para que pusieras tus cinco sentidos en las respuestas que darías al poderoso tecuhtli Ixtlixóchitl. Pero mi pensamiento más benevolente era que no regresabas sano.

—También era él mío Papalotzin. Apenas deje atrás las últimas casas del pueblo, por el lado de la cañada se dejaron ver dos individuos que de inmediato identifique como guardias de corps de Ixtlixóchitl. Decidí tomar el paso ligero y monterero que he aprendido de los macegales vecinos nuestros, rápido y

corto que no llega a trote, con el objeto de mantener la distancia con mis seguidores. Tomé un camino transitado hacia la casa del Ixtlixóchitl en Texcoco. Toda precaución se me hacia poca, sin embargo, a media que caminaba me fui tranquilizando pues los guardas no acortaban distancia y no creo que fuera por mi habilidad para caminar ligero.

—Llegué temprano al palacio, entrando por la puerta trasera, que utilizo cuando no quiero ser molestado, está cerca de mi aposento.

—El guardián de la entrada, viejo conocido, me saludó preguntando en tono militarzote: “¿por qué tan temprano señor Itzcoatl?”.

—Le respondí “el tlatoani Ixtlixóchitl me mandó llamar”. El guarda bien enterado de la orden del día, usaba el talante despótico que tienen los individuos de baja categoría cuando pueden hacerse los importantes.

—Prepotente ordenó a su compañero que había mantenido una presencia anónima: “¡avise al comandante que el señor mmm... ¿Cómo es que se llama? Me preguntó el muy descarado después que me saludó por mi nombre. Antes de que le respondiera terminó la frase; ¡Ah sí! Él señor Itzcoatl que está citado para presentarse al huei-tlatoani.

—¡Qué gente! regalan títulos para congraciarse con los jefes.

—Antes de que el guardia se internara en el palacio para transmitir la orden, se abrió la puerta y asomó Azcatl ordenando en tono que no admitía réplica. “Pase señor Itzcoatl, el Señor ya lo está esperando, me encargó que lo acompañara”. ¡Bien me conoce la amiga! ya me esperaba.

—La intervención de Azcatl no agradó a los guardias, quienes habían recibido órdenes expresas de llevarme personalmente ante Cozamatl, un guarda asignado por el huei-

tlatoani Techotlalatzin, dada la calidad e importancia de Ixtlixóchitl.

—He logrado hacerme una imagen de persona justa, amigable y dispuesta a ayudar, en fin, soy una persona respetada. No obstante, estaba sufriendo todo lo que implica una inminente pérdida de privilegios con el tecuhtli. La fiel amiga Azcatl confirmó la lealtad de la única persona en la que podía confiar.

—Azcatl tomo un camino con muchos recovecos y a un paso muy corto para aparentar prisa mientras hubo personas de servicio y guardas. Al penetrar en una salita, se arrinconó en el sitio más seguro de la casa para advertirme con tono maternal manteniendo una presión suave sobre brazo para sentir mis reacciones. Apresuradamente, en tono claro me dijo: “Itzcoatl, seguramente ya sabes la razón por la que te mandan llamar. El Tecuhtli Ixtlixóchitl montó en cólera cuando se enteró del alumbramiento de Coyote, tú hijo,” no dijo su hijo y ella lo sabe. Azcatl no me reclamó haber sido la primera en soportar los arranques de rabia del señor. Continuó informándome “muy pocos sabemos el secreto que se oculta tras el nacimiento de Coyote, ¡porque el niño se llama Coyote! ¿O no?”.

—¡Claro! le respondí, un poco molesto por el revuelo que causaba un nombre que seguramente no sería el definitivo.

—Azcatl continuó apresurada: “tú servidora ya recibió una dosis de lo que te va a tocar. El Tecuhtli me ha hecho responsable de no asistir a tú esposa en el parto, decidiste otra cosa, pero las intenciones del tecuhtli no eran malas”.

—Traté de justificarme, pero apremiante Azcatl se adelantó: “¡no, no me digas nada! Sólo escucha, no es el momento para discutir”. Me dijo al ver que iba a iniciar una réplica. “Con el nacimiento te has alejado de Ixtlixóchitl y está muy malhumorado porque han estado llegando emisarios del Señor de Azcapotzalco y cada vez que esto pasa, sufre accesos

de rabia pues tiene que presentarse de urgencia al huei-tlatoani donde a tenido que soportar largas horas de consejo sin su monitor. Según me he enterado los tecpanecas pretenden exigir tributos que el gobierno de Alcolhuacán no quiere aceptar y es posible que se inicie la guerra. Él piensa que no va a sobrevivir para ser huei-tlatoani pero está empeñado en que Coyote, su hijo predestinado, le sucederá y vengará. No quiere que el secreto se divulgue pero tampoco quiere perder el control y por el momento, si lo conozco bien, supone que quieres apoderarte del niño”, enfatizando la última frase de la conversación.

—En tono suplicante continuó. “Debes convencerlo de tú lealtad y que ejerces control sobre tú esposa, si no lo logras, es posible que no salgas con bien y quién sabe que pase: tú esposa y el niño pueden ser secuestrados y protegidos por la guardia del palacio. Comprenderás, que con quien corren más peligro es con los insensibles militares”.

—Sin esperar respuesta Azcatl soltó mi brazo, dio media vuelta y prosiguió el camino hasta la presencia del señor Ixtlixóchitl. La guardia ya se había puesto en movimiento para recuperar el control visual sobre Azcatl y yo.

—En los corrillos del palacio, se hablaba de una traición amorosa, específicamente que el consejero le habían robado la mujer al tecuhtli. Cozamatl y en general la guardia no querían perder el protagonismo del ‘servidor incondicional’ que supone limpiar el honor del Jefe Supremo ante tales afrentas.

—Al llegar a los aposentos de Ixtlixóchitl, ya Cozamatl había anunciado mi presencia y nos estaba esperando afuera de la sala. Le aplicó una furibunda mirada a Azcatl, al tiempo que abría la puerta penetrando en primer lugar anunciando mi presencia, Azcatl y yo le seguíamos a corta distancia. El tecuhtli Ixtlixóchitl estaba parado junto a un sillón de audiencias, un trono austero ubicado en una habitación también decorada austeramente que usaba cuando tenía reuniones difíciles.

—Para que no hubiera un desliz de cualquier cosa que se hablara, hiciera o actuara, ordenó, en tono perentorio “déjenme sólo con Itzcoatl”.

—Cozamatl, zalamero y servil le dijo, “el protocolo de seguridad me impide dejarlo solo con un extraño”, refiriéndose a mí.

—“He dicho que me dejen solo con Itzcoatl. Él no es ningún extraño”, bramó el tecuhtli acompañando el grito con una mirada furibunda al jefe de seguridad del gobierno, “incluyendo a aquellos”, señalando con la cabeza a un par de caballeros águilas que tenían por misión no perder de vista al Ixtlixóchitl.

—Aún cuando los guardianes eran guerreros a la orden del huei-tlatoani Techotlalatzin comisionados como guardias de seguridad para éste importante personaje, Cozamatl ante la cólera de Ixtlixóchitl optó por retirarlos haciéndoles una seña. Los guardias, en silencio dejaron el aposento.

—Sin preámbulos, Ixtlixóchitl me espetó inquisidor, palideciendo a medida que iba subiendo el tono de voz y secándosele la boca como respuesta a la adrenalina que producía su cuerpo. “¿Por qué no acataste mis ordenes...?” y sentenció, “las desavenencias con tú tecuhtli pueden acarrear graves consecuencias” expresado con el talante de omnipotencia que asumen las personas con poder absoluto de vida y muerte.

—No respondí, sabía que si en ese momento le replicaba Ixtlixóchitl podría tomar una decisión nefasta, de la que podría arrepentirse después, pero que no revertiría por no mostrar signos de debilidad, lo conozco muy bien. Me he hecho un buen intérprete de la naturaleza humana, mientras él más gritaba, yo más hundía la cabeza entre los hombros, humillaba la mirada y ocultaba las manos en el vientre en señal de sumisión, dándome tiempo a elaborar la respuesta apropiada.

—Esperé a que fluyera sangre por sus ahora pálidas mejillas. Seguía gritándome. “Me juraste que protegerías a mí hijo con tú vida”. Yo, no le perdía vista, note que el color de la faz iba pasando de pálido a lívido. A medida que sus exabruptos subían de tono y secaba la espuma en las comisuras de sus labios.

Tal era la vehemencia de Ixtlixóchitl que sus gritos trascendían la discreción de la puerta, los que escuchaban a hurtadillas, juraban que no llegaría vivo al ocaso del sol, bueno, ni al medio día. Muchas amenazas e improperios tubo que vociferar el hombre removiendo las tensiones acumuladas, e Itzcoatl soportarlas.

—Para finalizar la diatriba, un ya rubicundo, agitado y de voz temblorosa Ixtlixóchitl me preguntó. “¿Y como esta el niño?”. Con el dedeo índice y pulgar se retiraba de la comisura de los labios, restos de saliva reseca por el agitado respirar, con la actitud de la ira descargada. La vehemencia se había atemperado lo suficiente para alejar el peligro de una reacción inconsciente, por lo que decidí responder a las preguntas más trascendentales y de menos riesgo.

—En tono bajo y conciliador le dije: “la promesa que le hice, tecuhtli Ixtlixóchitl, el día que me distinguió nombrarme padre putativo de Coyote, no la he quebrantado. Recuerde que entonces como ahora, sólo estábamos usted y yo. Cuando salí de la casa por la mañana, Papalotzin no mostraba ningún signo de parto. Afortunadamente, la mamá fue a visitarla para llevarle algo de ropa para el niño y ver como se encontraba” una mentira plausible. “Cuando la mamá ya se disponía a regresar a su casa, mi esposa empezó a sentir molestias. Ella es fuerte y acostumbrada al trabajo rudo, lo que favoreció un parto acelerado. Cuando llegué a casa y el parto ya estaba adelantado. Mientras decidía a donde dirigirme, pues no dejó dicho en donde pasaría su merced la noche con su nueva conquista. Justo a la media noche escuche el sonoro llanto del

niño. Me llamaron para mostrarme al recién nacido. Un muchachote fuerte y sano, digno ejemplar para el orgullo de cualquier padre”.

—Recalcitrando en el augurio adorne el suceso con detalles, que sin ser mentira, relatados del modo apropiado, producirían un efecto positivo en las decisiones del ahora atento escucha, proseguí el relato: “el nacimiento de Coyote ocurrió durante la última luna llena. Habrá notado que los coyotes estuvieron muy inquietos, con muchos aullidos, acercándose mucho a los poblados. Hasta pude ver a la luz de la luna las candelillas de los ojos de un par de ellos, me extraño que fueran tan descarados como queriendo enterarse de lo que estaba sucediendo en el interior de la casa. Y puse mucho cuidado” diciéndole despacio y en voz baja a manera de secreto “a los llantos del niño, los coyotes respondían con aullidos; mientras más lloraba el niño más aullaban los animales. Me dio un poco de temor, no por mí sino por las mujeres y el niño. ¿Qué pueden hacer una vieja preocupada por su hija, una recién parida y un niño contra unos coyotes que podrían estar hambrientos o ponerse furiosos?”.

—Papalotzin, aquello que le relaté a Ixtlixóchitl fue menos dramático que lo que me acabas de contar —continuando con lo sucedido— Ixtlixóchitl escuchó sin perder detalle, no respondió, su mente se fugó a otro lugar y a otro tiempo, esperé a que saliera de su abstracción —recordó ver en la profundidad de los ojos de una niña que perdía las imágenes, su futuro. Evocó los augurios de la gestación con la simbología de los animales protectores del nacimiento del primer hijo de Papalotzin.

—Salió del trance repitiendo palabras que supuso del más allá, sentenció para sí mismo. “Coyote Furioso será un importante huei-tlatoani del Acolhuacán”.

—Esperaba una respuesta y llamé su atención. ¿Me decía algo el Señor?

—La pregunta lo sacó del ensimismamiento, contestándome. “No Itzcoatl, estoy pensando en voz alta”. Pero la mencionada voz alta, era silente. Las circunstancias con los de Azcapotzalco anunciaban peligros para todos aquellos relacionados con el gobierno del Acolhuacán aconsejaban mantener a Coyote-Furioso sin que lo relacionaran con él.

—Mi apreciación fue confirmada. Ixtlixóchitl me consultó. “¿Qué vamos a hacer con Coyote-Furioso?” Debía darle tiempo, ser prudente y esperar que él diera la respuesta.

—“¿Usted dirá?” Le respondí.

—Me pidió que me acercara y él, acercándose aún más me susurró al oído: “Itzcoatl, debemos mantener todo esto en secreto”.

—Yo estoy de acuerdo con usted, pero ¿ya sabe lo que se dice de lo que pasó entre nosotros?” Me atreví a preguntarle y tratar de guiarlo a una salida digna.

—“Te refieres a que en los corrillos de palacio dicen que ‘me bajaste’ a la muchacha... ¿Cómo se llama?”. “Papalotzin ” le respondí. “¡Sí, a ella!”

—A eso precisamente recalqué socarronamente. A mí no me importaría si no se estuvieran refiriendo a su hijo, un futuro huei-tlatoani del Acolhuacán.

—“Tienes razón” me reconfirmo “para terminar con esto, tengo que hacerles ver que no guardo ningún rencor o resentimiento hacia ustedes y que el matrimonio con esa muchacha yo mismo lo santifique, que no deja de ser cierto. Desde mañana te reintegras a tú trabajo de asesor y no me falles. Necesito de tus concejos en las sesiones del consejo de notables con el huei-tlatoani Techotlalatzin”.

—Al sagaz Ixtlixóchitl o a su cuerpo de espías no se les iba nada, estoy seguro de que sabía: él quien, él cómo y él cuándo de esa murmuración, los pobres chismosos han ido purgando

su imprudencia.

—Mucho tiempo conversamos sobre planes y proyectos para el niño. Confirmamos mutuamente las pruebas de amistad y ya, avanzada la tarde, nos despedimos como lo que siempre hemos sido: dos muy buenos amigos.

—Recuerda que llegue a casa muy contento, relajado y muy hambriento, hasta entonces me percaté que no había probado bocado desde la noche anterior. Venía eufórico y te saludé con la pregunta: “¿Papalotzin que tienes para comer? Vengo hambriento como buitres”.

—A pesar de tú aparente tranquilidad, las expectativas crearon un ambiente tenso que preocupaba a tus papás.

—Mi actitud te tranquilizó, abrazándome con mucho cariño y diciéndome. “¿Ahora mismo te caliento unas gordas y el guisado de pescaditos con chile serrano del medio día? Nosotros ya cenamos, no quise que mis papas se percataran de mi preocupación.

—“Hiciste lo correcto” te dije.

—Tus papas amablemente me acompañaron. Les relaté, con pormenores sazonados con muchos comentarios, de todo lo que había sucedido, desde que me di cuenta que era seguido por guardias de palacio, hasta la calurosa despedida de hermanos que tuve con Ixtlixóchitl. Omitiendo, obviamente la verdad sobre la paternidad de Coyote.

Tlazoltéotl; La Diosa Venus Entró al Hogar.

Pasada la media noche, Papalotzin pidió a Itzcoatl que le alcanzara el chiquigüite de ribetes verdes para acomodar los tlacoyos ya envueltos en un lienzo para conservarlos calientes el mayor tiempo posible para que los aromas del frijol se fundieran con los de la masa. Los colocó en el fondo del canasto que llevarían al festejo, en ese mismo, acomodaría las tortillas envueltas en varios lienzos que servirían por el momento como termos para mantener la comida caliente y en el festejo como manteles en la cena de La Luna Vieja.

Papalotzin se decidió a contar un pasaje trascendental en su vida, tiempo del que habla como de los “peores días y mejores momentos”. Entonces, la relación familiar se tambaleaba, su incipiente matrimonio parecía fracasar. Inicio haciendo una remembranza general de los primeros días de vida de su hijo:

—“Itzcoatl, tú naturaleza es tierna —Papalotzin iniciaba la remembranza de este espacio en sus vidas mencionando la cualidad que más admiraba en su esposo, muchas veces criticada en los hombres— te complacías observando el desarrollo de Coyote, tratando de entender esa indisoluble asociación que se va creando entre la mamá y el hijo, una conjunción de almas que le está vedada a los varones. Amabas entrañablemente al niño, pero frecuentemente me decías:

—“Amo esa parte de Coyote que es tuya, Papalotzin” decías mientras tú corazón sentía otra cosa y tratabas

justificarte estableciendo algunas condiciones. No querías aceptar que tú cariño era pleno, incondicional y total por ser simplemente para él, sin importar su pasado, su futuro o su origen. Tu corazón gritaba amar a Coyote, pero te resultaba tan inverosímil que tus pensamientos trataban de bloquearlo aduciendo pretextos ridículos, situaciones totalmente ajenas al niño, como la promesa a Ixtlixóchitl de no mancillarlo mientras estuviera en mi vientre, que a decir verdad nunca he entendido. La mente te obligaba a mantener una actitud de deferencia hacia Coyote, según tú por ser hijo del tecuhtli teniéndolo que respetarlo como si se tratara del mismo Ixtlixóchitl. Te inquietaban mucho las consecuencias que podría tener esa actitud sumisa de un padre putativo sobre el desarrollo emocional del niño que indudablemente reflejaría cuando llegara a adulto, mantenías muy presente él considerarte padre putativo. Frecuentemente abordabas conversaciones alrededor del tema. Notaba tú preocupación y únicamente atinaba a aconsejarte: “todo va a salir bien, sólo basta que lo queramos y seamos buenos padres”. Esto no te tranquilizaba, tiempo después volvías sobre lo mismo.

—Poco a poco fui dándome cuenta de nuestra situación social y las ventajas materiales que eso implica, la precaria situación económica muy común en las familias macegales no ocurre en las familias de clase pilli a la que ahora, sin querer pecar de pedante, pertenecemos. Así, que fui dejando atrás esa premura económica a la que obligó asirme mi inestabilidad emocional. Ya podíamos ir al mercado de Texcoco a mercar cosas, algunas necesarias para la casa y otras para alegrar el espíritu humano.

—Seguramente ya adivinaste hacia donde va mi plática —comentó Papalotzin a su esposo quien escuchaba atentamente sin percibir el punto en el horizonte.

—Aquél día que regresábamos del mercado y empezaste con tu cantaleta sobre el cariño y educación de Coyote. Estaba

visto que el repetido consejo, no funcionaba.

—Itzcoatl, cuando no puedes solucionar un problema te vuelves reiterativo hasta el enfado. A la altura de Xocotlán, apenas pasado el ahuehuate, tú cancioncita ya me tenía al borde de la histeria. Airadamente, me desaté el rebozo con el que traía cargando al niño en la espalda y te lo pasé diciéndote con enfado. “¡Cárgalo un rato para que sientas lo que ya pesa!”.

—Itzcoatl, te ofendí con una acción imperdonable —debe considerarse a la sociedad texcocana de aquellos tiempos— más, que fue a vista pública. Te sorprendí o venías muy abstraído en el problema o no meditaste que estábamos en la calle. Como si fuera algo común y corriente, tomaste al niño colocándolo a horcajadas sobre tu mano y brazo, apoyándolo sobre la cadera de manera que el niño quedó viendo hacia delante sin ningún estorbo. Ese día Coyote, que tendría unos cuatro meses, aprendió a ver un universo de frente, en su amplia magnitud y desde entonces exigió, como lo han hecho sus hermanos, con movimientos y actitudes propios de su edad, que lo cargaran viendo al mundo de frente. La gente cuchicheaba burlona y se nos quedaba viendo, quizá porque un hombre cargaba en la calle a un niño de brazos estando una mujer al lado o quizá por la forma en que lo traías.

—Cuando se me pasó el enfado, me sentí culpable por lo que la gente pudiera pensar de mí marido ofreciéndome a llevarlo. Venías tan enfrascado explicándome lo que debíamos hacer con respecto a la educación del niño que no te percastaste de los cuchicheos de los hombres y las risas disimuladas de las mujeres, y creo que ni de mí enfado pues me respondiste: —“déjamelos, no ves que va contentísimo moviendo la piernita para arriba y para abajo al ritmo del tranco”.

—Claro que si me daba cuenta Papalotzin —respondió Itzcoatl— fue que tú enfado me tomó desprevenido, nunca te había visto tan enojada por un motivo tan importante para mí.

Pero reconozco que en algunas ocasiones soy cargante. Además, cuando creo que estoy haciendo lo correcto poco me importa ‘el qué dirá’ de la gente.

—Aunque no creas, casi al instante ya estaba arrepentida de mi exabrupto, del enfado pasé a la preocupación. Entonces decidí, terminar de una vez por todas con tus preocupaciones por la educación del niño que tanto te angustiaban. —Tan poco común era que por la calle un hombre cabeza de familia acompañado de una mujer cargara a un niño de brazos, que Papalotzin realmente estaba arrepentida. Esto era aceptable si el hombre había sido creado especialmente para ayudar a las labores de la casa, y estos, generalmente resultaban afeminados. Por esto era tan vehemente la justificación.

—El contacto con Coyote te agradó, ya en la casa hasta te encargaste de prepararlo para pasar la noche, cuando estuvo listo me lo llevaste para que le diera el pecho. El viaje lo debe haber cansado, después de mamar se durmió profundamente, con mucho cuidado para no despertarlo procurando que no me vieras, reacomodé los pañales que se le habían soltado; para cuando nació Cuatlalopetl ya eras un experto. El niño vació el pecho izquierdo pero venía cansado y sólo alcanzó a tomarse medio del derecho. Yo llegue muy cansada, abochornada de arrepentimiento e injustamente le hice objeto de mis reclamos: “muchacho, solo té tomaste la mitad de la leche, ¿despertarás a media noche!” Me equivoqué, tantas cosas había observado en un universo de frente y sin obstáculos, que requirió más descanso que el usual. Desde entonces despertó mas tarde.

—Mientras vestías al niño para pasar la noche, aproveche para prepararte una buena cena: aticé el fogón, del ayate del mercado saque unas tortitas de hueva de mosco, unos tomatillos y chile ancho con los que preparé un guisado, calenté unas tortillas de maíz azul que mercamos en la plaza considerando que llegaríamos tarde y no había dejado merienda preparada.

—Durante la cena, como rehuyéndonos, más bien rehuyéndote, comentamos sobre cosas intrascendentes del paseo.

—Aunque veníamos cansados, cuando me percaté que la opípara cena te había relajado, traje a la discusión el tema de la educación de Coyote: —“Itzcoatl, todo el camino me viniste hablando de la educación del niño. No comparto tus preocupaciones” entonces, no sabía del compromiso de mantener oculto el origen del niño y educarlo como correspondía a la alcurnia de un tecuhtli que habías convenido con Ixtlixóchitl.

—“Lo quieres y no creo que el exceso de cariño dañe a nadie. Estoy consciente de que no eres el padre biológico de Coyote, lo que me entristece mucho, más nada podemos hacer. Me inquietaría si te fuera indiferente o no lo soportaras. Lo quieres, te interesa y disfrutas su compañía”.

—Pero como no te puedes quedar callado me replicaste: “en todo tienes razón, pero la realidad es que no es mi hijo ¿qué va a pasar cuando lo sepa? ¿Cuánto daño le va ha hacer enterarse? No quiero encariñarme porque cuando conozca la verdad me va a odiar y eso, no podré soportarlo”.

—Para defenderte del mismo cariño que te inundaba, habías tomado una posición egoísta. Estabas más preocupado en pensar que podrías salir lastimado, que en todo el daño que podrías hacerle a un niño con tú meditada indiferencia, o con tú presencia indiferente para quién te consideraría hasta entonces, su padre.

—Creo que afortunadamente toqué la medula del asunto, permaneciste meditabundo por un largo rato, después dijiste: “Papalotzin, como siempre tienes razón. Amo al niño, el daño que le haría disimulándole mí cariño, mostrándoselo fingido, al ofrecérselo, o si lo tratara diferente a como trataría a otros hijos... si los tenemos, lo afectaría profundamente”.

—Itzcoatl, al oírte mencionar “otros hijos” se disparó en mi interior un malestar que me electrizó, se apoderó de mí una fea sensación que no podía asociar a nada concreto, solamente me molestaba, lo que tú llamaste “la presencia de la nube negra”. Al menos supe por donde aparecía.

—Pero ese era tú momento, de manera que traté de disimular el malestar, dejando el meditar sobre él mismo para mas adelante. Continuaste reflexionando: “El daño que me podría causar la pérdida de cariño de Coyote cuando se enterara de la verdad, es tan miserable comparado con lo que él podría sufrir, que no vale la pena ni pensarlo”.

—En ese momento casi grito “¡Ya está solucionado y no se hable más!” Sin embargo, tuve el tino de guardar silencio esperando que tú mismo como nos dices cuando nos tratas como si fuéramos tus pupilos: te plantearas las soluciones, determinaras las consecuencias y definieras las conclusiones. ¡Ho Itzcoatl! que rimbombante eres cuando te pones a pontificar.

—Te levantaste meditabundo, caminando lentamente para un lado y otro como si me estuvieras dando una charla, hilvanando ideas al mismo tiempo decías en voz alta con aire inteligente: “lo único cierto a toda duda es el cariño que siento por el chamaco, cuando lo veo contigo” —Papalotzin imitaba esa actitud de esposo de manera cómica— “o cuando lo cambio o al traerlo cargando delante de toda esa gente. Por otro lado, sólo tres personas, o tal vez cuatro” recordando a Azcatl, “conocemos el secreto de la paternidad de Coyote. Los más cercanos a él no vamos a decirle nada. Además, en honor a la verdad, el niño no lo entendería. Habrá muchos años para disfrutarlo, hasta es posible que no haya necesidad de enterarlo. Finalmente, tenemos la responsabilidad de hacer de él un hombre de bien. Papalotzin, estas no son frases de Perogrullo, son profundos sentimientos”.

—Después de un momento, con una explosión de voz

dijiste. “¿Ahora sí?” lanzaste la interrogación al aire, supuse que la responderíamos entre los dos: “¿como educar niños para que sean hombres de bien”.

—Para que no siguieras pontificando te interrumpí, adelantándome a tus palabras concluí: “esto no debe desvelarnos, con amor, mientras estemos de acuerdo y velemos por el bienestar de Coyote, los errores que cometamos no influirán en el futuro del niño ni en él de nuestro matrimonio”.

—Tal pensamiento resumía toda nuestra meditación, terminantemente dije: “¡no se hable más, ya es hora de descansar!”.

Tan vivamente recordaban, que se miraban a los ojos. El momento era propicio para que Itzcoatl hablara de sus vidas después de que nació Coyote. Papalotzin, aunque intuyó el desasosiego de su esposo, nunca supo que cerca estuvieron de echar a perder su relación como revelará su esposo.

—Nos preparamos para dormir, estabas muy cansada, tal vez, más debido a la tensión de la discusión. Aunque para coger el sueño no necesitas pretextos, pusiste la cabeza en la almohada y casi de inmediato tú respiración delató que estabas profunda y plácidamente dormida. Yo empecé a dar vueltas, acomodaba la almohada que ya se calentaba de un lado, ya de otro y hasta la coloqué por las esquinas para ver si encontraba una posición que llamara al sueño. Después de una intranquila duermevela me desperté completamente. Acostumbrado a moverme de noche sin ruidos, tome una tilma y salí al patio. Pudiste pensar que salía a estudiar los astros pues varias veces me preguntaste: “¿a qué sales a media noche? ¿Estas estudiando las estrellas?” Te respondía afirmativamente. Se fue haciendo una costumbre mis cada vez más frecuentes desvelos. La verdad era que salía a tranquilizar el cuerpo y apaciguar el alma.

—¿Por qué no fuiste sincero y me dijiste la verdad? —

reclama Papalotzin a su esposo.

—Ya te enterarás, no era tan simple —anticipó Itzcoatl una larga respuesta.

—Cada día o mejor dicho, cada noche cuando te abandonabas al sueño estar cerca de ti me resultaba angustiioso; tú esencia de mujer y rítmico respirar inundaban todo en cuarto. Quería volverme loco de deseo y tenía que salir a ahuyentarlo. Sí te hubiera presionado, por complacerme hubieras accedido a mis deseos. Yo no quería eso, me había prometido esperar a que tú alma estuviera tan dispuesta a aceptarme como lo haría la piedad de tú corazón. Precisamente esa noche, me di cuenta de la cruda realidad expresada angustiadamente en voz baja: “¡él corazón de Papalotzin podría estar dispuesto a ceder su cuerpo a mis urgencias, pero su espíritu aun no estaba preparado para aceptarme como hombre!”. La tensión que manifestabas cuando se mencionaba ¡tener hijos! Me advirtió que ilusiones y deseos debía mantenerse invernando.

—Desarrollé muchas técnicas de abstracción y control para no enloquecer. Cuando percibía que el sudor del trabajo en la huerta pegaba tus ropas dibujando a trasluz tú bronceo cuerpo; no gritar de deseo cuando disimulado miraba los labios del niño succionar del turgente pezón y sus manitas acariciar tus pechos; no desmayar de excitación cuando tus nalgas subían y bajaban mórbidamente al ritmo de la molienda en el metate. Debía mantener la cordura imaginando disfrutar estos, entonces, ilusionados sueños para qué en el momento apropiado y entonces para siempre, se convirtieran en sensuales placeres del matrimonio y por que no, en erotismo puro. Ese rumoroso e incansable remolinillo de agua volvió a ser el confidente de mis cuitas.

—El tiempo pasaba medido por los logros y el crecimiento de Coyote, su carita de bebe empezó a cambiar a de niño, sus respuestas a nuestros arrumacos y a los de los abuelos eran más

risueñas, todos querían adivinar en los balbuceos palabras entendibles. Inició su propia vida de investigador gateando, todo lo que estaba a su alcance lo agarraba, desacomodaba o rompía.

—¿Recuerdas como aprendió a no acercarse al fogón? después de muchas advertencias, unas cariñosas y otras enérgicas, decidiste dejar que experimentara vigilándolo para evitar un daño importante, permitiste que el niño acercara la mano a las ascuas que lo embelesaban con sus fulgores. Al sentir el quemante contacto, Coyote lanzó un grito que me sobresaltó pero lo tenías bajo control, interesado esperé. El niño se veía la manita con incredulidad, se volvió hacia ti implorando atención estirando la mano mostrándote la herida, tiernamente lo abrazaste sumergiéndole la mano en agua fría mitigando el ardor. El niño, aleccionado mostraba el ‘coco’, apenas un enrojecimiento para qué, con un beso lo consoláramos. Desde ese día, Coyote se mantuvo a distancia del fuego y atendió las advertencias de los mayores; el incidente le enseñó escuchar consejos y tomar decisiones con más sentido.

—Nuestra familia navegaba en un mar de aceite; nuestro matrimonio en una tormenta. Después de la fiesta de Xitle, en el equinoccio de otoño, regresábamos de los festejos en Texcoco muy entrada la noche. Como siempre, te dormiste al instante, cuando cerraste los ojos ya roncabas y soñabas.

—¡Itzcoatl! No sea exagerado —reclama Papalotzin sin mucha convicción. Después de sonreírle a su esposa haciéndole ver la exageración de la broma, aunque en el fondo le envidiaba ese don, Itzcoatl prosiguió.

—Hacía un calor sofocante, provocado por la canícula y una lluvia vespertina. Durante la noche, fuera porque te abordaron sueños lúbricos, o porque tú naturaleza de hembra se hacía patente por sobre tus temores de mujer, o porque necesitabas un poco de fresco, con dos certeras patadas te

descubriste dejando a mí atormentada vista tú desnudo cuerpo: una escultura de bronce, refulgente por las perlillas de sudor que la luz de la luna que penetraba por la ventana irisaba de azul y plata.

—Te me arrimaste, me quedé quietecito, expectante, dándome tiempo para discernir lo que estaba ocurriendo. ¡Que decepción! estabas completamente dormida y quise separarme. Pasaste tú brazo por mi pecho, yo muy excitado no atinaba a hacer otra cosa que esperar a que mostraras signos más claros o dieras vuelta. No había adquirido tanto control como pensé, ya no pude aguantar la excitación y me corrí.

—Esa noche maldije la atormentante situación; me maldije por no mantener la suficiente entereza para soportar el reto; pero sobre todo, maldije a Ixtlixóchitl a quién culpé por llevarme a vivir una situación frustrante; y solo en éste sentido —aclaraba Itzcoatl, pues había otras que la compensaban—. Agitado me escabullí de debajo de tú cuerpo, emitiste unas irreconocibles palabras para continuar en tu profundo sueño; te cubrí con las mantas cubriendo también mis esperanzas; me levante con discreción y así salí nuevamente al soliloquio con el arroyuelo.

—¡Hay amor cuánto tuviste que soportar! —Papalotzin, reconocía la verdadera hombría de su esposo. Itzcoatl, quien entendió en toda su magnitud la frase, le agradeció con un beso que se rompió en el aire, prosiguiendo.

—Por primera vez pensamientos sombríos de traición ocurrieron a mi mente. Supuse que la única manera de continuar viviendo esta situación, era desfogando mis ímpetus sexuales con otras mujeres, fueran conocidas de la corte en donde muchas estarían complacidas de ‘servirme’ o, en el peor de los casos, con las mujeres públicas del puerto. Con estos barruntos en la cabeza llegó el alba.

—Amaneciste muy contenta, como hacía muchos días no

ocurría. Pienso que dada tu obnubilación con el sexo, el sueño, aun cuando no lo recordaras, te fue sensual, satisfactorio e inclusive pudo estar relacionado conmigo: ¡valiente consuelo!

—Yo enfurruñado, hosco y taciturno me senté a desayunar. Al despedirme, te acercaste para darme un beso como todas las mañanas. Con un gesto exagerado y grotesco cruce los brazos sobre el pecho, imitando los movimientos que inconscientemente hacías cuando alguien se te acercaba más de lo que considerabas aceptable. Esta imitación burlesca primero te sorprendió y después ofendió, pues no eras conciente que habías desarrollado mecanismos de defensa, como: cruzar un brazo o una mano al frente si me acercaba de improviso; apretabas las mejillas cuando ibas a recibir un beso; agachabas la cabeza ante la mirada de los hombres; y otros de parecida catadura. Supongo que defendiéndote de la vejación vívida. Si no entendías lo que te pasaba ¿cómo ibas a deducir la intención de mi ofensiva mueca?

—Ese día fui al tlamantlilitzi-cali a ofrecer charlas sobre los signos astrológicos y el calendario agrícola a personas que regularmente se acercan a esta casa de la cultura a aprender, a ofrecer sus vivencias o simplemente a pasar el día, usualmente mayores que quieren sentirse importantes dentro de una sociedad dirigida por jóvenes guerreros que los relegaban por su inutilidad para estos menesteres. Entonces no estaba tan ocupado y si no había nada extraordinario como asistir de monitor a Ixtlixóchitl en las juntas de notables, regresaba temprano a casa. Desde la noche y durante todo el día, me acosaron disparatados pensamientos relacionados con el desarrollo de una imaginaria aventura con alguna mujer, tan ambiguos e inconsistentes eran, al salir del tlamantlilitzi-cali no estaba seguro qué iba a hacer. Pensé en buscar a una antigua amiga de la corte con la que antiguamente mantuve una relación de amistad, no decidía si era mejor ir con las mujeres públicas del puerto. De último momento me decidí por lo

segundo. Me entretuve por ahí hasta que oscureció.

—Sigilosamente me dirigí al puerto, para evitar que algún conocido se percatara y fuera a comunicárselo a Ixtlixóchitl, quién me recriminaría acremente. Como los días eran largos, decidí hacer tiempo dando muchos rodeos, subiendo y bajando calles, tomando rutas largas e incluso cruzando calles de un lado a otro, dando vueltas por los alrededores y caminando con pasos cortos en las playas del lago hasta que consideré que la noche era lo suficientemente alcahueta. Llegué hasta una casa en la que iban entrando furtivamente maceguals, mayequés y tlamaites, comensales de clase baja, la mayoría muy jóvenes o muy viejos. Mariposas de nervios me revoloteaban en el estómago; la tensión me secó la boca, nunca había utilizado este antiguo servicio totalmente proscrito para los pilli, que gozaban del privilegio de poseer varias esposas o concubinas.

—Después de pensar un sinnúmero de maneras de presentarme, un sinnúmero de excusas que argüir en caso de toparme con algún conocido, un sinnúmero de cosas más, di el primer paso, al que le siguieron otros menos vacilantes hasta que mis piernas mostraron firmeza. A la entrada de la casa una mujer muy pintada, que me pareció un homosexual, me invitó a pasar. Me disponía a cruzar el dintel y me detuve de golpe, entrándome el juicio me dije. “¡Lo que voy a hacer no soluciona el problema!”. Sin más, di media vuelta a desandar el trecho. En el largo camino de regreso a casa bajo una noche apenas alumbrada por una luna menguante, tuve todo el tiempo para darme plena cuenta del error que iba a cometer, no sólo por la eventualidad de afectar las relaciones familiares sino, principalmente, por lo efímero de la solución: descargaría toda la excitación acumulada una, dos o diez veces, la cantidad era lo menos importante, en cuanto viera, oyera, oliera o pensara en la mujer que dormía a mi lado volvería la excitación con más ímpetu.

—En ese momento, se afirmó mi decisión de mantenerme

en celibato obligado, de la manera más digna.

—Llegué a casa y sin darte explicación de mi tardanza, tomé con actitud despótica, privilegio estúpido que se abrogan muchos para humillar a la pareja cuando están inconformes. Me fui a acostar y pase a ver a Coyote que ajeno a todo placidamente dormía. Aunque pudiera parecer extraño, la decisión tomada de mantener una actitud repelente, un poco déspota, me aseguró más noches de descanso.

Papalotzin, estaba poniendo mucha atención en la plática y actitudes de su esposo, muy seria le dijo. —Itzcoatl, tal vez hubiera sido mejor conversar sobre el problema, la verdad es que los días que siguieron me fueron terribles. Te tornaste taciturno y meditabundo, los pocos momentos de alegría los expresabas cuando jugabas con Coyote por las noches, yo procuraba dejarlos solos, me consolaba pensando que al menos compartíamos al niño. Creí que habías dejado de quererme.

—Tus salidas nocturnas se espaciaron, las sabrosas conversaciones de sobremesa desaparecieron. Cuando llegabas del trabajo, traías una atmósfera de amargura que envolvía la casa. Ahora me enteras que habías aceptado la fatalidad de un profundo amor hacia mí sin una confirmación corporal. No me di cuenta que mi alma estaba enferma. Sentía que un hilo muy delgado te mantenía cerca de mí.

—¡Sí Papalotzin! vivía de la esperanza que siendo una mujer inteligente y cariñosa te dieras cuenta del mal que te aquejaba lo alejaras definitivamente de nuestras vidas — completó Itzcoatl el cuadro de aquellos días aciagos, Papalotzin continuó.

—Para todos fue notorio tú cambio de actitud, supongo que aumentaste la cantidad de trabajo pues siempre llegabas cansado, o al menos eso me decías, dejaste de cooperar en el tempo del pueblo, supongo que dejaste de frecuentar amigos pues no hablabas de ellos, pero sobre todo se borró toda

presencia de ánimo en la casa, donde pasabas horas contemplando al niño o inventando toda clase de trabajos para mantenerte ocupado y llegar agotado a la noche.

—A los ojos de los extraños hacíamos un matrimonio perfecto, superficialmente nuestra relación funcionaba; inmensa falacia. El niño se tornó más llorón, extrañaba los bruscos juegos que hacían antes de dormir, ahora te concretabas a cargarlo y propiciarle unas pocas caricias. Yo pasé de extrañada a expectante y finalmente a muy preocupada por tú actitud. Justificaba los motivos del cambio en la gran cantidad de trabajo, en las responsabilidades que tenías en el palacio, en las antiguas angustias de la educación del niño. Pero ni por equivocación pensaba ser yo la causa de tanta desazón.

—Para fortuna de nuestro matrimonio, mis padres son muy comprensivos y concedores de la naturaleza humana, les había extrañado tu cambio. Lo habían discutido mucho, mamá adelantada a mis inquietudes se había encargado de averiguar ‘si el señor Itzcoatl tenía un amorío, una concubina u otras mujeres’. Pues según sus palabras “parecía que te habían dado toloache”.

—Las visitas de mis papas se hicieron frecuentes, llegaban cuando no estabas y poco te hubiera importado pues estabas indiferente. Mamá supuso que el problema tenía que ver con nuestras relaciones sexuales. Buscó el momento para hacerme ver que desde el nacimiento de Coyote rehuía las conversaciones sobre las relaciones íntimas cuando me preguntaba si se habían regularizado después del parto, le contestaba con evasivas.

—Un día que llegaron muy de mañana, papá se entretenía fuera de la casa con Coyote mientras yo molía, mamá me ayudaba torteando; así como quien no quiere la cosa, me preguntó. “¿Qué les pasa a ustedes?” refiriéndose al matrimonio, “esta casa esta muy triste”. Yo quedé tan

petrificada como el metate, descargando toda mi angustia, hipando inunde el nixtamal de lágrimas.

—Mamá me abrazó hasta que deje de llorar, me separe y enjugando las lágrimas le contesté. “Mamá ¡no lo sé!” con voz pausada y escogiendo las palabras me preguntó: “¿cuándo fue la última vez que tuvieron relaciones tú e Itzcoatl?”

—La pregunta me extrañó, estaba tocando un tema muy íntimo, pero mi estado de ánimo no estaba para cuestionar si era pertinente o no, le respondí la verdad: “¡nunca!”.

—“¡Cómo que nunca!” Exclamó “y, a Coyote lo trajeron las garzas”

—Me percaté del error y rectifiqué: “nunca desde que nació”, debía ocultar que Coyote no era hijo de Itzcoatl para no hacerlos sentir culpables, sobre todo a mi papá. La respuesta le pareció inverosímil, me reprendió con tacto. “¿Algo importante debe estarles pasado para que después del parto no hayan reiniciado sus relaciones?” Su intuición le indicaba que había mar de fondo, a mí cerrazón sólo atiné a aconsejarme: “hija, seguramente ya analizaste la posibilidad de un engaño y debes haber llegado a la misma conclusión a la que llegamos tú padre y yo, Itzcoatl es un hombre de una sola mujer” Yo pensé lo mismo. “También te digo que el problema está dentro de la casa, y en esta únicamente hay dos personas: Coyote y tú”.

—Meditaba cuidadosamente sus palabras. “El problema no es con el niño, pues en ese caso, quien a primero ocurriría Itzcoatl sería a ti, entonces hija mía: el problema eres tú”. Me aprestaba a reclamarle, pero se adelanto. “No, no me digas nada, rebusca en tú corazón, en tú mente, la causa del problema, medita en lo que te voy a decir. Cuando se trata de la familia el humano muestra ceguera en éste orden: ve muy tenuemente, como a través de la neblina, los defectos de su familia y su esposo; es tuerta cuando tiene que ver las limitaciones de sus hijos; y totalmente ciega ante sus propios

defectos. Por esto, mi amor, trata de ver hacia tú interior. Sí corazón, debes ser tú misma quién encuentre la salida a este laberinto en el que están metidos. Algo de tú comportamiento está afectando a Itzcoatl y no te das cuenta que te pasa o haces. No le preguntes y menos le exijas que te diga lo que tiene o siente; o lo que cree que tienes o sientes. Él te quiere y no lo va a decir por la simple razón que en tú ceguera no le a crearás. Le replicarás con firmeza y tozudez ¡no tengo eso que dices! Y lo que menos les hace falta en este momento, es un motivo más de discusión. Abre tu mente y tú corazón para que puedas atender a las señales del alma, que se ocultan mucho más que la luz antes de la luna nueva”.

—No le repliqué, la tecuhtli Itztpapántl había sembrado en mí la semilla para hurgar mis sentimientos.

—Me aboqué a la tarea de analizar cada instante de nuestras vidas como pareja, tal vez si hubiera empezado un poco más atrás hubiera llegado más pronto a una solución. Sin embargo, con la actitud de poner más cuidado en aquello que te incomodara y procurar un cambio, pude observar que los coqueteos que había iniciado hacía poco tiempo, coincidentemente a raíz de aquella noche de verano en que dices se desbordó tu masculinidad, seguramente una reacción a las necesidades de mí cuerpo, te molestaban; los hice más discretos o los evité. También dejé de preguntarme constantemente “¿qué es lo que tiene Itzcoatl? ¿Es con el niño o es conmigo?” Procuraba atenderte solícita, atenta sin hacer aspavientos. Cada vez que querías conversar dejaba discretamente lo que estuviera haciendo prestándote toda mí atención. Todo esto como paliativo, mientras recorría incesantemente la memoria de nuestras vidas.

—Ya no me preguntaba “¿Es qué no le gusto?” pues me seguías viendo con aquella mirada descarada de nuestros primeros días y todavía te gusto ¿verdad? —Itzcoatl simplemente le sonrío.

—También dejé de pensar que te faltaba potencia de hombre, pues cuando dormías muchas veces la había percibido en toda su magnitud. Este preciso pensamiento me produjo en estremecimiento al que respondí con enfado. Recapacité, no me deje llevar por lo obvio y traté de explicarme la adversa reacción hablándome con desusada sinceridad, la respuesta me llegó como el fulgor del relámpago: ¡es repulsión...! ¡Es repulsión a su masculinidad! La respuesta me entristeció profundamente pensar que mi marido me asqueaba. El fugaz pensamiento fue desechado cuando llegó la claridad: “No era mi marido quién me causaba repulsión, era el sexo de mí de hombre”. Nuestro trato mejoró de manera prometedora.

—En una ocasión, después de una animada plática de sobremesa y de haber acostado a Coyote nuestros cuerpos se rozaron y ambos sentimos la misma intensidad y excitación. Continuamos los juegos amorosos, las caricias, más al llegar al momento de la culminación, me puse rígida, seguramente sentiste la tensión de mi vientre, de mis muslos, de mi cara, de todo el cuerpo y amorosamente me besaste en la frente diciéndome. “Papalotzin mi amor, aun no estamos listos, esperemos una mejor ocasión”.

—En la oscuridad de aposento lloré mi frustración pero entendí tú reacción. El inconsciente, nuevamente me había traicionado, ese negro nubarrón en nuestro matrimonio se entremetió en el preciso momento de culminar el juego del amor. Nuestras relaciones siguieron mejorando, yo seguí recorriendo este pedazo de mi vida, estudiando mi espíritu, con la seguridad de que en algún momento encontraría la respuesta, y despejaría de una vez por todas, esa sombra negra de mi matrimonio, pero también sentía que estaba corriendo el grave riesgo de que la solución nos llegara retrasada.

—Una tarde de otoño que descansaste de tus deberes, te diste a la tarea de hacer un nuevo aposento para el niño, en él incluirías el temascal. Alzando a Coyote que ya gateaba con

seguridad y se erguía si encontraba puntos de apoyo, le dije “ven hijo, vamos a ayudar a tu papá” dirigiéndonos a donde chapuceabas con piedra, barro y cal haciendo el temascal. Te llevábamos un jarro de agua fresca y unos tlacoyos de alverjas como pretexto para que olvidaras un poco el trabajo y compartieras un momento con nosotros.

—Efectivamente, al vernos llegar, detuviste la labor, nos sentamos en el poyo, cerca de donde estabas trabajando. Me explicabas detalladamente el cómo iba a quedar terminado el aposento y el temascal dentro de la habitación. A fuerza de esforzarte e inventarte trabajos, tus habilidades manuales mejoraron mucho. “Casi terminamos” me decías, haciendo una seña con la cabeza dirigida hacia donde estaba el niño en la batea de la mezcla y con empeño jalaba de por acá una piedra, de allá un trozo de madera, de éste otro lado un poco de tierra, todo trataba de unirlo con pegostes. “Espero que no nos llueva y se nos venga la bóveda del temascal abajo” me decías. Te contesté, no te preocupes, las ranas y sapos desde sus madrigueras no anuncian agua ¡hoy no llueve!

—Preguntaste incrédulo sobre cómo escucho las ranas croar a plena luz del día y desde sus madrigueras anunciando el agua y algunas cosas más a las que iba perdiéndoles el hilo abstraída por el hermoso atardecer, puesta la vista en el horizonte, escuchaba palabras cada vez más difuminadas de tú conversación. Te diste cuenta que ya no estaba contigo y regresaste al trabajo, me extasiaba la grandeza del espectáculo del lago de Texcoco iluminado con la tea roja del sol poniente de Xipe, una vista, que siempre regocija mi espíritu.

—Los observaba como parte del paisaje, el niño levantándose trabajosamente apoyándose en el temascal con una mano y en la otra manejando torpemente una cuchara de albañil en la que se adhería un pegoste de mezcla. Percibía la figura del niño recortando la luz del sol que le ponía colores dorados a la negra cabellera, erguido en sus vacilantes piernas

llamaba tú atención alargándote la cuchara pronunciando: “¡papá!” dejando a tus pies la cuchara que se le escapó de la manita.

—Contemplaba extasiada la escena que percibía lejana y difuminada por la luz del atardecer, como si de una pintura se tratara.

—Me sacaste de mi abstracción llamándome con vos triunfal. “¡Escuchaste, me dijo papá!” Y sin esperar respuesta, regocijado, tomaste con una mano la cuchara y con la otra abrazaste a Coyote hablando para todo el mundo: “¡ahora sí! padre e hijo van a terminar el trabajo en un santiamén” se pusieron a jugar haciendo que pegaban el barro sobre la bóveda del temascal. Como ocurre con los niños, la novedad le duró poco, aburrido y buscando otro entretenimiento, señalaba hacia donde estaba. Me viste tan extasiada con el espectáculo que dijiste al niño simulando un acuerdo secreto “Dejemos a mami que disfrute su puesta de sol, alcemos las herramientas y nos lavamos para la cena” dejándome inmersa en el ocaso del día y con mis pensamientos que hurgaban incesantes la recóndita respuesta a nuestros problemas.

—La belleza del momento, de esos que pasan dos o tres veces en la vida, produjeron en mí, una paz inconmensurable, como entre sueños me escindí en dos personas: Una inmersa de tranquilidad que aconsejaba; y la otra, envuelta en conflictos que inquiría. En una situación inverosímil de dos personas en una y el soliloquio de un sólo espíritu.

—¿La inocencia de Coyote llama papá a Itzcoatl? y éste respondía “hijo”. ¿Itzcoatl ama al niño sin importarle que el padre sea Ixtlixóchitl? A Ixtlixóchitl, esto le conviene pues Itzcoatl le cuida a Coyote. “¿Si Itzcoatl acepta a Coyote como su propio hijo?”; “Papalotzin, ¿debes aceptar a Itzcoatl como tú verdadero y único esposo!”

—Al pensar en ti como compañero, mi mente se lleno con

refulgente claridad del momento en que quede embarazada. Percibí de nueva cuenta: la penumbra de la habitación; la cara de Ixtlixóchitl sobre mi virginal rostro; el repulsivo aliento de un estómago indigestado con excesos de comida y pulque; la tenaza de una mano que me obligaba a postrarme boca arriba; el hielo de unos dedos, que inmisericordes habrían camino al candente hierro que penetraba mis entrañas; el sabor a sangre de mi labio cortado por la presión de sus afilados dientes; el olor acre de la sangre y el semen que escurrían entre mis trémulos muslos; la vacua mirada en que me perdía y en la que Ixtlixóchitl clavó unas enfebrecidas pupilas.

—Ya el sol se había ocultado, yo estaba azorada, el corazón parecía salirse por la boca, me reintegré nuevamente en una persona, exclame muy bajito, seseando entre los apretados dientes por la enconada rabia “¡Ixtlixóchitl diablo maldito, me has quitado pedazos de mi vida, pero no más! Nunca olvidaré la vejación, pero ¡no permitiré que ensombrezcas mí vida y la de mí familia!”

—La fidelidad y el amor que he ofrecido a Itzcoatl no son suficientes para construir un matrimonio, debo aprender de nueva cuenta a recibir y ofrecer caricias, ser como aquella niña que un día se paró a observar la comitiva de señorones en su paseo por el campo. A aceptar que me cepillen el pelo como lo hacía mi madre, que me den un beso en la mejilla y me acaricien la cabeza revoloteándome el pelo como lo hacía papá, que Itzcoatl recorra mi cuerpo con sus manos y besos, que Coyote acaricie mi seno cuando lo amamanto, he de aceptar las caricias como sublimes muestras de amor.

—Tengo que aprender, de nuevo a responder agradecida: a mamá, a papá, a Itzcoatl y a Coyote con la misma sinceridad y espontaneidad que hay en las caricias.

—¡No más, energúmeno macho! No volverás a impedirme que acaricie amante a mis seres queridos; no me impedirás que criemos una familia feliz con: la tranquilidad que da la

fidelidad; la seguridad que da el amor; y la confianza que dan las caricias. Todo será posible cuando logre recuperar mi espíritu de niña que las circunstancias violentaron para ser mujer. Itzcoatl te lo prometo... ¡Empiezo desde este instante!

—Con la nueva convicción de saberme capaz de forjar mi destino, limpié mis últimas lágrimas de amargura, alisé mi faldón y con el espíritu renovado me dirigí al interior de la casa. Encontré la mesa puesta, caminé hacia donde tú y el niño jugaban, tomé al niño en mis brazos afirmándole esta pregunta con una respuesta “¿¡Con qué ya llamas a papá...!? Y mamá que te quiere mucho” festejando con un beso la primera palabra coherente de Coyote. Me hiqué a tú lado, coloqué cuidadosamente al niño sentándolo sobre la estera, tome tú cara con las dos manos y té planté en los labios el más tierno beso del que he sido capaz, el primero de esta mujer a su marido diciendo para todo el mundo ¡y éste es el premio para papá! Con el agradecimiento eterno de haber sido comprensivo y paciente.

—Sabes Papalotzin —despaciosamente respondía Itzcoatl al sentimiento que había provocado ese beso que marcó la diferencia en el matrimonio— en esa caricia percibí algo diferente que no había podido explicarme: un efluvio electrizante; una energía que nunca había sentido; un aura de confianza; una alegría contagiosa que me produjo un estremecimiento; un nudo en la garganta y un temblor de pupilas que sólo me ocurre cuando presencio las maravillas que son producto del esfuerzo humano. ¡Era felicidad!

Como si se tratara de un argumento estudiado Itzcoatl prosiguió con el relato.

—Tomaste de la repisa unas bolsitas de piel de maguey atadas con una pita, rebuscaste en la alacena el unto de venado trocado con la vecina esposa de un buen cazador y uno chiles cascabel y que tenías dispuestos, según me habías dicho, para ocasiones muy especiales. Embadurnaste una cazuela caliente

con el unto, lo sazonaste con sal del mar, el salitre lo usabas únicamente para el nixtamal, agregaste los chiles martajados junto con unos tomates verdes en el molcajete. En otra cazuela colocaste unto y sal, cuando estaba fundido y crepitante dejaste resbalar del atado los gusanos de maguey que venían inmersos en aguamiel, estos se retorcián haciéndonos creer que aun muertos querían escapar al calor de la cazuela. Esperaste que se empezaran a dorar, le vaciaste el contenido de la otra cazuela, al mismo tiempo recalentabas las tortillas del almuerzo. Mientras, yo jugando con el niño, acomodábamos en una mesita de patas cortas, obsequio de Azcatl, sobrante de su última remodelación del palacio de Ixtlixóchitl. Me entretenía observando extasiado, las habilidades culinarias de mamá y esposa, a quien el calor del fogón ponía fulgores perlinos en la faz, que enjugabas con el borde de la blusa con rápidos movimientos de antebrazo.

—Me extrañó tanta diligencia en preparar un manjar para la cena cuando generalmente comemos lo que sobra del almuerzo, más la exquisitez de la vianda bloqueó cualquier pensamiento que no tuviera que ver con el agradecimiento a la cocinera.

—Conversamos de cosas de aquí y de allá, salpicadas con palabras y gestos de orientación al niño que todo lo quería, al que no le bastaba el taco untado de la grasa de los gusanos cocinados con sebo de venado y sal con el que pretendías sosegarlo. Mientras levantabas la mesa y lavabas los trastos, entre juegos gimnásticos: ya de levantarle las piernas; ya de agitarle los brazos; ya de producirle machincuepas a Coyote, lo cansaba para alargarnos la noche.

—Observé, sin siquiera imaginar el motivo: de tus cosas personales tomaste un frasquito de aceite de jazmín que recién habías mercado en Texcoco, también para ocasiones especiales, tomaste unas hojas de tepozán y discretamente saliste de la casa dirigiéndote hacia donde se estaba

construyendo el temascal para asearte. Con las hojas te frotaste la cara, los brazos, el torso y la espalda. Yo bobalicón te observaba por esa indiscreta ventana de la habitación de los niños sin que te dieras cuenta. Aun cuando el agua corriente de la acequia guardaba la tibieza del sol, el viento de otoño que empezaba a ser frío te puso la piel hirsuta y abreviaste el aseo personal ungiéndote las partes lavadas con la esencia. Regresaste a la habitación, me pediste que te pasara al niño quien, conociendo el final del cuento se dejó llevar mansamente; recatada, diste de mamar a tú hijo, quien terminó la historia del dulce sustento de leche y caricias, entregadamente dormido.

—Salí a mi habitual aseo nocturno, el frío de la noche despejó mis sentidos afinándome el olfato, cuando entré, la casa estaba llena del voluptuoso aroma del perfume intensamente mejorado al ponerse en contacto con la esencia de tú piel de mujer. Sin yo notarlo, me invadió un estado de expectante relajación que nunca había sentido. Nos acostamos en el camión proveniente del mismo lugar que la mesita, a un roce de manos, siguió un roce de pies, a estos un beso, una caricia que llevó a otra y a otras muchas cada día más plenas.

Así, pausadamente, como suelen suceder las cosas importantes, las mutuas caricias llevaron a éstos esposos a entregarse:

Abordando por primera vez el carro de Tlazoltéotl, con potencia de hombre y sapiencia de la mujer. Recorriendo desde el orto hasta el ocaso la ruta de pasión sublime que la diosa Venus reserva para los amantes.

Los Copalaztleros.

Tomados de la mano, hacía rato que los esposos habían detenido sus quehaceres para atender a los recuerdos de aquellos días terribles con un final maravilloso que reclamó toda su atención. En momentos importantes la pareja buscaba en el contacto físico sin más intención que la calidez de unas manos amables. Aquello que se propuso Papalotzin conseguir para darle confianza a su familia: poder acariciar y ser acariciada sin otra intención que afirmar la calidez del amor, se cumplía más que bien.

La familia había crecido, al año y medio de haber nacido Coyote el destino los bendijo con un segundo hijo varón al que pusieron por nombre Aitztli, coloquialmente le llamaban sencillamente Itz igual que uno de los apelativos de los nombres de su padre y abuela.

Obsidiana pues, era un pequeñín apretadito, moreno, de ojos brillantes, oscuros y profundos, que traslucían algo más que el fulgor superficial, tal como el cristal de obsidiana. Con el andar del tiempo, este niño iría agregando cambios en su nombre hasta el actual de Itzamincatláloc, o como el mismo expresa con suficiencia y orgullo cuando le preguntan sobre nombre tan poco común “me llamo Obsidiana El Cazador del Rayo”. Año y medio después, como si se tratara de un ciclo, la fortuna les socorrió nuevamente con la dulzura de una nena larguirucha y palideja, de quien Papalotzin decía que era un

fiel reflejo de la familia de Itzcoatl, por lo que fue bautizada como Coatlali. La Pequeña Serpientilla de Mil Colores, haciendo honor a los parientes de su esposo que eran originarios de la vieja Coatlinchan antigua capital de la nación del Acolhuacán, además honraba el segundo apelativo del nombre del padre, Coatl.

Papalotzin, más exigida en los preparativos para la fiesta se dispuso a reiniciar labores. Los recuerdos se irían sucediendo según lleguen a la memoria de alguno, sin cronología, tal vez, con algo de relación. Papalotzin, con voz pausada advirtió a Itzcoatl que proseguiría con sus recuerdos y trabajo.

—Itzcoatl, hace un año, en la época de Tezcatlipocas El Señor del Invierno, el de lo negro porque así quedaron las plantas quemadas por la intensidad de las fuertes heladas, hasta las verdolagas se marchitaron. Me di cuenta con alegría y melancolía, que nuestros pequeños estaban haciéndose mayores.

Quizá porque la diferencia de edades entre Coyote e Itz era compensada por el empeño de Itz en imitar a su hermano apoyado en una singular fortaleza para su edad. La niña, a su corta edad no se quedaba atrás, muy observadora de las personas y metódica no permite que los hermanos la aislen de sus juegos; cuando es necesario se apoya moral y físicamente en Itz, que la cuida como la niña de sus ojos, con una paciencia franciscana. Los tres forman un bloque que se mueve irremisible hacia la madurez.

Itzcoatl consideraba que los niños se estaban desarrollando de acuerdo a su edad y con madurez en sus caracteres, ponía especial atención cuando su esposa le llamaba la atención sobre este importante hecho, de manera que le responde: —Papalotzin, es a través de ti que percibo los cambios en los niños, convives más y de manera natural con ellos, además, tienes un sensitivo carácter que te permite intuir más que ver los cambios en sus vidas. Regresemos a la plática, ¿cuándo fue

que te diste cuenta del progreso de nuestros hijos? Y ¿por qué te entristeció el hecho de que maduren?

—Itzcoatl, recordarás el invierno pasado, fue tan frío que se agotaron muy temprano nuestras reservas de leña, teníamos que reponerla con lo que pudiera arder aunque no fueran de lo mejor: pencas de maguey secas, pastos y hierbajos, ramas muertas de los árboles. Los fresnos son muy generosos para estos casos, en la época de fríos siempre tienen alguna rama seca que ofrecer, quitárselas con cuidado los estimula como si se podaran.

—Preparé un almuerzo ligero y sustancioso que les gusta a los niños cuando vamos al bosque: tamales, tlacoyos y una calabaza de agua endulzada. Coyote se dio cuenta de los preparativos y corrió a donde su hermano advirtiéndole a grito pelado “¡Itz vamos al bosque!”. Estos paseos les entusiasman. Preparándome tomé una manta, e iba a coger el itacate cuando Itz, con gentileza de caballero, salió a ti —reconocimiento que dirigió a Itzcoatl— me lo quitó diciéndome “yo lo llevo mami...” Siguiendo su ejemplo, Coyote tomó el acocote con el agua fresca y dos ayates. Para no quedarse atrás, Coatlali jaló el rebozo con el que me la acomodo en la espalda, tal vez pensó “esto me toca a mí”.

—Nos dirigimos al fresnal por el camino al Tlálloc, está lejos y la gente no lo visita a menudo. A paso firme tomamos esa dirección. Les advertí que esta vez íbamos de trabajo y no de paseo. Llegamos temprano, colgamos el itacate y el acocote de las ramas bajas de un fresno joven. De uno de los ayates saque y desenredé la lanzadera.

—¿Qué es la lanzadera? Papalotzin

—¡Itzcoatl por dios! Es el palo de roble curvo y aplanado que tiene atado a un lazo que se avienta hacia las ramas secas de los árboles para que se atoren y hacerlas caer a tirones.

—Ya me acuerdo, ya. He usado el aparato pero no

recordaba como se llama —aclaraba Itzcoatl. Papalotzin continuó.

—Coyote, ya había inspeccionado las ramazones indicándome en un gran fresno, las ramas más apropiadas.

—Ondeaba la lanzadera para tomar impulso cuando una voz firme de Itz nos detuvo. “No tires mami, vas a asustar a los copalaztleros”. No tenía presentes a los pajarillos, nunca habían arribado tan temprano desde sus tierras del Norte. Estará haciendo mucho frío, pensé, y se acabó la comida obligándolos a emigrar más temprano. “¡Allí están, ya los vi!” Decía Coyote con vos susurrante. “¿A donde Coyotito, yo no los veo?” le preguntaba ansiosa Coatlali.

—“En la rama más alta” le respondía Itz, al mismo tiempo se arrodillaba para quedar a la altura de la cara de la niña y esta pudiera seguir la dirección del brazo que apuntaba con el dedo índice hacia la parvada.

—“¡No manito, no los veo!” se lamentaba la pequeña con un chorrito de voz lastimera.

—“¡Mamá, enséñaselos!” —me pidió Coyote entregándome de nueva cuenta la lanzadera con la cuerda perfectamente arrollada en rizados del mismo tamaño.

—Cogí el aparato, lo ondee varias veces, tome tino y lancé en dirección a las aves. Estas, al sentir el golpe contra una gruesa rama levantaron en el vuelo.

—“¡Ya los ví! ¡Ya los ví!” gritó entusiasmada Coatlali, palmeando y dando saltitos de ver a los pajarillos.

—“¡Vamos, mamá! Vamos tras ellos” emocionada me jalaba de la mano en dirección hacia donde los vio volar.

—“¡Vamos mami! Después nos apuramos y juntamos la leña” insistían a coro los varoncitos acicateados por el entusiasmo de la hermanita. Valorando el tiempo les respondí:

vamos pues hijos, pero no nos olvidemos a qué venimos, el invierno está frío y tenemos poca leña.

—“Sí mami: hay mucha en los árboles, si nos apuramos terminamos en un momento” prometieron mis ayudantes.

—“Pensándolo bien, la leña puede esperar” les dije confabulándome con ellos, levantamos los ayates. Coyote e Itz tomaron cada uno de las manos a su hermanita cruzando los labios con el dedo índice indicándole silencio; con pasos sigilosos un tanto exagerados, los cuatro macegualitos íbamos en pos de una aventura. Llegamos hasta el pie de un inmenso fresno. Itz entiende bien a la naturaleza y fue quien primero distinguió a las aves que la altura del gigante empequeñecía. Concedores de su habilidad, Coyote y Coatlali le siguieron.

—“¡Allá están! Que lindos se ven” nos señalaba Itz apuntando con el dedo.

—“¡No los veo Itz!” se quejaba de nueva cuenta la niña al no distinguir a las aves en las alturas. Se repetían las indicaciones y señalamientos de los hermanitos, pero la niña, por más esfuerzos que hacía no lo lograba.

—“Mamá, enséñale a localizar a los pajaritos que viven en lo más alto de los árboles. Cómo a nosotros cuando éramos pequeñines” me aconsejó Coyote.

—“¡Coyote, yo no soy pequeñina! Ya soy ‘gande’” se defendió Coatlali, ya sabes que pelea mucho con el mayor.

—“Ya estoy preparada” les respondí para cortar la discusión entre los hombres, pues Itz se disponía a defender a la hermanita.

—Extendí los ayates sobre el piso cubierto de hojarasca para protegernos del frío rocío. Los niños sin esperar indicaciones se acostaron con los pies en dirección poniente, animando a Coatlali para que lo hiciera en medio de ellos. Yo se tumbé al lado de Itz; al menos tres estábamos con la vista

fija en el mismo punto en lo alto del inmenso árbol.

—“¡Ya brinca uno! ¡Allá va otro! ¡Qué montón se cambió de rama!” comentarios que se sucedían atropellados acompañados de bracitos que apuntaban hacia el cielo. Sin intervenir disfrutaba del entusiasmo de nuestros pequeños. Coatlali trataba de seguir las señales hasta que reclamó: “Mamá ¡por más que estiro los ojos no veo a los pajaritos!”.

—Itz le explicó la técnica del observador de aves: “Nos vamos a estar cayaditos, para que puedas escuchar donde cantan y chocan sus piquitos al comer, sólo tienes que esperar a que tus ojos vean hacia donde nace el ruido” al mismo tiempo señalaba la dirección en que estaban posadas las aves, “después, tienes que esperar que alguno salte de una rama a otra. Coacoatlali, debes ver al cielo, no a las ramas”—. El niño trataba en diminutivo a su hermanita cuando trataba de enseñarle algo peliagudo.

—Al fin: “¡allí, allí voló uno! ¡Acá volaron otros! ¡Son muchos mami!”. “Si hijita, son muchos” le respondía muy emocionada.

—“¡Van a volar! ¡Van a volar a otra rama!” nos Advertía Itz.

—Coatlali puso atención al cambio de sonidos, y como anunció Itz, un numeroso grupo de aves voló hacia otras ramas.

—“¡Ya los vi bien mami, son ‘negos’!” la niña creyó distinguir ese color en las aves.

—“¡No Coatlali, los copalaztleros no son negros! Vemos sus sombras contra el cielo, pero el color de sus plumas es café ¿Verdad mami?”.

—“Si Itz yo no lo explicaría mejor”.

—Te digo Itzcoatl, nuestros hijos están creciendo muy rápido.

—“Mamá, cuéntale a Coatlali la historia de los Copalaztleros” me pidió Coyote.

—“Ustedes la saben y se van a aburrir” les advertí a los niños. Aun tenía en la mente la urgencia de combustible.

—“¡PERO YO NO!” brincó Coatlali.

—“Esta bien, les contaré de la vida de los copalaztleros mientras almorzamos”. Nos sacudimos la hojarasca de las ropas, recogimos ayates y regresamos al joven fresno en donde habíamos dejado la vianda. La descolgamos y buscamos un claro en donde la sombra de los gigantes no fuera tan umbrosa, pues aún se sentía frío el día. Los niños encontraron el lugar apropiado, tendieron la manta. Coatlali me imitaba: alisamos nuestras faldas contra las piernas antes de sentarnos sobre los talones, como si hubiéramos entrenado una danza. Desaté el itacate pariendo tamales y tlacoyos que las veloces manitas de nuestros hijos atrapaban: “¡qué delicia mamá!” agradecía Itz; “¡los tamalitos te quedaron sabrosísimos!” me decía Coyote a quién los de de amaranto enloquecen. Mis comensales agradecían la comida, pero más la historia que les regalaría. Coatlali dejó escapar un profundo suspiro preparándose a escuchar arrebujada en su tilma.

—En la mítica batalla entre dioses del bien y del mal de nuestros ancestros —empecé el cuento— es el tiempo en que el invierno de Tezcatlipoca gana día a día luz y calor a Tonatíuh, El dios Sol; El Águila Dorada que se eleva por la mañana y oculta por la noche. Tezcatlipoca lo va arrinconado más y más hacia el abismo sin fin de la noche eterna. Si Tonatíuh es vencido, no saldrá más a regalar a los hombres su luz y calor.

—El dios Xipe, que rige los cielos rojos del otoño transfiriere el color de los celajes a las hojas de algunos árboles como los fresnos. Se ponen, primero naranjas, después amarillas y cuando están cafés de caen. Desde este momento, los fresnos vivirán de las reservas que durante el año han

acumulado en troncos y raíces.

—Tezcatlipoca avanza avasallador, la noche quita espacio al día y el frío al calor. Es la época en que las gentes consumimos mucha leña para mantener calientes nuestras casas. A medida que las reservas de los fresnos se van agotando, sacrifica las ramas más delgadas y antiguas dejando que se sequen. Los maceguals del campo las aprovechamos para aumentar las reservas de leña. Los árboles siguen consumiendo reservas, toman las que pueden de sus troncos para no marchitarse. Cuando empiezan a consumir la des sus raíces, una voz que parece venir del fondo de la tierra les alerta:

—Si el frío se prolonga y no consiguen alimentos: morirán
—Papalotzin hace voz cavernosa para matizar el relato—. Es la voz es de la diosa de la tierra Chicomecóatl, poderosa aliada de Tonatíuh, se percata que sus hijos más antiguos grandes y majestuosos están a punto de sucumbir de hambre y frío. Les prepara un jugoso alimento que les acerca a las raíces.

—Los fresnos, al sentir el néctar de la diosa, lo absorben con fruición llevándolo hasta sus más altas ramas que reaccionan produciendo: hojitas, flores y una cera que las protege de las heladas. Cuando aparece este copalaztle, es señal que Tonatíuh está perdiendo la colosal batalla por los cielos.

—Unos pajarillos deben huir de los estragos que está haciendo Tezcatlipoca en tierras más al norte, están a punto de iniciar una migración, un vuelo muy, muy largo siguiendo el calor de Tonatíuh que es arrinconado más al sur, día a día.

—Una buena mañana, la gran parvada de emigrantes empieza a elevarse volando en círculos para que nadie se retrase, tomando altura hasta que casi no pueden verse desde la tierra. Cuando los jefes, dentro de sus cabecillas escuchan la señal de sus ancestros, que les indica la dirección que deben

seguir. Será el momento en que los copalaztleros inicien la migración hacia el sur.

—Los pajarillos, vuelan sin descanso: por las mañanas siguiendo al sol; por las noches orientándose con las estrellas. Hasta que agotados van descendiendo en amplios círculos, casi a oscuras, se encuentran con las copas sin hojas de los gigantescos fresnos donde se posan para pasar la noche. Pían sin cesar con gran algarabía antes que la oscuridad se adueñe del cielo y puedan acomodarse uno junto a otro para darse calor con sus cuerpecitos.

—El frío del alba que refleja los tenues rayos de un casi vencido Tonatíuh, despierta a los pajarillos que inician su aseo matinal que no han podido hacer durante el viaje. Con el piquito alisan y acomodan sus plumas, empezando por las alas, siguiendo con las plumas de la cola y terminando con las patitas —Papalotzin repite la mímica como si los niños estuvieran presentes.

—¡Algo se les ha pegado en el pico! ¿Será el copalaztle?

—“¡Sí, es el copalaztle!” Exclaman mis hombrecitos, esa mezcla de hojas, flores y cera que los pajarillos, porfiadamente, quieren quitarse de las patitas. Los que ya han hecho el viaje, recuerdan el aroma y sabor, los jóvenes nacidos ese año prueban por primera vez el exquisito manjar. Les gusta tanto que la parvada decide quedarse mientras dure.

—Chicomecóatl desfallece agotando sus reservas de néctar maravilloso. En un santiamén los pajarillos se reponen y engordan dedicando cada vez más tiempo a trinar. Sus cantos despiertan al poderoso Huitzilopochtli el regente de la primavera, el que trae los cielos azules. Despejándose de la modorra de casi un año de sueño, siente el frío de la mañana y se percata de lo largo que ha sido su sueño, y, cómo todos los años, une fuerzas con Tonatíuh para enfrentar a Tezcatlipoca y a Xipe. Esa noche, será la más larga del año, el momento

crucial de la batalla por los cielos. Tonatíuh debe echar mano a toda su fuerza para no despeñarse a la noche eterna.

Tonatíuh y Huitzilopochtli vencen a Tezcatlipocas y Xipe. El copalaztle estimulado por la luz y calor del renovado Tonatíuh, como por arte de magia, se va transformando en verdes hojas y en diminutas flores que a su vez serán rehiletos de semillas que llenan rápidamente de fronda a los fresnos. Las nuevas hojitas resumen gotitas de agua que al caer al piso estimulan el crecimiento del pastito fino que gusta a: conejos, hurones y ciervos. Los animalitos al salir de sus madrigueras de invierno remueven la tierra, que húmeda, espera a ser fecundada con las voladoras aspas de las semillas de los fresnos y todas las plantas que hacen que la vida se renueve.

—“¡ATENCIÓN!” dice de nueva cuenta la vocecita en la cabeza de los copalaztleros “el sol ya va de regreso hacia el Norte y el copalaztle se transforma en hojas, las flores en semillas y la cera en humedad”.

—La voz se hace cada vez más clara hasta que un día, muy de mañana, los copalaztleros guías empiezan a volar en círculo hacia las alturas llamando con píos que dicen “es el momento de volar al Norte” a sus compañeros más jóvenes e inexpertos. En cada círculo vuelan más y más alto hasta que la voz les indica que están en la ruta para seguir el camino que les marca Tonatíuh durante el día y los luceros por las noches.

—En los posaderos del lejano norte, los copalaztleros encontraran pareja: papás copalaztleros se casará con mamás copalaztleras, fabricaran casas de nidos, pondrán dos o tres huevitos que empollarán echándoles sus cuerpos y nacerán pajaritos que serán cuidados con esmero hasta que se hagan jóvenes y hermosos copalaztleros y copalaztleras, que repondrán a los enfermos y viejitos que no soportaron la migración y los fríos de Tezcatlipoca.

—Coatlali quería preguntar muchas cosas, como sus

hermanitos no las hacen ella no se atreve.

—Nos quedamos meditando un momento y les anuncié “Levantemos las que nos vamos a casa”.

—“¿Y la leña?” preguntaron a coro mis responsables hombrecitos que no habían olvidado el motivo del viaje.

—“La dejaremos para mañana... Mañana será otro día” les respondí.

—El regreso a casa estuvo lleno de juegos sobre el cuento: los niños imaginando épicas batallas entre Coyote-Huitzilopochtli, Itz-Tonatíuh y Coatlali-Chicomecóatl, todos contra quién más que la mala de Papalotzin-Tezcatlipoca. Llegamos sin leña pero con espíritus plenos.

—Cuando no eran cardenales, eran azulejos o calandrias, o sinsontes, o ardillas o conejos, y muchas veces más salimos por leña y regresamos con los ayates vacíos, así que las reservas del combustible tocaron fondo.

—“¡Se acabó la leña mamá! Conseguí este poco pero ya no queda” me informaba el madrugador Itz, mi ayudante oficial en preparar el desayuno “afuera hay un granizo blandito que no está frío..., ¿quieres verlo?”.

—Extrañada le respondí “si hijo vamos” Me levante del hogar, Itz me tomó de la mano y salimos a ver su descubrimiento.

—La penumbra del alba nos ofreció un espectáculo de sobrecogedora belleza. Todo estaba cubierto de nieve.

—“¡Hasta Tezcatlipoca es capaz de producir belleza!” Le dije al niño vivamente emocionada. “Ve a levantar a tú papá y hermanitos para que nos acompañen a disfrutar el espectáculo” le pedí a Itz.

—El niño entró presuroso a cumplir el encargo regresando con una tilma para mí y un jorongo para él. Al rato, apareció

soñolienta el resto de la familia.

—La andante claridad del alba fue tiñendo el manto de nieve, el violeta oscuro se fue diluyendo en añil y éste en azul cielo, instantes antes de que apareciera el primer rayo de sol, la nieve se tiñó verde agua con chispazos irisados hacia un intenso naranja, animada por el trino del ruiseñor para terminar estremeciéndonos con un de cegador blanco.

—¡Qué momento! Itzcoatl, lo recuerdas, hasta lloré asida a tú brazo, recargándote la cabeza sobre el hombro. Con el otro cargabas a Coatlali, Coyote a tu lado e Itz al mío. Todos mirando hacia el oriente, esperando la majestuosa entrada del astro dios y disfrutando de esta rarísima expresión de la naturaleza.

—La nívea hija de Tezcatlipoca enfrió el cierzo que acompaña al orto del sol; apurada y temerosa como si comprendiera que su vida duraría el tiempo que tarde Tonatíuh en calentar tierra y aire. Bajo la intensa luz del sol, el espectáculo se hizo monótono y nos metimos a la casa a seguir con nuestras cotidianas actividades.

—Después de desayunar y despedirte saqué del arcón unos escarpines de pieles de conejo que di a los niños para que se envolvieran los pies “con el pelo hacia adentro y sobre estas, los caites de piel atados con varias vueltas de cuerda en lugar de los guaraches de ixtle que usualmente utilizan” les dije.

—No hacía falta preguntar a donde íbamos tan temprano con itacate, calabaza de agua, ayates, lanzadera y manta. Lo que tenía que decidir era hacia adonde dirigirnos para conseguir leña, a estas alturas de un invierno muy crudo, los vecinos y nosotros mismos habíamos terminado con la del fresnal. Me decidí por un bosquecillo de truenos y pirúes por el rumbo de Coatlinchán, la leña de los últimos hace mucho humo y no tiene buen aroma pero a no más haber.

—Allá vamos con la premura de conseguir combustible,

los niños hacen corta la distancia jugando a las piedras corredoras: cada uno escogía una, el primero, generalmente Itz la lanza con dirección hacia donde íbamos, Coyote con su piedra trataba de golpear la piedra del otro, si se lograba, el dueño de la piedra golpeada tenía que cargar a horcadas al golpeador hasta donde hubiera llegado su piedra. Con este rústico juego nos sacaron un buen trecho pues Coatlali insistió en caminar, retrasándonos.

—De improviso, Itz pegó carrera hacia el bosquecillo seguido de Coyote. De alguna manera sabía lo que iban a encontrar, tomé a la niña en brazos y apresuré el paso.

—Regados sobre el piso aún nevado, unos pajarillos de piquitos negros, lustroso plumaje de color café, erguidos copetes, lunares encarnados en los hombros de las alas y remeras de color amarillo. Unos copalaztleros con mala suerte, que escogieron para dormir éste bosquecillo de pirúes que los vientos del sur azotan inmisericordes.

—Traté de explicarles la causa de que los paparillos murieran. Les decía, los habitantes de Coatlinchán han talado los bosques para fabricar la cal que utilizan en sus casas y los grandes templos que han estado construyendo. Sin bosques que los protejan, los pajarillos y animalitos que viven en la floresta corren peligro de muerte cuando el frío arrecia.

—Ni los niños ni yo no habíamos visto nada igual. Levantábamos a los pajaritos, les dábamos masajes, les soplábamos el piquito. Al cerciorarnos que no respondían los apilábamos a la vera de un tronco de pirú.

—Estaba por decirles que dejáramos de revisarlos, que todos estaban muertos, cuando Coatlali llamó con su vocecita quedita: “Itz, este se movió un poquito”

—“¡Ha ver! Déjame ver” le pidió Coyote quien se adelantó. “¡Es cierto, su patita le tiembla! dáselo a mamá, ella sabe como revivirlo.” Coatlali con precaución excesiva dejaba

la aterida ave al cuenco de mis manos.

—“Saca un poco de agua de la calabaza y con el dedo se la pones en el piquito” le pedí a Itz.

—Él pajarillo al sentir el agua azucarada en el piquito bebió unas gotas que le reanimaron. Lo envolví con cuidado en un lienzo, dejándole la cabeza libre me lo acomodé en el refajo, bajo la tilma. “Ahora un poco de calor para descongelarlo” les dije a los hijos que no me perdían movimiento.

—Emocionados nos apresurémonos en revisar más pajarillos. Ninguno respondió.

—“Mamá, llevemos a estos a calentar en el fogón de la casa” imploraba Coatlali, Coyote e Itz apremiaban en esta última esperanza. A la pequeña se le vinieron las lágrimas y tuve que ponerme enérgica diciéndoles: “hijos, recuerden que cuando los copalaztleros regresen a sus posaderos del Norte, harán sus nidos, pondrán huevitos y criarán a sus hijos para reponer los que mueren enfermos o viejitos”.

—“Ves Coacoatlali, los que murieron eran viejitos y enfermitos” le dijo Itz a su hermanita que terminó conformándose.

—En ese momento llegó una parvada grande de copalaztleros buscando semillas de pirú, algo que pudieran comer aunque no les gustase.

—Coyote, que había estado silencioso y preocupado exclamó “¡Vean, no se murieron todos! ¡Vean, vean! Muchos sobrevivieron. Mamá, estaba muy preocupado, si todos estos pajaritos se murieron de frío, a nosotros nos puede pasar lo mismo: si terminamos con los árboles, no tendríamos leña y todos muy juntitos moriríamos en una casa helada”.

—¡Ves Itzcoatl, nuestros hijos ya son grandes! —Insistió Papalotzin, pero continuó, sabía lo que le contestaría su esposo.

—Cómo el tiempo apremiaba y Coyote había desnudado la realidad, hicimos un zurrón con el ayate y los pajarillos muertos, almorzaron apresuradamente hablando apenas lo indispensable. Recolectamos leña para escasos dos días, regresando apurados y pensativos a casa.

—Llegamos temprano, acomodamos una carga de leña cerca del fogón y la otra en el alero. Les pedí que cogieran los enceres de sembrar: Coyote eligió la coa y una pala, Itz otra pala y un palín de jardinero. Tomado de la mano a Coatlali que no soltaba el atado de pajarillos muertos que a duras penas sostenía, nos dirigimos a retama donde almorzamos cuando trabajamos en la huerta.

—Cerca de la tapia Coyote eligió un lugar escondido donde el piso es suave, hizo un hueco en el que fueron colocando uno a uno los cuerpos de los pájaros muertos, en dos hileras con las cabecitas tocándose, “para que se conversen” dijo Itz. Coatlali retenía al último entre sus manitas, disimuladamente le soplabá por el piquito.

—Itz, se le acercó, le pasó el brazo por la espalda con cariño arrimándola a la tumba. La niña no quería desprenderse del ave, sin mediar palabra, Itz cubrió con sus manos las de su hermanita para depositar a cuatro manitas, el último copalaztlero.

—Coyote e Itz cubrieron los cadáveres con una capa de tierra, de la cerca escogieron piedras que acomodaban con atingencia, una junto a otra buscándoles cantos y lados que ajustaran, terminaron llenándola de tierra apisonada con las palas. Finalmente la cubrieron con grandes piedras que rodaron trabajosamente “para que los perros y coyotes no los desenterraran” dijeron.

—A medida que la tierra y piedras cubrían a los pajarillos, los pucheros de Coatlali se hicieron lágrimas. Los hermanos la abrazaban consoladoramente.

—Me mantuve como espectador, viendo como trabajaban juntos, sin discutir, como personas mayores. Para alegrar a Coatlali saqué del refajo el bultito que cuidadosamente desenvolví, preguntando con voz cantarina: “¡qué hacemos con este amigo!” Descubriendo una copetona cabecita de color café que se sacudía enérgicamente con intenciones de librarse del envoltorio.

—“¡Mamá, el pajarito! ¡Se nos había olvidado!” Exclamaron con una explosión de alegría.

—¿Qué hacemos con el copalaztlero? les pregunté a esas caritas de ángeles.

—“¡Qué decida Coatlali! ¡Qué decida Coatlali!” cantaban los hermanos a la niña que ya se iluminaban de sonrisas.

—Coatlali tomó su tiempo, tenía que meditar: su almita de mujer quería cuidar al ave; su juicio, como el de los hermanitos le aconsejaba liberarlo. Ella quería hacer lo correcto.

—Con su voz quedita y despaciosa habló: “dejémosle ir, que encuentre a sus hermanitos siguiendo a Tonatíuh y tenga a sus hijitos”.

—El ave reconfortada, libre se elevó veloz en busca de sus compañeros, llevando en sus alas las esperanzas de una niña que le despedía agitando su manita y musitando una promesa con su vocecita quedita:

—“Hasta luego amiguito copalaztlero”.

—Papalotzin, te duele que tus hijos se hagan mayores y les muestras el camino —reconocía Itzcoatl la calidad humana que tenía su esposa y la facilidad de expresarla en sus relatos, que le envidiaba—. A ese precioso relato los niños tienen que responder con madurez. Supongo que esta es una muestra, de lo que les enseñas cada vez que salen al bosque.

—Así es, Itzcoatl, cada que ellos lo piden o cuando tengo

oportunidad. También quiero que lo que les enseño sirva para que vuelen lejos y regresen cada año como los copalaztleros y las golondrinas y no que se queden en casa echando nalgas como las pájaras viejas.

—Entonces, ¿por qué te entristece que tus hijos crezcan? —quería saber de ella misma lo que a él tanto le inquietaba.

—Itzcoatl, me entristece y preocupa que no les hayamos enseñado, como a los copalaztleros y las golondrinas, el camino de regreso a casa.

—Tus relatos los recordarán siempre, se los contarán a sus hijos, y estos a sus hijos y siempre encontrarán el camino al nido como tú dices.

—Itzcoatl, también tú les cuentas historias, recuerdas la que les hiciste en complemento a la de los copalaztleros. La de Nuestros Abuelos Más Antiguos.

—Mientras terminamos con los tlacoyos podemos entretenernos: tú la relatas y yo la escucho. ¿Te parece?

—Papalotzin, mi historia no podría competir con la de los copalaztleros.

—Y quién dice que debemos competir. ¡Todo lo de ustedes los hombres se mueve alrededor de pelear y competir!

Los Abuelos Más Antiguos.

—La muerte de los copalaztleros los impactó y estuvieron más pendientes de tu llegada, desde temprano se sentaron en el poyo esperándote, unos mandaban al otro a preguntarme desde la puerta a grito pelado: “¡mamá! ¿A qué hora llega papá?”. Tengan paciencia les respondía una y otra vez “ya no tarda”. Al rato, “¡mamá! ¿No te dijo que vendría más temprano?” “no, no me dijo nada vengan a ayúdame a regar las flores” ideaba algún trabajo, para que entretuvieran la mente, pero no surtía efecto, regresaban a subirse al poyo que usaban como otero, para verte llegar.

—El primero en distinguirte fue Itz, tiene como un sexto sentido intuye a las personas a la distancia: “¡allá viene papá!” saliendo destapado a toparte, los otros le siguieron. Itz recordó a su hermanita y regresó a tomarla de la mano guiándola con amoroso cuidado. Te acuclillaste y abriste los brazos para recibir a Coyote. Con el ímpetu te derribó o te dejaste derribar, Itz y Coatlali se les echaron encima.

—El compañero de caminata me dijo con aire de broma “Señor Itzcoatl, le vienen a avisar que las garzas les traerá a un hermanito” —Itzcoatl iba calentando el relato. Su experiencia lo había preparado para pensar en sus palabras, Papalotzin era espontánea, hilaba según hablaba, por esto, Itzcoatl tardaba más en iniciar.

—No les entendía nada, todos hablando al mismo tiempo,

meramente un parloteo de loras hablando de copalaztleros. Algo extraordinario le había ocurrido. A medida que se tranquilizaban uno me explicaba y los otros aportaban detalles. Ese día les despertaste el interés por investigar.

—Itzcoatl, ya estas tratando de encontrar razones complicadas a hechos naturales —intervino Papalotzin para hacer ver a su marido que las cosas de los niños debían verse desde una perspectiva simple, suele ser lo conveniente cuando se habla a en familia.

Itzcoatl prosiguió con el mismo talante, algunas costumbres son difíciles de dejar. —Coyote posee una excelente memoria y le gusta analizar todo, es paciente y responsable tomando muy en serio su papel de hermano mayor compartiendo sus experiencias y conocimientos. Itz es práctico, natural, intuitivo con las cosas de la naturaleza y con una fortaleza poco usual para su edad, se complementa bien y no se deja avasallar por Coyote. Coatlali posee un intenso sentido de observación, en su quehacer silencioso, todo lo ve y absorbe como esponjita, si siente inseguridad se apoya en Itz. Han comprendido lo trascendental de la vida, aun la de unos pequeños pajarillos que al igual que todo ser, tienen un lugar determinado en el universo, les has inculcado el respeto por la naturaleza que los acompañará siempre.

—Itzcoatl, tú y tus cosas —agradecía la esposa el reconocimiento de su esposo. Pero también iba a reclamar algunas actitudes que le apenaron—. Los cuatro revolcándose en media calle. Y él más viejo de los infantes sin nada de juicio —devolviéndole una sonrisa por el suave reproche, Itzcoatl siguió con el análisis del carácter de los niños.

—De éstos encuentros con los niños he deducido que: Coyote es de temperamento colérico, de carácter inflexible y no se permite perder; Itz es flemático, de carácter conciliador, evita la confrontación prefiriendo arreglarse mediante el convencimiento oral tanto como le es posible, si tiene que

pelear lo hace de modo inteligente y determinante, dando un buen uso a su fortaleza física; Coatlali la pequeña, ya apunta un temperamento cariñoso, de carácter meditante que puede confundirse con timidez, muy observadora puede participar en nuestros juegos bruscos, siempre que se mantengan como un juego, cuando presente la batalla se sustrae y si tiene que tomar partido lo hace apoyando y apoyada en Itz.

—Como los hermanos competían para explicar los de los pajarillos, pedí a Coatlali que lo hiciera. La tomé en mis brazos, con la voz bajita y retraída, me relató lo ocurrido con los copalaztleros, terminó mostrándome sus manitas haciendo cuenco donde imaginariamente descansaban los inertes cuerpos de los pajarillos muertos diciéndome: “yo tenía a los pajaritos aquí, les daba calor con mi boca así: haaa, haaa, haaa, pero no se movían”.

—Inquietos pedían explicación de la injusta muerte de las aves. Entonces me pareció difícil igualarte, ahora, escuchándote relatar, se que no podría. Por eso no comprendo ¿por qué pedían que les explicara, sí ya lo habías hecho muy bien.

—Itzcoatl, no trates de buscar justificación a todo, enfrentarse a la muerte, aun cuando sea de aves no es simple, nuestros hijos buscaban otras razones, por eso te lo pidieron —explicaba nuevamente Papalotzin a su esposo, deseando que de una buena vez diera inicio.

—Los niños sienten mis pláticas como regaños o consejos y todos los esfuerzos por tejerles cuentos amenos, terminaban en una diatriba aburridísima que esquivaban tan gentilmente como pueden, para no hacerme un feo.

—Mira Itzcoatl —respondió Papalotzin en tono severo, a mí me gustan tus relatos y a ellos también, la diferencia es que los tuyos no se relacionan con algo que acaban de ver, como los copalaztleros y los se distraen fácilmente, sobre todo Itz.

—Eso es cierto —respondió Itzcoatl— quién más insiste es Coyote, sobre todo le gustan los temas históricos.

—Bueno Itzcoatl, entonces relata para Coyote confiando en la gentileza de Itz y Coatlali —aconsejó Papalotzin. Por el momento relata para mí que te estoy esperando.

—De alguna manera intuías o dirigías, como siempre, los acontecimientos importantes de la familia, propiciando un ambiente de intimidad en el lugar que a ti más te gusta, en el poyo de piedra contemplando en toda su grandeza el lago de Texcoco iluminado por refulgente anaranjado del sol poniente, en el que ahora, de vez en cuando aguardas mi regreso. Ves, casi me aprendí tú más hermosa oración.

—Nos llevamos la merienda, nos cubrimos con unas mantas y nos preparamos para el encuentro con los espíritus de nuestros antepasados.

—Te rezagaste, cargando a la niña le aconseje: “Coatlali dile mami que estamos atrás de la casa, en el poyo” palabras que la niña repetía según escuchaba, imitando hasta el tono de voz, quería que se sintiera protagonista como había sido en la mañana.

—Coyote exigente me aconsejó con una advertencia un imaginado desinterés de las mujeres en las conversaciones de hombres: “papá, a la mejor a mi mamá no le interesa, esto que es cosa de hombres”. Le recordé “¿y Coatlali no es una mujer?”

—“¡No!” es una niña pequeñita que no entiende” Fue su respuesta.

—Coatlali saltó, con todo y su timidez no iba a permitir que la excluyeran replicándole al hermano: “si entiendo Coyote, verdad Itz” apoyándose como siempre para poner más peso a su reclamo.

—El sol de la tarde daba de lleno calentando las paredes y

el poyo que servía de asiento, a sotavento, resultaba ser un lugar muy agradable aun en ese invierno. Nos quitamos los abrigos, Coyote se acomodó a mi derecha, para que su mamá o sus hermanos lo hicieran al lado izquierdo marcando su territorio en las reuniones familiares. El niño es inquisitivo en este sentido, cuando algo llama su atención se concentra de tal manera que puede repetir el relato con una vez que lo escuche, pero exige el lugar donde mejor atiende, según él, y éste le parece el más apropiado. Te acomodaste a mí izquierda, en tú regazo Coatlali y al lado Itz, así nos sentamos en nuestras reuniones.

—Papalotzin ¡volver a recordar esto te va a resultar aburrido! —afirmó Itzcoatl a su esposa.

—Tal vez nostálgica, pero me agradan mucho —fue la respuesta que daba libertad a Itzcoatl.

—En el inicio de los tiempos, cuando los humanos aun no descubrían los beneficios de la agricultura para aprovechar el maíz y muchos cultivos, alrededor de éste gran lago de Texcoco, donde los abuelos más antiguos de los acolhuacanos siempre han estado, viviendo de la pesca, la caza de animales pequeños... “Como los teporingos”.

—Y las liebres y otros animalitos de talla pequeña Itz. Y de escamotearles la comida a los coyotes, lobos, osos, pumas y zopilotes... “¡Huy que feo! Comida de animales muertos que les robaban a los zopilotes” comentaban haciendo caras de asco los niños.

—Aunque les parezca feo, le robaban comida a los zopilotes, les decía. También recolectaban raíces, plantas y frutos... “Como tejocotes, capulines, tunas y xoconostles”. Si hijos, y atrapando insectos como las langostas, chapulines y... “Gusanos de maguey”

—Y todo lo que pudiera servir de cena. También cazaban animales y pescaban con unas lanzas de horqueta en la punta

con la que aprisionaban por la cabeza a los peces contra el piso de la laguna o los ríos. Juntaban huevas de mosca y romeritos.

—Vivían en cuevas y cavernas, algunos hacían sus casas con pieles de los animales grandes que cazaban o que les escamoteaban a otros animales de presa.

—Eran tan buenos cazadores, que podían atrapar animales tan altos como esta casa.

—En cuando Itz oyó caza, se interesó interviniendo. “Un amigo de mi abuelito que vive en Tocuila nos enseñó unos huesos muy grandes que se encontró cuando estaba haciendo una represa para que el agua dulce lavara de salitre una de sus parcelas. Me dijo que era el esqueleto de unos animales colmilludos muy antiguos a los que les gustaba el pasto fresco que crece en la orilla de la laguna”. Itz siempre es vehemente cuando habla de aventuras de casa, se paraba y demostraba gráficamente mientras hablaba.

—Qué buena memoria tienes Itz, eso fue hace como dos años, le dije. El niño emocionado por la atención que le dispensé, hizo más enérgicos sus gestos, abriendo los brazos para que nos imagináramos con su gesto el tamaño de la osamenta y la forma curvada y magnitud de los colmillos.

—“¿Cómo podían matar esos animalotes? ¿Con qué armas?” Preguntó Coyote discerniendo la enorme dificultad de lograr el éxito en la cacería de animales del tamaño que indicaba Itz.

—El hombre es más inteligente que los animales. Nadie sabe exactamente como lo hacían, a pasado tanto tiempo que hasta los ancianos que cuentan historias antiguas lo han olvidado. Yo creo que atacaban animales enfermos, o los que se atascaban en el lodo de la laguna. También pudieron utilizar el fuego y el ruido para espantarlos hacia trampas naturales o fabricadas de pozos de lodo en las que no se podían defender; los ataban o esperaban que muriera de cansancio y hambre o

los remataban arrojándoles piedras grandes, o hiriéndolos con lanzas.

—“El amigo de mi abuelito me enseñó unas como de este tamaño” señalando con el brazo la altura de todo su cuerpo sobre la cabeza, “con unas puntas de piedra más grandes que las que usan los caballeros águilas”.

—“Hijo”, le aconseje, después hablamos de eso, nuestras las leyes prohíben desenterrar huesos de animales antiguos, es mejor que no lo comentas a nadie. “Eso mismo me dijo mi abuelito y le he hecho caso, a nadie le he contado. Bueno; hasta ahora, pero nosotros somos familia, no somos nadie”. Estuvimos seguros que el secreto está bien guardado.

—Yo creo que simplemente esperaban a que el animal muriera agotado. Con animales tan grandes llenaban sus despensas y podían hacer vestidos para muchas personas o techos para sus casas. En fin, la vida de la tribu era seguir de cerca a los ciervos, renos igual que lo hacen los lobos y los coyotes y otros animales que cazan.

—Uno de esos animales cazadores, parecido a los lobos y los coyotes se hizo muy amigo de estos abuelos más antiguos... “Los chichiton”. Los mismos Coyote, los perros tan amigos se hicieron de los hombres que no se nos separaron más y siempre nos han acompañado en las cacerías y cuidando las casa.

—“Tlcatl; Tlcatl; Tlcatl. ¿Qué las zohuatl no habían aparecido?” Preguntó Coyote. “Los hombres y mujeres aparecieron juntos, pero digo hombres para no decir hombres y mujeres, si se me vuelve a pasar recuérdennelo” le respondí.

—En aquellos tiempos, los hombres y las mujeres durante la primavera y el verano caminaban de aquí hacia allá — señalando de sur a norte— y de allá hacia acá en otoño e invierno... “Como los copalztleros que siguen al sol buscando el copal de los fresnos”. Así es, loa pajarillos buscan el copalztle y nuestros abuelos más antiguos seguían a las

manadas de los animales para alimentarse de su carne y cubrirse con sus pieles y estas buscaban la fertilidad de Tonatíuh. Entonces, todos los hombres y mujeres tenían la misma importancia, todos eran maceguales.

—Un hombre o una mujer, que en eso nadie esta seguro, eso sí, muy inteligente, se fijó en una plantita como de este tamaño, les señalaba con la palma de la mano como la altura de la cintura de un hombre, con una espiga que se parecía mucho a la del maíz pero pequeña, tomó unas pocas mazorquitas, separo las semillas del elotito, las secó al sol y las guardó muy bien en una bolsa de piel para que los ratoncillos no se las comieran.

—Cuando llegaron las lluvias y regresaron a su campamento de verano, que estaba por ese lado del lago — señalándoles el note, en el que pasaban mucho tiempo, ese hombre o mujer inteligente sembró las semillas que había guardado, las cuidó, les quito las hierbas y les arrimó tierra... “Como mami”. Así como su mamá les ha enseñado Itz.

—Al sembradío le hizo una cerca para que no se las comieran los animalitos que se alimentaban de esa planta, como los venados... “Si hizo una cerca, entonces era una mujer” afirmo Coyote “¿Cómo sabes que era una mujer?” Le pregunté. “Es que las mujeres todo lo cercan. Mamá siempre está agregándole piedras a la cerca de la huerta qué: para que la gente sepa que la huerta tiene quién la cuida; Coatlali hace sus casitas y las rodea con piedras. ¡Por eso digo que era mujer!”. A mí no se me hubiera ocurrido le respondí y proseguí la historia.

—Esa inteligente y cuidadosa mujer, cosechó los espigas, las puso a secar al sol, las que le parecieron más bonitas y bien formadas las separó para usarlas de semillas al año siguiente cuando regresaran a su campamento de verano, las restantes las guardo en una bolsa de piel de ciervo y se los llevó a su campamento de invierno, señalándoles hacia el sur del lago,

para comerlos cuando escaseara la cacería y los alimentos. Desde entonces, aunque los inviernos fueran muy fríos y el alimento escaseara, la diligente mujer que había guardado esos granos pudo darle a su familia una buena comida... “Como mami”. Así es Coatlali, animé la intervención de la niña.

—Hizo la prueba con semillas de otras plantas, unas le sirvieron y otras no. Les enseñó a sus vecinas a cultivar y a guardar para tiempos difíciles. Todas las mujeres y los hombres del pueblo aprendieron la agricultura que les enseñó la aquella mujer. Como ya no tenían que andar persiguiendo a los animales para conseguir comida, decidieron quedarse en el campamento de invierno al pie de esa montaña, señalando al Suroeste hacia la sierra del Xitle, que era el valle más abrigado y fértil del verano, y probar a vivir de la agricultura. Cómo la asamblea de ancianos no estaba muy convencida, por precaución mandaron a algunos de los jóvenes a cazar y pescar en los antiguos cotos de caza, de esta manera la sobrevivencia estaría asegurada.

—Esto se hizo costumbre, los matrimonios y los ancianos se dedicaron a la agricultura y a recoger plantas y los hombres jóvenes sin pareja y algunos casados a la cacería, además, ya no tenían que comer las presas que quitaban otros animales.

—También nuestros eternos compañeros los chichitones se separaron, los que eran buenos para levantar rastros y perseguir animales se los llevaban los cazadores y los que eran más grandes y buenos para cuidar las casas se quedaban en el pueblo con los ancianos, los matrimonios, las mujeres, los jóvenes y los niños.

—Al perfeccionar la agricultura, las mazorcas pequeñas, de tanto escoger las más grandes, bonitas y con mejores granos fueron haciéndose cada vez más parecidas al maíz, los hombres casados se dedicaron a cuidar animales como el guajolote, y cazar animales pequeños, aves y a pescar. Los pueblos fueron creciendo y las personas a hacer los trabajos que mejor les

quedaban, además ya no era necesario, que los hijos cuando eran mayores, dejaran a su familia para buscar otras tierras para vivir, pues la comida alcanzaba para todos y hasta sobraba. De un pueblo se hicieron tantos que llenaron todo el rededor de la laguna. Esos fueron nuestros más antiguos abuelos.

—Aprendieron a construir casas con varas, pastos y pieles de animales. Un tiempo después con varas, pasto y lodo inventando el adobe y el bahareque. Las fogatas para cocinar y calentarse en las noches frías, las hacían adentro de las casas, en un fogón, así no las apagaba la lluvia. Otra mujer muy inteligente... “Como mami”. Una vez que limpiaba el fogón de carbón y cenizas, notó que el suelo se había endurecido y tenía un color rojizo, arrancó ese tepalcate y lo estudió muy bien, se dio cuenta que era un pedazo de tierra que se había endurecido con el calor del fogón, entonces decidió probar con una cazuelita pequeña hecha con lodo, hizo muchas, de muchas clases y usando diferentes lodos poniéndolas a cocinar en un hueco que preparó abajo del fogón que usaba para cocinar y calentar la casa. No todas las cazuelas que hacía le servían, unas se quebraban, otras se rajaban hasta que encontró una hecha de barro rojo que además de quedarle bonita no se quebró y descubrió que esta cazuela, se podía poner al fuego sin que se rompiera.

—Esa mujer había descubierto como transformar el barro rojo en cazuelas y jarros, inventó la alfarería. Junto con su esposo se pusieron a hacer cacharros que mercaban con otras familias. Como no era una familia envidiosa enseñaron la técnica de hacer trastos a otras mujeres y hombres. Desde entonces, las familias pudieron comer sopa, cocinar tortillas y hervir elotes. Se dieron cuenta que las ollas también les servían para guardar los granos de las plantas que cultivaban, pues las ratas, los cacomiztles y las onzas aunque tienen un dientecillo muy filoso, no pueden perforar los cacharros de barro cocido.

—El pueblo crecía, las gentes tuvieron que organizarse y hacer reglas de conducta diferentes a las que tenían cuando andaban persiguiendo a las manadas escamoteándoles la comida a lobos y coyotes. Ahora que se dedicaban a la agricultura, ganadería y alfarería tenían que estar siempre juntos y las leyes antiguas no les servían. A medida que se estudiaba la agricultura se dieron cuenta que el maíz necesitaba agua para crecer y siempre florecía cuando el día era más cálido, duraba más que la noche y llovía, entonces algunos hombres estudiaron los cielos apareciendo la astronomía. Se dieron cuenta que no siempre era apropiado sembrar porque los cultivos no progresaban. Iban aprendiendo que cuando el sol está sobre la cabeza es tiempo de ir sembrando, cuando llueve hay que cuidar los cultivos, cuando los árboles pierden las hojas es momento de cosechar y cuando llega el frío más vale tener almacenado una buena cantidad de leña y alimento.

—¿Pero cuando debía sembrarse de nueva cuenta para que la cosecha fuera mejor? se preguntaban.

—Empezaron a estudiar el camino de Tonatíuh. Para entonces, las familias se distinguían por sus habilidades: unas sabían sembrar muy bien el maíz... “Como mis abuelitos”. Unas haciendo buenas y bonitas vasijas de barro; otras más cuidando guajolotes y tochtli; otras haciendo ropas con el telar; algunas haciendo casas y templos. Todo mejoraba, pero empezaron a haber pleitos porque les sobraba tiempo y algunos flojos no querían trabajar y vivir de acuerdo a las reglas del consejo de ancianos, como hasta entonces. Quisieron sustraerle la comida a los que trabajaban y obtenían buenas cosechas o los que hacían bonitas cazuelas y que siempre tenían muy bonitas sus casas.

—“Papá ¿los niños como nosotros en que trabajaban?” Preguntó Coyote. Le respondí: en lo que deben trabajar todos los niños como ustedes, aprendiendo con sus juegos. “¡Qué trabajo más fácil! Es lo que hacemos todo el día” aclaraba

Coyote dirigiéndose a sus hermanos.

—En esos pueblos todo giraba en torno a la agricultura, tan importantes eran las épocas de siembra, cuidado y cosecha, que los abuelos más preparados se juntaban alrededor de una hoguera por las noches, a pensar como identificar esas temporadas de la agricultura. Se habían dado cuenta que el sol transita de norte a sur en un viaje que siempre dura el mismo número de días y noches. Decidieron señalar esas fechas de acuerdo a la posición del astro Tonatíuh, de este modo, todos los habitantes del país, fueran agricultores o no, estarían avisados de cuáles eran las labores agrícolas que correspondían: prepara la tierra, sembrar, laborar, cosechar y almacenar según la estación del año. Algunos hombres se dedicaron a estudiar por la noche los astros del cielo... “Como tú papi”. Se dieron cuenta que las estrellas y el sol hacen el mismo viaje, decidieron utilizar al sol para destacar los días importantes poniéndoles nombres interesantes. Lo primero que llamó su atención fue que el día y la noche no siempre duran lo mismo.

—Durante el invierno, en que tenían menos que hacer, idearon un aparato y un sistema para medir el tiempo: una olla que tenía un agujerito que dejaba salir el agua y dos cajitas, una pintada de negro para representar la noche y otra de blanco para el día. Cada que se vaciara la olla la rellenarían y pondrían una piedra al la cajita que correspondiera. Esperaron a que amaneciera, cuando apareció el sol por el este... “Por el oriente” aclaró Itz.

—Los que estaban midiendo destaparon el agujerito de la olla, clavaron una estaca del tamaño de un brazo marcando con otra a donde daba la sombra. Cada vez que llenaban la olla echaban una piedrita en la caja blanca. Cuando en la cajita blanca hubo las mismas piedritas que en la cajita negra y las marcas de carboncillo se igualaron dijeron: ahora que el día dura lo mismo que la noche deberá iniciar... “El año agrícola”.

Exactamente Coyote.

—Clavaron un poste en la tierra, marcaron con una estaquita el lugar donde daba la sombra al empezar el día y con otra en donde daba la sombra antes de que el sol se ocultara. Siguieron midiendo con la olla y marcando con estacas. Todos los días al momento que aparecía el sol y al momento que se ocultaba.

—Por un periodo vieron que las piedritas de la caja blanca eran más que las piedritas de la caja negra, a este periodo le llamaron periodo De la Luz Azul, porque el cielo estaba raso, sin nubes.

—Continuaron midiendo y las piedritas de la caja blanca empezaron a reducirse aumentando las de la caja negra, a este tiempo le llamaron el De La Luz Blanca porque el cielo estaba lleno de nubes.

—Las piedritas de la caja negra empezaron a aumentar y las de la blanca a disminuir hasta que hubo nuevamente la misma cantidad de piedritas en las dos cajas, cuando el sol poniente tiñe de naranja los cielos y las hojas de los árboles de amarillean y empieza ha hacer frío le nombraron el periodo De la Luz Roja.

—Luego las piedritas de la caja negra fuero aumentando, cada día hacia más frío a este periodo le llamaron de De la Oscuridad.

—Los días fueron ganando tiempo hasta que las cajas tuvieron la misma cantidad de piedritas se dieron cuenta que el sol había regresado a la marca en que iniciaron la cuenta, dijeron que había pasado los fríos de los Días Negros y Tonatíuh había caminado toda la ruta, cumplido un ciclo que llamaron año.

—De esta manera, unos hombres progresistas vieron la cantidad de días que dura un año aprendieron a medir el tiempo

y las horas que dura el día. Por la noche como no hay sol, sólo podían decir la hora por la cantidad de piedritas que había en la caja negra, pero la gente común no cómo hacerlo.

—Aparecieron los sacerdotes criticando a los astrónomos diciéndoles que si no podían explicar las horas de noche, entonces los cambios del año los provocaban dioses. Estos dieron otros nombres a los fenómenos más importantes del cielo:

—Al día lo llamaron Tonacatecuhtli y representa al hombre; a la noche la llamaron Tonacacihuatl y representa a la mujer. Estos dioses tuvieron cuatro hijos: Huitzilopochtli padre de Tonatíuh regente de la época de Luz Azul o de primavera; Quetzalcóatl regente del periodo de Luz Blanca o de verano, el dios bueno, el que le regaló a los hombres el maíz, el de la agricultura; Xipe regente del periodo de Luz Roja, el dios de la destrucción y del fuego; y Tezcatlipoca regente de los días de Luz Negra o de invierno, dios de oscuridad y de la muerte.

—Los asociaron con la agricultura, al principio el momento que la tierra florece, este honor le correspondió a Huitzilopochtli y su hijo principal Tonatíuh, esta celebración da inicio al año agrícola el tiempo de sembrar las tierras con el maíz y los otros cultivos, es La Primavera.

—La siguiente celebración es la de Quetzalcóatl y representará el tiempo de cultivar el maíz: de quitarles las hierbas y arrimarle tierra para que los vientos y el agua no lo derriben, es El Verano.

—A continuación se celebrará a Xipe tiempo de cosechar los frutos, guardar y prepararse para el invierno, es El Otoño.

—Por último la de Tezcatlipoca tiempo de aguardar e ir preparando los terrenos para las siembras del siguiente año, es El Invierno.

—Para que lo que se iba aprendiendo no se olvidara, los

abuelos mayores hicieron templos y ciudades para que, de acuerdo a la sombra que proyectaba el sol indicaran a los astrónomos los inicios de las épocas y a los sacerdotes las celebraciones a los dioses y estos asistieran a los agricultores.

—Hicieron leyes que a todos convenían, sobre todo, para controlar a aquellos flojos y rijosos.

—“¿Papá que quiere decir rijosos?” Preguntó Coyote. “Los más peleones le dije”. La ley ordenaba que todos y cada uno de los hombres debieran dedicar algunos días para construir templos dirigidos por los astrónomos a gusto de los sacerdotes. Por eso, hay tantos y tan bonitos en el país de Acolhuacán.

—Cada vez sobraba más tiempo y las personas querían más días de descanso, así fueron apareciendo otros dioses como: Chicomecoatl la Diosa Tierra; Cinteotl la Diosa del maíz; Tláloc El Dios de la Lluvia y el trueno y muchos más.

—Los pueblos eran pequeños y la agricultura les proporcionaba alimentos suficientes, no tenían que pelear para conseguirlos o defender sus tierras y a sus familias. Quizá por esto, nuestros abuelos, mejor dicho tus abuelos, desarrollaron una cultura social natural. Para ellos, todas las cosas tenían alma y merecían el mismo respeto, donde, cada persona, cada animalito y cada planta tenían su sitio en la naturaleza y ninguna era más importante que otra, por tanto, todas las personas tenían derecho a las mismas cosas: casa, alimento, vestido, lujo, y todo era por obra de un señor único todo poder el Monoyocoyani, el dios del Cerca y el Lejos o Tloque-Nahuaque.

—El progreso hace que las personas no se conformen pues, la misma bonanza va provocando diferencias hasta separar las clases: los agricultores que cultivaban; los artesanos como alfareros, albañiles, carpinteros, tejedores de ropa que hacen cosas y los astrónomos formaban la clase de los maceguals; los intelectuales y los sacerdotes a la clase pilli. Los segundos

con más poder y riqueza.

—Las ciudades progresaban y se agrandaban. Muchas personas se dedicaron a explorar otras tierras para entrar en comunicación con otros pueblos y culturas, que vivían en lugares lejanos, así aparecieron los comerciantes. Alrededor del lago de Texcoco todo era progreso y bienestar.

—Dos pueblos progresaron más que otros, estaban por aquel lado del lago de Texcoco, les señalaba la sierra del Sureste, hacia el Xitle. Estos pueblos se llamaron Cuicuilco y Copilco.

—Un día, sin previo aviso, la tierra empezó a temblar, la montaña a retumbar, las faldas del Xitle se calentaron, los manantiales se secaron. La gente estaba asustada, pues no sabían que era lo que pasaba, los sacerdotes en sus concejos sólo atinaban a echarle la culpa a la ira de los dioses, queriendo apaciguarlos ofreciéndoles sacrificios. Por más que los astrónomos les decían que era mejor alejarse pues algo parecido ocurre en la montaña que humea, el Popocatépetl, cuando arrojaba cenizas y retumbaba. Los sacerdotes no les hicieron caso, pues admitir que se equivocaban, significaba perder poder. Nunca previnieron al pueblo sobre lo que podía suceder. No quisieron creer que los volcanes de tiempo en tiempo descargan la energía acumulada mediante gigantescas erupciones como lo había hecho antes el Popocatépetl.

—Una noche, el Xitle explotó, vomitó nubes de gases quemantes, grandes pedregones, arena sobre los lagos de Xochimilco, Chalco, Chapultepec y Texcoco. Tuvo erupciones de lava tan grandes que cubrieron los pueblos de Cuicuilco y Copilco precisamente aquellos donde vivían los astrónomos, los relatores, los sacerdotes, los astrónomos. Las personas con más conocimientos. Las gentes no estaba preparadas para enfrentar las erupciones de gases que los quemaban, las de arena y rocas candentes... “¿Cómo las del temascal?”. Mucho más calientes, que los golpeaban y enterraban, mucha gente

murió quemada... “¿Cómo los gusanos de maguey?” seguro hasta se retorcían”. Si Coyote, así fueron los acontecimientos, esa misma noche, unos pocos se pudieron salvar huyendo apresuradamente amenazados por ríos de lava, lluvia de piedras y arena, y gases quemantes que los perseguían en huida.

— “Papi... ¿qué es la lava?” Me preguntó Coyote. “Como una gran cantidad de carbón ardiente que expulsan los volcanes, con esto se crean ríos rojos quemantes, que cuando caminan desde las bocas de los volcanes por las laderas todo lo destruyen” le respondí. Este comentario le recordó a Coyote un acontecimiento lejano porque se quedó viendo su mano y no comentó más.

—Los ríos de piedras fundidas cubrieron los pueblos y las tierras que cultivaban esos antiguos abuelos. Los pocos copilcas y cuicuicas que no mató el volcán Xitle huyeron como pudieron unos por este lado, les señalaba al Este, pudiendo llegar hasta el Acolhuacán, otros por este otro lado, les señalaba hacia el Norte abarcando todo el horizonte del lago de Texcoco, desde el Ajusco hasta Teotihuacan.

—“¿Todo eso nadaron?” Preguntó Itz. Le respondió Coyote. “No, tenían chalupas y canoas”, tratando de aclarar le dije: es posible que sus barquitos no fueran lo más apropiado para moverse rápido por el agua, es probable que prefirieran huir caminando. Algunos se fueron quedando por el camino a formar pequeños pueblitos, otros caminarían más allá de las montañas y otros por toda la orilla de los lagos, es posible que llegaran hasta Teotihuacan a fundar otra ciudad, señalándoles la ciudad de los dioses al noroeste. La catástrofe mató a muchas abuelas y abuelos sabios y con ellos la historia y la cultura de esos pueblos. Sobrevivieron algunos nombres de dioses, es posible que algunos festejos pero se perdió la relación con la agricultura, o lo que es lo mismo, como se originaron.

—Esas erupciones mataron a muchas personas como el frío mató a los copalaztleros, pero muchos quedaron “¿Como Coyote dijo de una parvada que llegó a los pirúes” comentaron en parlamento los niños. Les respondí, aun cuando la erupción fue muy grande y afectó a todos los poblados del lago, los más alejados del Xitle la agricultura no sufrió mucho daño. Los agricultores consiguieron nuevas semillas y junto con los albañiles, los artesanos y unos pocos astrónomos, volvieron a formar nuevos pueblos con costumbres un poco diferentes, en los que los dioses principales de mantuvieron así como el temor a las erupciones. Aunque pasaron muchos años para que alcanzar el adelanto que tenían en Cuicuico y Copilco, a partir de entonces, el desarrollo se aceleró para culminar con la ciudad de Teotihuacan, que tuvo magníficos templos dedicados a diferentes dioses que señalaban fechas importantes: Huitzilopochtli para la primavera, Quetzalcóatl para el verano, Xipe para el otoño y Tezcatlipoca para el invierno.

—Algún día iremos a visitar la tierra de nuestros abuelos sabios, la gran ciudad de Teotihuacan. Tardaríamos como ocho días en ir y venir. Papalotzin, es una promesa que debo cumplirles —terminando con este compromiso la historia de los abuelos más viejos del Acolhuacán.

—Papalotzin embelesada le dijo, Itzcoatl, me has recordado esa historia tan bonita. A los niños también les encantó, cuando empezaste pensé que se iban a aburrir pues excepto Coyotito parecía que, no les interesaba. Cuando Itz habló de sus experiencias con el abuelo en Tocuila, se les despertó el interés a los dos pequeños.

—Papalotzin, tú relatas de manera natural, creo que esta vez pude ponerme a la altura de nuestros hijos, pero creo que apenas entendieron lo elemental.

—Itzcoatl, no menosprecies la inteligencia de los niños, ellos al igual que yo, disfrutamos mucho de tus relatos, es la educación que les podemos ofrecer mientras son niños. Coyote

e Itz serán educados en el calmécac; para Coatlalopetl la única alternativa será aprender a como ser la mujer de algún principal, de historia o de ciencia de los astros, ni imaginarlo.

—Además, mañana uno de ellos, por orden de no sé qué sabiondo, tendrá que dejar de ser niño para enfrentar una vida de adulto, esto me enerva y entristece.

—Así es mujer, a mí también me consterna esa ley absurda, pero hay que seguirla para no soportar sus consecuencias.

—¡O Hacer que la seguimos! —acabo diciendo Papalotzin en voz bajita para que Itzcoatl no la escuchase. Quizá no entendió el comentario pero leyó sus pensamientos, como pasa con aquellos que han vivido para interesarse.

—Exacto Papalotzin, o fingir que la seguimos como lo hizo papá Póchotl, con la sonajita esa —señalando con las cejas hacia donde estaba el ahora juguete de su hija.

Amincatl: El Pequeño Gran Cazador.

—Itzcoatl, ¿no escuchas ratoncillos por allá? —pregunta Papalotzin a su esposo señalando con la cabeza hacia el aposento donde duermen los niños de donde aparecía la figurilla del madrugador Itz que se aproximaba a los papás frotándose los ojos para despejar la modorra.

—Buenos días mami, buenos días papi —saluda respetuoso.

—¡Ya se levantó mi ayudante preferido! —Papalotzin ponía en claro que el reloj biológico lo sacó del sueño a la misma hora de siempre—. Sabrás Itzcoatl, que Itz es puntual para levantarse, frecuentemente la hace antes que yo, entonces, silencioso se entretiene con alguno de sus juguetes hasta que me levanto y nos ponemos a preparar el desayuno. Conversamos de cualquier cosa, generalmente me hace preguntas referentes al campo y los animalitos.

—Anda hijo, a soltar las aguas de la noche, te lavas las manitas y me vienes a ayudar.

—Si mami —es su respuesta antes de salir fuera de la casa, al el lugar que tenía dispuesto Papalotzin para el aseo, pegado a la acequia, a la entrada de la huerta a poner la vejiguita en su sitio y prepararse para ayudar a su mamá.

—Papalotzin, con la entrada de Itz se nos terminó el tiempo de remembranzas, tenemos... Corrijo, más bien tienes

mucho que hacer y yo te estorbaría —comentario que hizo Itzcoatl para dejar a su esposa la decisión de continuar, pues es la más comprometida.

—Itzcoatl, por favor, me hace falta tu compañía, sigamos nuestra remembranza.

—Séme sincera Papalotzin, ¿estas cansada por la vela o estás melancólica? —pregunta el cargante de Itzcoatl.

—No es el cansancio, de todos modos no hubiera tenido un sueño tranquilo, ya te dije que puedo estar un poco melancólica. Tus relatos me hacen falta, has aprendido a contarlos de una manera entretenida. Sabes, a las mujeres macegales lo que más nos duele es no tener opciones para instruirnos. He aprendido de papá Póchotl los secretos de la agricultura y del bosque, de mamá Itztpapántl del telar, asistir a los partos y curar con hierbas pero no tienes idea de cómo me hubiera gustado aprender de las estaciones del año y que significado tienen los dioses y sus templos. Dices que me envidias cuando me acompañas al bosque, sé que me hablas con la verdad Itzcoatl pero no se compara a la envidia que yo te tengo cuando nos platicas de las candelillas del cielo, de pueblos lejanos, de historia de los antiguos abuelos...

—¿Por qué a las mujeres nos tratan como personas inferiores, incapaces de pensar y hasta de sentir? En tus pláticas mencionas que no siempre fue así, que hubo una vez que todos eran considerados con los mismos derechos, me pregunto si con el tiempo, tal vez en lo que vivirán mis hijos o los hijos de mis hijos, las mujeres podremos tener los mismos derechos que los hombres. No, no me respondas Itzcoatl, no tienes la respuesta, mejor enséñanos a Itz y a mí como fueron nuestros antiguos abuelos. ¿Verdad hijo? —Pregunta que le hace al niño que regresa con la carita lustrada, el pelo hirsuto perlado de diamantinas gotas de agua, como alfiletero repleto con diminuta cabeza de nácar El niño que no escuchó la

primera parte de la frase, contestó apoyando en la confianza que le tenía a Papalotzin.

—Sí mamá.

—Itzcoatl, yo sigo el relato si me dices sobre que quieres que les converse —Papalotzin se dirige a su esposo con la esperanza que encuentre el hilo a las añoranzas. Itzcoatl haciendo un poco de memoria trataba de encontrar un tema que permitiera una cierta cronología, su cerebro empezaba a mostrar resultados de la vigilia y decide transferir la decisión a su pequeño.

—¿Itz qué te gustaría que nos cuente tu mami?

—La aventura del teporingo que yo cacé. ¿Te parece mami? —fue la respuesta del niño.

—¿Si a tú papá le gusta? —responde Papalotzin con una sonrisa socarrona.

De todas las aventuras por elegir, el niño escogió precisamente una similar a la que más recuerdos para ignorar despierta en Itzcoatl. Pero como era la elección del niño, Itzcoatl responde afirmativamente. —¡Claro que me gusta Itz! Fue cuando te cambiaste el nombre por Amincatl —la respuesta de Itzcoatl, daba más importante el logro de su hijo que su propio ridículo, así que sugiere a niño.

—Pidámoselo juntos a tu mamá:

—¿Por favor mamá, nos contarías la aventura en que este niño Itz se transforma en Amincatl el Gran-Arquero? Cómo Itz te asiste en preparar el desayuno yo me encargo de disponer la mesa, les parece —ya todos con quehacer, Papalotzin da inicio a la segunda aventura con un teporingo.

—Un día de tantos, en que decidí no ir a la huerta y tomarnos un descanso por los magueyales de la cañada. Desde temprano Itz y yo nos dimos a la tarea de preparar la merienda

de los paseos: tlacoyos, tamales y una calabaza con agua endulzada. Poco después que saliste, abandonamos la casa, repartiendo la carga de la manera usual: Itz con el itacate; Coyote, con la calabaza y un par de ayates para cualquier eventualidad; la niña fajada a mi espalda llevando en su regazo dos mantas. Cerramos la puerta para que no entrara algún animal a hacer perjuicios y nos dirigimos a la cañada, la misma del teporingo ¿te acuerdas Itzcoatl?

—Y dale mujer que es piñata —respondió Itzcoatl con un tono de reclamo a su esposa. Itz siente que hay algo y pregunta.

—¿Qué es esa aventura del teporingo y papá? Cada vez que se menciona ¡tochtli! Mamá te ve burlona y le contestas con risillas, como de que no te gusta.

—Un día que no esté presente tu mamá te la cuento; perdóname Papalotzin es que son cosas de hombres —ante la promesa Itz acepta posponer la aclaración para cuando el par de hombres lo decidan. Papalotzin sonríe de ver como su marido sale del predicamento. Con voz cantarina y ojos divertidos para su marido, Papalotzin continúa.

—Pregunté a los niños: ¿Saben quién es el Señor Teporingo?

—¡Claro mamá! —responde con suficiencia Itz— un animalito del campo que nos regala con su carne para alimentarnos y su piel para cubrirnos en el invierno, tiene unas orejas largas, unos ojos grandes y una naricilla que mueve muy rápido cuando respira.

—Que buen observador eres —le dice el padre.

—Te digo Itzcoatl, nuestros niños son muy maduros. Ese exactamente Itz, pero también puede ser un señor flojo y descuidado.

—Mamá “¿cómo un animal puede ser flojo y descuidado?” Preguntó poco convencido el incrédulo Coyote y haciendo una

nueva pregunta que trata de responder a la anterior “¿entonces no es muy inteligente?”

—“Tienes razón Coyote, Don Teporingo no es muy inteligente” le respondí mientras caminábamos como siempre, enseñándoles cosas del campo y del bosque. Mis hombrecitos imaginando batallas y encuentros con animales mitológicos de las que siempre salían vencedores. La niña acaballada en mi espalda sujeta por un rebozo ponía atención. Buscamos una sombra que encontramos bajo un pirú, tendimos una de las mantas de mantel, me descargue de la niña que senté cerca del tronco. Los niños arrimaron piedras para ellos y un tronco para Coatlali y para mí. Nos dispusimos a almorzar, abrimos el itacate, que desparramó la fiesta de tlacoyos y tamales. A coro, exclamaron: “¡qué rico, lo que nos gusta!” Aunque más bien alabaron la oportunidad del paseo. Nuestros niños convierten lo usual en extraordinario según las circunstancias.

—Plácidamente disfrutábamos del almuerzo, mis niños me instaban a continuar el cuento preguntándome: —¿mamá, qué le paso al perezoso Teporingo? —responde Itz con la mente situada al momento de la aventura antes vivida.

—Ya verás Itz. La Diosa Chicomecoatl es la encargada de mantener la armonía entre los animalitos del bosque, a algunos les da luz en los ojos para poder ver de noche...

—Como a los Tecolotes y a los Coyotes —aclaró Itz.

—Y también al señor Teporingo a quién también le puso grandes orejas para que pueda oír al Coyote cuando se acerca...

—¿Puede escuchar al tecolote cuando vuela de noche?

—Si Itz, sólo si está poniendo mucha atención, si está comiendo no, pues sus masticadas ocultan el murmullo que producen las alas del Tecolote en su ataque y lo atrapa.

—¿Pero a Don Coyote si lo escucha?

—A éste sí Itz, pero Chicomecoatl que todo lo equilibra le dio a Don Coyote sentido para hacer trampas, un excelente olfato y sobre todo paciencia, mucha paciencia para estudiar muy bien las costumbres del teporingo.

—La mayor parte de la noche, Don Teporingo sale de su casa a comer pasto, raíces y frutos secos. Se atiborra de alimentos, cuando en la madrugada empieza el frío se mete a su casita que está alfombra de pelos que se ha arrancado de la panza para mantenerla calentita.

—Entre tanto, Don Coyote y Doña Coyota se pasan la noche, de loma en loma, cantándole a la luna y a su compañera. Al cruzar de una loma a otra, sin olvidar nunca su instinto de cazador, caminan con el hocico pegado al piso para percibir con su fino olfato si recientemente algún teporingo ha pasado por el lugar. Si alguno de los dos levanta el rastro le dice al acompañante ‘aquí me huele a Don Teporingo’ — Papalotzin e Itz respiraban ruidosamente por la nariz e imitaban los movimientos del coyote al husmear, bien absorbidos en el relato.

—Don Coyote se orina en los matorrales cercanos para advertir a otros coyotes que ese lugar de cacería está apartado y reconocerlo después cuando regrese. Por lo pronto, continúan su camino de loma en loma, a seguir aullándole a la luna y a su enamorada.

—Don Teporingo, el muy atenido, nunca guarda alimento en la despensa, sí le da hambre tiene que salir de su madriguera a buscar comida a la hora que sea, incluso en la mañana que corre más peligro de ser avistado por halcones, águilas, perros que también gustan de la sabrosa carne de conejo.

—Don Coyote sabe que Don Teporingo es comelón y perezoso, que sale a buscar comida o a tomar el sol de la mañana.

—Don Teporingo se atiene a su vista pues puede distinguir

hacia todos lados. Pero orgullosos como todos, no reconoce sus defectos, no considera que cuando de faja hacia tras descuida el frente y cuando mira al frente descuida atrás. Oye todos los ruidos y siente los pasos de los Coyotes pegando sus bigotes al piso que también le sirven para medir si su cuerpo pasa por un hueco. Hay que alabarle que es previsor, pues fabrica muchas entradas a su casa, que disimula en lugares como rincones entre rocas, entre raíces de arbustos, entre las raíces de magueyes, entre matorrales y espinos.

—Por la mañana, un hambriento coyote regresa a inspeccionar los lugares en que anduvo por la noche. Con su fino olfato rastrea todo el campo y encuentra sus marcas de orín en donde levantó el rastro del conejo. Se pone a buscar las entradas de la casa. Espera pacientemente, echado en una sombra cercana convenientemente oculto, que a Don Teporingo le dé por hacer la siesta; sabe que cuando ronque será es el mejor momento para atraparlo.

—Cuando el sol va subiendo calienta la tierra y la casa de Don Teporingo, éste sale a ventilarse tirándose de panza bajo una sombra donde se amodorra y le gana el sueño pegando la boca en el suelo — Papalotzin y el niño dan cabezadas como anciano amodorrado pelando los incisivos que recargan en la mano que hace de piso, haciendo reír a Itzcoatl—. Con la panza al piso, las patas estiradas y la cabeza entre las manitas siempre dirigida a la entrada más cercana a su casa se adormece, porque sabrán que los animalitos casi nunca duermen profundamente.

—Don Coyote espera que Don Teporingo esté totalmente adormilado...

—Seguro hasta babea —comenta Itz.

—Entre babas, el coyote sabe que es el momento, se levanta y acerca sigilosamente buscando que el viento le dé en la cara, interponiéndose entre Don Teporingo y la entrada más

próxima a la madriguera. Si lo hace con mucho cuidado de un salto lo atrapa acostado sin que Don Teporingo pueda hacer nada por su vida.

—Si Don Coyote falla, el atolondrado Don Teporingo parte en carrera y se agazapa tratando de esconderse —Papalotzin e Itz imitan al conejo o al coyote, ahora ponían las manos juntas cerca de la cara y encogían el cuerpo imitando la forma del conejillo cuando se oculta en cualquier hueco medio oscuro que le parezca seguro.

—Este es el segundo momento que espera el coyote — imitan el ataque del depredador— el azorado conejo se creé dentro de la oscuridad de su casa y se queda inmóvil, paralizado, esperando que el coyote no lo vea —madre e hijo agrandan los ojos— Don Coyote salta y lo atrapa.

—Así, por ese día, el listo Don Coyote almuerza a un descuidado Teporingo.

—Algunas veces, algo más de la mitad de intentos Don Coyote falla y se queda con hambre, coraje y frustración se desquita con el pasto de los matorrales a quienes les tira tremendas tarascadas —ahora Papalotzin e Itz hacen gruñidos y gestos con boca y manos que arrancan carcajadas a Itzcoatl. —Cuando el coyote se tranquiliza, medita cuáles han sido sus fallas y volverá a intentarlo de nueva cuenta, otros días con otros conejos en otras madrigueras, pues el teporingo que se escapa también aprende a defenderse con la dura lección.

—A los hombres el Dios Monoyocoyani no nos dio el oído del conejo, ni el olfato de coyote ni la vista del Tecolote pero nos proporciono más inteligencia que a todos esos animales juntos. De esta manera, aprendimos de la técnica del coyote y del tecolote, los descuidos del Teporingo y podemos cazar más animalitos de los que atrapa Don Coyote o Don Tecolote, por esto debemos tener mucho cuidado de no matarlos en exceso pues podemos acabar con todos ellos y entonces el mundo ya

no sería igual sin Don Teporingo. Nos dice que debemos aprovecharnos de la tontería del Teporingo sólo cuando tengamos mucha hambre o cuando tengan muchos hijitos y amenacen con comerse nuestras cosechas.

—¿Qué hicieron después Itz?

—Coyote y yo fuimos a explorar. Coatlali y tú se quedaron a descansar, nos dijiste que buscáramos un teporingo dormido entre los breñales de la cañada.

—En la tranquilidad del campo me empezó a entrar una modorra más pesada que la del teporingo, plácidamente en una lejanía difuminada escuchaba a Coyote presumirle a Itz

—“Yo soy mejor cazador, pues soy como el coyote, más inteligente”. Casi siempre le sigo pues no me deja opinar — comenta Itz.

— “Caminemos por acá” me decía “aquí no hay nada; ese no te parece un teporingo tirado de panza” ambos como si estuviéramos cazando.

—Coyote es muy mandón, pero se pierde en el bosque y no se atreve a alejarse, entonces me hace caso. Esa vez nos fuimos arrimando a los magueyes, buscando conejos entre los breñales y bajo las piedras como dijo mami. Nos entendíamos a señas como lo hacen los cazadores.

—“Nos estamos alejando mucho” me dijo Coyote. Le respondí. No te preocupes, yo se como regresar.

—De pronto, cerca de un maguey muy grande, a la sombra de un zacatal ví a un teporingo dormidito tirado de panza —el niño imitaba al conejito amodorrado por el calor de la tarde y Papalotzin imitaba a su hijo.

—Le dije que callará con el dedo en los labios. Coyote emocionado iba a gritar, pero le tapé la boca con la mano y le volví a decir con señas que se callara. Al oído le dije: “quédate

vigilando al teporingo. Té fijas a donde se mete si se despierta, pero es mejor no hacer ruido, que no sé de cuenta que lo observamos”

—Me aleje sin hacer ruido, llegué a donde estaba mami y Coatlali bien dormidas. Llamé a mamá tocándole el hombro. Se despertó tranquilita y calladita. Le dije: “¡encontramos un teporingo panza abajo, Coyote lo esta vigilando, ven mamá, ven a verlo!”. Se levantó, alzó en brazos a Coatlali haciéndole señas de silencio, nos fuimos a donde estaba Coyote, con tanto cuidado no nos oyó llegar espantándose un poco, pero se controló.

—Mamá nos pregunto con voz muy bajita: “¿quieren atrapar al conejo?” Le respondimos que sí.

—Me pidió que fuera a traer las mantas y los ayates. Salí disparado sin hacer ruido, en un momentito regresé con los encargos.

—Mamá nos dijo: “pongan atención y atrapamos al conejo”.

—Nos daba instrucciones de cómo debíamos sostener las mantas y los ayates: acucillados, haciendo una cuevita entre las piernas con las mantas.

—¡Deben moverse en el momento preciso que el conejo entre a la cuevita! —Papalotzin no se aguantó, disculpándose con el niño por la interrupción.

—La manta se la dio a Coyote y el ayate a mí.

Papalotzin se movía de acuerdo a como iba relatando Itz. Ninguno de los dos caza en broma, ni en los cuentos.

—Coatlali protestó porque mamá no la tomó en cuenta, nos veía triste creyendo que no queríamos que jugara.

—Mamá le dio la manta del itacate y le explico: “toma Coatlali, te vas a poner así” enseñándole nuevamente cómo

hacer con la manta algo que le pareciera un refugio al teporingo.

—Nos acomodó, en diferentes lugares, yo creo que el mejor se lo dio a Coyote por ser el mayor, me puso en otro y el más alejado para Coatlali. Nos indico que iba a hacer ruidos para espantar al teporingo.

Itzcoatl y Papalotzin se veían recordando las mismas acciones de algunos años antes. El niño los sorprendió advirtiendo a su papá. —¡Ya quedamos, es cosa de hombres! —prosiguiendo con su aventura.

—Mamá dio un rodeo y casi no hacía ruido. De pronto, hizo mucho escándalo con los ayates golpeando el zacate y gritando —Papalotzin e Itz seguían la cacería en completa tensión, repitiendo gestos y movimientos.

—El espantado animal, cómo mamá dijo, salió corriendo sobre Coyote, y mamá persiguiéndolo de cerquita golpeando el pasto con los ayates.

—El Teporingo casi se mete en la trampa que hacía Coyote, pero mí hermano saltó antes de tiempo y el teporingo corrió para donde estaba Coatlali. Mí hermanita que es pequeñita se levanto y desvió al teporingo para donde yo estaba sin moverme para nada. El espantado animalito se escondió en la cuevita que hice con mi ayate.

—Lo cerré rápido atrapando al animalito. Levante el ayate con mi conejo —el niño tenía las manitas empuñando un imaginario ayate preñado de conejo y una amplísima sonrisa orlada de perlinos dienteillos, menos uno del frente.

—Se lo entregué a mamá para que nos lo enseñara. Yo estaba muy orgulloso de haber cazado un conejo. Coyote como siempre, me echaba miradas enojadas, como reclamándose que no se había dejado atrapar por él pero mi hermanita no hablaba, no le gusta que los animalitos se lastimen.

—Mamá nos preguntó, con vos de monstruo:
—¿Qué vamos a hacer con Don Teporingo? —repite Papalotzin.
—Coyote dijo: “matarlo para comérmolo”
—Le respondí: “eso no, es mío y lo voy a llevar a la casa y criarlo”
—Coatlali no quería hablar.
—Recogimos la calabaza del agua regresando a la casa. Yo venía contento con mi conejo en la manta; Coyote enojado y mamá con Coatlali en sus brazos. Caminamos un poquito y Coatlali hablo despacitito diciéndome: “Itz, deja ir al pobrecito de Don Teporingo, sus hijitos lo están esperando para cenar” —a los papás se les rasaron los ojos, por la forma en que el niño explicaba los sentimientos de su hermanita.
—Me la quedé viendo y pregunté:
—¿Qué hacemos mami?
Responde Papalotzin. —Es tu presa, es tú conejo, tú tienes que decidir.
—Me quedé pensando un poco, les dije: “ahora vuelvo” y salí corriendo a donde atrapé y lo deje escapar. Venía un poco triste, pero pensé: “el teporingo es un animal del campo; tampoco tenemos necesidad de matarlo; y Coatlali piensa en los hijitos del conejo”. Al llegar le dije: “Coacoatlali, Don Teporingo ya debe estar cenando en compañía de su esposa y sus hijitos”.
—Venía pensando como podía llamarse un cazador y le pregunté a mamá: “¿uno puede cambiarse de nombre?”.
—Me contestó: “debes preguntarle a tu papá que sabe más de esas cosas, pero si haces algo importantes puedes agregarlas” ¿por qué es la pregunta?”

—Le contesté: “pues como acabo de coger un teporingo quiero llamarme como los del pueblo de mi abuelito Póchotl”.
—¿Qué tiene que ver? Yo también soy de ese pueblo —interviene Papalotzin.
—Es que a los de ese pueblo les dicen cazadores —responde el niño.
—Nos dicen el pueblo de los arqueros porque los hacemos muy buenos y sabemos usarlos —agrega Papalotzin.
—¡Allí está! Los arqueros deben ser buenos cazadores, por eso quiero llamarme desde ahora Amincatl.
—No será que quieres llamarte Itztlamincatl o arquero de obsidiana —responde Papalotzin la construcción correcta del nombre.
—¡No, mamá! —responde de nueva cuenta el niño— quiero llamarme Amincatl o sea ‘El cazador’.
—Coyote que venía amorrado dijo en tono burlón “teporingo-Amincatl ¡valiente nombre!”.
—Le respondí muy serio “no Coyote, solamente Amincatl”.
—Para detener la discusión le dije: “esta bien hijos, no hablemos más, yo estoy de acuerdo, esperemos a consultarle a su papá”. Así llegamos a la casa, cansados pero felices de haberle dado caza al Don Teporingo, un conejo suertudo que se escapó de morir dos veces.

A tanta insistencia, Itzcoatl se decidió a hablar de su aventura. —Una vez yo también deje escapar al mismo teporingo, pues tenía que alimentar a sus hijitos —anunció Itzcoatl, encontrando a la vez una justificante actual a la ineptitud de entonces. El relato escuchado por segunda vez, ahora por la boca de Amincatl lo emocionó al ver lo identificados que estaban sus hijos con la mamá y el provecho

que de ello sacaban. Para finalizar el cuento le pregunto a Itz.

—¿Algo les ha contado tu mamá de mi aventura con Don Teporingo?

—¡Si papá! —responde el niño— te sucedió lo mismo que a Coyote, les gano la impaciencia. ¿Ese era el secreto de hombres?

—Sí ese —contesta Itzcoatl.

—Yo pensé que era algo más importante —expresó el niño lo que para él significó el secreto del papá.

Itzcoatl devolvió una mirada agradecida a su esposa, pues había sabido disfrazar su impericia o el temor innato a los animales que no se conocen, de manera tal que sus hijos lo tomaron como una cosa común y corriente, tanto así, que Coyote se sintió justificado al sucederle algo similar a su papá. Desde entonces, en las reuniones de familia muchas veces sale a relucir la historia de ‘Don Teporingo y El Gran Cazador Chichimeca-Itzcoatl’.

Otros Venerables Abuelos y La Segunda Invasión.

—Ve a despertar a tus hermanitos... ¡Sin molestarlos! —solicitó Papalotzin a Itz previniendo la reacción de Coyote, de regular perezoso para levantarse y de mal atole como se dice de aquellos que después de levantarse se mantienen de mal humor hasta después de terminan el desayuno o avanzada la mañana. En ocasiones, él mismo advertía a los comensales: “¡pasé mala noche, no me molesten!”.

Coyote y Coatlali salieron al desalojar aguas como de costumbre, Itz acompaña a su hermanita a lavarse la cara y las manitas, con una jícara sacaba agua de la acequia que para ese tiempo corría con un temple sabroso, sosteniéndose la cerca del rostro para que tomara cuencos que pasaba por la carita y pelo. Entraron a la cocina aseaditos, con los cachetes relumbrosos y los copetes mojados, acomodándose en sus respectivos lugares. A medio desayuno, Itz se dirigió a Itzcoatl: —papá, le prometiste a mamá una historia, por que no la cuentas ahora que estamos todos.

—¿Han estado contando historias? ¡Por qué no nos llamaron! —reclamó Coyote en tono áspero.

—Coyote, yo se las pedí a tu papá, ustedes ya la han escuchado y no tenía caso levantarlos.

—Acabo de contar la de Don Coyote y Don Teporingo —

intervino Itz y como a Coyote no le había ido muy bien que digamos, no protestó prefiriendo orientar la plática hacia donde le interesaba, sugiriéndole a su padre.

—Papá, que sea de nuestros abuelos más antiguos, esa nos gusta mucho, opinando por los tres.

Itzcoatl, entre mordisco de tamal y sorbo de atole con vainilla sin preámbulos inició el cuento.

—Hijos, cuando la naturaleza sin previo aviso despliega su furia, las personas se comportan atolondrados como Don Teporingo, corren sin saber exactamente hacia adonde ir, se pueden olvidar de sus casas, hasta de sus hijos, para salvar su propia vida.

—Mamá nunca nos abandonaría —intervino determinante Coyote.

—¡Definitivamente tú mamá no lo hará! Y probablemente yo tampoco. Pero a otras personas les suele ocurrir. Ver que les llueven piedras de fuego, que les cae arena quemante, que los cercan ríos de lava, puede causar pánico hasta en los más templados. Cuando estos fenómenos ocurren, vence el instinto de conservar la vida, muy pocas personas son tan juiciosas y templadas como su mamá para sobreponerse a la ansiedad de sobrevivir pensando en los suyos. Los hombres jóvenes suelen salir despavoridos, muchos de ellos olvidándose de padres hermanos e hijos, si no fuera por las mujeres que son más ecuanímes en casos de peligro, los niños y los mayores quedarían a su suerte. Cuando el peligro pasa, las gentes buscan agruparse nuevamente para formar nuevamente la tribu.

—Papá ¿qué es una tribu? —pregunta Itz.

—Es un grupo pequeño de personas, mujeres, hombres y niños, generalmente parientes, que se ayudan para sobrevivir.

—Y perros —complementa Itz.

—Cuando explotó el Xitle algunos cuicuiclas y copilcas pudieron escapar. Con la sierra tapándoles la salida por el sur y el lago por el norte, la única salida que les dejó la furia del volcán fue hacia donde se pone el sol, hacia Toluca, hacia Teotihuacan o para Chalco —Itzcoatl, observando relatar a Papalotzin, había adoptado la costumbre de señalarles a los niños la dirección del lugar del que hablaba, esta vez señala con el brazo la probable trayectoria de la huida haciendo un arco del Sur a Norte— La mayoría caminaron hacia el norte tratando de alejarse lo más rápido y llenos de temor pues el volcán siguió haciendo erupciones de piedras, arena, lava y gases candentes por mucho tiempo. Se alejaron hasta sentir que estaban a salvo. Seguramente eligieron el valle de Teotihuacan porque no había volcanes en las cercanías. Si bien, el terreno no era tan fértil para la agricultura como el de las faldas del Xitle, al menos no tenían que pensar en los atemorizantes volcanes y sufrir otra tragedia como la que habían pasado.

—Mucho del progreso logrado por los cuicuiclas y copilcas lo soterró el Xitle con lava, que al enfriarse se hizo piedra, así que tratar de desenterrar algún recuerdo les fue imposible. Entonces, las personas aun no descubrían como relatar su historia en frazadas de tela, en la telilla de la penca de maguey, sobre piel de venado, en las ollas, con pinturas en las casas y templos o esculpidos en piedra. Así que todo lo que sabemos de nuestros más antiguos abuelos son leyendas, relatos que pasan de una persona a otra, que cuentan los padres los hijos y nietos, como esta que les voy a relatar.

—Aun cuando los artesanos sobrevivientes sabían hacer cosas de sus oficios, los agricultores sembrar, los albañiles construir, los astrónomos leer los cielos, quedaron pocos y no lo sabían todo, por esto, el desarrollo del nuevo pueblo fue lento. El conocimiento de las ciencias de la adivinación y de la astronomía no se desarrolló por la necesidad de estudiar la agricultura como ocurrió antes. Esta vez fue a raíz del

conocimiento de los pocos sacerdotes que se salvaron, no la razón práctica que llevó a los primeros abuelos a crear dioses. Los sacerdotes, tenían el poder y se sentían los más importantes enseñaron de acuerdo a su conveniencia afirmando que la naturaleza se comporta según los dioses lo disponían. Aquellos nombres que señalaban a los hombres las estaciones del año, ahora resultaba que los dioses las crearon. Prefirieron a los astrólogos y adivinos, individuos que se creían capaces de predecir el futuro mediante las señales del cielo, leer cenizas o lanzando huesos sobre pieles de venado y otras cosas raras de la adivinación, y no del conocimiento de la naturaleza.

—Pero no eran tan necios pues, sin que la gente del pueblo se enterara, encargaron a los astrónomos que siguieron estudiando los astros y el diseño de la gran ciudad de Teotihuacan o Gran Ciudad de los Dioses. Los conocimientos que los astrónomos desarrollaron sobre los astros del cielo y del Sol fueron muy avanzados para esa época diseñando la ciudad como un gran calendario solar en donde se sabía en qué época de laño se estaba por la sombra que proyectaba Tonatíuh sobre los diferentes templos en su eterno camino del norte al sur y del sur al norte en cada ciclo. Este secreto no se lo desvelaron a los sacerdotes.

—Como los que hay en la avenida principal de Texcoco —aclaró apropiadamente Coyote.

—Exactamente, esto sucede cuando un pueblo nuevo aprende de otro antiguo —completó la explicación Itzcoatl, prosiguiendo—. Aunque los maceguals se iba haciendo cada vez más instruidos, los sacerdotes no dejaron que se olvidara la tragedia causada por el Xitle creando una cultura supersticiosa.

—También fue necesario organizar el consejo de los ancianos, gente mayor que había probado sus conocimientos en la agricultura, en los oficios y en las ciencias, para hacer nuevas reglas de conducta. Como los agricultores ya no eran los más importantes, las enseñanzas de sacerdotes y astrólogos

fueron mejor aceptadas que las de los astrónomos, agricultores, albañiles, alfareros y otros artesanos.

—Tal vez la ley que más influyó en el progreso de los pueblos, obligaba a las familias de maceguals a señalar a un hijo varón, a la mujer primogénita si no los había, para que prestara servicios a la comunidad, construyendo templos, acequias, calzadas, caminos y otras cosas de interés de todos; a las mujeres se preparaban para servir en los templos como vestales. Con éste aporte de las familias se logró construir la gran ciudad de los dioses. Cuando el hijo señalado cumplía el tiempo de su obligación comunal regresaba a sus hogares habiendo aprendido un oficio que a la vez enseñaba a la familia. Así se fueron especializando nuevamente los artesanos en: carpinteros, albañiles, canteros, escultores o pintores ganando fama y renombre siendo muy buscados por familias poderosas que los llevaban a trabajar en sus palacios. Estos también contrataban a otros más necesitados para que hicieran por ellos los trabajos obligatorios para la comunidad.

—De nueva cuenta el poblado creció aun más organizado que en Cuicuico y Copilco. Los maceguals vivían alrededor de la ciudad de los dioses y los pilli dentro de la misma o muy próximos a ella en mejores casas y barrios.

—Papá, si mamá es macegual y tú eres pilli ¿nosotros que somos? Macegual-pilli o pilli-macegual —pregunto Coyote.

—Es una respuesta difícil hijo —respondió Itzcoatl— en este momento tiene más ventajas ser pilli. Esto no quiere decir que no nos sintamos orgullosos de ser maceguals, personas que con su trabajo produciendo maíz, hortalizas, ollas, casas y templos son la fuente de progreso del Acolhuacán.

—La prosperidad que duró por muchos años hizo crecer la ciudad. Algunos comerciantes viajaban al el frío norte o hasta el cálido y húmedo sur mercando cosas, sirviendo, además, de anunciantes de la prosperidad y riqueza de Teotihuacan.

Enseñaban su cultura y aprendían de otras, lo más importante era que traían y llevaban noticias desde y hacia todos los pueblos conocidos.

—Cómo los comerciantes tenían que saber cuanto era lo que mercaban aprendieron de los astrónomos a contar. Apuntando en cueros de venado, con colores de cochinilla del nopal, o con carbón y saliva, la cantidad de mercancía que tenían. Dibujaban el artículo y agregaban los puntos y rayas que usaban los astrónomos para llevar la cuenta de los días, las lunas y las estaciones. Acuérdense de las piedritas y las estacas: cinco piedritas hacen una estaquita.

—También proclamaban el esplendor de la ciudad y la bondad de sus habitantes. Tanto interesó a las gentes más atrasadas que vivían en lugares donde hacía mucho frío, o escaseaba la comida, o llovía mucho y que definitivamente no conocían las avanzadas técnicas agrícolas, que buscando mejores oportunidades se trasladaban con sus familias hacia la gran ciudad de Teotihuacan, acomodándose en los alrededores, donde las tierras eran más pobres o impropias para el cultivo y por supuesto, no obtenían buenas cosechas.

—Estos inmigrantes, para no morir de hambre, se acercaron a los macegales a ofrecerse para trabajar aunque sólo fuera por la comida. Así, estas personas llegadas de otros lugares formaron una clase social de personas con menos recursos y educación que llamaron tlalmaites si venían del norte y mayeques si venían del sur. Se empleaban con los macegales: agricultores y artesanos para que les hicieran los trabajos pesados; y los que eran obligatorios para las comunidades: También con los pilli para ponerlos a trabajar en lugar de sus hijos en los trabajos comunales. Esto les dejó más tiempo para el ocio y las reuniones sociales. Aquella ley antigua que obligaba a trabajar para no estar ocioso...

—De flojos —aclaró Itz.

—Ya no cumplía con su objetivo —terminó la frase Itzcoatl.

—Los pilli llamaron barrios orilleros a los ocupados por los emigrantes, mayeques y tlalmaites.

—Con el aporte físico de los mayeques y tlalmaites, los agricultores podían cultivar más tierras, los alfareros hacer más cacharros, los albañiles construir más casa y templos para los sacerdotes, astrólogos y pintores. En fin los macegales y los pillis aumentaron su poder mediante el trabajo que hacían los mayeques y tlalmaites por apenas la comida. Así, fue creciendo en magnificencia la ciudad de Teotihuacan, rodeada de palacios de pillis, haciendas y buenas casas de los macegales. Y la miseria en los barrios orilleros de los tlalmaites y mayeques.

—Pero no todo iba bien, los barrios pobres, al crecer sin control robaban sitio a la agricultura y bosques. La ciudad exigía cada vez más recursos: en tierras para la agricultura, cal para las construcciones y agua que siempre fue escasa en Teotihuacan, y ahora mal distribuida. La necesidad de grandes cantidades de cal para construir y pintar casa y exigía mucha madera y los bosques fueron acabándose. Junto con los árboles desaparecieron los animalitos; las aguas y vientos corrieron sin freno, acarreando la tierra buena hasta el lago de Texcoco haciéndolo más salado, quedando los montes pelados, en pedregales y tepetate.

—En estas condiciones de por sí difíciles, sobrevino una sequía tremenda que duró varios años, los ríos y manantiales se secaron, se presentó la hambruna.

—Se morían con el frío...

—Como los Copalaztleros —apuntó Coyote.

—Y como los teporingos, por descuidados —abundó Itz.

—Exactamente hijos, la imprevisión los acabó. No se

puede ir contra la naturaleza, tarde o temprano ésta se lo cobra.

—Tal era el hambre, que los mayeques y tlalmaites se robaban descaradamente entre sí y lo que podían a maceguales y pillis.

—Sobrevino una diáspora...

—Itzcoatl, ¿qué quiere decir diáspora? —preguntó Papalotzin.

—La dispersión de algunos miembros de la familia fuera de sus tierras originales por falta de lo mínimo para subsistir. Parecido a cuando explotó el Xitle, en este caso a los que dejan sus pueblos se les dice emigrantes.

—Cuándo más difícil se puso el clima, pues casi no quedaba alimento y el que quedaba estaba acaparado por los maceguales y los pilli, los mayeques y tlalmaites se sublevaron en una rebelión en la que murieron muchos hombres, mujeres y niños. Los pobres e incultos mayeques y tlalmaites abusaron del poder efímero que les permite ganar batallas en una revuelta. Sacrificaron a familias completas de maceguales y pillis, enterrando a los más importantes y a los hijos mayores en los pasadizos más profundos de los grandes templos de Teotihuacan, sobre todo en el dedicado a Tonacacihuatl la diosa de la noche que llamaban el templo de la luna como ofrendas pidiendo que terminara la hambruna.

—El instruido pueblo teotihuacano no pudo reponerse, la gran ciudad de los dioses se fue apagando como una llamita de lámpara a la que le falta el aceite. En manos de los mayeques y tlalmaites fue haciéndose ruinas. Ahora es apenas un recuerdo polvoriento y pedregoso de la hermosa ciudad que debe haber sido.

—El orgullo, la imprevisión, la pereza y la ignorancia terminaron con esta nación.

—La mayoría de los pobladores huyo: algunos mayeques y

tlalmaites hacia el sur, a los islotes del lago dando origen a los nonoalcas, los maceguales hacia el oriente, muchos se afincaron en la cordillera de norte del lago de Texcoco, en lo que ahora es el país de Acolhuacán, los pillis hacia el norte llevando con ellos muchos de los conocimientos a una nueva cultura que empezaba a destacar, los Toltecas.

—La base de la cultura acolhuacana proviene de aquellos maceguales que huyeron de la sequía y rebelión en Teotihuacan. Tal vez por eso, durante mucho tiempo nuestros abuelos de Texcoco se gobernaron por asambleas de ancianos que nombraban a un ejecutor de las decisiones denominado Tlatoani, un jefe superior nombrado por medio de votaciones de los miembros de esa asamblea de notables. Si no cumplía correctamente sus funciones, lo sustituían. De esa cultura y del aporte de los toltecas se originaron los templos más importantes del Acolhuacán. Como al principio de los tiempos, habitantes del este del lago de Texcoco siguieron lo aprendido por los maceguales teotihuacanos, todos con los mismos derechos; más esto no habría de durar mucho.

—En este país en el que vivimos, que después se llamó Acolhuacán había dos pueblos igual de importantes. El de Coatlinchan, de cultura religiosa y ceremonial, fuertemente influenciada por los Toltecas, que se afincaron en ese pueblo. Estas gentes, promovieron y dirigieron la escultura de enormes bloques de roca de deidades como la de Tláloc tratando de superar las que tenían en su ciudad Tula llamados Los Atlantes, unas columnas de piedra preciosamente labradas donde la cara de cada uno ve a distintas posiciones en las que se sumerge Tonatiuh en el horizonte. Y Texcoco, centro comercial y puerto de comunicación entre los pueblos del lado opuesto del lago y con los pueblos de más allá de esta sierra — Itzcoatl, señalaba hacia el este— donde vivimos.

—Los habitantes de una y otra ciudad se disputaron por mucho tiempo la hegemonía del país, al final, como casi

siempre ocurre, el empuje comercial venció a la tradición ritual...

—¡Ves, te dije Itz! Ganamos los de Texcoco —Coyote dilucidaba una antigua disputa entre hermanos.

—En realidad hijos, nunca hubo batallas sino simplemente un fin de utilidad, más personas significaban más poder. Los Toltecas llamaron a Texcoco **Lugar de Detención** o puerto. El empuje comercial trajo progreso, con el tiempo, al igual que paso en Teotihuacan y como pasa en todas las ciudades importantes, la emigración y el progreso fueron separando clases sociales, nuevamente en mayeques, tlalmaites, maceguals y pillis. El ciclo se repitió, los primeros, emigrantes de ciudades lejanas más pobres que llegaron a vivir en poblados marginales, trabajaban para los segundos, a veces únicamente por comida y vivienda; los segundos, la base antigua de la civilización, cimiento del comercio, política y religión; y los terceros, intelectuales y sacerdotes que desempeñaban funciones de educación, artes, política y religión mantenidos por los segundos.

—La base de la clase macegual estaba formada por pacíficos agricultores...

—Cómo mis abuelitos —apuntó Itz.

—Afincados en pueblos donde todos se conocían y respetaban, por esto, zanjaban sus discusiones de tierras, mujeres y derechos, de manera pacífica, ventilándolos ante el huei-Tlatoani, o si los involucrados eran personajes importantes ante la asamblea de notables.

—Era una práctica común concertar matrimonios con el objeto de mantener dentro de las familias el control de las propiedades, especialmente de las tierras y casas. Esto los llevó a preferir la monogamia y dictar leyes severas contra la prostitución, la infidelidad, la pereza y el alcoholismo. Las tlamantlilitzi-cali era la institución encargada de recopilar arte

y ciencia. También funcionaban como escuelas para los hijos de maceguals y pillis, discriminando ya a los mayeques, situación que en el futuro habrían de aprovechar los pueblos invasores.

—Hijos, este es una historia corta de quienes y cómo fueron nuestros abuelos.

—Papá ¿entonces los maceguals eran los más importantes.

—En efecto Coyote, en realidad siguen siéndolo, su aporte de trabajo es básico para el Acolhuacán, sin embargo, no los toman en cuenta para gobernar o para ser sacerdotes.

—Por qué no podemos ser todos como mami: ¡maceguals! Así no tendríamos que pelear con todo el mundo.

—Es que uno de los vecinos le dijo a Itz ¡eres un pilli! Y mi hermano le dio una tunda —desvelaba Coyote un secreto que vino a cuento.

—Itz, yo pertenezco a la clase pilli, no debías enojarte por eso —reconvino Itzcoatl.

—Papá, no le pegué porque me dijo que era pilli; le soné por qué lo dijo burlándose de nosotros “¡eres un pilliiii! ¡Eres un pilliiii! ¡Eres un pilliiii! Hasta tres le aguanté.

—Ni tu mamá ni yo lo sabíamos. En ningún caso hay motivos suficientes para pelear, debes buscar convencer o en el último de los casos ignorarlos.

—Papá, yo estoy con Itz, el vecino se puso tan necio y burlón que lo desesperó. ¡Uno tiene que defender sus ideas a como de lugar! —se solidarizó Coyote ante lo que consideró una injusticia del padre.

—¿Tú también te agarraste Coyote; a la mejor fuiste quién empezó la pelea —Itzcoatl está decidido a aclarar las cosas.

—¡No papá, fue Itz! Yo lo defendí del hermano mayor y de dos o tres amigos que estaban con ellos. Cuando tumbó al primero se le vinieron los otros encima, pero los hicimos correr. Esta bien que no nos quieran en este pueblo porque somos diferentes, pero aquí nacimos y vivimos y nos tienen que respetar, por las buenas o por las malas —explicaban vehementes y determinantes su participación en el pleito de vecindad.

—Si papi, ni Amincatl ni Coyotito tuvieron la culpa. Yo los defendí: cogí una piedra del suelo y se la avente a un niño y le pegué muy fuerte pues hasta le salió sangre de aquí —la niña se señalaba la ceja, lugar a donde había herido al contrincante.

—¡Coatlali también te metiste en la pelea! ¿Cómo es posible que una niña tan pequeña y tierna pueda intervenir en una pelea de hombres y lastimar a un niño?

—Pues muy fácil papá: Coatlali recogió una laja filosa y seguro le pego con una punta. —Ante respuesta tan concreta y determinante Itzcoatl no pude seguir con la reconvencción que preparaba para sus hijos. Optó por emitir una admonición a su esposa:

—Esos son tus hijos Papalotzin, respetuosos pero justos e inflexibles.

—¡Y los suyos también Señor Itzcoatl! —respondió Papalotzin usando el aire respetuoso de protesta cuando su esposo se refería directamente a ella tratando asuntos de la competencia de ambos. No era inconformidad, sino una gentil advertencia.

Según Coyote, la historia había quedado inconclusa, así que haciendo un pequeño resumen de lo que entendió de ésta y otras pláticas de su padre. Después de ésta interrupción esperaba que continuara con ese tema que realmente le fascinaba.

—Según nos dices somos un poco de naturales, un poco de copilcas, un poco de teotihuacanos y muy poquito de toltecas. ¡Qué revoltura!

—No Coyote, aun debemos considerar la influencia de otros pueblos...

—Aun faltan ¡vamos a terminar sin saber quienes somos!

—Si Hijos al menos dos razas más han sido determinantes, les contaré primero del pueblo que nos dio el nombre de acolhuacános.

—Mucho más allá de las montañas de Tepetlaoxtoc —mención que hacia Itzcoatl del lugar más al Norte que los niños podían percibir...

—De donde vienen los Copalaztleros.

—Tal vez de ahí Itz, de los prados en que viven grandes manadas de ciervos de gran tamaño, de inmensas cabezas, pequeños cuernos curvos y abundante pelambre café que mis abuelos llamaban Tatanka viven unos pueblos que los adoran porque son su principal fuente de alimentos, construyendo con sus pieles casas muy resistentes y ligeras que llaman tipi que pueden levantar y recoger rápidamente.

—Las gentes de esos pueblos tienen costumbres y leyes diferentes a las nuestras, no son agricultores ni artesanos por lo que no hacen ciudades, viven moviéndose atrás de las manadas de tatanka para cazarlos...

—¿Cómo si nosotros fuéramos atrás de los copalaztleros.

—Algo parecido Itz. Ellos y otros pueblos se consideran dueños de esos tatanka por lo que se la pasan guerreando. Las batallas entre tribus son constantes y hay muchas muertes, sobre todo de jóvenes guerreros. Por esto, sus leyes permiten que un hombre tenga varias mujeres...

—Como Tlatoani.

—Sí Coyote. Si algún hombre casado moría, sus esposas eran reconocidas por el suegro o alguno de los hermanos del guerrero que murió.

—Si las mujeres o los ancianos no tienen parientes que los cuiden, son expulsados de la tribu sin ofrecerles cobijo ni alimento, dejando que se mantengan como puedan. Cuando viene el invierno, muchos abuelitos y abuelitas que no tienen quién los cuide se van a las montañas a dejarse morir de hambre y frío.

—¿Cómo si mis abuelitos, cuando vienen los copalaztleros se fueran a morir de hambre y frío al Tláloc?

—Si Itz, es de comprender que cuando el pueblo tiene que moverte al ritmo de una manada de animales, no puede detenerse a esperar a un anciano, si no aguanta y cae, le hacen una oración y lo dejan perdido.

—¡Qué, malos y crueles!

—Así es Itz, los copalaztleros no esperan a enfermos y ancianos cuando les llega el tiempo de emigrar, los viejitos mueren por el frío o de hambre cuando se acaba el copal de los fresnos. Esto hace a la parvada más fuerte.

—Cuando escasean los alimentos, generalmente en el invierno, los hombres jóvenes salen en campañas de exploración, en ellas, muchas veces tienen que luchar con otros grupos de otros pueblos que andan también de exploración y cacería. El gran honor de los guerreros es arrancar la cabellera del enemigo, comer su corazón y robarles a las mujeres que se llevan para su tribu.

—En una época que duró varios años escaseo el alimento y el frío fue muy fuerte, se reunió el concejo de ancianos determinando que un grupo pequeño de jóvenes debía explorar más hacia el sur de donde llegaban sus tatanka. Uno de los ancianos cuando joven, se perdió en la montaña y fue ayudado

por unos comerciantes que la hablaron de grandes pueblos que vivían en el Sur. Esta vez, decidieron enviar a un grupo de jóvenes guerreros a explorar hasta donde el anciano afirmaba había pueblos muy desarrollados.

—Partieron siguiendo la ruta del sol hacia el sur, sin perder de vista la estrella del Norte. Los ancianos nombraron de jefe a un arrojado joven llamado Xólotl quien, con su grupo de exploradores, encontró una admirable ciudad de toltecas.

—Dejó en un campamento provisional a la mayoría de los guerreros que lo acompañaban, con el encargo de exploraran lo más que pudieran, sin entrar en contacto con las personas y estudiar muy bien el terreno. Él con tres compañeros regresaría a su pueblo a dar la noticia de sus descubrimientos.

—Xólotl habló tantas cosas buenas del pueblo que había descubierto que el Concejo de Ancianos determinó enviar a un poco más de mil guerreros a conquistar a esos pueblos. Hicieron arcos, flechas, cuchillos, lanzas y macanas; vestidos gruesos de piel de tatanka para cubrirse en las batallas aunque casi siempre andaban con taparrabo. Las mujeres pusieron mucha carne a secar al sol. Cuando llegó la estación de Xipe iniciaron su épico viaje.

—En cuanto llegaron, sus compañeros los llevaron a un lugar donde había muchas cuevas para esconderse y buena caza para alimentarse mientras se preparaba la invasión. Cuando estuvieron listos, jóvenes guerreros, de gran talla y fortaleza cayeron sobre unos pocos defensores matándolos, cortándoles la cabeza y comiendo sus corazones. Provocaron tal pavor en los naturales que inmediatamente se rindieron. Los pocos tenayuquenses que escaparon fueron a Tula, capital del país-estado de los toltecas a informar de la invasión.

—Los toltecas, gente culta y pacífica viendo que poco se podía hacer por detener a este puñado de salvajes guerreros, concertaron una entrevista con Xólotl. Le ofrecieron de esposa

a la hija más bonita del Huei-Tlatoani concertando con este signo, la alianza entre toltecas y chichimecas.

—Xólotl envió por su tribu para que vivieran cerca de Tula. Al poco tiempo, por medio de la fuerza de las armas, el caudillo se hizo nombrar huei-tlatoani de un nuevo pueblo que se llamó con los dos nombres de toltecas-chichimecas.

—Esta alianza fue temible y efectiva. Desplegando una inmensa campaña militar que en pocos años, con la inteligencia de los toltecas y la fiereza de los chichimecas se apoderaron de todos los pueblos alrededor del lago de Texcoco y aun más lejos.

—De un pueblo u otro a todos los conquistadores que provenían del norte se les llamo chichimecas o comedores de peero. Desde Tula, un buen día llegó a Coatlinchan un grupo de hombres jóvenes, de entre diez y seis y veinticinco años, de tez más clara, altos y hombros anchos moldeados por los hábitos guerreros y cazadores, hambrientos, cansados y escasamente vestidos con pieles de animales o casi desnudos pues decían que las vestimentas les estorbaban.

—Xólotl que sabía de la importancia de Coatlinchan, nombró a Tezontecomatl su calpixque para que conquistara a ese importante pueblo. Los maceguals coatlintecos, cultos y pacíficos que ya sabían como se las gastaban los chichimecas, los acogieron dándoles comida y alojamiento, aceptarlos mal que les pesare. Tezontecomatl mandó a avisarle a Xólotl que la plaza había sido tomada sin derramar sangre.

—Estos Chichimecas, orgullosos cazadores y guerreros, no se rebajaban a trabajar para otros como lo hacían los mayeques o tlalmaites, ni les gustaba trabajar en oficios como la agricultura o la cerámica; exigían ser atendidos en comida y vestido. Lo que se les antojaba lo exigían y si no se los daban, lo tomaban por la fuerza. Los primeros encuentros se dieron con los jóvenes coatlintecos quienes no querían que sus

hermanas y esposas se juntaran con los salvajes acolhuas, nombre despectivo que les dieron porque les parecían feos al tener anchos hombros y elevado porte, que a los chichimecas llena de orgullo. Lo que más les dolía a los naturales era que las mujeres, entonces consideradas con iguales derechos que los hombres, admiraban los recios cuerpos de los recién llegados, aceptaban y hasta buscaban las relaciones con ellos.

—Los chichimecas, fieros y salvajes guerreros, adiestrados en la cacería y las batallas mataron a muchos jóvenes coatlintecos que se les opusieron. Los maceguals de Coatlinchan fueron permitiendo que sus hijas se unieran en matrimonio a los invasores estableciendo, por este medio, las primeras alianzas de sangre, pues las familias de maceguals que emparentaban en matrimonio con los chichimecas dejaban de ser hostilizadas.

—De ésta manera, los guerreros, cazadores y salvajes chichimecas entraron de lleno a formar parte de la sociedad pacífica y culta de maceguals de Coatlinchan y Texcoco, a los hijos de estas uniones se les llamó acolhuacanos y al gran país en que vivimos, Acolhuacán.

—Unos pocos acolhuacanos se impusieron, mediante su cohesión de grupo y condiciones guerreras a una sociedad pacífica mucho más numerosa. En poco tiempo se hicieron con el poder, desplazando a los coatlintecos de la asamblea de notables. Xólotl, el gran caudillo chichimeca ordenó a Tezontecomatl, primer Tlatoani de Coatlinchan que se uniera en matrimonio a una dama Tolteca llamada Quatetzin. Desde entonces, todos los Huei-Tlatoani fueron chichimecas o descendientes de estos y el pueblo un mestizaje de razas y culturas.

—Esta invasión se reflejó, principalmente en una doble aplicación de las leyes. De la manera antigua para los naturales, la mayoría maceguals y al estilo chichimeca para los conquistadores y sus descendientes que formaron la clase

dominante pilli o piltin que desplazó a los maceguals a un estrato inferior.

—Esta forma de gobierno castrense, ejercida por guerreros jóvenes e impetuosos tomó un camino fácil, en resumen: a los naturales se les aplicaron las leyes antiguas y a los chichimecas las que recordaban de sus pueblos o les convenían de las antiguas texcocanas. El efecto sobre la educación y las uniones matrimoniales en este doble concierto de leyes fue trascendental en el desarrollo del Acolhuacán.

—Se creo la base de lo que después sería la institución del Calmécac, orientada a ofrecer una educación, con gran influencia tolteca de alta calidad a los niños y jóvenes de la clase pilli o lo que era lo mismo, a los chichimecas, sus descendientes, y a unos pocos toltecas. Para los hombres, la educación se fue haciendo eminentemente militar; a las mujeres se les educa para atender a los guerreros, y para ser unas buenas esposas y anfitrionas. La educación de los maceguals se orientó a los fines prácticos de sus actividades, una educación artesanal eminentemente técnica, con muy poca a ninguna orientación científica o artística y menos militar.

—Las diferencias que regían las uniones matrimoniales fueron determinantes en la proliferación de la cultura chichimeca y el estancamiento de las culturas autóctonas. A los naturales únicamente se les permitía la monogamia castigando severamente la poligamia, la infidelidad y la prostitución, como antaño. A los hombres de la clase pilli se les permitía tener varias esposas y concubinas de acuerdo a la capacidad de poder, a tal grado que la medida de la grandeza de un hombre se medía en el número de esposas e hijos varones que tuviera, casos de cincuenta o más no eran extraños, formando de este modo respetables ejércitos de chichimecas hermanos y medios hermanos a los que se les suponía lealtad a toda prueba, pero que en diferentes circunstancias provocaba violentos choques fratricidas por alcanzar cuotas de poder.

—Desde la llegada de los chichimecas, nunca más hubo paz en el Acolhuacán. Se incrementaron los ajusticiamientos disfrazados de sacrificios para atemorizar a los enemigos y para castigar las insurrecciones.

—El título de esposa únicamente lo ostentaban mujeres chichimecas, en matrimonios concertados para crear alianzas de poder o económicas. Las segundas esposas correspondían a chichimecas de clase inferior y las concubinas generalmente eran de origen macegual que difícilmente alcanzaban el grado de esposas.

—Entonces, mamá nunca podrá ser Tlatoani.

—No Coyote, no podría tan sólo porque es mujer, pero podría ser la esposa o la madre de un Huei-Tlatoani caso en que se le consideraría dama o señora. En otras palabras, la calidad del hombre dignifica a la esposa o a la madre.

—Ves Itzcoatl, las mujeres siempre están sujetas a los logros de los hombres. Contamos para algo si nuestro hombre o nuestros hijos logran sobresalir. La esposa de Tezontecomatl, Quatetzin, le fue entregada en matrimonio por Xolótl porque así le convenía a este gran caudillo. A ella sólo le dijeron ¡ese va a ser tu marido! —aclara vehementemente Papalotzin el poco valer de la mujer en su mundo.

—Tienes razón mujer, pero tranquilízate —le pedía Itzcoatl cariñosamente pues, sin notarlo, había levantado la voz de tal manera que los niños se le quedan viendo. Itzcoatl, para atajar siguió apresuradamente el relato.

—Otra circunstancia de efecto negativo a largo plazo fue que la clase que daban soporte económico, esto es agricultores, artesanos y artistas ya no tuvieron participación en las decisiones políticas y hasta económicas pues la asamblea de notables estuvo integrada por individuos de la clase pilli, chichimecas o hijos de chichimecas con mujeres naturales.

—Papá quiere decir que los atolondrados conejos coatlintecos y texcocanos se durmieron en sus laureles y los listos Coyotes Chichimecas los acabaron.

—Sí Coyote, es una manera concreta de expresar lo que sucedió: un gobierno de diligentes pero confiados teporingos poco entrenados en las artes de la guerra, fue desplazado por un gobierno de bien adiestrados Coyotes. Es una ley natural, el fuerte se come al débil pero no lo extermina pues entonces, a quién pondría a trabajar y oprimir.

Cuando Itzcoatl terminó el relato, los niños terminaban el desayuno. Dado gracias por comida y la plática salieron despreocupados a jugar fuera de la casa, dejando a Papalotzin e Itzcoatl lavando los cacharros del desayuno y aseando la casa para salir después del almuerzo hacia Texcoco.

—Ves Itzcoatl —dijo Papalotzin a su esposo con un dejo de melancolía— así quedaremos tú y yo, ¡solos!

—Así dicen los ancianos que debe ser: los hijos a cumplir sus destinos y los padres a otear los caminos.

De Golondrinas y Hormigas.

—Es conveniente que descanses un poco, todavía nos queda mucho trecho por delante —le dice cariñosamente Itzcoatl a su esposa tratando de ayudarla o al menos animándola.

—No lo preguntas pero te conozco Itzcoatl, si no te hablo directo vas a seguir insistiendo. ¡Pues sí! Sí estoy melancólica, pero no es de ahora o por estar desvelada, es desde hace varios días que pienso en la llegada de éste nuevo año. Dos cosas me han inquietado la primera está relacionada con Coyote y la segunda contigo. Y nada tiene que ver una con la otra.

—Entonces mujer hablemos, siempre se puede hacer algo —Itzcoatl la animaba a continuar.

—Primero lo que te incumbe Itzcoatl. Hace días se dice que la invasión de los tecpanecas es inminente. Hablas poco de ello para no preocuparnos, pero tu misma actitud te desnuda. Llegas más tarde o mandas avisar que no llegas a dormir porque los concejos se alargan. Esto no significa otra cosa que asuntos de estado importantes. Hace pocos días papá me contó que se rumoraba que los notables quieren retirarle el poder al tlatoani Techotlalatzin, un buen gobernante para tiempos de paz y elegir a Ixtlixóchtli Ometoxtli para quien trabajas, más decidido para momentos como los actuales. También comentaba que no creía, y así pienso, que Techotlalatzin acepte de buena gana que lo destituyan, aún tiene mucho poder. Por

otro lado, el que elijan a Ixtlixóchtli te va a llenar de obligaciones pues confía en ti como asesor, confidente y amigo. De cualquier manera, el viajar al trabajo se te va a dificultar y yo Itzcoatl, te soy sincera, no quisiera mudarme a Texcoco —Itzcoatl quiso replicar pero Papalotzin lo detuvo.

—Por favor no me interrumpas, deja que te diga lo que pienso de Coyote. Acabas de mencionar que de elegir entre ser macegual o ser pilli nos recomendarías que nos consideráramos pilli. Tienes toda la razón y no es punto que se pueda discutir, he vivido todas las penurias y vejaciones que se le hacen a los maceguales, sin mencionar a las que son sujetos los mayeques y tlalmaites. Pero no viene al caso. Lo que sí importa es que Coyote es hijo de un pilli, y que el padre del niño esta por ser elegido Huei-Tlatoani del Acolhuacán. Aún si esto no sucediera, él será educado en el calmécac, fortuna a la que pueden acceder muy pocas familias, oportunidad que nunca le quitaría así me fuera la vida en ello. Itzcoatl, no consideres que hablo de dientes para afuera, pues sabes que le reprocho a la sociedad con toda la amargura que puede sentir mi corazón, la falta de oportunidad que tenemos los maceguales para lograr una mediana educación, cómo me opondría a que alguno de mis hijos se instruya.

—Por mi actitud no hemos acabado de decir que vamos ha hacer con Coyote en cuanto entre a estudiar al calmécac. Tratando de protegerme no me has forzado e intuyo que ya sabías que no me opondría. Tal vez un pequeño reproche por no hablarme con veracidad. Tú ves este paso trascendental en nuestra familia de manera diferente.

—Por esto me ha entrado la melancolía Itzcoatl, si yo no salgo de ella, ni tú ni nadie puede hacer nada. Tampoco es fácil tomar decisiones que involucran a nuestros seres queridos. Ves que entiendo las angustias que has pasado para decidir lo correcto, que no siempre es lo que nos gustaría.

—A ti Itzcoatl y a Coyote los veremos menos, en dos

nuevos soles más se irá mí compañero de las mañanas Amincatláloc, El Cazador del Rayo nos van a hacer mucha falta a Coatlali y a mí. El alejamiento de los niños lo puedo manejar, pero lo que realmente me tiene asustada es que tú vida corre peligro al estar tan unido a Ixtlixóchtli: sea por los agresores tecpanecas o por los incondicionales a Techotlalatzin. Me he imaginado muchas veces sola y no veo como me sobrepondría a tú ausencia. No me digas que eres cuidadoso porque sé que lo eres, ni tampoco que no tienes enemigos, porque todo aquel que sea enemigo de Ixtlixóchtli también lo es tuyo.

—Todo eso lo he meditado, así que, al mal tiempo buena cara, no busquemos justificaciones y sigamos recordando para ver sí la crianza que hemos dado a nuestros hijos ha fortalecido sus caracteres y creado una conciencia familiar, pero sobre todo, vivir nuevamente pedazos de nuestra vida y aprender de ti.

—¿Qué estoy melancólica...? ¡Sí Itzcoatl! Profundamente, pero no me lo quites, déjame sentirla, gozarla, no me aconsejes ni reprendas, te pido que simplemente me aceptes como lo has hecho otras veces. Así mi amor que volvamos a nuestras añoranzas.

—Estaban en esta conversación de almas cuando entraron como un torbellino los dos varones con señas inequívocas de mantener una discusión:

—¿Verdad mamá que ya no tardan en llegar las golondrinas ha reparar o hacer sus nidos, poner sus huevitos y sacar golondrinos?

—Eso depende de que significa “ya no tardan”, para ti Itz que es ya no tardan.

—Digamos..., una luna —responde Itz.

—Para ti Coyote.

—Pues..., tres lunas.

—Creo hijos que las golondrinas llegarán en dos lunas y dos cuartos, así que ambos tienen razón —no mediaba la decisión salomónica en la respuesta de Papalotzin, ese es el tiempo en que arriban. El razonamiento era totalmente lógico para los muchachos y lo aceptaron como sentencia inapelable, pero Itzcoatl, no lo entendió, más no pregunto para no quedar en evidencia ante sus hijos por no comprender cosas tan lógicas de esa comunicación entre ellos. Zanjadas las diferencias los niños salieron al patio a seguir en sus juegos.

—¿Recuerdas a esas golondrinas? —hablaron al mismo tiempo, como suele pasar entre matrimonios que comparten muchas ideas, a las dos mentes arribó el mismo recuerdo de un suceso relacionado con esos pajarillos. Como casi siempre, se trataba de una aventura de los niños con Papalotzin. Itzcoatl responde por ambos.

—¡Claro que lo recuerdo! Papalotzin, pero como quieres seguir con añoranzas te cedo la palabra y sigo de asistente en quehaceres de la casa para que el tiempo no se nos venga encima.

—Así como entraron hace un momento nuestros hijos, aventando puertas, un día avanzada la primavera entro Itz avisado a gritos: “¡mamá, mamá las golondrinas ya tienen pajaritos! Vamos a verlos, ayer me fijé y aun estaban los huevitos”. Atrás de Itz entro Coyote un poco celoso del hallazgo del hermano, más en honor a la verdad, Cazador tiene mejores aptitudes de observador del bosque.

—¿Cuántos eran? Pregunté.

—“Tres” mostrándome los tres deditos del medio de su mano derecha “pero no me acerque mucho, desde que me dijiste que los papas golondrinas se enojan con los huevitos o pajaritos cuando uno los toca, ya no los cuidan o los tiran del nido. Siempre esperó a que los papas salgan a volar para

asomarme con mucho cuidado”.

—“¿Qué diferencia hay entre que sean dos o tres pajarillos?” Pregunto Coyote.

—Para muchos la diferencia es un pajarito, para otros, el que las golondrinas críen uno, dos o tres pajarillos; o que tengan una o dos nidadas es muy importante.

—Otra vez no veo como esto puede ser importante insistió Coyote.

—“¡Muy fácil!” Aclaró Itz “si los papas golondrinas comen muy bien, crían más pajaritos ¿verdad mamá?”

—Ésta madre que te platica, con una mirada sonriente confirmó sorprendida la apreciación del niño, pero me abstuve de abundar en comentarios halagüeños para Itz, pues Coyote se enfurruña con lo que él consideraba una intromisión del hermano menor.

—Itzcoatl interrumpió a su esposa para abundar en el carácter de sus hijos diciéndole: por fortuna Coyote ha aceptado que Itz lo supera en comprensión de la naturaleza, esperamos que Itz acepte que su hermano entiende mejor la naturaleza del hombre con su mente más práctica y sorprendente memoria. Discúlpame la interrupción Papalotzin pero consideré prudente esta aclaración, por favor sigue la historia —Itzcoatl sentía un poco de celos de padre: Itz era el vivo retrato de Papalotzin; Coyote igual a Ixtlixóchitl; quién más se le parece es Coatli, analítica y tierna, pero ¡no era hombre!

Retomando el hilo Papalotzin continuó. —Les decía a los niños: cuando los copalaztleros se llevan el invierno, llegan las golondrinas anunciando el verano con sus lluvias.

—Estos pajarillos, de color negro metálico y panza amarilla, que surcan velozmente los aires cazando al vuelo insectos, necesitan agua para hacer sus nidos de lodo, paja y

saliva.

—“Yo he visto como las hacen” dijo Coyote “se paran en la orillita de los charcos, los pedacitos de pasto o hilitos que previamente han recogido los revuelven con lodo que llevan hasta sus nidos y los pegan con saliva; igual que cuando papá se pone a pegar adobes”.

—Dices bien hijo le respondí, pues sin las lluvias las golondrinas no tendrían lodo para hacer sus nidos. ¿Qué pasaría si las lluvias se atrasan?

—“Pues las golondrinas no pueden hacer sus nidos y no pueden poner huevitos” contestaron ambos.

—Si lloviera un poco y después dejara de llover, las golondrinas harían su casa, pondrían sus huevitos y nacerían los pajaritos pero sin agua, ni el maíz ni las plantas crecen, no hay insectos que atrapar al vuelo, y las golondrinas no tienen que darles a sus pollitos que se mueren de hambre, o simplemente las aves no ponen sus huevitos.

—Si en un nido, asoman tres o cuatro cabezas de golondrinos, abriendo los picos y exigiendo alimento, y esto pasa en varios nidos, todo camina bien, pero si hay sólo uno, o no hay ya adelantado el verano, debemos pensar...

—“¿Qué no hay mucho alimento para las golondrinas por qué: el maíz, los frijoles, las calabazas no han crecido bien!” Contestaron los niños a coro repitiendo una lección aprendida.

Toda esta conversación se llevaba a cabo mientras los esposos realizábamos las labores matutinas de levantar la casa. Papalotzin continuó.

—A media mañana nos preparamos para las labores de la huerta, Coyote azadón y la coa, Itz el itacate del almuerzo, el acocote con agua y Coatlali en brazos; atrancamos la puerta dirigiéndonos hacia la huerta, ese día pensaba darle la primera labor al maíz quitándole las hiervas y arrimarle tierra.

—La plática derivó hacia la importancia de leer e interpretar correctamente los signos de la naturaleza, les decía “los animalitos tienen más entendimiento que los humanos para percibir las señas del sol y de la tierra. Los tres golondrinos en el nido nos dicen que se están alimentando bien, que las lluvias iniciaron temprano y no se ha detenido”.

—“¿Pero eso lo estamos viendo, mamá? No hace falta observar a las golondrinas cuantos huevos ponen y cuantos pájaros nacen?” Replicaba Coyote viendo aun de reajo al hermano. Yo note la reticencia en las palabras de mi hijo mayor y me molesté, pues a pesar de todos mis esfuerzos, no he logrado y creo que no podremos terminar con los nublados entre esos mis varones. Coyote observándome el rostro notó mi enfado, guardó silencio, prueba inequívoca de haber entendido que acababa de dar por terminada esa discusión.

—A la entrada de la huerta, en el hormiguero de coloradas algo llamó nuestra atención; lo evitamos pero es como de la familia. La mañana estaba húmeda y bochornosa por la lluvia de la noche anterior. Siguiendo la curvatura de la vereda que se había formado para no molestarlas, pues sabemos de prima mano lo que implican sus ardorosos piquetes, notamos una inusual agitación: muchas hormigas con alas y todo el hormiguero afuera acompañándolas.

—Los niños instintivamente se cubrieron la cabeza mientras yo los apartaba del peligro cubriendo a la vez la cabecita de Coatlali con la tilma.

—“¿Qué les pasa a estas hormigas? Se ven furiosas, zumban como abejorros, hasta da miedo acercarse” nos advirtió Coyote.

—Nada que no sea natural, respondí, es uno de tantos fenómenos de la naturaleza que podemos leer e interpretar para nuestro beneficio. “Las hormigas aladas indican un año de buenas cosechas”.

—“¿Cómo es eso mamá?” preguntó Itz, sin quitar mirada al hormiguero, fuera que se le vinieran encima. Itz más considerado que su hermano sabe que ninguna pregunta que me haga queda sin resolver así que la aguardó pacientemente.

—Itz me pasó el itacate y la calabaza que colgué con cuidado de las ramas de la retama que estaba llena de flores amarillas y despuntando vainas de color verde. Al pié, después de inspeccionar cuidadosamente el terreno, tendí la tilma donde por costumbre colocaba a la niña, donde ahora duraba menos que un suspiro pues ya intervenía mucho en el trabajo y las conversaciones. Tomé el azadón que pedí a Coyote y nos pusimos a laborar el maíz: con un azadonazo por aquí y otro por allá, quitando las hierbas indeseables y arrimando tierra a las matas, que los niños destapaban y empinaban cuando un exceso de tierra las cubría o doblaba. Ya con el trabajo estaba organizado, continué el relato de las hormigas sin interrumpir la labor —virtud de las mujeres, que pueden atender varias cosas al mismo tiempo otorgándoles a cada una la atención precisa.

—Dándole importancia a Coyote le pregunté: “¿recuerdas alguna vez que en este hormiguero hayan aparecido hormigas con alas?”

—“No, mamá y lo conozco desde que era pequeñito, que me picaron”. Yo no recuerdo el incidente, se lo reservó por desoír advertencias suponiendo un regaño ¡valiente el muchacho!

—En este hormiguero nunca he visto hormigas aladas, les confirmé. Cuando Chicomecóatl les habla al oído haciéndoles sentir que habrá suficiente comida, las nodrizas, que son hormigas encargadas de cuidar los huevitos y darles de comer a los escamoles hojitas o pedacitos de insectos que mastican y guardan en su buche haciéndolos miel, preparan una comida especial para alimentan a unas pocas larvas que nacerán con alas. Todas estas hormigas especiales nacen en de dos o tres

días, aguardan un día soleado y húmedo para abandonar el hormiguero, antes de que llueva, secan sus alas al sol, levantan vuelo en todas direcciones. Las reinas se casan con los machos que las acompañan y cuando encuentran un lugar que les sirva de nueva casa, la nueva reina se esconde y empieza a poner muchos huevos y los machos se desaparecen. Alimenta a las larvas con leche que le sale de la boca, como si fueran golondrinitas, ella no comerá hasta que de los huevos que ella puso nazcan nuevas hormigas nodrizas, obreras trabajadoras o guerreras, si tiene mucha hambre, se come sus propios huevos ¡pero no todos! Les aclaraba.

—Las hormigas obreras recogen comida y la muerden muchas veces hasta hacer una papilla que dan de comer a las nodrizas y a las guerreras que se parecen mucho porque tienen unas quijadotas; las nodrizas las usan para mover a las larvas y las guerreras para atacar enemigos y defender al hormiguero. Las mismas quijadotas les impiden comer solas y tienen que ser alimentadas por las obreras. Las nodrizas, transforman esa papilla en miel que dan a la reina y a los escamoles. Para entonces, si la reina no se ha muerto de hambre, el nuevo hormiguero empieza a crecer; más, si la reina no sobrevive, el nuevo hormiguero se muere. Si el lugar es apropiado para que las hormigas se multipliquen, cuando los años son buenos, aparecerán nuevamente las hormigas aladas para poblar otros lugares y crear más hormigueros.

—Las hormigas son un buen ejemplo de sociedades muy bien organizadas. En muchos aspectos se parecen a las sociedades de los hombres. Tienen un poderoso tlatoani que se dedica a tener un montón de hijos que lo protejan, nodrizas como las señoras que han visto que arreglan y cuidan la casa de Ixtlixóchtli, guerreros como los caballeros águila y los caballeros tigre, y las obreras como los mayequés y tlalmaites que cuidan y cultivan las tierras de los tecuhtli. En los hormigueros, cada individuo nace y se desarrolla para ocupar

el lugar que su naturaleza determina.

—Al medio día interrumpimos el trabajo. Mientras los niños acarreaban desde la casa un poco de leña, me puse a acomodar el fogón que estuvo debajo de la retama desde antes que llegáramos. Aun cuando comer en la casa sería más cómodo siempre preferí hacer almuerzo fuera, de ésta manera, los niños y yo misma nos imaginamos disfrutar de un día de campo, el trabajo se nos hace más agradable, pero sobre todo, convivimos más. Casi siempre llevamos comida para calentar, esa vez el jarrito tapado con hojas de mazorca de maíz secas, después de ser calentado rebosaba un guisado pescaditos quelites con chile, tomate verde y tortillas de maíz amarillo aun calientes en su atado de mantas. El guisado, ya caliente lo vaciaba a poquitos, según se iba consumiendo, en una cazuelita utilizada como plato, de donde, después de agradecer el sacrificio al pescadito, a los tomates, al chile y el maíz: el prestarse para servir de alimento a los hombres se consumía entre fiestas de los niños. El hambre estrujaba el estómago de Itz que apremiaba a Coyote para que empezara, pues era el hombre de mayor jerarquía para que hiciera los honores a la comida y a la cocinera. Cortábamos pedacitos de tortilla con los que cuchareando el guisado sin manchar el mantel, así, regando los bocados de vez en vez con el agua endulzada de la calabaza, íbamos dando cuenta del “manjar” según los niños.

—Coatlali empezaba a comer sola y el complicado proceso de hacer la cucharilla con la tortilla le resultaba difícil, así que prefería que le elaboráramos, Itz o yo un taco con sustancia y carne o pescaditos del guisado.

—Te digo Itzcoatl, ya los niños no lo son más, analiza esto que me dijo Coyote.

—Más o menos, a la mitad del almuerzo, rompiendo el silencio que se produce hasta saciar el hambre, inició un relato que en apariencia no tenía nada que ver con lo anterior.

—“Lo más importante en la vida es el agua. Se acuerdan que papá nos contó del pueblo de los abuelos antiguos que desapareció porque no llovió en mucho tiempo... ¿Mamá, cómo es que se llamaba?” Teotihuacan, le respondí.

—“Ese. Y que se vinieron para Texcoco buscando agua. Si hubieran entendido, como mamá, las señales de las hormigas, tal vez no hubieran tenido que abandonar su ciudad. Por eso, los acolhuacanos le damos mucha importancia al agua, hasta hay jueces como el tío Cacaxtli, el hermano de mi abuelito que hace el tandeo del agua en Tlaixpan. En el canal pone una jícara que tiene un agujerito, cuando se llena la vacía y pone una piedrita en otra jícara, cuando la jícara de las piedritas llega a la cuenta que le toca a la parcela, corta el agua del canal principal para los otros canales: qué tantas piedritas para los de La Loma y corta del canal que lleva el agua a La Loma pasándola al canal del Ahuehuete y a medir y contar nuevamente, para terminar, deja pasar el agua para el canal que llega a Texcoco. Ese es su trabajo de todos los días”

—Sorprendida de la clase de leyes de agua que Coyote nos acababa de dar le dije, “tienes razón hijo, el trabajo del tío Cacaxtli es muy importante para que las gentes no desperdiciemos el don que la Diosa Cuatlicue nos regaló en el agua”. Mientras conversábamos, íbamos recogiendo manteles y acomodando cacharos sucios en el itacate para reiniciar la interrumpida labor.

—A media tarde, terminando con lo programado para el día, recogimos las herramientas, el itacate y la calabaza. Tomé a Coatlali de la mano y cansados pero felices nos dirigimos a la casa. Nos aseamos, el torso y las piernas con el agua que sacábamos del canal usando la misma antigua jícara, creo que es el único cacharro que nos queda de aquellos que encontramos en la casa la primera vez que dormimos juntos. Constantemente les recomiendo a los niños “procuren que el agua ensuciada se valla hacia los cultivos, no la regresen al

canal porque enferma el agua del canal general, del que todos hacemos uso” pues frecuentemente se les olvida. Con el sol de media tarde dando en sus espaldas, los cuerpiitos humedecidos de mis hijos parecían esculturas de bronce brillantes de gotas de agua y piel limpia. Entré a la casa a preparar la comida para la merienda y a recibir al señor Itzcoatl. Mientras, afuera de la casa, Coyote e Itz armados con palos que simulaban macanas de obsidiana se enfrascaban en incruentas batallas entre él caballero hormiga-tigre y él caballero hormiga-águila. Así se pasó el tiempo entre chacota, discusiones y golpes de macana sin que al final se dilucidara un vencedor.

La Tercera Invasión.

Las aventuras con la mamá despiertan la imaginación de los niños esperando al papá para que les aclarara interrogantes o simplemente para disfrutar de otro relato. Itzcoatl hizo una costumbre complementar el relato con historias cuyo tema basaba en el relato de Papalotzin. La historia que hizo a su familia fue sobre la tercera vez que fue invadido el Acolhuacán.

—Al llegar del trabajo los niños discutían. “¿Qué les pasa a estos caballeros leones?” Les saludé.

—“No somos caballeros leones: Itz es Él Caballero Hormiga-Águila y yo soy Él Caballero Hormiga-Tigre” aclaraban a éste ignorante padre que acababa de llegar.

— “Ustedes perdonen” les respondí, entré a la casa, había sido un día de muchas reuniones pero todo había salido bien te saludé más efusivo que de costumbre preguntándote: “¿qué es eso de caballeros hormiga?”

—Me informaste los detalles de los sucesos de la mañana. Te respondí “los dejaste muy impresionados, durante la cena me coserán a preguntas relacionadas con tú cuento”.

—“Bueno señor Itzcoatl” me dijiste sentenciosa “he cumplido con mi deber, ahora le toca a usted. Así que prepare una buena historia que como dice, los niños lo coserán a

preguntas..., y ¡yo también! Y no me dirás no”.

—“¿Yo que sé hormigas que tú no les hayas contado?” te repliqué. “Pues nadie te pide que hables de lo mismo” me advertiste con la vocecita cantarina que usas cuando estás de buen humor.

—Nos avisaste que la merienda estaba dispuesta. Nos acomodamos en la forma usual, tú con el fogón a la derecha y Coatlali a tu izquierda, junto a ella Itz quien siempre te asiste, Coyote y yo terminando el círculo. Agradecemos los alimentos y la excelente cuchara de la señora de la casa. El terminar la siempre exitosa merienda, con la mirada maliciosa de unos ojos en los que brillaba una segunda intención, animaste a los niños para que pidieran una historia.

—Está bien, les dije, pero primero quisiera saber lo que hicieron en la mañana. Los niños que poco necesitan, me contaban al mismo tiempo, cada uno su versión corregida y aumentada de los acontecimientos matutinos. Entre lo que pude entender era que habían encontrado en el hormiguero de la huerta una gran cantidad de hormigas rojas voladoras. Uno gritaba, el otro hacía aspavientos con las manos con el objeto de ganar mi atención, la otra miraba a Itz.

—“Vamos por partes”, les dije, o le pido a Coatlali que me diga que paso.

—“¡No papá! No le pidas que te cuente, lo hace bien pero tan despacito que nos desespera” respondió Coyote. No obstante, la anunciada sugerencia sirvió para que el entusiasmo de los niños se moderara y la conversación discurriera más ordenadamente.

—Entre los tres contaron e inventaron acontecimientos, a los que respondía afirmativa o negativamente según entendiera qué debería responder.

—Hubo un momento de sosiego en la explicación de los

niños que aprovechaste para insistirme en que les hiciera un relato. Hasta ahora entiendo siempre estás ávida de conocimientos, siempre interesada por aprender, y Papalotzin: te lo agradezco mucho.

—Esta vez animaste a los niños sugiriéndoles “pregunten a su papá que sabe de los pueblos que se comportan como las hormigas” Ellos sabían que algo les iba a contar, pero animados por su mamá exigieron a grandes voces y gestos una historia con título.

—Para molestarlos en broma, me hice el remolón, cuando empezaba el desorden de exigencias a grandes voces dije “bueno, ayudemos a su mamá a levantar manteles, nos aseamos, mientras hacía señas ha Coatlali quien mostraba una granujenta mascara de papilla de caldo de frijol y tortilla, resultado de querer comer sola. Todos reímos pero la más animada fue la niña al sentirse el centro, origen y destino de tanta atención.

—“Los espero afuera” fue como la llamada a acción, según se fueron aseando iban llegando al poyo, de último apareciste cargando a una niña perfectamente aseada y llevando mantas para el frío, previniendo una dilatada historia. Era lo usual.

—Empecé de la siguiente manera:

—Lejos, mucho más lejos de lo que podemos ver, más allá del horizonte, donde el sol se pierde en el mar, les señalaba hacia el poniente, habitaba un pueblo llamado Teoculhuacan o Pueblo De Los Que Tienen Abuelos Divinos o Hijos De Los Dioses, cada vez que hablo de esto me incomoda un poco y lo hago como repitiendo una mala lección aprendida a fuerza. Como si los acolhuacanos no fuéramos también hijos de los mismos dioses. Aquella vez noté que agrandaste los ojos y erguiste el tronco, señal inequívoca de que estabas dispuesta a intervenir, habías adivinado que pensaba hablar de los aztecas, tema que me irrita. Así me indicabas que te mantendrías

expectante por sí decía algo impropio para los niños. Al verte tuve que relajarme para poder hacer un relato objetivo y ameno, pues es estresante estar anticipando palabras.

—Retomando el cuento. Ese pueblo estaba en una isla, cerca de la costa llamada Aztlán, que quiere decir lugar donde habitan las garzas... ¿Entonces, cerca de Texcoco también es Aztlán? No Itz, las garzas viven cerca del agua por eso hay tantas en Texcoco, pero no era el Aztlán de la historia, sin embargo, lo que dices tiene mucha importancia en los acontecimientos.

—El pueblo de Aztlán creció como la hace un pueblo sano, tanto que la isla ya no pudo mantenerlos a todos. Una noche, él jefe soñó con una inmensa laguna con una isla que tenía en medio un nopal y en ese estaba posada una águila apretando con sus garras una serpiente de cascabel que se retorció queriendo liberarse.

—Consultó a los augures y los astrólogos que interpretaron el sueño de la siguiente manera: el águila representa al pueblo de Aztlán que debe mirar a las alturas y emprender un viaje; la laguna representa el agua que da sustento al pueblo de Aztlán; el nopal significa las penurias que deben pasar los aztlantecos antes de encontrar el lugar; y la serpiente de cascabel, que dominaran a los pueblos del orbe.

—Resumiendo, deberían emigrar hasta encontrar el símbolo que vio el jefe en su sueño. El juicioso jefe ordenó que el pueblo debería separarse, él junto con los mayores y los primogénitos se quedarían en Aztlán, el resto bajo las órdenes de su hijo preferido deberán emprender una caminata hasta encontrar el símbolo de la tierra prometida, establecerse y regresar por los que quedaran. Fijaron fecha para el viaje, se determinaron los grupos y se inició la gran odisea de los aztlantecos.

—Vagaron por muchas tierras, por varias generaciones,

sufrieron las penurias de la trashumancia donde la escasez es la perenne acompañante. De pacíficos pescadores y recolectores se transformaron en torpes cazadores y fieros guerreros, habilidades que utilizaban eficientemente, la primera para procurarse alimento y la segunda para robarlo a otros pueblos si era necesario.

—En ese tiempo, los pueblos cercanos al lago de Texcoco, y las costas del sureste habían desarrollado una agricultura eficiente. Se recuerdan que para nuestros ancestros más viejos era más fácil quitarles la comida a los osos, lobos y coyotes que cazarla. Los aztlantecos se la quitaban a los cazadores que seguían a las manadas. Este continuo batallar les servirían en sus futuras conquistas. La determinante acción de los hombres, más fuertes que las mujeres en la sobrevivencia del pueblo influyó en crear una sociedad marcada por el poder del hombre y la divinización pasiva de la mujer como vientres, cuidadas y adoradas como diosas madres productoras de aztlantecos.

—Un pueblo trashumante, en constante peregrinación no podía almacenar comida, vivían totalmente al día, debían cubrir sus necesidades de sustento y abrigo con lo que encontrarán, por esto, se desarrollaron como magníficos guerreros que quitaban o exigían, como un ejército en campaña, comida y sustento de los desafortunados pueblos que desgraciadamente se cruzaban en su paso. Los despojaban de los pocos bienes que tenían, su necesidad de alimentación los hacía comer los cuerpos de los enemigos que caían en la batalla y se robaban a las niñas y doncellas para cubrir sus necesidades de madres. Era común que un hombre tuviera varias mujeres de diferentes orígenes. Este periplo duró lo suficiente para formar una raza de eficientes y despiadados guerreros; y una sociedad fundamentada en el poder físico masculino y la capacidad reproductiva de las mujeres. En suma, una casi perfecta maquinaria humana de sobrevivencia. Muy parecida a la sociedad de una hormigas que existen en los

bosques del sur que no hacen hormigueros, se mueven para conseguir alimentos de plantas o animales que atrapan y se detienen apiñándose en los troncos de los árboles para reproducirse.

—Cuando estos aztlantecos se acercaron al lago, el país estaba dominado por los chichimecas, como vimos, un pueblo que había vivido, hasta hacía poco tiempo, en la trashumancia, por esto sabía que el enfrentarlos era peligroso. Los exploradores aztlantecos habían explorado los territorios aledaños al lago de Texcoco, en un islote del lado poniente llamado Chapultepec, tal como decía la profecía, vieron un águila posada en un nopal devorando una serpiente de cascabel.

—Uno pocos se quedaron haciendo guardia otros fueron a dar la buena nueva a los compañeros de la tribu. También informaron que habían visto muchos pueblos muy bien contruidos, con mucha gente que seguramente no podría vencerles en batalla. El jefe y sus generales establecieron un plan: asolarían con crueldad a pueblos pequeños que no estuvieran cercanos al lago para no provocar represalias inmediatas pero no tan alejados que las noticias no alarmaran a los jefes chichimecas. Se fueron aproximando poco a poco al lago, para sentar reales en el islote donde vieron al águila posada en un nopal.

—El selvático islote de Chapultepec poseía además características que lo hacían un sitio perfecto, primero para la invasión y después para asentar reales en la defensa. Por el sur estaba defendido de manera natural por la lava que arrojó el Xitle imposible de atravesar por un ejército. Al este y norte el lago, al poniente una pequeña entrada que en marea baja podría cruzarse sin mayor dificultad. La población más numerosa se encontraba lejos, de manera que cualquier movimiento de tropas era percibido fácilmente.

—Los dioses estaban a su favor, pero un gran guerrero sopesa las ventajas y desventajas de las acciones que va a tomar. El jefe, apoyado por su estado mayor, decidió la estrategia. Al igual que hormigas, levantarían el campamento de madrugada, caminarían a paso ligero para entrar al lago con la marea baja, de esos movimientos de las aguas sabían bien los aztlantecos.

—Así lo hicieron, se levantaron cerca de Toloacan y amanecieron en Chapultepec. Cuando algunos pescadores se dieron cuenta e informaron en Azcapotzalco los aztlantecos ya habían tomado el campo.

De ésta manera, las gentes provenientes del país de Aztlán o Teoculhuacan se asentaron en Chapultepec. Cambiaron su nombre por aztecas. Armaron de un día para otro un poblado, en medio de pueblos bélicos y hostiles regidos por gobernantes chichimecas por lo menos tan eficientes y dotados para la guerra como los Aztecas, los tecpanecas más próximos a Chapultepec y por consiguiente el de más peligro, los colhuas, los xochimilcas y muchos más y muy antiguos del valle de México. En el selvático Chapultepec de la noche a la mañana, como cosa de magia, se asentó un pueblo de fieros guerreros, de mayor estatura, de tez más oscura, de mayor fortaleza, cabeza poco más alargada, ojos negros, nariz ancha, y cara con pómulos poco acusados y nulos rasgos mongólicos, escasamente vestidos y de temibles armas y catadura.

—La tensión con que iniciaste se fue diluyendo a medida que relataba como un cuento la historia de los habitantes del Aztlán —comenta Papalotzin, a su esposo regalándole una amable sonrisa para animarlo a continuar.

—Los pocos recursos de los aztecas se agotaron, ante el hambre eminente y su poca experiencia como agricultores se dedican a la caza de aves, y al oficio casi olvidado de la pesca, a la caza en los bosques del norte del lago, complementados

con el robo en los pueblos aledaños pequeños. Por el tiempo que un niño tarda en hacerse hombre los aztecas se mantuvieron al límite de la confrontación. Cuando los hombres jóvenes quisieron casarse, sus padres habían copado a las mujeres jóvenes y viejas. La nueva generación fue obligada a buscar mujer fuera de la tribu, respondiendo al instinto desarrollado por las generaciones de trashumancia, los jóvenes asolaron a los pueblos vecinos con raptos de mujeres. Cuando lograron poder pidieron al señor de Culhuacan a su hija para forjar una alianza mediante el matrimonio con el jefe azteca. El señor de Culhuacan aceptó. Sin embargo, los generales aztecas la sacrificaron a sus dioses convirtiéndola en La Diosa Madre Tosí iniciando una época de guerras y terror de sacrificios humanos nunca antes vivida en estos valles.

—La cultura bélica de los aztecas les permitió darse cuenta de la situación caótica del valle de México, guerras se hacían entre pueblos gobernados por chichimecas o no tan chichimecas a quienes siempre les faltaban soldados. Los generales aztecas primero se ofrecieron como mercenarios a los tlatoani más poderosos, a medida que conocían el campo de batalla y se hacían fuertes fueron declarando sus propias guerras. Equilibraron fuerzas contra los chichimecas apareciendo las alianzas matrimoniales como sistema para concertar compromisos entre hijos e hijas de poderosos, aunque como vimos, no eran garantía de lealtad.

—Tantas fueron estas alianzas que las stirpes chichimeca y azteca se confundieron no obstante las detalladas genealogías que llevaban los codificadores, generalmente de descendencia tolteca. Estos dos pueblos conquistadores, tuvieron la visión de aliarse en vez de oponerse abiertamente, formaron una coalición terrible y despiadada que amplió de manera importante el inmenso territorio previamente dominado por los chichimecas.

—El doble concierto de las leyes dictadas por los

Chichimecas mantuvo a la clase productiva de los maceguals esencialmente sin cambios, formados en una cultura de agricultores arraigados, al igual que el maíz a sus tierras, formaban en los pueblos de comunidades muy hermanadas y estables, donde todos se conocían, no necesitaban registros de tierras o hijos, se sabía quienes eran los padres de cada ciudadano y los límites de sus propiedades, así que no desarrollaron un método de escritura práctico. Con la conquista de los chichimecas, los registros de genealogías paternas se hicieron importantes, un tecuhtli unido con dos o tres esposas y otras concubinas podía tener muchos hijos potenciando sanguinarios conflictos fratricidas por alcanzar el poder. Para evitarlos, requería que los nacimientos fueran registrados por fechas, padres y madres para tener una cronología de calidad. Si por ejemplo el tlatoani de Texcoco tenía por esposa principal a la hija del tlatoani de Tlatelolco y como segunda esposa a la hija del Tlatoani de Chalco, ambas uniones concertadas para establecer una alianza. Esto es, el tlatoani de Texcoco era aliado del tlatoani de Tlatelolco y del tlatoani de Chalco. Si sobrevenía una guerra entre Tlatelolco y Chalco, el Tlatoani de Texcoco deberá inclinarse por la patria de su esposa principal, esto es, de Tlatelolco, con él que ganaba o perdía. En todo caso, debería demostrar la descendencia que lo emparentaba y la contraria.

—La estrategia de poder de los aztecas fue establecer alianzas mediante uniones formales, primero con los descendientes de chichimecas con cuyas costumbres diferían principalmente en el sacrificio ceremonial de humanos. De ésta manera, el gran territorio conquistado por los chichimecas pasó a ser gobernado por algún descendiente azteca, a la vez que había desarrollado un ejército de descendientes, todos ellos con aspiraciones al poder. La misma técnica emplearon con pueblos importantes allende las fronteras chichimecas, así que no debe extrañarnos que las conquistas aztecas hayan abarcado un inmenso territorio con una única capital, Tenochtitlan.

—Los conquistadores primero chichimecas y después aztecas adquirieron de la firme cultura autóctona lenguaje y religión ampliada con deidades propias o desvirtuadas según sus conveniencias. La firme cultura agrícola de los naturales texcocanos hizo que sus leyes prevalecieran, posiblemente por una resistencia de los naturales o la complacencia de los conquistadores, primero chichimecas y después aztecas. Este doble concierto mantuvo firme la cultura autóctona en los maceguals, una clase económicamente fuerte que se regía con leyes que no se diferenciaron mucho de las anteriores a las impuestas por los conquistadores. La razón era estrictamente mercantilista, dentro de la clase de los maceguals se agrupaba el conocimiento técnico en agricultura, alfarería, textiles y otras menos artesanales como la herbolaria y la astronomía, esto es, el soporte cultural y económico de la clase pilli especializada en regir los pueblos mediante el poder del miedo. Como siempre, las clases bajas son las más perjudicadas, pues una parte importante de los impuestos que los pueblos con dirigentes aztecas o aztequizados deben entregar al gobierno central es en vidas humanas, de mayeques y tlalmaites que son utilizados en labores comunales, haciendo templos, acequias y palacios de señores. Cuando estos pobres dejan de ser útiles, se enferman o hacen viejos, los sacrificados junto con los prisioneros de guerra en festejos ceremoniales a dioses viciados, en verdaderas orgías de sangre.

—El poder ha ensoberbecido a los dirigentes aztecas o chichimecas-aztecas a tal grado que los emperadores, reyes, señores, tlatoani o huei-tlatoani como quiera que se les nombre, han creado una influyente sociedad sacerdotal dentro de la clase pilli con el objeto de que los jerarquicen como dioses terrenales a los que se les debe adoración y sumisión absoluta. Lo más siniestro en toda esta danza de poder es que los codificadores y relatores, refieren, relatan y escriben lo que quiere oír el huei-tlatoani en turno, aduladores que aztequizándose pretenden formar parte de la clase pilli. ¿Cómo

van a calificar los hijos de nuestros hijos a esta o estas crueles razas que han conquistado a todo el mundo conocido mediante, el poder de miedo; que han edificado magníficos templos dirigidos por Toltecas y construidos mediante la fuerza laboral de esclavizados mayeques y tlalmaites; que han dirigido en su provecho queriéndolo o no los documentos, relatos e historias? El tiempo lo dirá.

—Papalotzin, quedan pocos acolhuacanos que no han sido influenciados por las costumbres y la religión Chichimeca-Azteca. Constantemente amenazados por el hambre de poder de los señores como Tezozómoc señor de Azcapotzalco y por la misma sed de poder que han despertado en algunos señores acolhuacanos como el señor de Chalco. Y lo más desesperanzador es que hay que adaptarse a los cambios para sobrevivir con dignidad. —En éste punto, Itzcoatl, con los ojos rasados en lágrimas de rabia e impotencia, posó su mano sobre las de Papalotzin, esperando protegiera a sus hijos de un designio maligno. Papalotzin percibió el fuego de angustia, rabia e impotencia que en este momento consumía el alma de su esposo y tiernamente desprendió la mano que le tenía cogida Itzcoatl, para tomarla entre las suyas dándole a entender que compartía desde su punto de vista femenino la espada de Damocles que pendía sobre la cabeza de sus hijos, más directa sobre Coyote por la cercanía a Ixtlixóchtli, pero que unidos, la enfrentarían con sus mejores armas y sobrevivirían.

—Ese día terminamos la charla tarde y con melancolía. No puedo sustraerme a la rabia, impotencia y frustración que ésta a situación me causa —Itzcoatl trataba de concluir el episodio— ya vez, Papalotzin, me siento frustrado, y en nada contribuyo a que dejes la melancólica. Reconozco que me equivoqué cuando les dije a mis hijos que “en este momento era preferible ser pilli” pues no, Papalotzin, esto no es verdad, al menos a esta clase pilli a la que pertenezco. A la vida le reprochas frecuentemente la actitud opresión y oprobio que los hombres

han mantenido sobre las mujeres, sobre todo en privarlas de una educación de primera y en eso tienes razón. Pero nunca Papalotzin, nunca debes decir que yo tengo más cultura que tú. En esto estas completamente equivocada, no sabes cuanto te envidio cuando llegas del campo con tus hijos, vienen llenos de la sabiduría que les trasmite solamente por el hecho de estar juntos. Según dicen yo soy descendiente del primer hueitlatoani chichimeca, pero esto no me hace culto, a los chichimecas y aztecas no nos gustan las labores del campo ni somos hábiles artesanos, nuestra cultura si puede llamarse así, era de cazadores convertidos en guerreros, o sea una cultura bélica, por tanto vejatoria y opresiva. Ustedes los maceguals en cambio, tienen una cultura que les viene desde los copilcas pasando por los teotihuacanos y ahora de los pocos toltecas preparados que quedan, una cultura de paz y progreso. Y tu cultura Papalotzin será la que permitirá a los acolhuacanos persistir como raza a través de los tiempos. Mi cultura, si así se puede llamar, es oprobiosa, Papalotzin soy instruido, en el Calmécac me enseñaron muchas cosas que relato a ti y a mis hijos pues es necesario estar enterado de los adelantos de la humanidad, pero no me han hecho culto, me han hecho un hombre instruido en las ciencias y técnicas que ha desarrollado el hombre. Me enseñaron la técnica de sembrar maíz, cultivarlo y cosecharlo y se las enseñó a los hijos de personajes pilli a quienes no les interesa, como no les interesó a sus padres, pues ni ellos ni yo sentimos cariño por la el grano que estudiamos. Para mí no hay espectáculo más grandioso que verte con tus hijos, agachados en el maizal, quitando las hiervas, levantando las que se maltratan, cosechando, escogiendo simiente, tomando cada grano como si lo acariciaran o con tú mamá en el telar produciendo bellos lienzos. Y eso Papalotzin, es cultura para crear y no para destruir.

—No puedo decirte que me atrajo de ti, pero si sé que te admiro porque puede crear y transformar lo que tocas. Te aseguro Papalotzin, que tú cultura está plantada en el alma de

nuestros hijos y sobrevivirá a través de generaciones y tiempos. La mía durará el tiempo que otra más poderosa la derribe del endeble pedestal en que se ha cimentado.

El Cazador del Rayo y La Encantadora de Serpientes.

Cada vez que Itzcoatl profundiza en temas que involucraran a aztecas o chichimecas aflora su resabio, encuentra reprobables algunas de las costumbres impuestas a los naturales conquistados. Aun cuando su esposo se incomoda Papalotzin no se lo evita, considera que una buena educación para sus hijos incluye también cosas desagradables. Lo tranquiliza haciendo que la acompañe a la habitación de los niños a revisar los vestiditos que llevarían a la fiesta. Hablaban, o más bien habla Papalotzin de cómo tiene planeado arreglarlos, poco a poco Itzcoatl entra en paz. Los vestiditos les traen a la memoria momentos dramáticos y peligrosos.

—Recuerda Itzcoatl el año pasado, acercándose la fiesta de los muertos, después de la celebración de Xipe, cuando estábamos listos para cosechar y vender el cempasúchil.

—Claro que me acuerdo, el día que no interpretaste a tiempo el mensaje de las ranitas debajo de la tierra cantándole a Tláloc prediciendo la tormenta —responde Itzcoatl de manera sincera, sobre una cualidad de Papalotzin que suele tomar en broma.

—Itzcoatl, te estás burlando porque no crees que escuché a las ranitas en sus madrigueras cantarle a una lluvia que se avecina, aunque he dado pruebas suficientes. Esta vez no lo

tomaré en cuenta —el tono veraz de su esposo no fue suficiente para borrar los comentarios bromistas anteriores.

—Ese día por la mañana salí acompañada de mis pequeños a la huerta equipados como siempre: Coyote con las herramientas, Itz con el itacate y la calabaza del agua, Coatlali con un ayate al que le puse cualquier cosa, creo que era una jícara, ya quería ayudar. El programa era dar la última labor al cempasúchil y dejarlo listo para cosecharlo y venderlo en el mercarolo de Texcoco el día de muertos. También cosecharíamos unos ejotes que estaban en su punto. Hasta el almuerzo nos dedicamos, al cempasúchil; quitamos los botones irregulares, recogiendo los pompones adelantados que dábamos a Itz para que los colocara en una olla con agua a la sombra de la retama, con estos adornaríamos la casa y los sobrantes se los regalaría a las vecinas. La retama por sí misma era un espectáculo con la floresta cargadita de vainas café que se abrían si las tocábamos.

—Se llegó el momento del almuerzo, chachareando disfrutamos como plato principal gusanos de maguey abundantes en esta época, complementados con uno frijoles preparados con epazote y verdolagas, las concebidas tortillas y una agua endulzada con jugo de caña de nuestro hasta entonces lozano maizal de granos azules, hijos de aquellos que nos regalaron cuando nos casamos. Como siempre, Coyote molestaba a Coatlali quién le respondía con el enfadoso sonsonete “ya Coyote, no me molestes”. Itz la defendía con uno u otro comentario y la asistía para que comiera sola. Así, agregando pocos de comida a la cazuela, gozaba de la sana algarabía de mis hijos.

—Nuestros hijos Papalotzin, ¡nuestros hijos! —aclara Itzcoatl, su importante participación.

—Me perdonas Itzcoatl —responde Papalotzin en tono firme— cuando vamos al campo son mis hijos, cuando te los

llevas a casa de Ixtlixóchtli son tus hijos y cuando estamos juntos en casa son nuestros hijos. —Itzcoatl no encontró respuesta apropiada a tan determinante lógica.

—Después de una plácida sobremesa, levantamos manteles para emprender con renovado brío la segunda parte del programa. Habíamos cosechado unos pocos ejotes cuando un murmullo subterráneo hizo que detuviera la labor “¡guarden silencio y escuchen! ¿Qué oyen?” pregunté a los niños. “Yo nada” dijo Coyote. “Yo tampoco” se sumo Coatlali”. “Yo escucho como grillitos, pero lejos, vienen de allá, por las raíces de la retama” dijo Itz.

—¡Hijos, se nos viene encima una tormenta! Levantemos las cosas y corramos a la casa! Les apresuré. “¡Pero aun no terminamos” replicaba Coyote. Les insistí con tono firme “apuremos hijos viene una gran tormenta”.

—¡Fue cuando oíste a las ranas bajo la tierra que predican el agua! —afirma Itzcoatl nuevamente en tono crédulo.

—¡Ho Itzcoatl! Las personas sensatas no se burlan de aquellas que tienen un don especial que ellos no entienden —Nuevamente Papalotzin malinterpreta el comentario de su esposo—. Tómanos en serio, también Itz las escuchó como grillitos, será intuición, o un sexto sentido que nos habla en la mente. En todo caso, no tienes por que creernos, pero tampoco criticarnos.

—He tratado de creerte, es que me resulta inverosímil. Le pregunté a Itz y me respondió que escucho grillitos y no ranitas.

—¿Le preguntaste al niño? ¡Y aun así no nos crees! ¡Itz nuestros hijos no mienten!

—Papalotzin te doy la razón pero has mal interpretado mis comentarios, el niño me convenció diciéndome que nunca le

has hablado de tú don. Pero debes reconocer que no tiene sustento lógico.

—Itzcoatl, ¡voy a continuar! —advirtió Papalotzin en tono claro para que su esposo ya no la interrumpiera, al menos, no con lo mismo—. Estábamos rejuntando los bártulos de labranza y los cacharros del almuerzo cuando se escuchó un profundo barruntar de nubes empujadas por fuertes vientos y listas para descargar granizo. Mi ansiedad los hizo actuar con torpeza: Coyote al recoger pala y azadón golpeo a Coatlali que se puso a llorar; Itz tomó el itacate con tal violencia que los cacharros salieron despedidos hasta la atarjea. Nos tranquilizamos dándoles instrucciones cortas y precisas.

—La velocidad del viento aumentaba por momentos, el cielo se fue ennegreciendo y barruntando cada vez más fuerte, los potentes retumbos de las nubes se hacían sentir en el pecho. Aupé a la niña ayudando como podía a los niños los apresuraba a dirigirnos a la casa.

—¡Corran hijos corran! Los urgía con voz firme. Coyote llegó primero, abriendo con un empujón a la puerta con tal violencia que se regresó golpeándolo sin más consecuencias que un aparatoso aventón.

—Itz, con su carácter protector corría atrás de mí, a una velocidad que el peso de la niña hacía angustiosamente lenta.

—Nada más entrando a la casa un estruendoso rayo cayó sobre la encina del patio explotándola en mil pedazos, uno grande rompió el techo de la casa. El rayo en la tierra, produjo culebrillas eléctricas que iluminaron la penumbra de la casa de azul eléctrico.

—Itz saltó sobre un banquito de madera instantes antes de que una centella los llenara de luz y lanzara violentamente contra la pared. Cuando pienso en ello y cierro los ojos veo a Itz volando por los aires, resplandeciente de viborillas

eléctricas que le corren por todo el cuerpo y el pelo tieso.

—Sin soltar a la niña fui a auxiliar a Itz esperando lo peor; Coyote se me adelantó.

—Itz reacciono instintivamente irguiéndose como un resorte exclamando en voz alta y temblorosa: “¡no me paso nada! ¡No me paso nada! ¡Estoy bien!”.

—Coyote lo palpaba por todas partes confirmando: “¡no tiene nada mamá!”. Ante lo inesperado e impactante del suceso, los nervios, pedían un escape que Coyote encontró diciéndole a Itz: “¿qué se siente volar como un azulejo? —haciendo un símil con el pájaro endémico del valle de Texcoco, de plumaje azul cobalto y negro.

—La ocurrencia fue una válvula de escape provocándonos carcajadas nerviosas que acabaron contagiando a Coatlali que con ambas manitas acariciaba a Itz apenas rozándole el brazo y pecho, tal vez buscando por donde entraban y salían las culebrillas azules del cuerpo de su querido hermanito.

—Itz muy orondo exclamó: “ya tengo otro nombre que agregarme. En adelante me llamaré El Cazador de Rayos” que armó en su propia versión como Amincatláloc.

—Los barruntos se hicieron tormenta, con una pavorosa andanada de rayos seguidos de truenos y atmósfera electrizada que oscureció la tarde. Parecía que el cielo se caía en pedruscos de granizo que al rebotar en el techo de la casa trasmitían un ensordecedor tamborileo. La fría ventisca, se colaba por las hendiduras de puertas y ventanas bien atrancadas produciendo un macabro ulular.

—La misma violencia con que el cielo parió su tormenta de destrucción, hizo que durara poco, escampando tan rápido como se inició, el sol volvió a brillar con más intensidad reflejado por la blanca sábana de granizo que todo lo cubría.

—Con cuidado abrimos una ventana y como no llovía los niños, siempre dispuestos a disfrutar salieron a jugar con el granizo. ¡Mamá, mamá ven a ver! Me Gritaban, del cielo ha llovido granizo y leña.

—Salí con la niña en brazos. Lo que vi me parecía imposible, el piso blanco de granizo tachonado de trozos de madera y ramazón chamuscada.

—El penetrante olor a azufre me izo volver la cara hacia el lugar donde la encina se plantaba. Ésta, por increíble que pareciera, había sido reducida a un humeante tocón chamuscado; la violencia del rayo la había explotado en miles de trozos, ramas y astillas, algunas aun humeantes, esparcidas en un gran círculo.

—Al ver aquello me estremecí al sentir lo cerca que rondó la muerte en nuestra familia. Elevé una oración de agradecimiento a la magnanimidad de Monoyocoyani.

—El frío terminó por empujar a los niños al interior de la casa. Coyote, meditando sobre lo que nos había ocurrido, me preguntó: ¿mamá, cómo supiste que se venía esta tormenta tan fuerte que nos destrozaría la encina?

—Él ahora Amincatláloc, se arrimó al hermano para poner atención a la explicación. Antes, me puse a revisar la hamaca de Coatlali, la misma que usaron los niños de pequeños para tenerlos vigilados mientras trajinaba. Cerca del fogón y lejos del humo. Coatlali ya no la usa pero se ha quedado por esas cosas de que no estorba o la uso para poner alimentos que se consumirán pronto. Comprobé que estaba bien fija y con las mantas secas acomodé a la niña para liberarme las manos; de manera metódica ayudada por los niños fuimos recogiendo y acomodando la casa mientras les explicaba, con voz tranquila y ligeramente enronquecida, por una sequedad de boca que no me quitaban los sorbos de agua.

—Hijos, ¡No lo puedo explicar con claridad! Muchas veces los acontecimientos se presienten de tal manera e intensidad, que parece que uno ya los ha vivido. Una voz interior te dice ‘¡corres peligro!’. Las mujeres poseemos una intuición especial para presentir el peligro que amenazan a nuestra familia. Bajo estos impulsos, actuamos dirigidas por una silenciosa voz que nos dice exactamente que debemos hacer para salvaguardar la integridad de los seres que amamos, muchas veces sin meditar en el peligro que nosotras mismas corremos. Por esto hijos, la respuesta más honrada a como presentí los acontecimientos es:

—¡Qué no lo sé! Sólo actué. “Tal vez mi papá si lo sabe y nos lo explique” expresó Coyote con su ansiedad de encontrarle razones a los acontecimientos.

—Algunas veces los hombres también presentimos el peligro para nuestras familias —Itzcoatl intervino para continuar la descripción de lo que a él le sucedió.

—Sin motivo me entro un desasosiego que me obligó a regresar más temprano que de costumbre. La tormenta me alcanzó a la entrada del pueblo, venía en alegre charla con amigos y vecinos que se fueron agregando en el camino de regreso a sus casas. Uno comentó “barrunta por el lado de los volcanes” señalando en dirección Sureste. “Y el viento se adelanta frío” recalcó otro. Yo, oteaba el cielo y participaba en la conversación pensando que en ese momento la familia estaba en la huerta cultivando el cempasúchil o recogiendo ejotes. Conocía del peligro que corren, aquellos que no tienen el juicio de resguardarse de las tormentas, mas no me preocupé pues sabes mucho de eso.

—El primer estruendo nos tomó entrando al pueblo, una mujer nos abrió la puerta de su casa gritando “¡pasen! ¡Pasen! Que se viene la tormenta”. Aceptamos saludando apresuráramos al entrar. Era natural que la charla discurriera sobre las tormentas que azotaban la sierra de los volcanes: “si

no falla, cuando el viento viene de los volcanes y el cielo barrunta, tormenta segura”. El compañero que aparentaba más edad, hacia enumeración de las tormentas que había pasado en su vida. Indefectiblemente, la conversación derivó hacia relatos trágicos: “se acuerdan, que hace algunos años” dijo la dueña de casa “un rayo mató a unos vecinos que se juntaron para la labor del maíz y no se apresuraron a ponerse a resguardo”. Y así se fueron ensartando una y otra historia mientras yo ensartaba preocupaciones y angustias por la familia sin un motivo aparente.

—En cuanto escampó, agradecemos el hogar y las atenciones de la santa señora saliendo cada uno, apresurados, hacia nuestras respectivas casas. Tomé un trote ligero, una columna de humo que se percibía a lo lejos. Sentí una angustia creciente que en lugar de darme ligereza me agarrotaba el paso.

—¡La casa había cambiado! No localizaba la encina, mi punto de referencia.

—Presintiendo algo funesto trataba de engañarme diciendo en voz baja “¡no, ese humo no sale de mi casa! Es imposible que me equivoque, no veo la encina”. Más cerca, observé que del pasto del alero, pegado a donde estuvo la encina, se arremolinaban unos hilillos de humo blanco que subían como presagios de desgracia. Alrededor de la casa, sobre el granizo, había una gran cantidad de astillas de madera, ramas y troncos chamuscados.

—El entorno era un aviso de tragedia, aminoré el paso porque la angustia me cerraba el cogote impidiéndole aspirar el aire que la premura exigía. La casa se notaba tranquila, decidí aparentar calma y con profundas inspiraciones tranquilicé mi agitado resuello; el tamborileo del corazón que me pulsaba en los oídos se resistía.

—Despaciosamente, abrí la puerta tratando de ver en la oscuridad de la habitación, entornando los ojos que venían

encandilados por el reflejo del sol en la blancura de granizo. No pude ponerles nombre a las sombras del interior, pero Coatlali, con su voz tranquila me saludo con un “¡Papito!”.

—Estabas de rodillas retirando del fogón troncos de leña mojados aun humeante y arrimando nuevas astillas de ocote sobre unas agonizantes ascuas de Fuego Nuevo que tratabas de revivir con suaves y cuidadosos soplidos, animándolas a que transmitieran su casi extinta energía a las astillas habidas al fuego.

—Los niños se abrazaron a mis piernas hablando en voz alta, tal como lo hacen cuando compiten en contar al mismo tiempo los mismos acontecimientos: sin orden y sin respiros.

—Les acaricié la cabeza agitándoles el pelo, a Coyote le di el itacate y a Itz la capa de tules. Me acerqué despacio a donde estabas con la cabeza sumergida dentro del fogón: sopla que te sopla a las ascuas.

—Me agaché y te toqué tímidamente en el hombro. No me hiciste caso, seguiste alentando a los rescoldos haciendo caso omiso a mi saludo. Te tomé del brazo y obligué a levantarte, pensé que algo ocultabas. Erguiste el tronco, en una mano la jícara llena de rescoldos, en la otra una astilla de ocote tiznada, te sentaste sobre los muslos, con un murmullo de ropa estrujada te levantaste con la cara baja. Te tomé de la barbilla para levantarte el rostro. Tenías los ojos rasos en lágrimas, me miraste apenas y apretujaste contra mi pecho rompiendo en llanto entrecortado de amarga queja.

—Todo lo perdimos Itzcoatl, el maíz, el frijol, mí cempasúchil palabras que repetía una y otra vez sollozando en el mismo tono —intervino Papalotzin—. En ese momento solo quería tú hombro para liberar la angustia sufrida a solas.

—Tardaste un poco en tranquilizarte, soltaste la astilla y con el dorso de la mano te frotaste apresuradamente los ojos

para limpiarse las pertinaces lágrimas, sin percartarte que tú mano y brazo estaban ennegrecidos por el carbón del fogón que estabas reparando.

—Los niños se achinchorraban a nuestro alrededor, como si estuvieran refugiándose de las consecuencias de la pasada tempestad.

—Reconfortados, el chinchorro se fue deshaciendo, primero los niños y después nosotros separándonos lentamente.

—Itz se te quedó viendo a la cara, preocupado te preguntó: “¿Mamá, que te paso en la cara?” Creyendo que el tizne que le salía de los ojos y te le corría por la mejilla hasta la comisura de la boca, era una herida o un moretón o algo parecido. Se veía feo.

—Coyote y yo escudriñamos tu rostro, sin podernos aguantarnos rompimos a carcajadas.

—Itz cabreado enfrentó a éste par de guasones: “no se rían de mi mamá, que ésta triste” nos amenazó.

—Sentiste que la situación no era para causar rizas enfadándote por nuestra poca delicadeza. No nos podíamos controlar, respondíamos con más risas a los enfados tuyos y de Itz. Sin dejar de reír fui por tú espejito de plata bruñida que coloqué frente a tu rostro.

—En cuanto te viste el rostro reflejado en el pulido metal, dirigiste la mirada a tu mano izquierda y enfrentaste, según tú “a los hombres inmaduros de la casa” recriminándonos que no te hubiéramos dicho que tenías la cara tiznada.

—Nuevamente, los nervios se descargaron en rizas que pretextaban tu rostro. A pesar de los reclamos airados de Itz, las carcajadas nos estremecían sin control; con un lienzo quise limpiarte el rostro, pero sólo conseguí extenderte la mancha a toda la cara. Itz, al comprobar que era carbón y no estabas

lastimada, su adustez se dejó contagiar por las carcajadas del grupo en las que participaba hasta Coatlali en su hamaca de primera fila.

—Tu enfado no paraba la chacota y decidiste participar, no de muy buen grado, en la embromada situación, diciéndonos con voz cavernosa: “ya llego la nahuala de la fiesta de muertos jo, jo, jo” atizando la hilaridad. Con ese humor fino que en ocasiones dejas aflorar nos dijiste: “al mal tiempo, buena cara y mejor si está tiznada”.

—Sin ninguna herida que lamentar nos dimos a la tarea de reparar los destrozos provocados por la tormenta: Itz y tú se concentraron en el interior de la casa, aplicándose en primer lugar a rescatar del fogón el Fuego Nuevo.

—Coyote y yo nos dedicamos al exterior. El estallido de la encina había arrojado leños y ramas en todas direcciones y algunos de ellos habían dañado el techo de paja, además del alero chamuscado. Buscamos unos cordeles, fabricamos un chuzo, rasgamos algunos ayates y revisamos los peldaños de la escalera.

—Saliste de la casa llamando a Coyote para entregarle unos esarpines de piel de conejo que usaba en invierno, pues un granizo ya terroso se resistía a disolverse.

—Haciendo un amarre por acá, un remiendo por allá, unos ayates precariamente colocados taparon el boquete producido por un trozo de tronco que atravesó el techo por donde se coló el agua que casi apaga el fogón.

—Acabados los remiendos del techo, nos dedicamos a recoger los leños, troncos y ramas de la encina más próximos a la casa.

—El que no parecía muy contento era Coyote, le pregunté: ¿qué te tiene molesto? Me respondió: “con todo lo que ha dado la encina ya no vamos a ir con mamá al bosque a recoger leña”.

—Empezaba a anochecer más temprano y la penumbra vino a interrumpir las labores de reconstrucción. Sudorosos y cansados Coyote y yo entramos a la casa para ayudarles en lo que dispusieras. La casa estaba alzada, a no ser por el parche del techo, ahí no había ocurrido nada. Esa noche cenamos unos tlacoyos de frijoles y alverjas con sabor a leña verde y humedad recalentados con el rescatado Fuego Nuevo.

—La que mejor lo paso fue Coatlali en su hamaca.

—Cenamos sin las formalidades usuales, se nos pasó dar gracias, el primer bocado fue del comelón y recién autobautizado Amincatláloc.

—El único comentario que expresé fue: “para tragedias y pesares no hay mejor remedio que levantar lo caído y tirar lo roto”. Posiblemente no opinaría lo mismo si los resultados hubieran sido diferentes.

—Sin asearnos, excepto tú, nos entregamos al reparador sueño, tan cansados que nos olvidamos de pasar a Coatlali a su camita.

—Al día siguiente, antes del amanecer, entró Itz a nuestro aposento despertándome con mucho tiento y haciéndome señas de guardar silencio y moverse con cuidado —prosiguió Papalotzin—. Me tomó de la mano dirigiéndome a paso lento y sigiloso hasta la hamaca de Coatlali. La niña sostenía un alegre cotilleo. Itz, sin soltarme señalaba las frazadas de la hamaca, una comunión silenciosa de cazadores se percibía entre el niño y yo. Al acercarme, lo que vi a la tenue luz de una lamparita de aceite y el resplandor del fogón me dejó petrificada: la niña acariciaba un cuerpo fusiforme de color terroso, adornado con grecas de diamante y una cola de cascabeles.

—Supusimos que la tormenta había anegado el nido de la víbora, probablemente en la cañada que es donde viven, inexplicablemente caminó mucho trecho o pudo arrastrarla

alguna correntada, subió al techo de la casa por la escalera que quedó recargada justo cerca del hueco sobre el fogón que despedía calor que la atrajo y de donde se colgaba un extremo de la hamaca de Coatlali. Se deslizó por las amarras y se acomodó con la pachorra que les es característica en el cálido lecho de la niña.

El madrugador Itz escuchó a su hermanita conversar con alguien. Extrañado pues Coatlali es dormilona, se acercó para sacarla y jugar con ella mientras la familia se levantaba. Se acercó habándole. La niña le responde: “mira Itz, lo que me regalaron en la noche los nahuales” levantando trabajosamente el cuerpo de la serpiente. El niño comprendió la magnitud del peligro diciéndole de la forma más convincente: “Coatlali, no la hagas enojar, no la aprietes, le voy a decir a mi mamá que venga a ver lo que te han regalado”. El niño se había acercado lo suficiente para que su presencia incomodara al reptil quien volvió los fijos ojos de cuenta de vidrio hacia él, así lo percibió, retirándose con mucha precaución. Se dirigió en busca de su mamá considerando que era la indicada para resolver el problema.

A Papalotzin le vinieron a la mente, como una película de cinematógrafo sucesos de su hija desde la gestación, el parto y pedazos de su corta vida: poco interés causó en los abuelos; para Itzcoatl fue algo especial, el deseo cumplido de que fuera niña para que acompañara a Papalotzin cuando los muchachos tomaran su camino. Sus movimientos en el vientre fueron tardíos y fuertes pero siempre pausados. Les decía a sus padres y esposo: “se mueve tan lento que parece serpentilla”. Un parto rápido sin nada especial; comía bien; era sana; de tez más clara que la de los niños, incluso más clara que la de Itzcoatl. Papalotzin, en broma le decía a su marido “Esta es de Coatlínchan”, haciendo mención un tanto en broma, del origen de la familia de su marido. Tan normal había sido concepción y arribo, que su nacimiento no se encomendó a ningún dios

mítico. Por asociación y cariño, Papalotzin empezó a llamarla su Coatlali extraño nombre para una niña. A la edad de gatear, posiblemente por alguna deficiencia, la niña gustaba de jugar en la tierra y rascar en las paredes de adobe las cáscaras de salitre que formaba la humedad llevándoselas a la boca. “¿Qué hago con esta niña, sólo comer tierra? preguntaba preocupada Papalotzin a su madre quién le respondía: “no te preocupes, cuando se llene de lo que le hace falta va a dejar de comer salitre” pero el concejo no satisfacía a la madre. Recordó, también, sobre su primer año cuando en la siembra de maíz dejó a la niña bajo la sombra de la retama, ésta gateó hasta la tierra recién preparada, seca y polvorienta, se bañó con ella y la comió hasta hartarse. Tal como lo advirtió Itztpapántl, desde ese día, Coatlali dejó de comer tierra.

Todo esto pasó por la mente de Papalotzin en un instante. Murmurando una oración dijo: “hay hija de la tierra, en mala hora llamaste a ésta tú compañera, si ya decía yo, ¡de Coatlínchan! pueblo de adoradores de serpientes”. Le pide al niño. —Itz, ve a llamar a tú papá.

Itzcoatl, que se había arrebujado para volver a dormir sintió el precavido roce de la mano de Itz, al dar vuelta, vio el rostro de su hijo que le pedía silencio y cuidado con el índice cruzando los labios.

—Cuando Itz me llamó y vi la señal de silencio, pero sobre todo, la tensión en su cara y ojos, opté por hacerle caso y dejándome guiar. De entrada no entendí bien lo que ocurría, con las palmas de las manos indicabas a Coatlali que estuviera tranquila, Itz me apretaba con fuerza la mano, Coyote que salía de la habitación saludando: “buenos días, ¿qué pasa?” Recibió señeras miradas de Itz y mías. Tú concentrada en mantener tranquila la niña pequeña y acercarte sin incomodar a la peligrosa compañía.

—Era inconcebible, la niña acariciaba la enorme y

triangular cabeza de la que se proyectaba como lesna la bífida lengua de la víbora cascabel enroscada placidamente en su regazo. Coatlali informaba a su hermano recién llegado: “mira Coyote lo que me regalaron por la noche los nahuales”. Coyote quedo petrificado.

Parecía que la niña no hacía caso a ruegos de Papalotzin y seguía acariciando y platicando con su inesperada compañera, cada palabra subida de tono en la voz de la niña o movimiento de la serpiente parecían golpes de mazo en los contraídos estómagos. El esfuerzo de Papalotzin se concentraba en mantener tranquila a Coatlali conminándola a que no hiciera movimientos bruscos.

—Tomé a los niños de la mano, indicándoles con señas y voz baja que debíamos dejar trabajar a su mamá, nos mantuvimos en silencio y sin movernos. Comprendíamos a cabalidad el peligro que corría Coatlali y dejamos actuar a la persona más capacitada.

—Pasaban interminables los segundos, te fuiste acercando con mucho cuidado hasta quedar en posición de coger a la víbora por la cabeza, seguías hablando pausada con la niña. Te quedaste meditando la acción a tomar. Cada movimiento de la niña, o cada reptar de la serpiente se traducían en angustiosas gotas de sudor y más resequedad de boca.

—Una ráfaga de viento que entró por el maltrecho techo avivó el fogón produciendo abundante humo por la leña verde de la encina, subiendo por la chimenea dejada por la tormenta ahumando la hamaca de Coatlali. La serpiente con modorra, fue desenvolviéndose hacia uno de los amarres mostrando una cola con su bien ganada docena de crótalos. Coatlali seguía los movimientos de la inesperada amiga estirando las manitas y moviendo los dedos queriendo retener con sus gestos a la inusual compañera de juegos.

—“¡No la cojas, no la cojas!” Le repetías con voz calmada,

con la mano derecha agarrada para saltar a coger a la víbora si era necesario. La sierpe trepó hacia el techo, ya para salir, volvió los vidriosos y amarillos ojos de gatunas miradas hacia Coatlali como si estuviera agradeciéndole la hospitalidad de haberle permitido pasar la noche acomodada en el cálido vientre, la plática y caricias que le prodigó por la mañana. Con un sonoro maraqueo de la cascabelera cola se despidió deslizándose a través del hueco mal tapado con los ayates, hacia el exterior.

—Te abalanzaste sobre la Coatlali abrazándola con inusual energía. La niña rompió en llanto al sentir la impetuosa muestra de cariño que quizá interpretó como regaño.

—Itz y yo salimos corriendo hacia la escalera, tomando de paso una vara de membrillo, a la que se le daban usos múltiples, persiguiendo a la cascabel; Coyote se acercó a ustedes abrazándolas.

—La víbora parsimoniosa descendía por la escalera, la seguimos por un trecho, prestos a corregir con la vara cualquier intento de regreso hacia la casa. El animal sin ser molestado tomo el campo, hacia su nido.

—Apenas amanecía, reunidos en el interior de la casa tratábamos de darle algún tipo de explicación al suceso. ¡Al que no quiere caldo, dos jarros! Dije, tratando de expresar que el destino, no conforme con hacernos males la tarde anterior, estuvo a punto de trastornar nuestras vidas precisamente antes del amanecer. Pero nadie me prestó atención.

—Los niños se hacían un puño con la mamá y la niña a quien colmaban de abrazos, besos y lágrimas de angustias. Coatlali, al sentir que las caricias se hacían más tiernas, dejo de llorar animada por los gestos que le hacía Coyote para que dejara de llorar.

—Ya tranquila le hablaste a Coatlali de manera

sentenciosa: “no hay duda, eres hija de la tierra, hasta la diosa Coatlicue te viene a buscar. De ahora en adelante te llamaremos Coatlal-opetl, la hija de la tierra; la que tiene poder sobre las serpientes y el mal”.

—Teníamos otras premuras, de manera que el inesperado evento, de afortunado desenlace, no ocupó más el tiempo de ese agitado despertar de nuestra familia.

—Decidí no ir trabajar y salir a buscar a algún vecino para que me hiciera el favor de llevar el recado.

—Al abrir la puerta, un grupo de vecinos acudieron solícitos a ofrecer sus buenos oficios, y a la vez enterarse de lo que nos había ocurrido. “Señor Itzcoatl, buenos días ¿Cómo están todos?” Decía uno. “¡Veo qué todos están bien! Apuntaba otro. “¿Qué necesitan?” Dijo una señora que se le reconocía como muy activa. “¿En que podemos ayudar?”. Y un sinnúmero de cosas por el estilo que comentaban u ofrecían. Una pía señora de edad, nos hacía saber: “he rogado a los dioses por que no les pasara nada, desde la ventana observé el estruendo y el rayo que hizo volar a la encina por los aires, en los años que llevo de vida nunca había visto nada que se le parecía”. Compañeras de ésta murmuraban síes confirmando con dubitativos movimientos de cabeza las aseveraciones de la pía dama. Otra vecina se acercó con una cazuela de frijoles recién preparados; otra con una pila de humeantes tortillas envueltas en un albo paño; otra más con un chiquigüite de gordas. Todas y todos con, señales de solidaridad y fraternidad, de esa, a la que echan mano hombres y mujeres cuando la tragedia le toca muy de cerca, como para hacer méritos futuros ante el gran hacedor Monoyocoyani.

—Con voces desde la entrada les llamé indicándoles que algunos vecinos nos querían saludar.

—Salieron al dintel para observar la solidaridad, la familia reunida agradeció las intenciones de ésta gente.

—Con voz entrecortada por la emoción ofrecí explicaciones del evento y agradecí casi fervorosamente, la ayuda ofrecida y las intenciones mostradas. Posiblemente por nuestra condición pilli habían manteniendo una intangible línea que distanciaba el trato. Desde entonces, esa frialdad quedó en lo que era, ¡nada! Afloró la sincera amistad de barrio, hasta me invitaron a participar en las labores de mejoras en el templo.

—“No se preocupe señor Itzcoatl, yo les informo en Texcoco de lo que les pasó y la razón de su ausencia” se adelantó el vecino al que le iba a pedir el favor, hablándome fraternalmente, era uno de mis asiduos acompañantes de camino. Ese día y varios más comimos y cenamos de las vituallas que amablemente nos regalaron los vecinos, cuando algunos empezaban a retirarse me dirigí a ellos en voz alta. “La encina era grande y dio leña para todos, ayúdenos recogiénola y llevándola a su casa, para nosotros, con la que juntamos ayer es suficiente”. Coyote e Itz, cruzaron una mirada de entendimiento frotándose las manos, seguramente pensando: “¡regresamos a las aventuras con mamá cuando vamos a juntar leña al bosque!”.

—Tranquilamente desayunamos, después los varones nos preparamos para reparar los estragos de la tormenta sobre la huerta, algún vecino que no quiso hacerse notar nos dejó recargados en la pared trasera tres buenas cargas de pasto seco, suficientes para reparar el destrozo del techo. Te quedaste en casa con la recién bautizada Coatlalopetl levantando manteles del desayuno, haciendo el aseo y acomodando lo que quedaba fuera de lugar, ese día la alimentación estaba cubierta.

—Al salir de la casa, algunos niños de la edad de los nuestros nos esperaban. A Itz y Coyote les extraño pues nunca se les habían acercado con tanto desenfado. “¿Los podemos ayudar?” ofreciendo sus no por pequeños menos importantes servicios. Nuestros hijos extrañados, no sabían que decir o hacer, adelantándome les dije en cortas instrucciones: “pásale

el azadón a éste compañero; dale las sogas a aquel otro; que aquel te ayude con los ayates”. Con los bártulos repartidos y el hielo roto y, a sabiendas de que sí controlar a dos niños era difícil, controlar a cinco era labor de titanes. Más, en aras de las nuevas amistades, partí con el bizarro grupo hacia la huerta.

—Por fortuna te quedaste en casa, el espectáculo que ofrecía el campo era desolador, las cosechas por el suelo, abatidas por la fuerza de la tormenta, el peso del granizo y el frío inmisericorde de la tarde anterior. En esos momentos, de desolador espectáculo, la sincera intención de los vecinos trajo aguas a mis ojos. Estos pobres macegales con menos recursos, que acababan de perder tanto o más que nosotros nos ofrecieron desinteresadamente de lo que sabían les iba a hacer falta. La panorámica del campo no proveería ni el mínimo para el invierno.

—En unos pocos días las milpas serían cortadas y amogotadas, estaban en la fase de terminar la maduración. Los vecinos contemplaban con desesperanza los destrozos, otros empezaban a arrancar las mazorcas más llenas para salvar algo. Yo había escuchado a comerciantes de las costas, donde la humedad es muy alta y llueve considerablemente, que cuando el elote llena, cortaban o doblaban la caña del fruto hacia abajo, esto es, la panoja viendo para el piso, de esta manera, la lluvia y humedad no penetra en el elote permitiendo que madurara aun sujeto a la caña. La granizada se había encargado de hacer el trabajo en la parte alta y desvestir la cañuela, lo que faltaba era levantar las matas que no estuvieran descuajadas y doblar exactamente abajo del elote, parecía cosa fácil.

—Me acerqué a un vecino, que mantenía la cabeza más encajada entre los hombros por el pesar, recogiendo en un cesto los elotes que arrancaba de las abatidas cañuelas. Le explique el método, después de meditarlo un rato me dijo: “señor Itzcoatl, sabe que a la mejor resulta. No hay peor lucha que la que no se intenta” con un halito de ilusión en la mirada

empezó a retirar las cañuelas rotas, despojar de las espigas aquellas que habían resistido la granizada, irguiendo y reparando las que lo permitían doblándoles cuidadosamente el elote hacia abajo. De un momento a otro se detuvo y dijo: “voy a decirles a los compañeros como hacerle, muchas gracias señor Itzcoatl” me gritó partiendo entusiasmado a orar una esperanza a sus colegas.

—Sí de lejos era desolador, de cerca era catastrófico, se nos partió el corazón al ver los daños que causó la granizada en tú jardín Papalotzin, todo estaba abatido: las margaritas, los alcatraces, los dragones y tú querido cempasúchil.

—Ni me lo recuerdes Itzcoatl, la tormenta abatió por igual a las flores y a mi espíritu —habló con amargura Papalotzin.

—Itz dijo “Pobre de mi mamá, tanto cariño que le tiene a sus flores” con tal sentimiento que hasta los nuevos amigos asintieron compungidos —recordó Itzcoatl—. Con el esfuerzo de todos, fuimos levantando el desastre, acercándose el medio día, Itz se detuvo avisándome “ahora vengo” saliendo destapado hacia la casa sin aguardar a que le respondiera. ¿A dónde va Amincatlaloc tan a la carrera? Le pregunté a Coyote. “Amincatlaloc..., no suena mal. Va a ayudarle a mi mamá con el itacate” me contestó. En ocasiones me siento celoso de la veneración que te tiene Itz, digamos mejor que siento envidia, me considero incapaz de alcanzar la magnitud de ese sentimiento hacia ti.

—Apareciste llevando de la mano a la recién nacida y bautizada Coatlalopetl, e Itz con el itacate en una mano y terciado sobre el pecho el lazo que sostenía el calabazo del agua que se bamboleaba en su espalda. Supuse que venías preparada, supuse que como campesina conoces lo eficientes que son las tormentas de granizo para echar por tierra el trabajo de todo un año, especialmente sobre los sembradíos de flores. Salvo por las pláticas de los niños con sus nuevos amigos, el

almuerzo discurrió en silencio. Nos acompañabas con el rostro ensombrecido y una mente ausente, indicadores que algo no andaba bien dentro de ti. Me desesperé como antaño y angustie como ogaño, de no ser capaz de acercarme a tus pensamientos; debe ser una particularidad de las mujeres que bajo ciertas circunstancias guardan hermetismo sin dejar traslucir un rayito de luz que permita escudriñar en sus mentes o espíritus. ¡Ni una vista, ni un comentario para tú jardín!

—Tan intrínsecamente están unidos ustedes los macegales agricultores a la naturaleza, que el fatalismo forma parte indisoluble con su ser. Aceptaste sin aspavientos los designios de la naturaleza.

—Itzcoatl, me quieres decir que lo que tiene que ser lo sabemos evadir aceptando la fatalidad de mejor manera que otras clases sociales —Papalotzin quería aclarar la idea de su esposo.

—Incomprensiblemente, nuestras culturas en todos los niveles sociales no han desarrollado la actitud de almacenar, guardar, o poseer. No concebimos ni aplicamos el concepto de tener y por consiguiente no prevemos para compensar los avatares de la naturaleza sobre las cosechas. Producimos pocos y almacenamos menos alimentos agrícolas básicos. Esta sempiterna inseguridad propicia nuestro carácter fatalista, debo aclarar que en todos los niveles sociales. Especialmente las mujeres a ciertos acontecimientos normales y hasta esperados en la vida. Aquél día estuve tentado a preguntarte: “¿qué puedo hacer para mitigar tú amargura Papalotzin?”. Tuve miedo a tú reacción, a que me respondieras con una evasiva. Y como antaño, me abstuve y silencioso dejé discurrir este abrumante momento sin perderte mirada.

—Después del almuerzo compartido con la chiquillada nos levantamos a proseguir las labores del campo mientras levantabas manteles y acomodabas los trastos vacíos en el

itacate. Terminaste, viendo que Coatlalopetl jugaba tranquila te fuiste acercando, con la cabeza baja y pasos pensados, hacia el desastre de huerta. Te agachaste a levantar el cempasúchil, tomando un destrozado pimpollo entre las manos, deseé con toda mi alma que el calor amoroso de tus pequeñas, cuidadosas y recias manitas lo revivieran como revivieron al copalaztlero, pero era inútil. El milagro no se presentó y afloraron las amargas lágrimas llorando ilusiones perdidas. Revisaste las flores de la mano, separaste unas que metiste en una bolsa.

—Itzcoatl por mucha que sea la fatalidad o conformidad con que aceptemos los designios de la naturaleza, el ver destrozadas tus ilusiones en unos momentos es amargo. Me veías meter pompones en una bolsa, ahora vas a saber lo que significaban: aquí está mi ahorca de oro; aquí va el vestidito que iba a estrenar Coatlalopetl; acá la pluma de quetzal para el tocado de fiestas de Itzcoatl; este es mi collar de jadeíta. Todo planificado desde hacía varios años para estrenar en la fiesta de iniciación de Coyote. Ilusiones y más ilusiones abatidas por la tormenta. Itzcoatl, Es que a nosotras las mujeres nos cuesta tanto hacer realidades nuestras ilusiones que cuando las perdemos, la impotencia nos desgarró el alma.

—Ni Coyote ni tú me comprendieron, pero sí Itz, quien, sin hacerse notar me seguía como sombra protectora, sufriendo mis lágrimas. Cuando sentí a mi ángel de la guardia me limpie presurosa las amarguras de la cara, me agache a darle un beso a ese hijo que no logró contener una lágrima que necia le rodó por la mejilla hasta caer en el piso. Al sentir la angustia de mí pequeño, reaccioné diciéndole: “sólo son flores hijo, el año que entra las volveremos a sembrar” aquí estoy guardando las semillas, ayúdame a juntar algunas más.

—Hay Itzcoatl, he hecho muy poco para dejar que me conozcas. Debí haberme apoyado en la familia expresándoles mis sentimientos y no encerrarme en mí amargura. Todos habíamos aportado al jardín y todos estábamos perdiendo. Es la

falta de confianza en mí misma lo que te angustia Itzcoatl, ténganme paciencia. —Fue el sentido reconocimiento de su espíritu, que aún no era capaz de alejar, de una vez y para siempre, la nube negra que entristece a la familia.

Se Espera la Cuarta Invasión.

Itz con su carácter natural e intuitivo y la empatía con su mamá aceptó con simpleza las explicaciones, Coyote, con su mente inquisitoria se afanaba por entender las causas, necesitaba una explicación racional de los acontecimientos y no cejaría hasta conseguirla. Por esto, apenas la vida tornó a la normalidad le preguntó a su papá: “Padre ¿cómo fue posible que mamá pudiera predecir todo lo que iba a pasar?” Aún cuando sabía que todos los sucesos habían sido parte de un fenómeno meteorológico.

Itzcoatl decidió que lo que podía comentarle a su hijo, relacionado con la acertada previsión de su esposa debía estar dirigido exclusivamente a Coyote. Buscó lugar y tiempo para relatar a su hijo sobre una premonición de los pueblos indígenas, en especial el tolteca y azteca que ocurriría en el corto plazo. Entonces, Papalotzin nada les preguntó, conciente que los varones tienen conversaciones muy particulares, suponía que estaría relacionada con la eminente iniciación de su hijo. Ahora, en este momento de revelaciones enteraría a su esposa de aquella íntima conversación con Coyote.

—Papalotzin, dos o tres días después de que aquella tormenta en la que ganamos a un cazador de Rayos y a una Encantadora de Serpientes, Coyote me pidió que le explicara de cómo era posible que hayas presentado la tormenta. Le conté sobre una antigua conseja Tolteca y Azteca que habla de la

llegada de hombres barbados que vendrán atravesando el gran mar. Al niño le impactó el relato ahora quiero que lo juzgues por ti misma.

—Alguna vez has mencionado es leyenda y creo el tiempo se acerca, me gustaría conocerla ha fondo.

—Empezaré como entonces:

—En todos los pueblos, hay personas que poseen cualidades especiales, unos pocos excepcionales pueden intuir el futuro, a estos se le conoce como adivinos, augures, magos o chamanes. Estos adivinos han estudiado a los pueblos que habitan en el valle que rodea al lago de Texcoco, han analizado acontecimientos importantes que han determinado la situación que ahora se vive. Desde los primeros poblados, aquellos de Cuicuilco y Copilco, pasando por los teotihuacanos, los toltecas, la invasión de los chichimecas, después la de los aztecas con su leyenda del águila comiendo una serpiente parada en un nopal. A grandes rasgos se consideran que las invasiones sobre estas tierras han estado auspiciadas por los dioses de los cielos: la primera invasión vino del sur, bajo el cobijo del dios de los cielos rojos Xipe por el desplazamiento de los cuicuilcas y los copilcas que huían de la erupción del Xitle; la segunda invasión provino del norte al amparo del señor de la noche Tezcatlipocas con la llegada de los chichimecas que huían de inviernos crudos; la tercera invasión provino del poniente con los aztecas al amparo de su dios de los cielos azules Huitzilopochtli cuando sobrepasaron la capacidad de su isla de Aztlán; en esta secuencia de importantes acontecimientos protegidos por poderosos Dioses, los augures esperan una cuarta invasión que llegará por el este. En ésta dirección conocemos a todos los pueblos hasta el mar, la mayoría aliados o sojuzgados por el imperio Azteca-Chichimeca.

—La leyenda Tolteca habla de un hombre, de gran

capacidad moral y guerrera llamado Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl un portentoso guerrero, culto sacerdote que elevó la cultura tolteca y tomó el nombre de su admirado Dios Quetzalcóatl. Perseguido por contrarios huyó en una balsa perdiéndose en el gran mar navegando hacia el este, hacia donde sale El Sol. Se acerca el día en que Quetzalcóatl o su descendencia lleguen siguiendo a Tonatíuh a reclamar sus derechos. Esto significa para los descendientes de los toltecas, o sean los tolteca-chichimecas, una nueva era de poder y esplendor; y para los aztecas, la usurpación de sus tierras, humillación y muerte.

—Los chamanes esperan de más allá del gran mar, desde el este, guiados por Tonatíuh, a una poderosa raza de hombres blancos y de barba cerrada que con temibles armas, otro tipo de cultura y otra religión, que sojuzgarán a estos nuestros pueblos y codiciarán nuestras tierras, nuestros bienes y a nuestras mujeres.

—Itzcoatl, esto ya lo están haciendo los aztecas —aclaró Papalotzin.

—Es cierto, sin embargo, los mismos aztecas no se consideran invasores. Dicen que al cumplirse a leyenda del águila y la serpiente, ellos son dueños de estas tierras.

—Como sabes Papalotzin, el pueblo Azteca llegó buscando a Tonatíuh, desde lejanas tierras. La nueva raza vendrá siguiendo al sol, desde el oriente por eso dicen que no avasallarán con la fuerza que les proporciona ser protegidos de Quetzalcóatl.

—El oráculo de los aztecas dice: Los Poderosos Aztecas, hijos de padres divinos gocen y avasallen estas tierras, porque algún día, de más allá de los mares, siguiendo al sol, los descendientes de Quetzalcóatl llegarán a reclamarles su imperio.

—Según los adivinos, el tiempo para que se haga realidad esta predicción se acerca, los aztecas sienten que su momento se les acaba, creen que antes de que se cumplan cien nuevos soles, aparecerán los hijos de Quetzalcóatl a reclamar La Gran Tenochtitlan y todo lo que hayan gobernado.

—Se han obsesionado por conquistar más tierras o concertar alianzas para enfrentar con éxito a los invasores que llegarán con Tonatíuh. Han procurado colocar calpixques en los pueblos de las riveras de los grandes lagos que rodean a Tenochtitlan o establecer convenios y alianzas con los principales tecuhtli que les garanticen lealtad o al menos la no intervención. Han formando alianzas con los chichimecas y otras razas para hacer un frente común a los invasores de la nueva raza de tez blanca; el ejemplo más próximo es el matrimonio de Ixtlixóchitl con Matlalcíhuatl hija de Hitzilihuitl señor de Tenochtitlan y hermana de Chimalpopoca el tlatoani de Azcapotzalco.

—En este juego de poderes, los aliado del jefe de Tenochtitlan serás enemigo de todos sus enemigos, eso está pasando con los tecpanecas, pueblo mayormente chichimeca que creen, que por el origen chichimeca de Texcoco, los habitantes del Acolhuacán se les unirán para luchar contra los de Tenochtitlan.

—Ahora entiendo el por qué los Tecpanecas nos quieren hacer la guerra. No están seguros de Techotlalatzin, y aun de Ixtlixóchitl, aunque su esposa principal sea azteca. Le tienen recelo a la ascendencia chichimeca de Ixtlixóchitl y que no sea un aliado cuando sea proclamado huei-tlatoani —intervino Papalotzin terminando por preguntar a su esposo

—Crees que él que gobierne el Acolhuacán cuando lleguen esos invasores de este, se alíe con estos para ir contra los aztecas.

—El imperio del Acolhuacán es tan grande como el de

Tenochtitlan, los poderosos son de origen chichimeca igual o más belicosos que los aztecas. Además, todo el territorio desde Texcoco hasta las costas está bajo el dominio de pueblos tolteca-chichimecas, especialmente los tlaxcaltecas, enemigos acérrimos de los aztecas. Por esto, han mantenido un respeto mutuo, abiertamente: ni nos atacan ni los atacamos. La cuota de poder se ha fijado en dos quintos para los aztecas, esto es Tenochtitlan; dos quintos para los tolteca-chichimecas, esto es Acolhuacán y los pueblos del este y un quinto para los tecpanecas de Azcapotzalco. Es fácil ver que adueñándose de Texcoco, el poder se inclinaría hacia los aztecas.

—No obstante la magnitud del país, la mayoría de los habitantes son maceguals originarios, como tú familia, dedicados a producir para mantener a la élite chichimeca que los protege en sus señoríos.

—Por ésta razón, ni Ixtlixóchitl casado con una mujer azteca en una supuesta alianza con estos, está protegido de un azteca-chichimeca como es Tezozómoc con ansias de poder.

—Considerando que los invasores vienen del este, para avanzar se encontrarán con muchos pueblos del otro lado de estas montañas —Itzcoatl señalaba a la sierra de se levanta por el oriente— los más enemigos de los aztecas. Estos pueblos tolteca-chichimecas verán en los hijos de Quetzalcóatl a liberadores de la amenazante opresión azteca. ¿Cuál será el resultado? Pues, alianzas de los pueblos del otro lado de las montañas contra el enemigo común, los aztecas.

—Con su sed de poder, los aztecas habrán causado su propia destrucción por la alianza de los invasores con los pueblos asociados al Acolhuacán.

—Después de vencer a los aztecas, los invasores se irán contra todos aquellos que les opongan resistencia. Habiendo experiencias de alianzas productivas, es muy probable que el tecuhtli representados por el huei-tlatoani texcocano en turno

confirme la alianza previa del Acolhuacán con los invasores para preservar canonjías.

—El futuro no puede ser peor que con los aztecas —comenta Papalotzin.

—Es posible —respondió Itzcoatl— pero lo más probable es que simplemente se cambie él poderoso. Si no logramos permanecer unidos, fortalecernos y mantenernos independientes, los hijos del Acolhuacán podemos desaparecer aniquilados por dos grandes fuerzas en conflicto. Los hijos de nuestros hijos tendrán que tomar partido en la cruenta lucha entre dos sanguinarios invasores.

—A los aztecas ya los conocemos: son como temibles ejércitos de hormigas jaguar, que destruyen todo a su paso, organizados para hacerse cada vez más poderosos sin importar los medios, roban, violan, sobornan, suplantán, guerrear, matan, sacrifican. Les enerva el poder por la satisfacción que les proporciona el sentirse omnipotente.

—Del pueblo de los hombres del oriente y su cultura, no sabemos nada, es posible que nunca lleguen y la predicción este equivocada. Pero seguramente se parecerán más a los aztecas y chichimecas que les atrae la aventura, que a los naturales texcocanos sedentario pueblo de agricultores con costumbres profundamente arraigadas a la tierra.

—Esos hijos de Quetzalcóatl, que para llegar deberán hacerlo en naves que resistan los embates de los mares, con el conocimiento suficiente para ubicarse en ese desierto de aguas, miles de veces más peligrosas y profundas que las del lago de Texcoco, deben ser un pueblo de aventureros, muy hábiles, con técnicas más avanzadas que las que conocemos, y seguramente, tan ambiciosos o más que los aztecas y chichimecas.

—Les has enseñado a los niños la vida de diferentes

sociedades de pájaros que emigran desde tierras muy lejanas del norte; otras que construyen nidos con lodo y pasto, como las anteriores guiadas por la posición del sol o de los astros regresan año con año a sus mismos nidos a criar sus nidadas; de conejos descuidados; de hormigas muy organizadas. Todas ellas ejemplos de sociedades naturales que pueden servir de ejemplo a diferentes sociedades de hombres.

—En la naturaleza hay una sociedad de insectos tan especializada como la de las hormigas, que muestran una gran diferencia con estas: guardan mucho más comida de la que pueden consumir. Son muy interesantes las abejas de miel, las abejas de papel, los abejorros y los jicotes, cuya vida gira alrededor del alimento que acumulan en forma de miel, de polen o en cera, siempre en exceso para asegurar su supervivencia.

—Después de la tormenta que destruyó a la encina ¿cuáles eran tus pensamientos cuando viste tú cempasúchil?

—No me duele el cempasúchil que me destruyó la granizada me duele la ahorca de oro que iba a comprar; las plumas de quetzal para tú tocado; el vestido de algodón para Coatlali; el collar de jade que iba a lucir el día de muertos. Ver que nuestras ilusiones de muchos años no se pudieron cumplir —responde Papalotzin.

—¿Que hubieras tenido que hacer si el artesano que fabricó el vestidito de algodón para niñas no se interesara por tú cempasúchil?

—Iniciar un caminar de mercader en mercader hasta conseguir que alguno ofrezca por el cempasúchil algún producto que el modisto quiera.

—Este sistema de trueque necesita que le dediques mucho tiempo para conseguir lo que realmente quieres.

—Ojala me diera semilla de cacao, esas se intercambian

con facilidad e intentar que el modisto las acepte por el vestidito. Sólo entonces Coatlali luciría para difuntos un vestidito nuevo. Y si no las acepta tendríamos una pila de semillas de cacao para hacer chocolate por mucho tiempo —responde Papalotzin.

—Es posible que la gente que vive allende los mares sea una cultura de comerciantes que haya desarrollado un sistema que facilite el intercambio de objetos, artículos o conocimientos. Las ventajas de una cultura mercantilista sobre la naturalista-teologal nuestra serían determinantes.

—Itzcoatl ¿crees que pueda existir un pueblo de mercaderes? —preguntó incrédula Papalotzin.

—Hay sociedades que se dedican a la agricultura, otras que cazan animales, otras oportunistas que oprimen a otros pueblos, pero en todas hay personas que se dedican a cambiar cosas llevándolas desde donde se producen hasta donde las requieren: cambiando flores por vestidos, cargas de maíz por plumas de aves, semillas de cacao por collares de jade. Una sociedad de mercaderes sería muy parecida a la de los toltecas, pero imagínate que utiliza un solo producto, fácil de trasportar, de guardar y que todo el mundo acepta para intercambiar.

—Te he comentado que los toltecas, buenos comerciantes llamaron a Texcoco ‘Centro de Detención’, porque es un lugar a donde se juntan comerciantes de todos los pueblos: de los alrededores del lago y de sus islotes; de los pueblos del otro lado de sierra como los tlaxcaltecas; de las llanuras del norte como los otomíes y huastecos; de las montañas del poniente como los tarascos; los zapotecos de las costas de Oaxaca; de los pueblos mayas. Una sociedad acostumbrada a tratar con personas de diferentes razas a los que no les sería tan extraño comerciar con aquellos que vinieran de más allá del mar del oriente.

—Como verás, comerciar no es extraño para nuestro

pueblo que lo hace para sobrevivir, pero si lo sería con el sentido de acumular por poseer cosas. Si los hijos de Quetzalcóatl han desarrollado un comercio con sentido de acumular esa mercancía que todos aceptan para intercambiar que además determinará un valor a las cosas, habrán desarrollado otro tipo de poder que se sustenta en la acumulación de una mercancía de trueque universal.

—Itzcoatl, entiendo que cambiar cosas por granos de cacao facilita mercar, pero el cacao es una comida deliciosa, que no se puede acumular por mucho tiempo pues echa a perder. Pero eso de acumular con sólo el sentido de poseer no lo entiendo —pregunta Papalotzin a su esposo, quién le responde con otra pregunta—. ¿Cuántas flores de cempasúchil tienes que cambiar por un grano de cacao?

—Cinco o seis manojos —respondió Papalotzin.

—¿Y quién decidió que eran cinco o seis? —Pregunto Itzcoatl.

—Pues no sé, es lo que se acostumbra —fue la respuesta.

—Si te pregunto por maíz, frijol, maxtles, caites me dirás cantidades de semillas de cacao para cada artículo. Esto significa que la costumbre ha desarrollado un acuerdo entre mercaderes. Los que intercambian aceptan determinadas cantidades de semillas de cacao por sus mercancías. Ahora dime, ¿Qué usarías en lugar de semillas de cacao que pudieras almacenar por mucho, mucho tiempo sin que se echen a perder?

—Déjame pensar —Papalotzin solicita tiempo para meditar sin ser apremiada— podrían ser plumas preciosas pero si no se cuidan se deterioran fácilmente; aceptaría ropa pero pasa lo mismo... ¡Ya sé! obsidiana, jade, oro, plata, cobre.

—Eso es Papalotzin, piedras raras y metales: unas se pueden pulir y los otros moldear. Consideremos sólo los

metales.

—Para ti Papalotzin ¿cuál es el metal más apreciado?

—El oro, me siento bien cuando me pongo mis ahorcas y vamos al templo. También la plata, pero definitivamente el oro.

—Imagínate semilla de cacao que parezca cuentas hechas de: oro, plata y cobre. Además considera que con cinco cacaos de plata consigues uno de oro y con veinte de cobre consigues uno de plata...

—Con cien de cobre consigues uno de oro ¡qué bonito sería tener un collar con cien cuentas de cacaos de oro!
—Comenta ilusionada Papalotzin.

—Además de bonito pongamos atención a uso que se podría dar. Digamos que para tener el vestido que quieres para Coatlali tendrías que entregarle al modisto: un cacao de oro y dos de plata. Por un manajo de diez cempasúchiles el señor de las flores te entrega un cacao de cobre...

—Tendría que llevarle al florista ciento cuarenta manojos de diez cempasúchil —responde entusiasmada Papalotzin de poder seguir el juego de números de su esposo.

—El señor de las flores te podría entregar: un cacao de oro y dos de plata; o un cacao de oro, un cacao de plata y cuarenta de cobre; o cien de bronce y dos de plata; o cualquier combinación de cacaos que te den lo mismo que lo que te piden por el vestidito. No andarías negociando: ¿Señor modisto no me cambiaría el cempasúchil por ese vestidito para niña? Irías directamente al mercader de flores negociando ciento cincuenta a más manojos de cempasúchil.

—Así, cada quién trabajando en lo que sabe podría intercambiar el resultado de su esfuerzo por lo que necesite, le guste o quiera, siempre que tenga el valor del artículo que quiere en cacaos de intercambio...

—El que tuviera más de esos cacaos podría cambiar más cosas, producir más maíz, o cempasúchiles, o frijoles, o tilmas significaría más cacaos de oro por ser los de mayor valor.

—Exactamente Papalotzin, ese es el fondo del problema.

—Eso de cambiar cosas por cacaos de oro plata o cobre parece sencillo: ¿por qué nosotros no lo hacemos? —pregunta entusiasmada Papalotzin.

—¿Cuándo te pusiste la ahorca de oro? —Preguntó Itzcoatl.

—Hace dos años —respondió la esposa.

—Si tú mamá teje ropa, tú papá tiene buenas cosechas para conseguir artículos de oro y plata ¿por qué no los adquieren?

—Bien sabes que los maceguales no podemos ponernos el metal de Tonatíuh, ni el de Tonacacihuatl ningún otro adorno, ni plumas finas ni ropas buenas —respondió con amargura Papalotzin.

—¡Ese es el problema! No a todo el mundo le permiten usar metales divinizados. Leyes y reglas nos impide usar muchas cosas y desarrollar otras con fines prácticos como sería comerciar con cacaos de metales.

—En una cultura de posesión de bienes, todo tendría un valor determinado de cacaos de metales. Para esto, se desarrollarían códigos para llevar los registros de todas las cosas que posean las personas.

—Itzcoatl ¿no entiendo que quiere decir poseer?
—Pregunto Papalotzin.

—No es fácil entender lo que significa poseer. Veamos si puedo explicártelo: ¿de quién es esta casita?

—Nuestra —respondió inmediatamente Papalotzin— no,

¡para nosotros! —rectificó.

—Así es, Ixtlixóchitl no las dio y desde ese momento es nuestra. Sabemos que no nos la va a quitar porque empeñó su palabra, por eso tenemos esta casita y la huerta.

—¿Qué haríamos si Ixtlixóchitl nos las pide? —preguntó Itzcoatl.

—¡Se la entregamos! —fue la contundente respuesta.

—Ahora considera que cuando nos la dio, además nos entregó un códice que dice que él nos la regala y no la pediría más.

—Pasan los años y de un momento a otro nos la pide ¿se la entregarías sin discutir? —Papalotzin se queda pensando y tímidamente responde:

—Le sacaría el códice que explica que nos la regaló.

—Piensa además que ese códice sea una ley que respaldarían el huei-tlatoani y el conejo de ancianos. ¿Ahora que harías? —Itzcoatl orienta la respuesta.

—Así, ¡no se la regreso!

—Papalotzin, eso es poseer.

—¡Todo estaría en códices! —afirmó sorprendida Papalotzin— todos deberán aprender a interpretar esos códices.

—¡Acabas de dar en el clavo! La necesidad de saber lo que cada gente o familia posee haría que todo el mundo aprendiera a interpretar códices y no sólo los poderosos. Además no serían tan complicados, sería como si los códices hablaran como lo estamos haciendo en éste momento.

—Itzcoatl, me estás diciendo que yo podría poner en códices la aventura de los copalaztleros para que los hijos de mis hijos la interpreten como si yo se las relatara —preguntó

incrédula Papalotzin.

—Esa podría ser una de las ventajas de esa cultura sobre la nuestra.

—Imagínate Itzcoatl, que yo pudiera saber cosas del bosque, del agua, de los pajarillos, de las plantas que cultivo sabiendo interpretar códices. Sólo haría eso en todo el día; bueno después de trabajar —Papalotzin quedó pensativa y antes de que Itzcoatl respondiera, preguntó como si pensara en voz alta: ¿y los pajarillos, y los conejos, y los venados, y los árboles del bosque?

—¿Qué hay con ellos? —preguntó Itzcoatl.

—Los apresarian en jaulas, los cazarían o los harían leña para cambiarlos por esos cacaos de oro y poseer códices que digan lo que se tiene. No me agrada esa cultura de los hijos de Quetzalcóatl —respondió firme Papalotzin.

—Has imaginado el daño que provocaría en los bosques esta ansia por poseer...

—Y los metales para hacer los cacaos —interrumpió excitada Papalotzin —es lo primero que cogerían esos invasores, las ofrendas de oro y plata para los dioses, y los lugares de donde se sacan...

—No les va a servir que los maceguals, mayeques y tlalmaites aprendamos a descifrar códigos, no les va a convenir que aprendamos a poseer para que trabajemos sacándoles esos metales. ¡Y las tierras! Como no tenemos códices que digan que las poseemos nos las van a quitar, aunque nunca hayan sido de ellos —Papalotzin quedaba pasmada y sombría.

—Así es, los invasores que se esperan por el oriente no serán mejores que los que llegaron del sur, del norte o del poniente.

—El poder de los cuartos invasores descansaría en la acumulación de cacao de oro, se asociarían con quienes actualmente tienen el poder, los pilli. Las cosas seguirían igual con una nueva estratificación de clases: los hijos de Quetzalcóatl los hijos de estos y los que nazcan de alianzas con las hijas de los tecuhtli y tlatoani; en segundo lugar los pilli que se asocien con los nuevos invasores; y no habrá mucha diferencia entre maceguals, mayeques y tlalmaites.

—Cambiarían los símbolos del poder, el pánico que producen en las gentes ha dado poder a los Chichimecas y Aztecas, el poseer se lo dará a los comerciantes. Con una diferencia que hará derrumbarse al imperio azteca-chichimeca —Papalotzin seguía sacando conclusiones.

—Para esa cultura, la fuerza de trabajo del hombre es también objeto de comercio, por esto, sus mismos dioses impedirán sacrificar humanos. Tan sólo esa esperanza de vivir, hará que se les unan mayeques y tlalmaites.

—Si la clase productiva de los maceguals asimila el uso de esos cacao de oro para hacerse mejores mercaderes, se identifican con la nueva cultura, y el tiempo que van durar los anunciados hijos de Quetzalcóatl en suplantar a los aztecas-chichimecas se alcanzará en menos tiempo que dura una vida.

—Los pueblos ahora sojuzgados por los aztecas-chichimecas entregarán a una mujer como esposa al jefe de aquellos ejércitos en señal de alianza para luchar contra el dominio de los aztecas-chichimecas para evitar que se lleven a sus hijos e hijas como esclavos para que les construyan, casas, palacios y templos y sean sacrificados a sus terríficos dioses cuando la utilidad de su vida servil se acaba.

Papalotzin pregunta. —¿Cuando lleguen los hijos del Sol, será preferible asociarse con ellos e ir contra los aztecas?

—Si su cultura es de acumular y guardar cosas materiales,

como lo mencionaste, no verían ningún beneficio en matar personas. A muchos pueblos tienen sometidos los aztecas-chichimecas y muchos más someterán por medio del terror antes de que lleguen los hombres de la cuarta invasión. Con los nuevos invasores, los pueblos sometidos verían una esperanza de liberarse de los actuales opresores y establecerían alianzas con los hombres de Tonatíuh contra el enemigo común sólo por la esperanza de no ser sacrificados a dioses ajenos, sin medir apropiadamente las consecuencias. El conservar la vida es un imperativo poderoso Papalotzin.

—¿Al liberarnos de la amenaza de los aztecas seremos nuevamente libres? —preguntó Papalotzin.

—No Papalotzin, ya no habrá pueblos libres como los primeros acolhuacanos. De igual manera somete el poder del terror que el poder de poseer cosas. Los hijos de Quetzalcóatl robarán, violarán, sobornarán, suplantarán, guerrearán y matarán enervados por las ansias de poseer todo lo que sirva para acumular cacao de oro.

Con un halito de tristeza, la mujer entendió la terrible realidad preguntando a su esposo y a la vez contestándose—: ¿entonces, los acolhuacanos no tenemos oportunidades de sobrevivir?

Itzcoatl le responde —si porfiarnos en mantener inamovibles las costumbres de nuestras razas pienso que no sería posible, sin embargo, si aceptamos que las cosas pueden cambiar, como es probable que lo hagamos por nuestro temperamento fatalista, al menos en la clase social de maceguals y algún estrato pilli alejado de la clase sacerdotal, tendremos oportunidad de salvar nuestra raza así como una parte importante de nuestra cultura. Para que esto último ocurra, debemos registrar para los tiempos futuros lo que sabemos y lo que somos. Si no logramos esto en muy poco tiempo, sólo ruinas quedarán de nuestra milenaria raza y

cultura, se difuminará como lo hace el humo llevándose los espíritus al cielo.

—Aquella vez, Coyote me hizo una juramento: “¡Te prometo padre que yo haré que no seamos una raza olvidada!”. Desplante de decidida seguridad para un el chiquillo. ¿No te parece Papalotzin?

—Sí Itzcoatl, mucha responsabilidad para un niño que esperan se haga hombre en una noche; y eso, mi Señor Itzcoatl, me hace pensar aún más sobre el futuro de nuestros hijos.

La Fiesta de la Luz.

Un refulgente medio día alcanzó a la pléyade de recuerdos de la pareja. Papalotzin, más sensata dice a su esposo. —No hay más remedio, se nos acabó el tiempo, es hora de almorzar, ve a llamar a los niños que, se asean mientras pongo la mesa — en un afán irrefrenable de detener tiempo, la madre alargó lo más posible su entrega espiritual de Coyote al mundo.

—Es hora de almorzar —Itzcoatl sale de la casa a llamar a los niños que jugaban por la huerta.

Almuerzan como si fuera un día común y corriente, un poco más temprano que de costumbre, las premuras se inician cuando terminan, Papalotzin les manda asearse de nueva cuenta.

—¡Hay mamá, nos acabamos de lavar! —fue la respuesta de Coyote.

—Deben lavarse para que no ensucien los vestidos de fiesta —los niños sin reproche salen corriendo a la atarjea. Mientras, Itzcoatl, sin nada específico en que ocupar el tiempo, acicala su vestido ceremonial, revisaba su penacho al que le faltaba la iridiscente pluma de quetzal prometida para ese año, contempla los vestiditos de los niños y los guacalitos. Al fin, encuentra en que ocupar su inquietud, acomoda los juguetes que Coyote previamente había separado haciendo un montoncito cerca del guacalito. Recapacitando, separa los que

a su gusto son más atractivos diciéndose para justificar su impensada acción: “también son juguetes de Itz, así que a nadie ofendo si se los guardo”. Seguramente, cuando a Itz le corresponda hacer su fiesta del sol, los separará para Coatlali, después ya verá si se los guarda secretamente a los nietos siguiendo el ejemplo del abuelo Póchotl. Después, prepara más astillas de ocote y unos pabilos de hilachas de algodón impregnados con cera de Campeche. Todo se usará en la fiesta del Nuevo Sol que dará inicio en poco tiempo. Regresa a ayudar a su esposa.

Mucho más tenía que hacer y preparar Papalotzin para la iniciación de su hijo mayor. Como toda mujer que se precie de ser guía y faro de su hogar, se esmera para que la fiesta salga de lo mejor y la presencia estorbosa de su marido, preguntando y repreguntando la distrae e irrita. Con enfado le dice: — Itzcoatl, vamos a ponernos de acuerdo, me ayudas o mejor te sales y no estorbes.

—¿Qué sugieres que haga? —preguntó un poco mosqueado el esposo.

—Revisa a los niños que se bañen bien y por ahí te aseas. Después te vas vistiendo mientras reviso los vestiditos y los guacalitos. Cuando termines me vienes a ayudar a vestirlos y controlarlos para que no se ensucien o arruguen y ver como nos vamos acomodando. Apuremos que apenas estamos a tiempo.

Itzcoatl sale a asearse, los niños terminaban y los manda con Papalotzin. Bañado regresa a vestirse con: caites de ixtle, maxtle de algodón y pedrería, tilma de color verde, todo nuevo y tocado de plumas al que le falta la pluma de quetzal que se llevó la granizada. Engalanado, fue a asistir a Papalotzin que batalla poniendo las mismas prendas a sus hijos poco acostumbrados a usar ropa elegante. Por su menor edad, cuerpo rechonchillo y refractario a ponerse ‘trapos’ como dice, Itz da más trabajo. Itzcoatl entra a la habitación en el momento que

Papalotzin se da por vencida tratando de acomodarle el maxtle ceñido a la cintura de Itz, cuándo no se le corría de un lado se le iba para el otro, o le quedaba muy largo por delante o muy corto por detrás.

—¡Ho qué elegante se puso papá, hasta parece el hueitlatoani! —exclama con admiración Coyote.

—¡Ya llegó su papá! que los ayude mientras me visto — más cansada que si hubiera cocinado, molido y arado todo el día Papalotzin deja, él, según ella, imposible trabajo de poner elegantes a sus hijos, a su marido.

—¿Quién quiere verse elegante? —Pregunta Itzcoatl. La respuesta fue unisona, incluyendo a la niña —¡yo!

—Pues entonces, a trabajar en ello: primero las calzoneras que se coloca de éste modo —mostrando a los niños la forma de colocarlas— ahora el maxtle que debe arrollarse a la cintura fijando las calzoneras, las puntas deben caer por delante y por detrás en franjas del mismo tamaño.

—A Coyote le quedó perfecto. A ver Itz, que hacemos contigo —pues el resultado es el mismo que el conseguido por Papalotzin.

—Ve papá ¡Este maxtle no deja acomodarse! —cada intento era coreado por comentarios bromistas de su hermano.

—¡Ve papá ya se le resbaló! o ¡la pancilla no deja que se le enrede bien! —buscando concentración, Itz saca la lengüilla moviéndola para un lado o para el otro y no responde.

Tratando de encontrar una solución, sin nada preciso en mente, Itzcoatl sale al patio regresando unos minutos después.

—Ven Itz, veamos si ahora ese maxtle nos gana —tomo las calzoneras, las une con una púa de maguey a manera de imperdible, en ésta anuda un cordel de poco más de un brazo, con el que circula las calzoneras terminando en un nudo sobre

la púa. Sobre el mismo cordón enrolló el maxtle dejando primero la punta del frente que el niño tomó con las manos, dio dos vueltas y apretó con la punta que caía por detrás. Por fin, ése difícilísimo paso, se termina. Hace calor y las tilmas las aparta para llevarlas en la mano, terminan de ponerse elegantes acomodándose los tocados, el de Coyote con abundantes y elegantes plumas: de loras, chachalacas y atrás aves apreciadas por sus plumas de hermosos colores. El tocado de Itz es un caos de plumas en las que se podían distinguir: unas rojas de cardenal, unas negras de tordos, algunas grises de verdugo y cenizos, dos o tres de golondrinas, varias de azulejos, unas pocas de paloma torcaz, unas de tildíos que encontró en la orilla del lago, varias de halconcillos, cinco o seis de lechuzas, dos de aguillillas, unas diez remeras de copalaztleros, en fin un concierto de plumas y colores donde a las claras se ve la mano del niño. Por decirlo de alguna manera el tocado era pintoresco.

Itz, se plantó el tocado de plumas mostrándoselo al papá con una pose erguida y el pecho henchido de orgullo y satisfacción. Itzcoatl nota la diferencia con el de Coyote preguntándole. —Coyote, me parece que tú tocado tiene muchas plumas —la respuesta del hermano mayor es de esperarse.

—Me las dio Itz, dijo que para este año él iba a hacer su propio tocado y que iba a estar más bonito que el mío.

—Pues singular si que lo es —animo Itzcoatl a un Itz de cara sonriente, palmeándole en el hombro y cerrando el puño con el pulgar hacia arriba en señal de solidaridad y afirmación— veremos que piensan allá adentro —señalando a la habitación en donde se encuentra Papalotzin.

Se calzaron los caites de cuero de ciervo. El fin, quedaron elegantísimos. El vestir a Coatlalopetl se lo deja a Papalotzin.

—¿Por favor hijos, manténgase arreglados por lo menos

hasta que su mamá de la aprobación? —pide encarecidamente Itzcoatl a los niños.

Salía de la habitación pero se devolvió a preguntar a Itz. —¿Hijo, tú mamá sabe del cambio que hiciste en el tocado?

El niño, después de meditarlo un instante contesta. —No papá, no le he dicho nada ¿cree que le guste?

—No lo sé hijo, no es lo que ella espera, pero como yo, entenderá el esfuerzo que has realizado en recolectar las plumas y fabricarlo tú mismo y eso para ella tiene mucho mérito —el niño que había estado tranquilo, ahora duda por las últimas palabras de su padre en las que notó un hilillo de preocupación.

—Itzcoatl pasó a su habitación a informar que los niños varones estaban listos.

Papalotzin, elegantísima, con collares de caracolillos, cuentas de piedras semipreciosas, un par de gordas trenzas anudadas al frente y vueltas a circular la cabeza hacia atrás, adornadas con cintas de colores, unas pulseras de oro y plata, una ahorca de plata, también estuvieron ausentes la ahorca de oro y el collar de jadeíta. La falda era sencilla, un quezquemel con ribetes de colores, una preciosa tilma que más parecía rebozo, los caites de piel de mazatl con correas hechas del mismo material con la diferencia que la parte de arriba del calzado y las cintillas conservaban el pelo del venado, dándole a los caites una sencilla elegancia.

Al entrar a la habitación y ver a su esposa Itzcoatl exclama admirado, meloso pero sobre todo, orgulloso: —¡qué bella está mi mariposa! Parece la diosa Cinteotl —apelativo cariñoso que le dice cuando quiere adularla, comparándola, por sus dulces maneras con la caña del maíz.

—Papalotzin —le habla para llamar su atención— espero que esto no cause problemas: Itz le regaló todas las plumas del

tocado a Coyote. Elaboró el suyo con plumas que debe haber recopilado durante mucho tiempo. Trata de comprenderlo y animarlo, no es lo que esperarías pero es su obra y con eso deberá bastarnos.

—¡Hay papito! —exclama Papalotzin.

—Papalotzin, te aseguro que yo no tuve nada que ver —reclama Itzcoatl.

—Ya lo sé, me refiero a papá Póchotl. Después de la fiesta de la luz del año pasado, los niños fueron a pasar unos días con ellos, cuando regresaron Itz vino conversando sobre los arqueros, diciéndome que a los que mataban un enemigo los premiaban con plumas de águila, halcones y otras aves. Debemos poner atención las conversaciones intrascendentes de los niños, encierran más de lo que suponemos. No te preocupes Itzcoatl, no le voy a reclamar.

Juntos pasaron a la habitación de los niños, donde muy orondo se planta Itz irguiendo la cabeza tocada con la misma esencia de la elegancia, según él.

Papalotzin se le quedo viendo, lo toma del hombro y lo hace circular para acentuar sus palabras: —¡mira Itzcoatl, hasta plumas de chichicuilo tiene. Ahora que lo vea su abuelito le va a decir: “hay viene Itz-Aminca-Tlálloc-chichicuilo”. ¡Sí señor! Obsidiana, El Cazador del Rayo y Chichicuilo.

El niño queda complacido ampliando más la sonrisa en su cara de bolita con el pecho henchido. Después de meditarlo ya no estaba tan seguro, eso de agregarle chichicuilo a su nombre como que no era de muy de valiente arquero. Por mucho tiempo el comentario de su mamá le rebulló en la cabeza hasta que comprendió que ciertas decisiones, por muy acertadas que nos parezcan, deben ser consultadas. Al año siguiente solicitó a su mamá que le ayudara a elaborar un penacho como a ella le pareciera adecuado pero ya no quería ser Itz-Aminca-Tlálloc-chichicuilo.

Itzcoatl, queda admirado por la lección que acababa de escuchar, con fina ironía y sin enojo, su esposa le hace ver que las decisiones que involucran a terceras personas no las debe tomar por sí solo.

La situación con Itz distrajo a Papalotzin. Siente que el tiempo se le viene encima pregunta apremiada a su marido. —Y ¿Coatlalopetl?

—Supuse que te encargarías —responde en tono de no tener la culpa.

—¡Es tardísimo, me hubieras avisado! —reprocha Papalotzin en con voz de enfado.

Itzcoatl pensó para sus adentros de manera irónica: —“antes de salir ya empezamos la fiesta” —no obstante la inconsecuencia de su esposa, recapacita— “sí no tengo cuidado, la fiesta hará humos sin copal para mantenerse por varios días”. —Papalotzin se estresa cuando tiene que exponer a su familia a la vista de tanta gente. Sí siente que es criticada, la tensión suele volverse en malestar físico que le dura varios días. Resabios de su maltratada autoestima.

—Pensé que se haría como en los años anteriores, yo me encargaría de los niños y tú de la niña —a Itzcoatl le viene a la memoria que la niña no estrenará y supone y Papalotzin hubiera preferido no hacerse cargo del arreglo de la nena. Dice para sus adentros—. “Por más que uno quiera, no siempre se puede complacer al ser que uno ama, hay cosas que se escapan”.

Papalotzin de mal talante; toma por el hombro con brusquedad a la niña, que hace pucheritos, Itz, que no quita la vista de su mamá, le dice. —Mamá ¡ves como si te enojaste por mí tocado!

Papalotzin recapacita respondiéndole. —No es contigo hijo, es con el destino, Coatlalopetl no va a estrenar vestido y

teníamos tantas ilusiones —un pretexto para no hablar de su mayor preocupación. Expresar su sentimiento podría crearle a Coyote uno de culpa— pero como ninguno de ustedes es él causante, debo controlar mi malestar, vamos a hacer lo que pensó su papá pero no lo dijo: Papalotzin, pelillos a la mar, y tengamos la fiesta en paz.

Resignada, viste a Coatlapetl con la ropita que muestra evidencias de haber recibido arreglos para no quedar muy atrás. Con un par de trencillas enrolladas sobre la cabeza, atadas en la frente con cintas de colores y unas flores adecuadamente colocadas en el pelo, la niña queda elegantísima, nadie pensaría que el trajecito era de años anteriores.

La ceremonia del Nuevo Sol, se festeja en honor del Dios regente del periodo de los días azules Huitzilopochtli, una nueva inclusión azteca en la mitología acolhua. Para los viejos, se celebraba la victoria de Tonatíuh sobre Tezcatlipocas. Un singular encuentro en que a los hombres les iba la vida, sí el Sol no era capaz de revertir su camino hacia el sur, cayendo al abismo de la oscuridad eterna. La creencia decía que los ruegos fervorosos de los acolhuacanos daban fortaleza a Tonatíuh para vencer los malos influjos de Tezcatlipoca. La eterna pugna en el alma de los hombres, la lucha de la luz contra la oscuridad, del bien contra el mal.

De tradición más antigua y menos sacerdotal, el Día de la Luz, como también se le llama, señala a todos los habitantes del Acolhuacán el inicio del año agrícola y por extensión del año solar. En parte también era una celebración para dioses como Chicomecóatl de la fertilidad de la tierra, Cinteotl del maíz y todas las relacionadas con la agricultura. De manera simbólica, los niños presentan ofrendas a pequeña escala de granos, semillas, frutos, flores, herramientas de labranza, para la construcción, artefactos domésticos, en fin, juguetes de todo aquello que el hombre utiliza en la vida diaria. Era en esencia

la fiesta de los niños, la nueva semilla del Acolhuacán bendecida por los sacerdotes mediante un sahumero de copal y otras resinas aromáticas encendidas con el Fuego Nuevo, símbolo de la vida, animada por el sempiterno Dios Sol.

También se celebra la entrada oficial de los niños a la vida social. Exclusivamente, los de clase pilli, empezarán a recibir educación proporcionada por el estado en el Calmécac. Antes de que las clases se separaran tan drásticamente, aún a mediados de la segunda invasión de los chichimecas, la educación se impartía sin discriminación de clases. Ahora, un remedo de educación se imparte en los templos de los diferentes poblados, más bien una catequesis que nada tiene que ver con la ciencia y la técnica, base de culturas antiguas como la Teotihuacana y Tolteca.

El tercer simbolismo relacionado con esta fiesta, incidió de manera determinante en el progreso de la cultura Acolhuacana y tal vez americanas. Para hacer sentir a los niños sus futuras responsabilidades de adulto, deberán entregar sus juguetes como ofrenda para fortalecer, con su inocencia, al Fuego Nuevo. De aquí en adelante, los niños únicamente podrán jugar con herramientas de adultos; tendrán prohibido hacer un empleo utilitario del disco, supuesta representación del Dios Sol, que es usado, únicamente, como imágenes religiosas, en los templos, en la representación de otros dioses, por sacerdotes de alta jerarquía y huei-tlatoani.

A Papalotzin la festividad del Nuevo Sol la conmueve profundamente y pone todo su empeño para que salga perfecta. En honor a la verdad, si se entregaran premios a los niños mejor caracterizados, los de Papalotzin alcanzarían el más alto reconocimiento. Es tanto su celo que dirigió a su esposo en la manufactura de los guacalitos, de poco sirvió ante la torpeza de manos que Itzcoatl tenía en aquellos tiempos.

Papalotzin había dado los últimos toques a los guacalitos de Itz, y de Coatlapetl y una manita de gato al de Coyote, que

debía ser prepararlo por él mismo, asistido en todo caso, por el padre o varón de mayor jerarquía en la familia, sobriamente adornado y portando exclusivamente los juguetes personales.

Los guacalitos parecían rehiletes agitados por el viento de la incipiente tarde, con cintas multicolores e iridiscentes plumas. Dentro de los guacalitos, acomodados con paciencia y precisión saquitos de ixtle, panzones: de granos de maíz, de frijol, de algarroba, de calabaza; semillas de flores e incluso semillas de árboles como el piñonero y el fresno. En el siguiente paso acomodaba cacharrillos de cocina que cuidadosamente había elaborado y cocinado en el fogón por un largo año. En el de Coatlalopetl, unas pequeñas vasijas que llenaba de aceites, aromáticos. Enseguida las cazuelitas, jarritos, vasijillas, comalitos que colgaba con una delgada cuerda de ixtle, cuando el niño caminaba o el viento los movía desgranaban en tintineantes toques de cerámica bien cocinada, melodías “de ángeles” les decía Itzcoatl. No faltaban cucharitas, cuchillitos, jaras, molinillos de madera de oyamel. Esta vez intervino poco en el arreglo del de Coyote, sin embargo, el de Coatlalopetl le abrió un nuevo espacio creativo, pues la niña portaría uno pequeño adornado de flores como correspondía a su sexo. Si los de los niños desparramaban sonos angelicales, el de la niña inundaba el viento de aromas de flores y resinas exquisitamente mezclados: jazmines, orquídeas, vainillas, copales, pacholí y esencias. Aromas que Papalotzin elegía cuidadosamente.

Por fin, después de varios intentos de salida: ¡qué se nos olvidó el aventador! ¡Qué no aparecen los caites de Itz! El muchacho se los había quitado y dejado por cualquier lado. — Itz, ponte esos caites —sentenciaba amenazante Papalotzin.

—Mamá, es que se me salen los dedos —se quejaba Itz. Y ciertamente así era, pues el inquieto muchacho, no acostumbrado a calzarse, movía los dedillos de los pies engarruñándolos de tal manera que los sacaba sobre traba que

abrazaba el caite al puente del pie.

Para tranquilizar a su esposa, Itzcoatl propone en tono de no admitir discusión: —Itz, dame los caites, los vas a perder en el camino, en Texcoco te vuelves a poner. Y te vas a raíz —¡un castigo con sabor a triunfo! Para el niño era un alivio caminar descalzo. Al fin, pudieron alejarse de la casa lo suficiente para que un regreso resultase problemático dando, inicio al largo camino hasta el templo mayor de Texcoco, tan acicalados iban que no desmerecían en nada a las ofrendas que portaban. Lo que nadie sabía, era como llegarían después de unas bien caminadas tres horas, pues con los niños, en cuanto a mantenerse arregladitos con sus ropajes de fiesta no se puede asegurar nada.

Papalotzin se acomoda con un rebozo a Coatlalopetl en la espalda y en un brazo el tocado de Itzcoatl, procurando tener alguna libertad en las manos para corregir rápidamente cualquier desajuste en la vestimenta de los niños; Coyote llevaba su propio guacal pletórico de juguetes viejos e inservibles; Itz, se terció al pecho un voluminoso itacate y a la espalda la calabaza con el agua endulzada; Itzcoatl, auxiliado con un cargador de frente se echa a la espalda un ayate repleto de mantas, astillas de ocote, resinas para incensar, el incensario, un anafre de barro, el resto de la comida y algunas otras cosas necesarias para pasar una noche en descampado, en la mano, los guacalitos bellamente adornados de Itz y Coatlalopetl.

Perfectamente pudieron alquilar a algunos tlalmaites para que los auxiliaran con las cargas pero, a Papalotzin le parece incorrecto, no acepta que le hagan el trabajo que a ella le corresponde; cosas de caracteres. Con paso tan rápido como se los permite la incómoda vestimenta, los caites nuevos, la voluminosa y pesada carga, se dirigen animosos a la ceremonia de la Luz.

De camino, se les unen otras familias que hacen el mismo

viaje. Un garrudo mozo, se ofrece a llevar el bulto de Itzcoatl. Denegar el ofrecimiento sería una ofensa, así que paso la carga a su inesperado ayudante, las cosas que trae en la mano, a Papalotzin y lleva a Coatlalopetl, a ratos a pie y a ratos en brazos.

Un tanto agitados, llegan al extremo oriental de la calle principal de Texcoco, a donde se junta la acequia que encauza el agua desde Tlaixpan y la acequia que hace lo propio desde Tequexquinahuac principales fuentes de abastecimiento del preciado líquido para la cabecera del país. Se arriman a la sombra del imponente ahuehuete para descansar de la larga y acelerada caminata y recomponer a los niños.

Itzcoatl bajó a Coatlalopetl diciéndole. —Hasta aquí hijita, en adelante caminas igual que todos —sentándose sobre una piedra laja, a la que se agregaron casi inmediatamente los niños y Papalotzin.

—Sí papi, yo me voy de la mano con Itz —responde la niña.

El comedido mozo apoya la carga sobre el tronco del majestuoso árbol, con la mano izquierda la sostiene por abajo mientras que con la derecha se quita de la frente el cargador, presionándola contra el árbol, gira trabajosamente para que el bulto le quede de frente y poderlo bajar con precaución al piso. Se asegura que no rodará y se sienta en la laja exhalando un profundo resoplido que anuncia un bien ganado descanso. Papalotzin le ofrece un lienzo para que se enjugue el sudor. Un momento después el joven se despide arguyendo que alcanzará su familia. Todos le agradecen el favor.

Cuando las respiraciones se acompañan, la boca empieza a protestar su sequedad, Itzcoatl, mete la mano en el bulto hurgando hasta localizar una jícara fabricada de un sector de calabaza, se dirige al canal que pasa a unos pasos de la laja. Se pone a recoger jicarazos de sabroso y refrescante líquido que

pasa a los niños para que sacien la sed. Los primeros sorbos los hacen buches que escupen hacia el ahuehuete, cuando los niños terminaron el hizo lo propio. La rellena para ofrecerla a Papalotzin que acicala a Coatlalopetl, a quien, el apretado transporte aunado al sudor de la niña y del padre habían arrugado el vestidito. Con un gesto de la cabeza rechaza el ofrecimiento indicándole con el mismo que arreglará primero a la niña; la sequedad de la boca y garganta no le permite hablar.

Itzcoatl, acerca con cuidado y tiernamente la pequeña jícara a los labios de su esposa quien primero remueve la saliva seca con dos buches de agua que arroja al piso para después apurar el fresco líquido a pequeños sorbos. Al fin pudo saciar la sed de una noche de vela y de caminata, aún cuando era en descenso, cansa.

Saciada la sed, Papalotzin moja los dedos en agua y mediante santiguones alisa el pelo de sus hijos. El de Itz, hirsuto como cerdas de pecarí se resiste al poco efecto adherente del líquido. Les alisa los vestidos y da un último acondicionamiento a los guacalitos.

Itz que necesitó apenas unos instantes y unos sorbos de agua para descansar, buscando en que ocupar su inquietud, se trepa a la roca que les sirve de asiento explicando algo a un Coyote, que más juicioso, se mantiene sentado con el guacal al lado.

Itz divisa a lo lejos dos figuras familiares. —¡Allá vienen mis abuelitos, allá vienen mis abuelitos! —Grita y sin esperar, sale corriendo a toparlos.

—¡Muchacho! ¿Cómo es posible que los distinga a esa distancia? —Interroga Itzcoatl sin dirigirse a nadie en particular.

—Él dice que distingue los modos de la gente —responde Coyote.

—¿Qué es eso? ¡No sabía que la gente tuviera modos! —
Insiste el padre, la aclaración le deja dudas.

Papalotzin, que bien sabe a qué se refiere Coyote, intenta despejar la duda de su esposo. —Es muy sencillo, las personas tienen un modo de caminar, un modo de agacharse, un modo de traer la carga, un modo de ser muy particulares, a esos modos se refiere Itz-Aminca-Tláloc —ilustra, además, la cualidad de gran observador y magnífica vista lejana de su segundo hijo, que tanto ayuda a distinguir figuras confundidas en las sombras de la espesura del bosque o en lontananza de la llanura.

Itzcoatl y Coyote atienden a la explicación de Papalotzin aunque no la entendieran del todo, pues su manera de ver es directa, hacia la figura. Al aproximarse los abuelos, la familia se levanta haciendo señas con las manos.

—¡Qué casualidad encontrarnos! —intercambiando saludos de bienvenida.

—Unas señoras llegaron a consultar a Itztpapántl y nos retrasamos, quién iba a imaginar que nos encontraríamos en el ahuehuate de las acequias —aclaraban los abuelos la razón del impensado encuentro, mencionando el punto de referencia para los caminos y las aguas.

Como apremia, Papalotzin coloca los huacalillos a Itz y a Coatlalopetl, se hace cargo del itacate y la calabaza del agua. Itzcoatl, asistido por el suegro se echa a la espalda el incómodo bulto, acomodándose el cargador en la frente de manera convenientemente para no sufrir algún daño en el cuello; la abuela toma en sus brazos a la niña, que finalmente llegará aupada hasta Texcoco; el abuelo e Itz se tomaron de la mano, así de amigos son estos dos.

En amena charla, acicalados y peripuestos, iniciaron la caminata, sobre La Avenida Del Fuego Nuevo —nombre de la calle principal, eje ceremonial y calendario solar del

Acolhuacán.

Buscan un sitio en las proximidades de templo mayor, en los espacios reservados para los familiares de los niños que van a festejar su iniciación. Itzcoatl, Papalotzin y sus hijos tienen derecho a ocupar lugares de privilegio dentro del templo y observar parte de los rituales de iniciación, sin embargo, a Papalotzin le incómoda convivir con los pilli; Itzcoatl prefiere estar con los abuelos y esperar que alguno de sus parientes se haga presente. Pero sobre todo, prefieren la sencillez y algarabía del pueblo en la calzada.

Llegan temprano y escogen lugar, por sugerencia de la abuela, al lado norte de la avenida, al pie de una tapia para taparse el viento frío que aún se siente en ésta última media noche del invierno. Itzcoatl asistido por su suegro se descarga el bulto de la espalda, y van sacando lo necesario para hacer sitio: tienden mantas, acomodan el anafre y el incensario, las astillas de ocote, la leña de —buen encino —dice el abuelo—, reventada por el rayo —completa Itzcoatl, y un poco de carbón necesario para mantener el Fuego Nuevo de regreso hasta su hogar; en otro lado, los itacates, los calabazos y una bolsa cerrada a la que todos le hacían el feo por contener dos mascararas para niños que nadie quiere que se usen.

Itz un poco amedrentado por la proximidad de la gente no se aleja de los abuelos, por el contrario, a Coatlalopetl todo le llamaba la atención y todo quiere, con pasitos cortos, acelerados por su andar de puntillas, —de muy andadora —dice el abuelo, camina por todos los sitios haciendo migas con los vecinos de campo, situación que extraña a la familia, que siempre habían supuesto un carácter reservón a la nena. Ese día mostró tener —sangre ligera, —como apuntó nuevamente el abuelo, rápidamente era apreciada por las personas que le sonríen y hasta le regalan de los juguetillos que se han desprendido o no cupieron en los guacalitos. Itzcoatl y Papalotzin terminan de acicalarse con los tocados: el de plumas

preciosas de Itzcoatl y el de flores, cintas de colores y conchitas de Papalotzin. Ya atildados se dirigen a la entrada del templo a dejar a Coyote en manos de edecanes y sacerdotes.

A medida que adelanta la tarde, la calle se va llenando de familias y barullo, niños y más niños con guacalitos de diferentes tamaños, formas y hechuras, en unos cuelgan pequeñas mazorcas de maíz de colores, en otros, ristras de diferentes chiles, en los de las niñas flores de dragones y maravillas. Todos con: cintas de colores y juguetillos de barro; de herramientas de labranza y albañilería en los de los niños; diminutas cucharas y molinillos de madera; alfarería de cacharrillos de cocina y de la casa en los de las niñas. Una algarabía de chamacos, colores y vida nueva. Este era el principal motivo de la fiesta más trascendental del Acolhuacán.

Al inicio de la Avenida del Fuego Nuevo, antes de sumergirse en las playas del lago de Texcoco, se yergue una pequeña pirámide hecha de piedra y adobe, y en su cima, han plantado un mástil de madera de unas treinta brazadas, que a manera de aguja de reloj de sol marca, con su caminante sombra, el tiempo para que de inicio la ceremonia. A medida que el sol declina, la sombra que proyecta la enorme aguja se alarga, dividiendo la avenida en dos partes exactamente iguales. El avance del tiempo produce un efecto revitalizante, especialmente en los niños que juegan a no ser alcanzados por la sombra de la aguja que avanzaba inexorablemente.

Fuera del templo, sobre un templete fabricado a mitad de la calzada, esperan los sacerdotes y mayordomos de la fiesta con teas encendidas con el Fuego Nuevo del templo, alrededor de una paila repleta de rajas de ocote, leña muy seca cubierta con manteca de pecarí. El sacerdote principal se coloca de frente a la pila de leña, mirando la punta del mástil, a la que en perspectiva, se va aproximando el disco solar, cada vez más grande, más encarnado y más rápido, por el “esfuerzo que

hacía para no caer al despeñadero de la oscuridad eterna”, dicen los viejos. Espera tenso a que el disco de un anaranjado Tonatíuh se coloque sobre la punta del mástil, dando la impresión de una gigantesca cerilla ardiendo con el color de refulgente oro viejo que tiñe de rojo las aborregadas nubes. En es preciso momento, el sacerdote da fuego a la pira de leña que inflama el aire con un rumor crepitante.

Los cuatro sacerdotes auxiliares, con movimientos estudiados pero rápidos, encienden en la pira sus antorchas que pasan a teas de las familias más próximas para que la llama del Nuevo Sol inflame todas y cada uno de los pequeños montículos de leña que tienen preparadas las familias emulando en pequeño a la del Fuego Nuevo.

Un grupo de muchachos con taparrabo albo, vincha y maxtle rojos, hacían fila para encender sus antorchas, y ligeros, llevar el Fuego Nuevo del templo mayor de Texcoco a los templos de cada uno de los poblados del país, en donde se encenderán nuevas piras de en donde se tomará para llevarlo a todos los hogares del Acolhuacán.

Desde media tarde hasta el amanecer del día siguiente, en la Avenida principal de Texcoco habrá luz, pues la orientación perfecta hace que el sol no proyecte sombra alguna y al ocultarse el astro rey, las sombras de los romeros se difuminan por las luminarias de las fogatas encendidas con la Renovada Luz.

Desde el mástil de la playa, la sombra del obelisco se proyecta hacia el este sobre la ancha calzada, unas veces apenas es adelantada por las fogatas que trémulas se encienden al contacto del Fuego Nuevo que pasa de mano en mano y de fogata en fogata; otras, la sombra en su avance inexorable adelanta al Fuego Nuevo provocando la premura en los festejantes. A medida que declina el disco solar y el anaranjado de los cielos se va oscureciendo, más rápido corre la sombra y más veloz corre el fuego de pira en pira. Cerca del

ahuehuate de las acequias, al final de la calzada se tiene dispuesta una segunda gran pila de leña, una especie de templo encargado a cuatro sacerdotes cuyo objetivo es verificar al ganador en esta sui géneris competencia, y mantener el fuego vivo en la inmensa pira que extinguirán cuando el renovado Tonatíuh aparezca por el oriente en el nuevo amanecer, entregándole simbólicamente, el Fuego Nuevo del año que se inicia.

El Fuego Nuevo ha llegado antes de que Tonatíuh se haya ocultado. Los sacerdotes acercan sus teas a las hogueras de ambos lados de la calzada. Con ellas encienden, al mismo tiempo, la gran pila de leña que produce la inmensa hoguera que es visible en muchos kilómetros a la redonda. El espectacular resplandor provoca en el Acolhuacán el grito de ¡VICTORIA DE TONATÍUH-ICHAN! Dando inicio al festejo y la romería. Del los varios templos que hay en la calzada y en todos los pueblos del país, salen auxiliares con jarras de pulque que reparten a los romeros. Hay dispensa para que los espíritus de los dioses ocultos en la bebida entren en los cuerpos de los romeros y les hablen en la mayor intimidad.

Sí por el contrario, la sombra hubiese llegado antes que el Fuego Nuevo, la pira no se encendería en señal de que Tonatíuh está en eminente peligro de ser vencido. Las fogatas se irían apagando paulatinamente presagiando un mal año o una mala época para los acolhuacanos. Un murmullo sepulcral de oraciones duraría hasta el siguiente amanecer, rogando que la noche no se prolongue eternamente. Los anafres se cuidarían con esmero para que no se apaguen, pero tampoco emitieran llamas, los adultos cubrirían los albos ropajes, los rostros, manos y pies con carbón para ocultarse a los malos espíritus de la noche que había vencido a la permanencia del sol en el Fuego Nuevo en cada fogata. A los niños que no han cumplido su octavo sol, se les cubriría la cara con máscaras de animales míticos de grandes colmillos, grotescos picos, malignas caras

de estilizados animales, coyotes y lechuzas los más socorridos, pidiéndoles silencio y evitando que lloren para no llamar la atención de los espíritus maléficos de la noche, liberados en estas fúnebres ocasiones. En los templos, los fuegos se mantendrían bajos, se oraría fervorosamente y derramaría el pulque.

Es difícil decidir cuál situación es más impresionante: sí la victoria de la luz sobre las sombras, de la luz del sol sobre la oscuridad de la noche con su explosión de vitalidad; o la derrota del sol por la noche con la solemnidad de las lúgubres oraciones premonitorias de malos augurios.

Esta vez, la luz ha vencido a las sombras por escasísimo margen y todos festejan al Fuego Nuevo que entregarán al Nuevo Sol del amanecer siguiente, como ha ocurrido durante el largo mandato del huei-tlatoani Techotlalatzin.

Visto desde el otero del cerro de Tetzcutzinco, lugar donde espera el huei-tlatoani Techotlalatzin con su familia e invitados entre los que está Ixtlixóchitl, acomodados en tribunas de piedra manufacturadas para presenciar el espectáculo, siempre supersticiosos, pasan momentos de angustia viendo en la penumbra de la tarde, crecer unas líneas paralelas de resplandores producidos por las fogatas que se encienden una tras otra en la carrera que pretende mantener la claridad a medida que luz del sol declina en el poniente.

Esperan con ansia ver la fogata que guarda la energía de Tonatíuh que simbólicamente entregarán al Sol Naciente del Día Siguiente. Desde ese sitio no se puede percibir al ganador de la singular competencia, los asistentes pasan momentos de tensión en espera de la explosión de luz y algarabía que produce el incendio de la Fogata del Nuevo Sol.

La iniciación.

Mientras, en el interior del templo mayor otra ceremonia se celebra para los niños de clase pilli. Hemos de decir que hay dos edades de iniciación exclusivamente para esta clase de varones del Acolhuacán, a los ocho y a los dieciséis años. En la primera, se simbolizaba la pérdida de la inocencia y entrada a la vida social; la otra menos espectacular, a los dieciséis años con la conscripción que dura hasta los veintiuno.

Algunos jóvenes de catorce a quince años actúan como edecanes. Los hijos de personajes principales no tenían que cumplir con la obligación de certificar la paternidad que se posponía hasta la edad de la conscripción, donde se les nombraba aguiluchos o cachorros de tigre, títulos que únicamente podían recibir los nobles chichimecas y sus descendientes para ser preparados en las artes bélicas hasta conseguir un grado de mando como caballero águila o caballero tigre, el resto terminará con grados de menor rango.

A Coyote lo recibe un gallardo joven de quince años, escogido y aconsejado pertinentemente por Ixtlixóchitl Ometoxtlí, para enterarse de prima mano del potencial de su hijo mantenido en secreto. El muchacho dirige una discretísima genuflexión de saludo hacia Itzcoatl, que sólo un avezado observador podría notar. A Papalotzin no le pasa desapercibido, no obstante, discretamente no pregunta a su esposo sobre el muchacho y expresa su desagrado hacia el

joven por su falta de delicadeza al ignorarla con el siguiente comentario. —Éste joven no me agrada.

Itzcoatl, para tranquilizarla le responde. —Los jóvenes de esa edad, por el tipo de educación castrense que han recibido suelen parecer altaneros, pero a este muchacho le conozco y sé de su alta calidad humana y gentileza, te aseguro que en mejores manos no puede estar.

Itzcoatl considera que no es el momento para informarle que Ixtlixóchitl había consultado su opinión sobre las capacidades bélicas, humanísticas e inteligencia de Huitzilihuitzin, nombre del joven edecán. Respondió como lo hacía a muchas preguntas de su jefe y amigo. —Es un joven avisado, hábil con las armas, inteligente, proveniente de una rancia familia tolteca, que con el advenimiento de los aztecas, se ha mantenido próxima a la clase noble por méritos probados en sabiduría. Ya que me toca ese punto, por su ascendencia el joven Huitzilihuitzin va a requerir el aval de un importante Tecuhtli para poder seguir su educación militar —Seguramente Itzcoatl no dijo nada que Ixtlixóchitl no supiera. No obstante, le consultaba para reafirmar sus decisiones, confía en la sinceridad del monitor quien se atreve a contradecirlo si el caso lo amerita. Papalotzin siente que Itzcoatl no le dijo todo lo que sabe y no queda muy conforme.

El joven Huitzilihuitzin le dijo a Coyote, con la sequedad que caracteriza a los militares. —Sígueme.

Entraron a un recinto de donde salían nubes de humo oloroso a resinas. —Que no te coja el miedo, nada te va a pasar. Cuando termines, me buscas aquí mismo —dice Huitzilihuitzin señalándole con un movimiento de cabeza el interior de otro recinto. El edecán confunde con temor la manera en que Coyote abre los ojos cuando se concentra, para guardar eventos de interés en su memoria. Pero el niño no es de los deja traslucir miedo, aún cuando lo sienta.

—Coyote entra expectante al recinto, con los ojos bien abiertos a pesar del escozor que le provoca el irritante humo. Los sacerdotes visten blancas togas, fáciles de identificar de los asistentes en taparrabos. Uno de los varios lo llama y con una seña, le indica que se quite la ropa dejándose el maxtle y el calzón. El niño obedece y se acerca. El celebrante le indica que voltee hacia el este y gire lentamente en contra de las manecillas del reloj deteniéndose en cada punto cardinal, tal como se lo indicaron en el catecismo, mientras, pronuncia oraciones y lo sahumera. Al finalizar, le indica que se vista y salga. Coyote se dirige a la entrada donde lo espera el edecán, quien le entrega una tira de la que cuelga una bolsita fabricada con cuero de ciervo. Ha dado inicio la Iniciación, los malos humores han sido arrastrados por el humo y difuminados en el éter.

Pasaron a un patio repleto de niños de la edad de Coyote que impresiona por el silencio, a veces roto por el golpeteo de los cachivaches dentro de los guacales. Coyote y Huitzilihuitzin buscan un sitio más o menos despejado y permanecen en posición de firmes, como corresponde a un futuro conscripto.

Se presentó un grupo de sacerdotes en donde uno resalta por su toga carmesí y penacho de rico plumaje. En un sitio alto, especie de púlpito, inicia su discurso. —Mientras el hombre tiene la inocencia del niño, Tonatíuh lo ama sin restricciones, le permite, acariciarlo, verlo y jugar con él, más, cuando el niño pierde su candor e inocencia ya no podrá, nunca más y mientras sea un hombre sano, manosear o manipular la imagen o representación del Teotle Tonatíuh. De ahora en adelante, ustedes —señala con un movimiento de su brazo a todo su auditorio infantil que está por iniciar su educación de adulto— van a aprender las verdades de la vida, ser útiles a la sociedad y engrandecer este país. Por siempre, tendrán que mostrarse reverentes hacia el Teotle Tonatíuh y sus representaciones.

Muchos de los atemorizados niños no entienden la catilinaria del sacerdote, pero van a comprender en forma drástica lo que de ellos se pide. —No más juegos infantiles; no más juguetes; de ahora en adelante se concretarán a hacer uso de las herramientas de los hombres —después de pronunciar la frase, le entregan un simbólico huacalito repleto de cacharrillos de barro, cochecitos con ruedas, carretillas y otros juguetes que podían tomarse como representación del sol elaborados en madera y barro. Baja despaciosamente del púlpito, seguido del grupo de sacerdotes que portan flamíferas teas, dirigiéndose hacia el centro del patio donde ardía una pira de leña. Espera que los sacerdotes se coloquen atrás de él con relación a los niños; frente a la hoguera entonan un cántico en tono lúgubre, a la mitad de éste, dramáticamente, el celebrante levanta los brazos hacia el cielo, espera a que las llamas de la pira se elevaran agresivamente con un rumor sordo excitadas por compuestos que disimuladamente arrojaban los sacerdotes asistentes. De improviso y con un estudiado movimiento, arroja violentamente el guacal al fuego acompañado de una admonición en voz alta de los sacerdotes y asistentes ¡TONATÍUH- ICHAN! El fuego, molestado en sus entrañas por el material arrojado se aviva lanzando ascuas de refulgente luz hacia todos lados, resultado de compuestos de azufre, salitre y manteca de pecarí ocultos convenientemente dentro de guacal de madera.

Las refulgentes llamas, reflejadas en la cara del sacerdote, todo él orlado de ascuas, le dan un perverso semblante diabólico que resulta espantable a los niños, los más de ellos, cierran fuertemente los ojos engañándose que están sufriendo una pesadilla que terminará al abrirlos nuevamente, afloran indiscretas lágrimas en los más sensibles, en los temerosos, hilillos de aguas entre de entre las piernitas. Cuando amainan las chispas, el sacerdote y su séquito regresaron a su punto de observación en el púlpito, mientras los jóvenes edecanes guían y acompañan a los niños a hacer la señal de renunciación a la

niñez arrojando el huacalito con todos sus juguetes al purificador fuego repitiendo **Tonatíuh-Ichan**. Brutal manera de condicionar a los pueblos a renunciar al progreso implicado en el uso de una herramienta fundamental en el avance humano por la infortunada coincidencia de representar al Dios Sol.

Después seguirán ceremonias a los dioses pilares de la teología acolhuacana: Tonacatecuhtli representante del día, del varón; Tonacacihuatl representante de la noche, de la mujer; Huitzilopochtli representante de los días azules, de la primavera; Quetzalcóatl representante de los días blancos, del verano; Xipe representante de los días rojos, del otoño; Tezcatlipocas representante de los días negros, del invierno. Una teología que hace referencia inequívoca a su origen agrícola, no obstante, las múltiples invasiones de etnias y dioses sufridas que terminaron por desviarla de su objetivo original. Al final de la ceremonia, los niños se retiran, junto con el edecán, a meditar lo vivido y determinar un objetivo en su vida, solicitud insensata para un niño de apenas ocho años.

Para esto, la función del edecán es fundamental, pues se busca que el objetivo sea veraz dado que se incorporará al nombre como recordatorio permanente de su función mundana. Se efectúa una nueva ceremonia bautismal con la finalidad de que un hombre, en su nombre, identifique el objetivo de su vida adicionado al que le han dado sus padres. El nuevo apelativo es recitado ante la asamblea de sacerdotes, edecanes y pupilos explicando los motivos de la elección. Es evidente el importantísimo papel del edecán, quien para entonces, los más afines, han promovido y desarrollados lazos de amistad y entendimiento con los iniciados, estableciendo vínculos de amistad que perduraría, al menos, hasta que el edecán cumpla su conscripción. Por esta, hermandad, Huitzilihuitzin edecán de Coyote y por solicitud propia también de Itz-Aminca-Tláloc, jugará un importante papel en los eventos futuros relacionados con estos tres hermanos de Nuevo Sol.

Mucho estudian Huitzilihuitzin y Coyote las cualidades de éste para agregar al nombre otros merecimientos que posee o querría conseguir en un futuro. Tan directo y determinado es Coyote, quién además, está orgulloso de su nombre, que no hay manera de que Huitzilihuitzin lo convenza de agregarle apelativos o complementos, el niño termina por decirle con firmeza. —¡Me llamo Coyote! Simplemente Coyote, méritos de animal sagaz, inteligente, dueño de la noche y el día, que come vivos y muertos, eterno e invisible acompañante del hombre, si después alcanzo méritos y merecimientos, serán otros quienes agregarán apelativos a mí nombre, mientras, soy simplemente Coyote —argumentos que desarmaron todo intento de convencimiento por parte del edecán, además de granjearle la admiración por su firme convicción.

De acuerdo a lo que Huitzilihuitzin pueda deducir del carácter de Coyote, deberá elegir de una mesa central en la que se disponen de múltiples piedras preciosas, metales y plumas de aves, tres elementos relativos a su carácter y temperamento. Huitzilihuitzin sugiere: la piedra obsidiana, una pluma de águila y una lágrima de cuarzo que Coyote va tomando de la mesa. El edecán le pide la bolsa de piel de ciervo que coyote se saca por la cabeza. Lo usual era elegir un metal, una piedra y una pluma, sin embargo, se inclinaron por dos piedras por considerar que representan mejor su objetivo. Cuando le toca el turno a Coyote, el supremo sacerdote lo conmina a expresar el compromiso de vida ante la asamblea.

El niño hecho hombre en menos de una noche habla pausada y claramente. —He elegido no cambiar mi nombre de Coyote, serán mis actos futuros quienes decidirán los agregados —el sacerdote principal, extrañado, se les queda viendo, primero al pupilo y después al edecán pidiendo recapacitar en lo poco ortodoxo de la declaración. Ante la impasibilidad de los muchachos, decide proseguir la ceremonia tomando de la mano de Huitzilihuitzin la bolsita que vacía en

las manos de Coyote. Un sacerdote auxiliar da sahumero a los objetos echándole unos responsos, el celebrante pone atención a los artículos que pide a Coyote y regresa a la bolsita que coloca en el cuello del niño diciéndole. —Qué los espíritus y dioses en éste relicario: él cortante filo de las aristas y la profundidad de claros pensamientos guardados en la obsidiana; la vista portentosa y majestuosidad del águila y; la luz de la inteligencia guardada en el cuarzo te acompañen durante tú vida.

A partir de ese momento, Coyote, simplemente Coyote es un nuevo miembro de la sociedad pilli junto con una buena cantidad de mocosos.

Ansiosas y expectantes aguardan las familias a que las puertas del templo mayor se abran diseminando una multitud de niños iniciados acompañados de sus edecanes, para ser presentados a las familias, quienes, adquieren la obligación de considerarlos como hijos mayores de sus pupilos.

Los compromisos que de estas uniones nacen, son tanto o más fuertes que los de sangre. Huitzilihuitzin, muy formal, se presenta ante los familiares, dirigiéndose directamente a Papalotzin, a quien, después de convivir intensamente con Coyote, considera el cimiento en su formación. Alaba y ensalza méritos y cualidades del pupilo de una manera tan sincera y con tanto aplomo y la gallardía, que Papalotzin impresionada olvida su primera apreciación. E ignorando todo protocolo lo abraza y besa tal como si fuera un hijo de su vientre y así lo considerará por siempre.

El muchacho, un tanto corrido por el efusivo saludo de su nueva mamá, se sonroja. Itzcoatl, discretamente le dice a la esposa. —Lo estas avergonzando, no seas tan intensa —pero así es Papalotzin, las cosas embonaban desde el principio o no lo hacían nunca y ésta fue una reconocida excepción. Ofrece a Huitzilihuitzin algunos alimentos de los que sobraban. El edecán, aun cuando no ha probado bocado en las últimas

veinticuatro horas pues se les exige ayuno, lo rechaza, también así se lo exigía el protocolo, muy a su pesar, pues a vista de pájaro puede distinguir tlacoyos de alverjón, haba, frijol y amaranto, que regados con una fuerte salsa de tomate verde, chile serrano y un trago de neutle serían una delicia de dioses. Más adelante, como hermano-mentor de Coyote e Itz, gozó muchas veces de las delicias culinarias de Papalotzin. Huitzilihuitzin, se despidió ceremoniosamente perdiéndose dentro del templo.

Cuando el bien venido Año Nuevo resplandece con un Nuevo Sol que parece haber cogido nuevos bríos, la familia levanta manteles para regresar al las labores cotidianas. No habiendo impedimento de velación (recordar que la luz del sol triunfó sobre la negrura de la noche) los niños pequeños, después de gozar un poco durmieron a sus anchas sobre las mantas, al cobijo de las fogatas. Ya desayunados estaban listos para lo que de ellos se pidiera, eso sí, con los trajecillos y guacalitos que mostraba los estragos de los juegos e intercambios de regalos y adornos con compañeros de hogares vecinos en la noche anterior.

Itzcoatl, empieza a acomodar las cosas, las mantas, unas astillas de ocote sobrantes, unos carbones y un poco de leña. Toma de la fogata unas ascuas que mete en el sahumador de barro, acompañándolas de pequeños trozos de carbón de encino para asegurar la permanencia del fuego. La familia tiene la costumbre, como casi todos en el Acolhuacán de encender los hogares de las casas con el Fuego de Nuevo Sol y mantenerlo durante todo el año, como reverencia a Tonatíuh y esperanza de buenos augurios. Por eso la preocupación de Papalotzin en reavivar el fuego del hogar que casi apagó el agua, aquel día que explotó la encina. Para cuidar el fuego, Itzcoatl acomoda la carga de modo tal, que le queden las manos libres.

Emprenden el regreso en un camino siempre ascendente,

desvelados y un tanto afectados por los vapores de la bebida de los dioses, especialmente el abuelo quien se apoya en Itz y un cayado tratando de no tropicarse y rodar por el piso a cada paso. Poca bebida necesitaban estos hombres que degustaban neutle muy pocas veces en la vida para ponerse a hablar con los dioses. Sus estrictas leyes en contra de la embriaguez, al menos para los maceguals, impidieron que sus organismos crearan defensas contra el alcohol.

—Viejo insensato, empulcado a tu edad, parece que vienes de la casa de las mujeres del puerto —recrimina Itztpapántl las ridiculeces de su marido.

—Déjelo mamá, nada la va a pasar por disfrutar una vez al año —lo defiende Papalotzin sin conseguirlo.

Itz, que nunca ha visto a su abuelo en esos talantes, está preocupado, cree que las incoherencias al hablar y la pérdida del equilibrio se deben a que un mal espíritu de la noche se le ha metido en el cuerpo. Y así lo expresa en una vehemente defensa de su abuelito. —Abuelita es que se le metió un mal espíritu de la noche, vas a tenerle que hacerle una limpia cuando llegues a la casa.

—¡Mal espíritu y una limpia! Mal espíritu vas a tener en la casa ahora que te compongas, ¡viejo ridículo! —regaña la señora al abuelito sin consideración a la angustia del niño.

—Señora, el niño realmente cree que el señor está enfermo —reprocha muy serio Itzcoatl a la suegra para que modere sus recriminaciones, que a todos parecen exageradas. “Caras vemos pero puertas a dentro no sabemos”, solía decir Itzcoatl cuando se hablaba de situaciones inusuales que se presentaban en las familias, aún cuando fueran muy cercanas, con el interés de cortar con las críticas. Después apuntaba, “nada conocemos y algo se tienen entre ellos”, como justificando las recriminaciones tan fuera de tono de su suegra, pues tenía a su suegro como una persona digna y honorable.

No se equivocaba, Itztpapántl había notado un rápido deterioro en las facultades físicas de su marido, el reproche a la embriaguez, era consecuencia de la preocupación de la esposa por la salud de su esposo. Un tiempo con pócimas de corteza del amargo árbol llamado hombre grande o cuachalalate, le curaron un punzante dolor de estómago.

Recapacitando en la preocupación del niño le dice. —Tienes razón Itz, a tú abuelito se le metieron en la cabeza los espíritus de Xóchitl, en cuanto llegue a la casa se los voy a sacar.

El inocente quedó satisfecho con la promesa de una medicación para su pobre abuelito, por su edad y carácter sin dobleces, Itz no entendió la malévola ironía con que estaban cargadas las palabras de su abuelita.

Para cuando llegan al ahuehuate, el abuelo ya empieza a sufrir los efectos de la resaca y una noche muy bailada con la esposa, la hija, los nietos y los hijos de los vecinos. El señor se acongoja, no tanto por la empulcada como por la recriminación de ridiculeces que la abuela dice que había hecho murmurándoselas al oído.

—Otra vez Nana, ya déjelo —insistía Itz tratándola con amor para convencerla de que no regañe más al abuelito, a quién no soltaba de la mano o el abuelito no lo soltaba a él.

—Ya estoy bien, ya estoy bien —contesta el abuelo a los regaños de su esposa. Ésta, aprovecha la afirmación propinándole un inapropiado y definitivo regañó.

—¡Sí ya estás bien! Cumple con tus obligaciones —se saca por la cabeza el bulto que trae a la espalda aplastándoselo a viejo en el estómago.

Itz, le dirige una furibunda mirada, y aún cuando la quiere y respeta, nunca más se le acercará sin recelar. Para el niño, la señora había sobrepasado lo que se puede permitir que una

mujer ofenda a un hombre, por mucha preocupación que tenga y por mucha esposa que sea, le habían humillado al amigo-abuelo. Poco tiempo después Itztpapántl notó que Itz se volvió reservón con ella, recordando el suceso le pidió disculpas y explicó cuáles fueron los motivos del enojo, el niño aceptó la explicación, atendió a las recomendaciones de perdón que le hacían Papalotzin e Itzcoatl. La trataba con respeto y cariño un tanto distante: algo se había roto para siempre entre Nana e Itz, para quedar como la abuela Itztpapántl y el nieto Itz-Aminca-Tláloc.

Bajo el ahuehuete, se despiden y parten los mayores hacia Tlaminca, con la abuela reza que te reza a un el abuelo abatido: por el peso de la carga; por el peso de la conciencia que su esposa no deja descansar; pero más por el peso de los estragos de la borrachera con la sangre de los dioses.

Itzcoatl, cuidando el sahumador, Papalotzin cargando a ratos a Coatlalopetl que daba cabezadas cada vez que se dejaba vencer por el sueño, pues no quiere perder cuete de la animada platica entre Itz y Coyote que les relataba pormenorizadamente lo ocurrido en su iniciación.

—Tenemos un hijo con una memoria extraordinaria —se vanagloria Itzcoatl con su esposa, haciendo mención de lo agradable por exacto que resulta la narración del niño con apenas ocho años.

Papalotzin le mira de forma extraña diciendo para sus adentros. —“¡Hay noble Itzcoatl, adorado y respetado esposo mío, pero padre putativo de Coyote!” —posiblemente algo presiente en el futuro del niño que le causaría dolor a su esposo. Siente que ha traicionado su fidelidad, baja la cabeza, huyéndola de la mirada de Itzcoatl para que no se de cuenta de sus amargos pensamientos, como mujer, en un instante se recompone, le toma de la mano y atrae para propinarle un tierno beso en la mejilla. Itzcoatl, amoroso le sonrío.

La Iniciación de Itzamincatláloc.

La familia llega al caer la tarde, los padres agotados por los dos días de vela y la caminata desde Texcoco: Papalotzin cargando a ratos a Coatlalopetl e Itzcoatl, cuidando el anafre con las ascuas del Fuego Nuevo entre las manos y a la espalda los pocos bártulos sobrantes de la lunada. La niña llegó profundamente dormida, la acostaron considerando que le repararía más, un buen sueño que una mala cena. Los muchachos se sentaron unos minutos a refrescarse con unos tragos de agua que escanciaron de la jarra de barro negro mercada a un comerciante de Oaxaca, decía Póchotl “hace una agua muy sabrosa”, se limpiaron el sudor con el dorso de la mano y en menos que canta un gallo estaban listos para jugar después del acuerdo de cofrades de quién era cada cuál, se disponían a salir volando al patio, cuando la orden de Papalotzin los detuvo. —¡A dónde van!, ¿Ya guardaron los caites? Itz ¿ya dejaste limpio el guacal y lo acomodaste en su lugar? Coyote hay que limpiar y alzar el de Coatlalopetl que veo allí tirado. Cuando hayan terminado vienen a ayudarme a poner la mesa para cenar e irnos derecho a la cama.

—Mamá, ¿por qué dormimos tan temprano, todavía hay sol! —reclaman los chicos.

—Porque su Papá y yo estamos matados. La caminata desde Texcoco es larga y empinada: yo cargando a su hermanita, su papá con el anafrillo y los cachivaches de la

fiesta. Así, que comemos y nos dormimos.

—Pero ¡mamá, nosotros no estamos cansados! ¿Verdad Coyote? —el hermano confirma a pesar de haber pasado la noche en estresantes eventos.

—Ya veremos, cuando levanten las cosas que les indicó su mamá, le ayuden a disponer la mesa para la cena, y luego ¡ya veremos! —intervino Itzcoatl que agachado sobre el fogón acaba de transferir el Fuego Nuevo acarreado desde Texcoco hasta el hogar en ascuas de carbón y astillas de ocote. Considera que dos días de desvelo era mucho para su esposa no acostumbrada a trasnochar, siente que antes de desfallecer echará mano al enojo. Estaba seguro que el amodorramiento posterior a la comida tumbaría a los muchachos que irían derechito a la cama como lo exigía su esposa. Cuando percibía conflictos, Itzcoatl se guiaba por una norma que le daba buenos resultados: “a los muchachos hay que irles adelante” afirmaba.

Mientras los chicos disponen la mesa, Itzcoatl, levanta el quezquemel de Papalotzin, los tocados de plumas, incluyendo los de Itz-Aminca-Tlálloc-chichicuilotero, acompañándolo de una sonrisa, ayudó a los muchachos con los encargos de su esposa. Papalotzin hacía un champurrado de guayabas que le han regalado unos vecinos de romería, unos tlacoyos que separó para el momento el día anterior y chocolate caliente. Llamó a la mesa, los hermanos chacharearon hasta que tomaron los primeros sorbos del chocolate caliente que les causó el efecto adelantado por Itzcoatl. Itz ni siquiera terminó su tlacoyo, se recostó sobre sus brazos cruzados arriba de la mesa y se durmió profundamente. Esa noche no se lavaron los trastos y se fueron todos temprano a descansar la fiesta.

El día siguiente se pasó de una a otra cosa, por la tarde, Papalotzin tomó de la mano a Itzcoatl y lo llevó a sentarse en el poyo del oriente de la casa. Intuyendo sobre lo que iban a hablar, se dejó llevar. Se sentaron y Papalotzin inició la conversación.

—Mañana tiene que presentarse Coyote en el calmécac ¿Qué has pensado al respecto?

—Recapitulando: tenemos que considerar que Tequexquahuac es un pueblo pequeño y no cuenta con calmécac. Coyote podría ir a Tlaixpan y quedarse con tus papás, yo les sugerí la posibilidad y Póchotl estuvo de acuerdo pero tu mamá no hizo muy buena cara. Puede quedarse en palacio de Ixtlixóchitl donde utilizaría mí habitación y sería asistido por Azcatl quien, estoy seguro lo hará de buena gana. También podría ir y venir todos los días desde Texcoco, pero le resultaría pesadísimo. La última posibilidad es buscarnos un familiar que nos lo asista. De todas estas alternativas, la más viable es que se quede en el palacio de Ixtlixóchitl. ¿Tú qué piensas? —por enésima vez enumeró las alternativas.

—Poniendo los pies en la tierra Itzcoatl, esto es, siendo realistas, la única opción que tenemos, o que nos va a dejar ya saben quien, es que se quede contigo en el palacio de Ixtlixóchitl. El tecuhtli, más tarde o más temprano va a exigir que su hijo esté cerca. Si nosotros mismos, discretamente se lo arrimamos, es probable que quiera mantener por más tiempo el secreto de la paternidad —más claro no canta un gallo, Itzcoatl mientras escuchaba iba poniéndose pálido, hacía tiempo que había pensado lo mismo pero se resistía a aceptarlo. Siempre se preguntaba ¿cómo lo tomará Coyote? Papalotzin tenía los mismos pensamientos y otros motivos, por no herirse, esta discusión la habían pospuesto una y otra vez.

—Papalotzin, me aconsejas que lo acomodemos en el palacio cerca de Ixtlixóchitl y no le digamos a Coyote la verdad sobre su origen.

—Eso mismo Itzcoatl, mucho he meditado estos días: Techotlaltzin es un hombre viejo, y según me has dicho esta muy enfermo, también que el Tlatoani considera a Ixtlixóchitl como el más preparado para sucederlo y que pronto se espera que lo destape en la asamblea de notables de todo el país. Me

parece que Ixtlixóchitl, con su carácter complicado, preferirá mantener en secreto la paternidad del niño, guardándose un triunfo que pondrá a jugar en el momento que crea conveniente. Además, me parece que cuando llegue el momento de enterar a Coyote, te pedirá que la resuelvas como mejor te parezca. Itzcoatl... Eso es lo que pienso.

—Mujer siempre me sorprendes pues ves las cosas a través de las personas, lo que has sugieres es la solución. Me da lo mismo que lo hayas deducido o te la halla dictado tú sexto sentido, me parece lo mejor para todos.

—Eso mismo es lo que me ha llevado a esta decisión, podríamos huir y ocultarnos para que no suframos el desprendimiento de nuestro hijo entregándolo a quien me ofendió y descubriéndole la verdad de su paternidad. Ni tú ni yo podemos adjudicarnos el derecho de quitarle oportunidades. ¿Qué va a vivir una vida muy azarosa siendo el hijo de un Tlatoani? ¡Es casi seguro! Pero es su vida, en la que tiene la posibilidad de llegar a ocupar el cargo más alto del Acolhuacán, ser Huei-Tlatoani.

A Itzcoatl, aún después de la comunión de recuerdos reciente, le resulta incómodo hablar de Ixtlixóchitl con Papalotzin, ahora pensaba que su esposa sufría al pensar que ese simple nombre la llevaba a recordar tiempos aciagos. Papalotzin había superado estos momentos, los había dejado a donde pertenecían, al pasado. La reacción de Itzcoatl pudo ser más bien un resabio contra Ixtlixóchitl, pues había ofendido a su esposa y que tarde o temprano reclamaría a su hijo. Sobre éste asunto no sentía libertad de hablarlo con Papalotzin. Como se ve, Itzcoatl enumeró una serie de posibilidades esperando que Papalotzin considerara la única viable. Si no aceptaba, tener base para discutirlos hasta que lograra que se conformara con lo que seguramente se les impondrá. Papalotzin se daba cuenta del conflicto que estos temas causaban en su esposo y trataba de adelantarse en las conclusiones. No le discutía ni

lo confrontaba, sabía en carne propia lo que cuesta deshacerse de una confusión emocional y confiaba en que Itzcoatl lo superara, se decía para sus adentros “cuando uno no quiere, dos no progresan”. Sentía que Itzcoatl, en estas cosas, no era abierto y no se equivocaba.

Aquella vez que Ixtlixóchitl le consulto sobre Huitzilihuitzin, para terminar la conversación le dijo determinante: “Itzcoatl, creo que el muchacho debe entrar al calmécac de Texcoco y por su propia comodidad vivir en esta casa”. Cuando conversaba con Itzcoatl a cerca ‘del muchacho’ como llamaba a Coyote, lo hacía de manera delicada, se había dado cuenta que Itzcoatl amaba al niño como si fuera propio, ésto se lo agradecía profundamente, además le permitía mantener el secreto importante en estos tiempos de inseguridad que Ixtlixóchitl había experimentado en carne propia, sus dos hijos mayores habían muerto asesinados cuando regresaban de una cacería por los montes de Tlamacas, estaba seguro que había sido gente de Tezozómoc, alertada por espías del palacio.

Tantas bellezas le había dicho Itzcoatl sobre su mutuo hijo, que quitando el amor de padre y el augurio de su nacimiento, fueron creando en el tecuhtli la visión de un sucesor que no le desmerecía. En suma, Ixtlixóchitl podría ver crecer a su hijo, aconsejarlo y orientarlo, sin despertar sospechas, además él veía que era un muchacho que se daba a querer y respetar, según le había informado Huitzilihuitzin; y por el trato en las pocas veces que Itzcoatl ha llevado a sus hijos al palacio. Las conclusiones a las que llegó Papalotzin no distaban nada de lo que ‘sugería’ Ixtlixóchitl, por otra parte ¿a que madre no le complacería pensar que su hijo pudiera ser el personaje más importante de un país? Así que la suerte de Coyote estaba decidida, entraría en el Calmécac de Texcoco y viviría en el palacio del tecuhtli Ixtlixóchitl. La angustiada espera del momento en Papalotzin llegaba a su fin, por decisión propia su hijo mayor iniciaba su emancipación muy temprano y con su

apoyo.

Itzcoatl, que por su carácter analítico no daba fin a una discusión muy fácilmente formalizó ante Papalotzin. —La formación que hemos dado al Coyote ha creado lazos que unirán nuestros espíritus por siempre, nunca dejará de tenernos presentes aún cuando viva alejado.

Papalotzin, como toda madre, necesita en algunos momentos de la presencia física de los hijos, pues ella misma se había fijado una meta que expresaba a su esposo de la siguiente manera. —Debemos criar a nuestros hijos como la hacen las golondrinas, bien alimentados, enseñándoles los principios para volar y orientarse en los cielos, pues al acabar el verano, deben ser hábiles voladores para alimentarse convenientemente por sí mismos, y al entrar al otoño, volar a sitios desconocidos donde harán sus propias vidas y formarán sus familias.

A lo que adicionaba su marido. —Si logramos que nos recuerden y cada verano nos juntamos, seremos unos viejos afortunados gozando a los nietos —aun cuando lo decían con pleno convencimiento, en lo más íntimo no lo aceptaban del todo.

Para Papalotzin e Itzcoatl, el desempeño de Coyote en el calmécac y su comportamiento en el palacio no les era extraño, conocían de las capacidades físicas de su hijo y confiaban en que la educación que le habían dado le permitiera ser un individuo de buenas costumbres y excelente calidad humana. A Ixtlixóchitl, inmerso en una sociedad con costumbres muy impersonales, le complacía el exquisito don de gentes que cada día mostraba ‘El Muchacho’ así, escrito con mayúsculas. Le admiraba la excelente memoria y la manera de enfrentar problemas. El vivir como campesino y los perennes juegos con su hermano le había dotado de fortaleza que le hacía destacar en las artes bélicas.

Siempre muy discreto, Ixtlixóchitl se enteraba por mediación del antiguo edecán, ahora mentor del muchacho, de sus avances en áreas tan diferentes como: el arte adivinatorio, idioma acolhua, astronomía, medicina, pintura, historia y en la agricultura y en la construcción, que según Huitzilihuitzin, eran las materias que menos le atraían

—Lo que menos le gusta a Coyote es la agricultura, no obstante que ha trabajado al lado de Papalotzin en el campo — le comentaba Itzcoatl a Ixtlixóchitl.

—¡A mí tampoco! —respondía Ixtlixóchitl. Y cada vez que podía, hablaba con Coyote o conversaban en la intimidad, con orgullo de padres, él e Itzcoatl de ‘El Muchacho’.

Pocos días después de la fiesta de la luz, murió repentinamente Techotlalatzin sin convocar a la Asamblea Nacional. El estar sin gobernante despertó la inquietud en el Acolhuacán y la voracidad en Tlacopan. Los acontecimientos políticos adelantaban periodos muy problemáticos. Las intrigas en la cámara de notables estaban a la orden del día, Tezozómoc tlatoani de Azcapotzalco había infiltrado esta importante asamblea en el desarrollo del Acolhuacán. Las discusiones sobre el sucesor de Techotlalatzin se hicieron interminables. La única ventaja que se sacaba de éstas, era que los incondicionales a Tezozómoc se hacían visibles facilitando el control de la disidencia al futuro tlatoani que saliera del cónclave. Casi un año después de la muerte de Techotlalatzin, por escaso margen fue elegido Ixtlixóchitl como huei-tlatoani de Acolhuacán.

A los dos años de la iniciación de Coyote, le tocó el turno a Itzamincatláloc. El señor Ixtlixóchitl, quien a pesar de sus nuevas obligaciones y problemas con los acérrimos rivales tecpanecas seguía el desarrollo de su hijo, se enteró por boca de Huitzilihuitzin, el hermano de Coyote Amincatláloc haría su fiesta de iniciación.

En el momento adecuado, Ixtlixóchitl le preguntó a Itzcoatl —¿Tienes otro hijo? Conozco al que le llaman Itz, de Amincatláloc no me has contado.

—¡No señor! Es el mismo Itz que usted conoce —Itzcoatl tuvo que relatarle la aventura en la que el niño decidió llamarse Itzamincatl y el acontecimiento que le llevó a ampliarlo a Itzamincatláloc, como usted vera Ixtlixóchitl son muchos los problemas que nos podría causar la ocurrencia del chamaco por utilizar el apelativo del dios Tláloc, a algunos fundamentalistas puede no gustarle.

—Aunque lo he tratado poco, me parece que la vitalidad, fortaleza y carácter del muchacho no desmerece al nombre. No te preocupes Itzcoatl, nadie lo va a molestar —sentenció Ixtlixóchitl con la convicción de quién es dueño del poder.

—En verdad te digo amigo ¡qué suerte hemos tenido! — frase extraña para el tlatoani en la que se podría percibir un reconocimiento a Papalotzin.

Así lo entendió Itzcoatl, quien le respondió. —¡No sabe cuanta! Huei-Tlatoani.

Para despedirse, Ixtlixóchitl le hizo éste ofrecimiento. — Está de más que te diga que el palacio y todos sus sirvientes estarían complacidos de recibir a tú hijo Itzamincatláloc mientras cursa el calmécac, por favor, has esta invitación extensiva a tú familia.

Por simple cortesía, Itzcoatl le diría a Papalotzin sobre el desinteresado ofrecimiento que les hacía el tlatoani. Aún cuando ya sabía las respuestas: aceptaría el ofrecimiento para Itz y rechazaría el que le hacía a la familia. Aun cuando Papalotzin estaba sintiendo en carne propia lo que significaba la cercanía al Huei-Tlatoani, en el estrés de su esposo y las ausencias obligadas por reuniones, asambleas y nuevos cargos del puesto; prefería dejar a sus hijos en casa de Ixtlixóchitl por quedarse a vivir en su casita, e Itzcoatl tendría que seguir

viajando.

El carácter de los niños se iba definiendo a medida adelantaban en edad, Coyote de memoria prodigiosa podía visualizar un problema desde varias perspectivas, siempre tomando la decisión correcta.

Itz, era tesorero, hábil en trabajos prácticos, más hecho a la acción.

Las diferencias se hacía patente cuando tenían que trabajar juntos, por ejemplo en la caza del ciervo: Coyote dejaba que su hermano determinara un plan de acción considerando el terreno, el día, la época del año y todas esas cosas que debe considerar un cazador. Una observación a vuelo de pájaro le era suficiente a Itz para delinear un plan, que sugería a Coyote. Éste sin discutirlo, hasta sin meditarlo lo acataba y seguía al pie de la letra, alcanzando casi siempre el objetivo.

Sin embargo, quién se apropiaba de los méritos era Coyote, pues tenía la habilidad de analizar lo que el hermano intuía y explicaba con lujo de detalles, haciendo sentir a Itz que él no había sido el forjador del plan. Esto provocaba la mayoría de las discusiones entre ellos, y una eterna protesta de Itz: ¡Ya deja de darme órdenes! que realmente no eran.

Con el tiempo, Coyote entendió que debía otorgarle el mérito de la planificación a Itz. Estas habilidades les serían de gran utilidad en un futuro muy próximo: Itz determinaba el plan de la batalla y el otro lo explicaba a sus generales con lujo de detalles. Al final de los tiempos, a Coyote se le conoció como el gran estratega, pero seguramente a Itz no le molestaría, ya estaba acostumbrado.

Cuando Itz entró al calmécac, tuvo que remar contra la corriente del arquetipo creado por su hermano mayor. Esto no le molestaba mucho, pues siempre había sido así, excepto como se apuntó, cuando tenían que llevar las cosas a la práctica. Según sus mentores, hasta en habilidades de fuerza

era superado Itz por su hermano.

Cómo no iba a ser así, según pudo dilucidar Itzcoatl de una frase expresada por Itz que se le grabó profundamente y ayudó a decidir su futuro estudiantil. Los profesores se quejaban con Itzcoatl del poco interés de su segundo hijo por aprender las artes bélicas. Como siempre, antes de emitir un juicio Itzcoatl escuchaba la contraparte, le explicó a Itz la plática que había tenido con su profesor de la guerra, preguntándole la causa de ese desempeño pobre en algo que él sabía superaba a Coyote de todas, todas.

—Itz, el profesor de la guerra me informó que no te interesa el estudio y que no sabes nada de artes bélicas —preguntó al niño en el momento adecuado.

—Papá, puedo vencer a todos los niños que me han enfrentado cuando practicamos la guerra, como creo que puedo vencerlos a todos incluyendo a los profesores en el arte de cazar. Sin embargo, en esta escuela enseñan el arte de cazar al hombre y eso papá... ¡A mí no me gusta! —respondió de manera cortante el niño.

—Tienes toda la razón hijo, trataré de explicarle al profesor tu punto de vista —le prometió Itzcoatl, hablar con el mentor para que fuera un poco más transigente. El profesor aceptó la recomendación de Itzcoatl, más por venir del monitor del tlatoani, que por convencimiento, se tornó más comprensivo y sin la actitud discriminatoria hacia el muchacho.

Los profesores, compañeros de Itzcoatl, trataban a los muchachos con cariño, pues ambos poseían un calor humano que hacía imposible no tomarles estimación. Ese mismo cariño se veía reflejado en el comentario que le hizo un profesor: —su hijo segundo es muy bueno, generoso, aplicado, pero el estudio no se le da. Por más que Coyote y muchos de nosotros tratamos de ayudarlo, él no reacciona. Esto debe preocuparnos señor Itzcoatl, su muchacho se está haciendo taciturno. —Éste

comentario, de un buen amigo con ganas de ayudar le preocupó de tal manera, que esa misma tarde se lo comentó a Papalotzin.

Una inquietud similar a la que sentía Itzcoatl se fue apoderando a la familia. El carácter excesivamente vital de Itz había cambiado paulatinamente hacia un temperamento taciturno e irritable. A tal grado que en las visitas a casa se quedaba dentro del aposento dedicándose a estudiar cosa que le era imposible aprender porque simplemente se contraponían a su conocimiento. En cuanto escuchaba los cucúes de las tortolitas por la mañana terminaba toda su concentración.

Una ocasión que se le acercó Coatlalopetl a jugarle una inocente broma, Itz le gritó de una manera hasta hacía poco impensable. La niña no criticó a su hermano, preocupada más que dolida se acercó a comentarle a Papalotzin:

—Mamá ¿qué es lo que le ha ocurrido a Itz? Le pregunte que como le iba en el calmécac, se puso furioso y me corrió con un “A usted que le importa”. Mi hermanito no es así, él no esta bien, ¿qué le estarán haciendo en Texcoco? —esa misma pregunta se la hacía reiteradamente Papalotzin. Trataba de encontrar la punta del ovillo haciéndole preguntas variadas sobre las relaciones: con su hermano, con sus profesores, a que jugaban. A las interrogantes de Papalotzin contestaba cosas como “además, Coyote siempre me supera”.

Un fin de semana, Papalotzin desempacó las cosas de Itz, y ¡Ho sorpresa! La ropa estaba limpia, acomodada y sin rasgaduras, como si no la hubieran usado. Pensando para sus adentros ‘éste no es mi hijo, me lo han cambiado ¡tengo que hacer algo!’. El carácter del niño había cambiado tanto que de la vitalidad y energía pura pasó a la indolencia del depresivo y esto, era inconcebible en un muchacho de nueve años tan exultante como Itz.

Papalotzin, en un momento que estaba a solas con el niño,

tratando de indagar las causas del cambio le preguntó de tal manera que exigía una respuesta concreta:

—Hijo ¿qué te está pasando en el Calmécac? ¿No entiendes las cosas que te enseñan? ¿Té molesta mucho tú hermano? ¿No te gusta donde vives? ¿Te comparan mucho con tú hermano? Tu papá, Coatlalopetl y yo estamos muy preocupados, pues te has vuelto indolente.

—¿Cómo sabe que me he vuelto perezoso? Acaso me ha visto, o le ha dicho Coyote? —Interrumpió el joven con una voz un tanto pasada de tono y hablándole de usted.

—No hijo simplemente observo que tú ropa viene limpia y ordenada y tú no eres así —Papalotzin esperó pacientemente a que el niño ordenara sus ideas, pero sobre todo empezara a hablar sobre el asunto.

—Vea mama, es que no estoy de acuerdo con el señor profesor de adivinatorios, nos dice que si tiramos unas conchas y las sabemos leer, podremos adivinar si un año va a ser bueno para el maíz. ¿Usted cree eso? Cuando usted me enseñó y hemos visto que si leemos: a las hormigas, a las golondrinas, a los copalaztleros, a los conejitos o el los signos del bosque podemos saber si un año va a ser lluvioso o seco y si va a ser bueno para las siembras, si hay que sembrar temprano o más tarde. Qué tienen que ver las conchas con el sol, las lluvias y los animalitos. ¡Verdad que nada! Yo traté de explicarle lo que me usted me enseñó y me regañó diciéndome “¡muchacho necio! Usted no entiende nada”

Viendo que su mamá mantenía la atención sin interrumpirlo continuo más animado.

—El señor que da la clase de los astros decía, que si leíamos en los cielos los cambios de las estrellas podríamos saber los cambios que iba a sufrir el pueblo. Como si los astros bajaran para hacernos bien o mal, la naturaleza es la que manda, no son los astros o las estrellas. Así se lo hice saber,

hasta Coyote estaba de acuerdo conmigo. Pues el profesor salió con “¡muchacho, ésta insubordinación se la voy a comunicar a su papá!” —el niño no se quejaba no los habían acostumbrado a utilizar ese medio para expresar incomodidad hacia otras personas, simplemente enteraba a su mamá de las cosas que le ocurrían.

—Bueno hijo, conversaré con tu papá para ver que se puede hacer. Por ahora deja de preocuparte y sal a jugar con tu hermano váyanse por la cañada del teporingo —lo último de la frase con el tono de un acuerdo antiguo.

El haber descargado en su mamá algunos de sus pesares y la promesa de mejorar, tranquilizó a Itz, quien salió disparado a buscar a su hermano para jugar, en la puerta se detuvo, gritándole a la mamá. —¡Siempre me comparan con mi hermano diciéndome que él si aprende!

—¿Y Coyote té molesta? —Preguntó Papalotzin.

—No mamá más, bien me dice que yo tengo razón, pero que debía aceptar lo que los maestros dicen para que dejaran de molestarme. Pero ustedes me han enseñado que la verdad no se debe ocultar.

Así era, Coyote sabía lo mismo que Itz, pero su intuición sobre el carácter de las personas le aconsejaba a cuáles necios no era prudente contradecir, simplemente les cumplía o no les hacía caso. Al terminar la charla con Itz, Papalotzin movió la cabeza pero en su interior ya había tomado una decisión que debía consultar con Itzcoatl, aunque en realidad, le iba a enterar.

Papalotzin tomó la atinada decisión de sacarlo del ilustrísimo Calmécac y buscar, junto con su esposo, a donde o de qué manera se podría complementar la instrucción de Itz.

Decidió esperar sentada en el poyo a distinguir ‘los modos’ de su esposo difuminado por la luz del atardecer. Ya el sol

estaba bajo cuando lo percibió en medio de un grupo en lontananza, levantó un brazo en señal de saludo, que fue respondido por Itzcoatl a la figura que se veía aumentada por la luz del atardecer, eran los ‘modos’ de Papalotzin. Se acercaron y acequia por medio, se dieron la mano, saludo que se confirmó con el tipo de besos y abrazo que ocurrían cuando algún problema de la familia inquietaba a Papalotzin. Itzcoatl se limpió el polvo del camino, cenaron y conversaron de varias cosas en un ambiente que hacía días no se sentía en la casa, se había tomado una decisión. ‘Cosas buenas han pasado’ pensó Itzcoatl.

Papalotzin no le invitó a conversar en el poyo, indicativo de que la preocupación que tenía requería discutirse reservadamente. Después de que los niños se durmieron, Itzcoatl, preguntó a su esposa. —¿Qué tenemos en puerta, Papalotzin? ¿Qué nos está inquietando? —así en plural implicándose de una vez en la inquietud.

—Itzcoatl, hace días venimos notando un decaimiento general en Itz, que empezó pocos días después de su entrada en el calmécac. Hemos conversado ampliamente sobre los cambios que ha manifestado nuestro hijo. Era muy atento y considerado con Coatlalopetl, ahora es ríspido, inconsecuente y hasta grosero con la niña. Hoy noté con más intensidad la tristeza que embarga a Itz, pues su ropa venía limpia y acomodada. No te podría explicar con detalle lo que esto me significa, pero confía en lo que te digo, nuestro hijo está a punto de derrumbarse definitivamente, y yo no quiero eso. Itzcoatl, hemos de tomar una decisión con respecto a la permanencia de Itz en el colegio. Considero que ninguna institución por buena que sea debe cambiarle el carácter a nuestro hijo.

—Tienes razón Papalotzin, he conversado con Itz y con sus profesores; un compañero y amigo al que todos respetamos por sus reconocidos juicios morales sobre las personas, ya me

había advertido que el tipo de educación que se impartía en el calmécac era asesina para los temperamentos libres de muchachos como Itz. Jóvenes que poseen una inteligencia intuitiva y práctica lograda en la interacción con la naturaleza, generalmente criados en el campo. También me orientó sobre el lugar donde podemos esperar que Itz se instruya sin ceder en su carácter o temperamento.

—¡Hay Itzcoatl! Me quitas un peso de encima, ya había decidido sacarlo del calmécac aun cuando tuviera que perder la oportunidad de instruirse.

—Papalotzin, la institución que me recomendó este amigo no es propiamente una escuela, es una reminiscencia del pasado teotihuacano y tolteca, la Tlamantlilitzi-Cali, una casa de cultura donde se reúnen los sabios ancianos a platicar sus historias, leer y hacer códices, y conversar con quien esté dispuesto ha escucharlos. Libros vivientes de la historia de los pueblos.

—Precisamente Póchotl es un miembro muy activo en el colegio que se reúne en Tlaixpan, le preguntaremos cuáles días se reúnen y sobre lo que hemos pensado con respecto a Itz, estoy seguro que por tenerlo cerca hará lo indecible para que sus compañeros le instruyan en sabiduría. Estoy seguro que será bien aceptado, pues los sabios ancianos están deseosos de contar sus aventuras.

El siguiente día era de plaza, la pareja se levantó muy temprano para alcanzar a los abuelitos antes de que salieran a su acostumbrado viaje a Texcoco. Llegaron a Tlaminca a muy buena hora. Expusieron su proyecto a los abuelos quienes lo aceptaron sin reparos. Hasta Póchotl mencionó la posibilidad de ampliar esas charlas a todos los niños que quisieran, por este medio, adquirir los conocimientos de los mayores, en la experiencia del tránsito por la vida que podrían ser relatados a todo aquel que quisiera instruirse. Con la concurrencia de ancianos y jóvenes, el tlamantlilitzi-cali de Tlaixpan sería algo

más que un asilo de mayores impertinentes.

Los mayores se arriesgaron nuevamente a lidiar con niños, aceptaron la proposición de Póchotl, quien por estar vinculado con el monitor del Tlatoani era especialmente atendido. Fue una lástima que pocas familias aprovecharon esta oportunidad en la que no se discriminaba ni edad, ni sexo ni calidad social, el tlamantlilitzi-cali de Tlaixpan estaba abierto para todo el mundo. De estos sabios ancianos, Itz, Coatlalopetl y Papalotzin quien se unió a sus hijos, aprendieron de cacería, de agricultura, de historia, a elaborar e interpretar códigos, pero sobre todo, de humanidad.

Itz se hizo un experto conocedor de la naturaleza, un experimentado cazador que no cazaba, se contentaba con atrapar animalitos para que su hermana los acariciara. Aprendió del más anciano la técnica de atrapar pajarillos con las manos. Cuando el anciano le propuso esta forma de cacería, a Itz, de entrada no le llamó la atención arguyendo que había formas más sencillas y efectivas de hacerlo.

—Así es joven Itz —le decía el anciano— pero el chiste de la técnica tiene muy poco que ver con la cacería, su objetivo es enseñarle al cazador: la paciencia de esperar y el momento de actuar. Joven Itz, la técnica es sencilla: desgrana una mazorca de maíz amarillo, escoge unos siete granos de los más pequeños; Atisba el lugar que frecuenta el tipo de pajarillos que quiere atrapar; se coloca en una sombra de manera que pueda estar en ella sin moverse el tiempo necesario para que el sol no le dé en los ojos, porque es peligroso; se tira boca arriba con las manos extendidas y unos granos de maíz en cada mano; espera a que los pajarillos lleguen a comer, en esta espera puede pasar varios días joven Itz; el secreto es que atrape a los pájaros si falla, los animalitos adquieren sentido y ya no se le acercarán por mucha comida que les lleve; no debe matar a los pajarillos, ésta forma de cacería busca que conozca el actuar de las avicillas y hacer novedosos amigos.

Itz no tenía por qué dudar de las palabras del anciano, su barba entrecana, su cara llena de arrugas y la sinceridad indica que le dice verdad y decidió probar. Desgranó el maíz, eligió los granos más pequeños y se dirigió al bosque de los fresnos poco visitado en esta época.

—¿A donde vas Itz? —le preguntaba Coatlalopetl.

—Al bosquecillo de los fresnos —contestaba.

—¡Ya sé! A cazar pájaros como te lo explicó tu amigo el anciano que te dice “joven Itz”.

—Precisamente a eso voy —Coatlalopetl confiaba ciegamente en su hermano, pero dudaba de las palabras de un anciano que podía rondar el siglo de edad.

Muchos días fallo el joven en su intento, algunas veces lo vencía el cansancio de mantener una misma posición por mucho tiempo y hacía un movimiento que alertaba a las aves. Y a empezar de nuevo desde elegir el lugar. Estaba descuidando sus obligaciones y decidió hacerlo por las tardes, después de ayudar a su mamá y hermana con las labores del campo.

Cada vez que Itz informaba de sus fracasos al anciano, éste le decía. —La cacería es lo de menos joven Itz, aprenderás a ser paciente y acertado —y con este consejo en la mente porfiaba en su intención y adquiría disciplina. Aprendió a estar horas en la misma posición, relajado y despierto, otras veces se había dormido, hasta que sus esfuerzos dieron resultado, un día los pajarillos se acercaron a picotear unos granos de maíz que habían quedado cerca de la mano, él no hizo movimiento, al otro día los pajarillos más confiados le comieron de la mano, pero juzgó que no era el momento de cerrarla. Por fin, un gorrión confianzudo se posó en medio de la mano del muchacho a picotear el grano. Como una zarpa, en un instante la mano se cerró apretando un poco al ave quien pió en respuesta al estrujón. Le acarició la pancilla, le insufló aire por

el piquillo y le dio a tomar un poco de aguamiel, para quitarle el miedo, como le había dicho el anciano que hiciera. Al otro día, hizo lo mismo, esta vez se acercaron más aves que se iban acostumbrando a esa figura inmóvil que ofrecía comida rica y fácil. Un pájaro, se posó en medio de la palma de la mano que se cerró, esta vez sin lastimarlo.

Orgullosa, lo llevó en el cuenco de las manos a la incrédula hermana quien exclamó. —¡Itz, lo lograste! Sin redes ni jaulas ¿verdad? Usando sólo las manos como te dijo el anciano.

—Así fue Coatlalopetl, tal como me lo enseñó el sabio anciano —cuando quería estar solo y meditar, le preguntaba a Coatlalopetl la clase de pájaro que quería que atrapara. Casi siempre cazaba lo que le pedía la hermana. Lo que más les complacía era regresar juntos hasta el lugar donde Itz había atrapado al pajarillo y verlo volar nuevamente a sus posaderos.

Otra enseñanza del anciano que también le fue muy útil consistía en perderse en la montaña confundiendo a avezados rastreadores. —Deje huellas caminando para atrás joven Itz —sentenciaba el anciano.

—La técnica de perderse en la espesura cuando lo van persiguiendo es la siguiente. Elija un lugar donde se puedan dejar huellas claras, como el limo de un río, camine con paso firme y rápido, como si fuera huyendo, pero no corra, el largo del paso es muy importante, cruce el riachuelo de un lado al otro lado, avance por unos veinte pasos hasta donde el terreno se torne macizo y la huellas sean difíciles de seguir. Se detiene, y con la misma velocidad en que caminó hacia delante, ahora lo debe hacer hacia atrás sobre las mismas pisadas, tratando de no ver al piso porque cambiaría la posición del cuerpo y un hábil rastreador lo descubriría; regresa hasta que el agua cubra sus pisadas, corta y da vuelta contra la corriente cuidando de no pisar ni mojar las piedras del riachuelo que sobresalgan o las de la orilla, busca un lugar donde no deje huellas o se trepa a algún árbol, sin lastimarlo o doblarle alguna hoja. Cuando lo

logre, será un verdadero nombre del bosque.

Muchas veces jugó a la guerra con Coyote y amigos del calmécac a perderse en la espesura y pocas veces lo localizaron. Coyote le decía que era como un fantasma en el bosque y le respetó por ello.

La proclamación y el poder.

Pasaron los años sin más que contar que los avances en la educación de los muchachos, que el tiempo transformaba en apuestos jóvenes y una india bonita. A medida que los jóvenes adelantaban, las cosas en el Acolhuacán se ponían oscuras, con eminentes pródromos del mal de la guerra, la presión del señor de Azcapotzalco, Tezozómoc, se hacía sentir en todos los aspectos de la vida del país, especialmente en la corrupción de funcionarios en niveles medio y alto; hombres aprovechados que, midiendo la capacidad bélica del ofensor apoyado subvertidamente por los aztecas contra las posibilidades de defensa de Ixtlixóchitl, se iban a la cargada. De esto nada comentaba Itzcoatl en casa, más Papalotzin y sobre todo Coatlalopetl, que mantenía con su papá una relación intuitiva fuera de lo común, percibían que algo le preocupaba intensamente. Ni Papalotzin ni Coatlalopetl pudieron extraerle palabra. A las preguntas contestaba con pocas variantes: “las cosas van mejorando, no se preocupen”; “no pasa nada importante, todo va bien”.

—Quien dio la voz de alarma fue Itz, en una de las frecuentes visitas que hacía a Coyote, había oído de Huitzilihuitzin, amigo entrañable de los dos hermanos, sobre el inminente ataque de Tezozómoc.

—Mamá, mí papá está en peligro —sentenció Itz— me dijo Huitzilihuitzin que el señor de Azcapotzalco tenía la corte

de Ixtlixóchitl plagada de espías y vendidos.

Y tenía razón, aun cuando Itzcoatl sabía de estas traiciones, no podía probarlas. Su integridad y lealtad a Ixtlixóchitl lo convertían en una persona poco deseable para los fines aviesos de la insurrección.

En situaciones de guerra, las acciones alcanzan a las previsiones más rápido de lo que se quisiera. Itzcoatl debía dedicar más tiempo a asuntos de estado que se prolongaban hasta entrada la noche. Es estas ocasiones, mandaba a un propio a comunicarle a un grupo de amigos y vecinos, que sabiendo del peligro que corría pacientemente lo aguardaban sin otro fin que cuidarlo, para que de favor informaran en su casa, que no llegaría a dormir. Un día, los enemigos compraron al mensajero enviándolo con el concebido recado. Los acompañantes no tenían por qué dudar y partieron a sus hogares. Al salir no vio a sus compañeros de caminata, preguntó al guardia que le informó “la persona que manda usted con los recados salió del palacio, le dijo algo a los señores que lo esperan y después de fueron”. Itzcoatl, receloso pero sin malicia decidió emprender el regreso sólo. Muy cerca del ahuehuate de las acequias, una gavilla de mercenarios de Tezozómoc lo tomó por asalto dejándolo lastimado de muerte.

Desde hacía días, Papalotzin y Coatlalopetl esperaban a Itzcoatl sentadas en el poyo de piedra conversando cosas de mujeres mientras oteaban en el horizonte esperando distinguir al esposo y padre. Recibieron el recado, no obstante, Papalotzin pidió.

—Coatlalopetl aguardemos un momento más, quizá sí llega. —No esperaron mucho, un grupo de vecinos que no eran los que usualmente lo acompañaban, traían en una improvisada anda, el vapuleado cuerpo de Itzcoatl.

—Papalotzin vio en el grupo ‘modos de desgracia’ diciéndole angustiada a la hija, vamos a toparlos, tú papá viene

herido. El hombre de más edad en el grupo explicaba a madre e hija como habían encontrado a Itzcoatl, al verlo tan malamente golpeado prefirieron subirlo a su hogar que bajarlo al palacio.

Papalotzin se inclinó y le besó en la frente “miren nada más como me lo dejaron”, sin perder tiempo recomendó rapidez para llevarlo a su aposento. Papalotzin tomándole la mano y Coatlalopetl apenas una punta de la tilma, apresuraban la caminata a la casa. El hombre se volvió a Papalotzin con una tierna mirada y expiró.

Poco tiempo tuvo la familia para pensar en la muerte del padre, los acontecimientos de desarrollaron con rapidez. Coyote, un muchacho de 16 años entraba a la conscripción con el grado de Joven Aguilucho, título que ganó por su destacado aprovechamiento en el Calmécac.

Un día, no mucho tiempo después de la muerte de Itzcoatl, Papalotzin le mandó llamar con Coatlalopetl. —Coyote, mamá me encargó que te viniera a buscar, quiere hablarnos sobre un encargo que le dejó papa papá antes de que le matasen.

—¿Qué será? —inquiría Coyote.

—No tengo idea, desde que murió papá, mami está muy pensativa, no le llora pero le hace falta y sufre mucho, sólo me dijo: —“ve a buscar a tú hermano Coyote, dile que me urge hablar con él”.

Coyote comprendió que su hermana no sabía más de lo que le había dicho. Y si algo le había comunicado Papalotzin y le habían pedido sigilo, no había poder humano le sacara el secreto. Coyote, Itz y Huitzilihuitzin abandonaron la fiesta en que celebraban el cambio a Joven Águila del primero para atender la petición de Papalotzin.

Muy preocupados pues su mamá no era de las que molestara sin motivo, desde el palacio de Cílan, caminaron los cuatro hermanos, pues Huitzilihuitzin se ofreció a

acompañarlos.

El camino hasta Tequezquinahuac lo hicieron en un tercio del tiempo que ocupa una jornada normal. Papalotzin ya los esperaba, saludo y felicitó a su gallardo hijo en traje de gala, hacía tiempo que no se veían. Como de costumbre, los cuatro jóvenes siguieron a Papalotzin, hasta el poyo de los acuerdos, junto a la encina más perseverante que el rayo poderoso que la explotó, había reverdecido desde el chamuscado tocón y una raíz que quedó viva.

Sin preámbulos Papalotzin les dijo. —Hijos, lo que tengo que contarles ha sido una carga muy pesada para su papá y para mí —hablaba en primera persona, para ella Itzcoatl estaba presente— habíamos decidido informarles cuando la madurez de los años les diera entendimiento para juzgar nuestras acciones.

—¡A mi no me tienes por que informar nada, mamá! Tú pasado ésta con mí papá y es de ustedes —replicó enérgico Itz.

—Lo sé hijo, pero por favor no me interrumpas, ya de por sí, lo que tengo que decirles me hace un nudo en la garganta. Itzcoatl, había decidido que cuando Coyote cumpliera 21 años sería la fecha conveniente para desvelarles un secreto empecinadamente guardado. Sin embargo, los acontecimientos y en especial la muerte de su papá —a Papalotzin se le rasaron los ojos en lágrimas, mientras Coatlalopetl la abrazaba, Itz se compungía, Coyote paciente esperaba y Huitzilihuitzin entendía qué lo que iba a decir mamá Papalotzin, como le llamaba, no era de su incumbencia. Discretamente ideó una excusa para dejarlos solos.

—Espera hijo —le advirtió Papalotzin— el destino te ha hecho parte de esta familia y como tal tienes derecho a saber todos sus secretos —ahora era al más reciente de los miembros a quién se le rasaron los ojos en aguas. Papalotzin, como si no hubiera mediado la interrupción continuó— me dicen que éste

es el momento apropiado.

—Coyote, tu padre te adoró como ninguno lo haría con su propio hijo —Papalotzin se detuvo con un suspiro que había mantenido ahogado por muchos, muchos años y que hubiera preferido no expresar.

—¿Cómo es eso, explícame? ¡Yo no soy hijo de mi papá!
—reaccionó incrédulo el joven.

Tranquila y pausadamente, Papalotzin inició el relato anunciado. —Era muy joven, llevaba el itacate a su abuelo que laboraba junto con otros hombres el maíz en unas parcelas comunales de Tlaixpan, en las faldas del Tetzcutzinco. Me detuve a ver pasar un cortejo de principales, que paseaban para matar el tiempo en los jardines que estaban construyendo en ese cerro. En el séquito que precedía el huei-tlatoani Techotlalatzin iba el tecuhtli Ixtlixóchitl. Entonces, estaba de moda que los principales pilli de Texcoco pasear en ese otero en el que almorzaban y permanecían a contemplar la puesta de sol sobre el lago de Texcoco, en unos tronos de piedra que mandó a edificar con ese fin.

—Seguramente llamé la atención del Ixtlixóchitl porque a pocos días mandó llamar a mis papás para que nos presentáramos en su palacio de Texcoco. Nos investigó pues sabía nuestros nombres y cosas íntimas de mi familia. El día de la cita nos apersonamos en el palacio saliéndonos a recibir el propio tecuhtli Ixtlixóchitl. El señor pidió a mis padres que consintieran que su hija Papalotzin, se refería a mí, formara parte de la corte como su esposa más joven, que daba a mis padres unos días para pensarlo.

—Mi papá, al inicio no estuvo de acuerdo, pues está hecho a las leyes para los macegales en las que está totalmente prohibido tener más de una esposa, pero mi mamá más práctica, visualizando un mejor futuro para mí, convenció a papá de aceptar. Su lógica era incontrovertible pues decía

“mira Póchotl, si no aceptamos de buen modo y buscamos algún beneficio para la nena, nos la arrebatan según las nuevas costumbres que nos han traído los chichimecas”.

—Ante tal argumento, aceptaron. Se efectuó una pequeña ceremonia de registro de una nueva esposa para el Señor. Pasaron los días y un hombre joven, amigo del tecuhtli también se fijó en mí. Corriendo graves peligros se atrevió a entrar a la casa de las mujeres, me abordó, el caso es que nos enamoramos perdidamente. Para esto yo estaba embarazada y así se lo hice saber a Itzcoatl, esto no le importó.

—Nunca supe de qué manera su papá convenció a Ixtlixóchitl que aceptara el romper su unión previa y consintiera en mi matrimonio con Itzcoatl. Su padre nunca me lo dijo ni yo le pregunte, hay cosas que deben quedar entre hombres. Un buen día me llamaron al templo, e Ixtlixóchitl ejerciendo sus potestades de gran sacerdote efectuó nuestra unión matrimonial. Los tres, incluido Ixtlixóchitl decidimos guardar el secreto de la paternidad de Coyote para no hacer distinciones entre nuestros hijos y actuamos en consecuencia.

Esta confesión había sido ensayada muchas veces por el matrimonio. Ocultaban la cruda verdad en aras de que Coyote viera en su padre carnal Ixtlixóchitl, a un individuo comprensivo, noble y de elevada calidad moral, que había preferido hacer felices a un par de jóvenes enamorados a mantener un capricho de granuja, cediendo además el derecho al hijo.

—Ahora es que se explican muchas actitudes del tecuhtli Ixtlixóchitl hacía mi persona —un poco agitado expresaba Coyote— me trata mejor que a muchos de los hijos que siempre han vivido con él, incluso a los que tiene con Matlalcíhuatl, quien apenas me acepta para no confrontar al tlatoani. Esta deferencia me ha traído muchas envidias y malos modos de cortesanos y los que ahora sé son medios hermanos. Esta apreciación se la comenté hace años a papá Itzcoatl —

tratamiento que usaría en adelante para referirse a Itzcoatl— quien me aconsejó paciencia diciéndome que en los palacios, cerca de los señores, se crean envidias gratuitas por el simple hecho de que éste nos salude amablemente. Sólo la anciana ama de la casa Azcatl me ha demostrado amistad y cariño. Atando cabos, pienso que seguramente ella e Ixtlixóchitl son las únicas personas que saben mi origen, claro, fuera de nosotros —esta última frase la expresó en un tono que denotaba una meditación profunda. La claridad de pensamiento le permitía ver las cosas desde una amplísima panorámica, en ese momento, tal vez ya tenía delineado un plan para aprovechar este secreto para conseguir poderío en el estado y hasta optar por el máximo puesto, su origen de noble chichimeca se lo permitía, es más, se lo exigía.

De manera profundamente sentida, Coyote dijo a su familia. —Mamá, para mí hubo y habrá un solo padre, Itzcoatl; me educo, enseño, aceptó y quiso sin un esbozo de distinción. Así mamá, en nada cambian mis sentimientos hacia mí padre. Me enseñaron con su ejemplo que amor es aceptación; así que no los juzgo, lo que hicieron fue parte de su vida y para mí así quedara. A ustedes Itz y Coatlahpetl, hermanos míos les confío mi vida y mis ilusiones.

—El Tecuhtli Ixtlixóchitl, ha sido una persona comprensiva que siempre me ha tratado como el hijo que ahora sé que soy, esperamos que lo reconozca cuando llegue el momento. —Éste último pensamiento no tardaría en hacerse realidad.

Ciertamente, nada cambió en el trato con la familia, pero su vida política se aceleró de manera dramática, luchaba por lo que le correspondía, nadie le iba a regalar nada. Ese poder analítico y don de mando que percibiera Huitzilihuitzin, el hermano edecán quien le sirvió incondicionalmente desde que lo conoció en la iniciación y a quien primero le confió su único y definitivo objetivo: ‘ser un Supremo-Hablante del

Acolhuacán’.

Cuando Ixtlixóchitl se enteró del asesinato de Itzcoatl, lloró largamente a su amigo y consejero. Los años le habían hecho más humano, demostró públicamente la valía de su consejero nombrando a su hijo mayor Coyote su monitor, públicamente: un reconocimiento que le debía a Itzcoatl. Muchos protestaron veladamente la designación granjeándole enemigos gratuitos, entre ellos Matlalcíhuatl sus hijos y su familia incluyendo a los poderosos señores aztecas como Chimalpopoca huei-tlatoani de Tlatelolco.

Ixtlixóchitl había actuado tal como se lo propuso desde aquel momento en que vio su muerte en los ojos de Papalotzin, ya como Huei-Tlatoani, mandó a cambiar los registros de la paternidad de Coyote como hijo suyo y de Matlalcíhuatl en contubernio y promesas de mejores condiciones con el escriba mayor, un incondicional aliado, a quién como justificación le dijo —se lo debo a Itzcoatl.

Pocos días antes de la batalla definitiva contra los Tecpanecas, Ixtlixóchitl convocó a consejo extraordinario, en el que estaban presentes los principales personajes de Acolhuacán y sus calpixques en los diferentes pueblos que formaban el país. Estas magnas asambleas únicamente se mandaban reunir cuando había que tomar decisiones que involucraran al país o cuando se presentaba el candidato del Huei-Tlatoani a ocupar el puesto de supremo hablante cuando él de turno faltase. El tipo de gobierno del Acolhuacán no era monárquico, donde prevalecía la elección de sangre, era una especie de sistema parlamentario, donde la elección del supremo hablante se hacía por voto secreto de los asambleístas. Aun cuando la votación era libre, la recomendación del Huei-Tlatoani era de mucho peso. Ese día, Ixtlixóchitl en un breve discurso hacía ver a los presentes sobre el inminente ataque de los Tecpanecas bajo el mando de Tezozómoc y la importancia de mantenerse unidos bajo un gobierno inteligente, exaltó las

virtudes de Itzcoatl, su fiel monitor y primera víctima de los invasores. Las virtudes de Coyote, quien además de ser un hijo fiel a las enseñanzas del padre había demostrado virtudes propias que puede referir quien mejor lo conocía, su edecán a quien le cedió la palabra. De Huitzilihuitzin, únicamente elogios se escucharon. La asamblea culminó cuando el Huei-Tlatoani, Ixtlixóchitl Ometoxtlí, recomendó a los asambleístas al Tecuhtli aguilucho Coyote-Furioso, como su sucesor a ocupar el cargo de Huei-Tlatoani de Acolhuacán. Lo significativo del caso fue que la asamblea en pleno lo consideró el candidato idóneo. El destape por la grandeza divina representada en hombre estaba hecho, más tarde o más temprano daría frutos.

Una mañana al romper el alba, un clamor corrió en los veloces pies de un correo desde el otero de Tetzcutzinco donde se montaba guardia permanente para observar los movimientos de tropas en el lago, con especial cuidado al rumbo de Tlaltelolco, hasta el palacio de gobierno llegó el clamor: “¡viene Tezozómoc!”

Al mismo tiempo, una asonada se desataba dentro de la ciudad, un nutrido grupo incondicional a Tezozómoc tomó desprevenida a la guardia que defendía la playa despejando el camino al desembarco de la flota invasora. El batallón de Coyote se apostó en la plaza esperando el avance de los tecpanecas. La lucha fue encarnizada, no se vislumbraba vencedor, por momentos se inclinaba hacia los Acolhuacanos en otros hacia los alzados leales a los tecpanecas.

Pasado el medio día arribaron a la playa refuerzos del invasor, que inclinaron definitivamente la balanza a favor de los leales a Tezozómoc. El grupo de Coyote, aunque luchaba con denuedo fue menguado ante una carga que los triplicaba en número, los fueron arrinconando hacia el palacio hasta que Coyote y Huitzilihuitzin y otros heroicos conscriptos se vieron rodeados por gran cantidad de enemigos. Cerca, un grupo de

tres personas, Ixtlixóchitl y sus dos fieles guardias Totocahuan y Cozamatl luchaban por salvar la vida, la guardia personal del Huei-Tlatoani o había sido muerta o se había pasado al enemigo en la asonada.

Se unieron los grupos comandados por el padre y el hijo luchando con denuedo, pero la mayoría se impuso, cayeron Totocahuan y Cozamatl defendiendo a su señor. Todos se fueron sobre el Huei-Tlatoani dando un respiro a los jóvenes. Ixtlixóchitl viéndose perdido le gritó a Coyote. —¡Huye hijo, No dejes que el Acolhuacán caiga en manos de estos safios traidores e invasores! Serás mi seguidor y vengador tal como lo vi hace muchos años en el fondo de los ojos de tú madre —¡Ho destino! Ahora se daba cuenta que había adorado a Papalotzin con el mismo fervor con él que guardó en secreto la paternidad Coyote-Furioso, su hijo.

Una andanada de macanazos acabó con la vida de Ixtlixóchitl. El joven conscripto caballero águila fue herido con un golpe en la cabeza que lo derribó, su fiel edecán y compañero Huitzilihuitzin y los pocos que apenas sobrevivían, hacía esfuerzos por defenderlo sin importar su propia vida. Cuando los enemigos estaban por rematar a los jóvenes, un torbellino de furia apareció de la nada, blandiendo una lanza de grueso otate con energía tal que derribó a la mayoría de ofensores, con golpes a diestra y siniestra terminando con los que estaban por rematar a sus hermanos. Era Itzamincatláloc el hombre Obsidiana-Cazador-de-Centellas haciendo honor a su nombre. Tomó a su hermano por los hombros, lo irguió y echó a la espalda. Cualquier resistencia hubiera sido inútil así que optó por escapar de la masacre hacia la sierra de Tlaxcala. En veloz carrera, Itzamincatláloc abriéndose paso entre los que intentaban cortarles la huida, Huitzilihuitzin y otros compañeros de conscripción cubrieron la retirada logrando escapar con pocos daños.

El corazón de Ixtlixóchitl le fue ofrecido a Tezozómoc

quien lo comió aun palpitante en señal de victoria.

Itzamincatláloc dejó a su hermano al cuidado de Huitzilihuitzin en un improvisado albergue en la cañada de Queztlahuac, regresó por Coatlalopetl para que atendiera a Coyote y a otros heridos, pues había heredado las habilidades de Itztpapántl y Papalotzin y estudiado medicina con los más sabios de los tlamantlilitzi-cali de Tlaixpan y Texcoco para reconocer enfermedades y yerbas.

Coyote se recuperó rápidamente, e incansable se dio a la tarea de armar un pequeño ejército para atacar a los invasores en una efectiva guerras de guerrillas. Contaba con una invaluable tetrada de poder que mantuvo vivas las esperanzas de los acolhuacanos: Coyote como indiscutible líder; Huitzilihuitzin el sagaz político encargado de establecer alianzas con los antiguos calpixques de Ixtlixóchitl enemigos de Tezozómoc; Itzamincatláloc como estratega, mano armada del pequeño ejército y Coatlalopetl la palabra de la subversión en las ciudades importantes del país.

Quetzalmácatl uno de sus generales, engañado preparo una entrevista con el señor de Chalco incondicional de Tezozómoc ahora señor de Azcapotzalco y Texcoco. En esa junta, Coyote fue hecho prisionero y condenado sumariamente, pero el ejército acolhuacano al mando de Itzamincatláloc y un nutrido grupo fiel a Quetzalmácatl lo liberaron y se apoderaron de esta importante ciudad. El efectivo trabajo de Coatlalopetl y las prácticas sanguinarias de Tezozómoc fueron ganando adeptos e importancia a la causa acolhuacana que facilitaron un convenio obtenido por el sagaz Huitzilihuitzin quien logró que Tezozómoc, sintiéndose abrumado, permitiera al hijo de Ixtlixóchitl habitar su antiguo palacio de Cílan. Esta aceptación se logró por la precaria situación del gobierno de Tezozómoc quien, supuso que manteniendo vigilado a Coyote-Furioso se estaría seguro.

Poco duró esta situación, sin derramamiento de sangre, sin

batalla, un pequeño grupo de acolhuacanos liderado por Itzamincatláloc tomó sin resistencia el Palacio haciendo prisionero a Tezozómoc. Fue ajusticiado y Coyote-Furibundo fue elegido Huei-tlatoani del Acolhuacán.

El día que Coyote-Furibundo fue proclamado, en el podio no estaba su general Itzamincatláloc. Perdido entre la multitud, presenciaba el hecho histórico, en un momento, las miradas de los hermanos se cruzaron, Itz levantó discretamente la mano despidiéndose de Coyote al mismo tiempo que éste recibía el símbolo del poder y hacía una genuflexión con la mirada brillante dirigida a Itz, con la que agradecía vida y poder. Sabía que se despedía para siempre del noble y sencillo Obsidiana-Cazador-de-Centellas.

Papalotzin en su amada casita, todos los días al atardecer se sentaba en el poyo que mira hacia el oriente, esperando tranquila ver los ‘modos de su amado Itzcoatl’ aparecer difuminados por los rayos del sol del ocaso y levantar la mano respondiendo su saludo impaciente por la respuesta.

Ya anciana, consintió en dejar la intimidad de su casita para volver al palacio del Cílan como la Huei-Tlatoani que siempre había sido.

El Destino.

Dice la historia que el gobierno del Huei-Tlatoani Coyote, llamado por sus soldados El Furibundo y por el concejo de notables El Sabio, fue de mucho esplendor. Recuperó muchas leyes y tradiciones acolhuacanas, adquirió algunas modas aztecas.

Considerando que el papel histórico de una época puede medirse por sus consecuencias, la historia ha sido benevolente con su actuar.

—•—

Itzamincatláloc ‘Obsidiana-Cazador-de-Centellas’ cuidó de su madre hasta que, ya anciana decidió pasar los últimos días con su pequeño Coyote en el palacio de Cílan como la Huei-Tlatoani que siempre fue. Liberando el destino de su gentil Itz, que siguió habitando la casita de Tequezquinahuac con su familia. Era visitado regularmente por su hermana Coatlapetl que le llevaba noticias de Papalotzin y Coyote.

Los hermanos nunca más se vieron, pues sus destinos eran opuestos:

Coyote mirando hacia el futuro, aceptando la modernidad y sus cambios;

Itz sujeto a su modo natural de vida, manteniendo viva la herencia de los abuelos más antiguos, las arraigadas

costumbres de sus tlaminicanos ancestros. Representante de una raza, que tal como lo predijo Papalotzin cuando Itzcoatl le reveló la leyenda de la cuarta invasión, ha sido mantenida en la ignorancia, relegada, explotada, embrutecida por vicios ajenos. Según fueran las ambiciones de los invasores antiguos y de los nuevos descendientes de aquellos hijos de Quetzalcóatl que siguiendo al sol cumplieron la más temida conseja Azteca.

—•—

Coatlapetl se convirtió en el espíritu de la familia tomando el lugar del gentil Itzcoatl. Mantuvo unidos y comunicados a los hermanos respetando el destino de cada uno. Con su oculta labor sirvió de guía al gobierno de Coyote destacándolo, sobre todo, en su inclinación eminentemente humanista, poco común en esos tiempos en que prevalecía la brutal aplicación del poder y compartiendo los logros de su amado hermano Itz.

Se casó luciendo orgullosa el vestido blanco de Papalotzin, a la usanza de los antiguos, como lo hicieron sus padres, el uno pare el otro con amor, fidelidad y ternura.

En su corazón, guardó en el gentil respeto que Itz tiene a la vida, cobijándolo en su inadaptabilidad. Aceptó los cambios que promovió Coyote, trasmitiéndoselos a sus descendientes, para que los espíritus de las diferentes razas que amalgama al americano, se manifiesten con la seguridad del amor, la tranquilidad de la fidelidad y la confianza del contacto humano, sin solución de continuidad, en todo lugar y tiempo. Tal es:

El Legado de la Papalotzin.

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN:

LOAISA Impresión digital.

Tel: 551-6580. Fax: 552-3844

Cartago Costa Rica.

Correo electrónico: loizaimpresion@gmail.com

DICIEMBRE DE 2006.